José Miró Argenter

CUBA

CRONICAS DE LA GUERRA

LA CAMPAÑA DE INVASION

TOMO I

EDITORIAL LEX
HABANA
1 9 4 2

MANIOC.org
Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - *Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3*

MANIOC.org
Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - *Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3*

A Jorge Quintana, sin adjetivo,
con la admiración y el afecto de
Alicia Ponce

19-III-52.

CUBA

CRONICAS DE LA GUERRA

MANIOC.org
Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - *Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3*

MANIOC.org
Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - *Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3*

10907600
19-8370 in-8°

CUBA

CRONICAS DE LA GUERRA

(LA CAMPAÑA DE INVASION)

POR

JOSE MIRÓ

TOMO I

(SEGUNDA EDICION)

X = 427175

1942
EDITORIAL LEX
OBISPO 465
LA HABANA, CUBA

MANIOC.org
Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - *Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3*

972.91053
Mia
T.I
Ej2

Reservados todos los derechos.
Copyright by Editorial Lex.

Impreso en Cuba.—Printed in Cuba.

Cooperativa Editora Cubana —Figuras 211.—Teléfono A-3667.—Habana.

ILUSION LOGRADA

Del cariño y la emoción que tanto mi hermana Remedios como yo tenemos concentrados en la obra de nuestro padre no es preciso que exprese testimonio alguno. Creemos, sinceramente, que ella es el exponente más firme de la Historia de la República y el documento básico demostrativo de la grandeza indeleble y sin par de Antonio Maceo. De ahí que se confundan de manera honda en nuestro corazón dos sentimientos de naturaleza idéntica y de análoga intensidad: nuestro amor filial y nuestra veneración por el Gran Capitán del Ejército Libertador.

Hace, sin embargo, muchos años que el libro que escribiera nuestro padre está aguardando el momento de su reimpresión, ya que publicado por vez primera en 1909 en edición muy corta, y agotado a poco, por causas que no quiero consignar, no halló por parte de nadie el medio eficiente de hacerlo llegar, pese a ser Historia fundamental de Cuba, a todos cuantos deben conocerlo e inspirar en la magnífica epopeya que José Miró Argenter supo describir, el ritmo de sus actos y el cumplimiento inexcusable de los deberes patrios. Es decir, que desde que el ilustre patricio José Miguel Gómez apadrinara la primera edición de "Cuba: Crónicas de la Guerra" han transcurrido treinta y un años sin que hayamos podido ver realizada nuestra legítima ilusión de que la obra fuese reeditada.

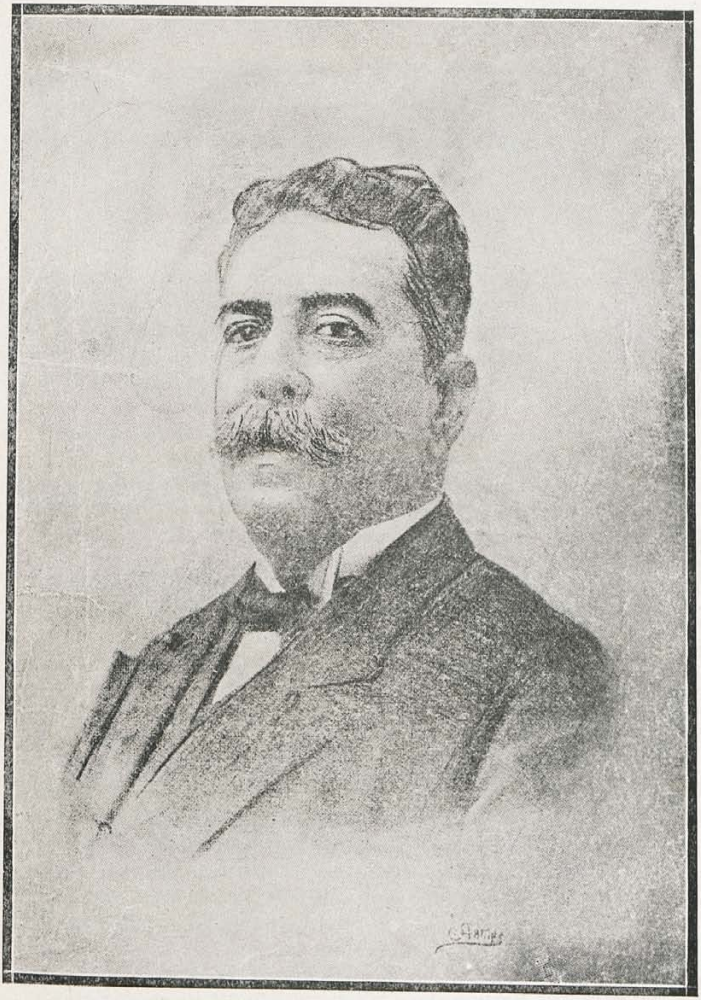
Por fortuna esa ilusión hoy la vemos lograda. A modo de prestación de un nuevo servicio a Cuba, Edi-

torial Lex, *mediante la gentileza y acogimiento cordial de su director, el abogado español Mariano Sánchez Roca, la obra de nuestro padre va a ser conocida por la actual generación.*

Lógico es, pues, que a las líneas agradecidas que José Miró Argenter dirigió a José Miguel Gómez en la dedicatoria de la primera edición, preceda ahora la gratitud que nosotros queremos consignar a Editorial Lex *por el afecto, el cuidado y el esmero que ha puesto en esta segunda edición de la obra de nuestro padre, que nos enorgullece como hijos, como cubanos y como patriotas...*

JOSE MIRO CARDONA.

Habana, Noviembre 30 de 1942.



Al Mayor General José Miguel Gómez

Presidente de la República.

Si debo á la munificencia de usted el regocijo de ver colmadas mis aspiraciones literarias, modestas por ser mías, pero de alto valor patriótico por el tema de la composición, nada más justo que yo deje bien grabado el testimonio de mi gratitud en la primera página de este libro, y que antes de empezar el relato de las grandes acciones de Maceo, proclame con amor esa liberalidad de usted para conmigo, gracias á la cual van á conocerse las hazañas y virtudes del adalid famoso.

Gracias á usted y á su ardiente devoción, salen hoy vestidas y ordenadas las crónicas guerreras que hablan del inmortal Maceo y que, sin embargo, anduvieron hasta hace poco dispersas y maltratadas, con el sello de la indigencia, como andaba el verdadero patriotismo sin hogar y sin esperanza, porque el patriotismo hedía á pobre de solemnidad, y cualquier cantor de las glorias de la revolución era un romancero andrajoso sin oficio ni beneficio. En el fondo de todas esas miserias de la gente moderada, no había más que el torcedor de la envidia o el abominable empeño de matar el espíritu revolucionario. Por eso se condensaron otra vez las nubes de la tempestad, y estalló la borrasca sobre el país corrompido y frívolo, vestido de seda, con los hombros desnudos y el zapato de charol. De esa manera no podía correr a la montaña.

Sería proceder como cortesano si aprovechara esta oportunidad para afirmarle que en pago de tan señalada distinción, me mueve desde ahora el propósito de escribir sobre la campaña de las Villas en la que figuró usted notablemente, como militar de prez y como patriota. No estoy ya en edad de hacer ofrecimientos á largo plazo. La sola tarea de reunir los materiales ó documentos que el historiador necesita para componer un relato

verídico y cabal de los hechos que no ha presenciado, es cosa abrumadora para el que no tiene el hábito de la pesquisa. No soy más que un expositor, más ó menos afortunado, de los sucesos que presencié en el teatro de la guerra. Quede la obra magna de la historia general para los talentos de primer orden; para los que escriben jovial y desenfadadamente sobre multitud de asuntos, ó para aquellos más bizarros que nos amenazan con la historia documentada de la nación descubridora y con la posibilidad de la reconquista. Tal vez ellos nos servirán, en diez ó doce volúmenes de Rivadeneira, el fantasma de Don Quijote. Los talentos que escrupulizan son los llamados a interpretar la moral, el carácter y la filosofía de nuestras revoluciones y á encender en el alma del auditorio el fuego de las batallas. Yo no puedo separarme de mi papel, del papel de apologista entusiasta, deslumbrado todavía por la grandiosidad del asunto.

Al patrocinar usted este libro de mis amores, relato de tumultos y proezas, historia verdadera del caudillo más audaz y más preclaro, no sólo convierte en hermosa realidad la noble declaración de dar impulso a las letras patrias y á todas las manifestaciones del entendimiento humano —palabras vertidas por usted poco antes de tomar posesión del gobierno de la República—, sino que demuestra que en su corazón de patriota y en su ánimo de soldado, vive el recuerdo de aquel ilustre capitán que llevó la bandera de Cuba independiente de uno á otro ámbito del país, la bandera de la tribulación y de la gloria, que al fin tremola gallarda sobre el capitel de la mansión presidencial, honrada y enaltecida por el valeroso espirituano que supo mantenerla enhiesta y pura en los campos de la revolución, cuando era combatida á sangre y fuego. La sombra gloriosa de Maceo no descenderá á la vertiente de la montaña para enseñar á los cubanos el camino del honor, mientras sea guardián de esta bandera el soldado adusto é intrépido que la tremoló sobre las crestas del Escambray. No han de volver los días tristes del bochorno y del vituperio.

Acepte usted, querido General, esta sencilla ofrenda como dedicatoria y como testimonio de mi admiración y gratitud.

JOSE MIRO.

Habana, julio de 1909.

PRELIMINAR

LA mayor parte de estas Crónicas han sido escritas en el teatro de los acontecimientos; algunas al pie de las fogatas del vivac, en la crudeza del invierno; otras, al abrigo del follaje de los caminos, durante los altos en las marchas; á veces, abriendo el fuego los puestos avanzados y sonando las últimas descargas de la refriega. Pudiera decir asimismo que narraciones empezadas de un modo festivo, bajo la emoción de la victoria segura, han terminado de otra manera muy diversa: enumerando los estragos de la derrota. Al paso del caballo sobre el muñón de la silla, al tiempo de acampar, al toque de prevención, con el arma requerida, ora viendo los flanqueos del enemigo, ora viéndole en retirada, de ese modo tan rico en peripecias se han escrito porción de estos anales, que no tienen otro mérito que el de la exactitud histórica, á pesar de la tropelía con que fueron trazados muchos de ellos y de la vehemencia del narrador.

Viven, por fortuna, algunos compañeros de armas, hombres de honor y desligados de compromisos políticos, que pueden atestiguar la veracidad de estas declaraciones. En los tiempos que corremos, de corrupción é incredulidad sistemática, ¡se halla uno tan expuesto á no ser creído por la sola fe de su testimonio!

El glorioso caudilo á cuya memoria augusta dedico estas páginas, sentía por ellas verdadera predilección. ¡Cuántas veces se deleitó con su lectura! Recuerdo que momentos antes de la catástrofe de Punta Brava me rogó que le leyera el capítulo final de la campaña de invasión, para agregarle algunas notas indispensables ó aclaratorias, que desde luego se han puesto en el manuscrito original, como última voluntad de aquel grande hombre. Eran sus deseos que el libro se publicase tal y como

se había escrito, simplemente con el carácter de "Diario oficial de las campañas de Maceo", á fin de que conservara el sabor peculiar de la narración y los episodios no perdieran el colorido propio, al darles embellecimiento literario. Y, sin embargo, al guerrero le encantaban las descripciones poéticas.

Como es consiguiente, esa forma primitiva ha sufrido no pocas alteraciones después de la tragedia de Punta Brava, en virtud del suceso mismo que interrumpió para siempre el relato oficial de las acciones famosas, y por el desenlace inesperado de la guerra, que ha hecho variar el rumbo de los acontecimientos, trastornado opiniones, ideales, caracteres, el porvenir de la patria y hasta la conciencia cubana. Ha sido, pues, necesario retocar muchos puntos, ampliarlos con notas y documentos de imprescindible alegación, y agregarle además una parte preliminar de que antes carecía: todo lo relacionado con los preparativos de la campaña invasora, razones de carácter militar y político que justificaban el grandioso empeño, causas que motivaron la insurrección de Febrero, sucesos memorables que precedieron á la jornada decisiva, todo lo que concierne al período más vibrante de la revolución, el período primaveral, por decirlo así, que nace y se desarrolla en Oriente. La obra no habrá ganado en méritos literarios, pero, sí, en interés histórico.

Al dar hoy á la publicidad el primer tomo de las Crónicas de la Guerra, no alimento la vana pretensión de llenar ninguno de los altos fines de la historia, ni aun bajo el aspecto limitado de narración de hechos de un solo país y de una determinada época. Me propongo únicamente dar á conocer los sucesos más importantes de la lucha entre cubanos y españoles, en mi calidad de testigo presencial, y no con el objeto de instruir á mis contemporáneos (lo que después de todo sería muy laudable), sino para que los verdaderos historiadores de la Revolución tengan mañana una fuente legítima de donde sacar datos cronológicos, fechas exactas, nombres de lugares célebres y otros accesorios, sin los cuales no sería posible reconstruir el teatro de la acción revolucionaria. Si alguna vez un hombre de genio se propone hacer revivir las sombras del glorioso pasado para que despierte el dormido patriotismo, hallará en estos anales la colección de efemérides que necesita para que surta efecto su móvil heroico.

Analizando de un modo general el carácter de esta publicación, su valor intrínseco como documento histórico, declaro previamente que el relato será veraz, pero no imparcial—si por imparcialidad se entiende el juicio de los hechos sin pasión de ningún linaje, *sine ira et studio*. Para ello tendría que alejarme del ambiente que me rodea, sustraerme a los sentimientos de admiración y gratitud, a otros vínculos no menos fuertes y sagrados, y dispersando de la imaginación el tumulto de los recuerdos, que aun reflejan sobre mi alma las huellas luminosas de la ruta triunfal, convertirme en escritor extraño por completo á los asuntos de la narración, para deducir enseñanzas más ó menos provechosas, cosa que, á ser posible, me colocaría en situación bien poco envidiable ante mis compañeros de armas y ante mi propia conciencia. De mi pluma no han de salir acusaciones personales contra los que hubiesen cometido actos afrentosos durante el período de la guerra, manchando su honor militar más que el buen nombre del ejército cubano; pero sin llevar esta indulgencia hasta el extremo de omitir, para no tener que condenarlas, las medidas de rigor que se aplicaron innecesariamente: la devastación por sistema, v. gr., y las represalias sangrientas, que jamás obtuvieron mi aplauso, porque nunca hallé su justificación en los procedimientos tenebrosos del enemigo, por más que alguna vez me tocó presenciar semejantes horrores y autorizarlos en virtud del cargo que ejercía en la dirección de la campaña. Por fortuna, los excesos de los revolucionarios no llegan con mucho a los crímenes del bando español, que hicieron estremecer al mundo civilizado por su magnitud y contumacia; y felizmente, el caudillo incomparable que ha de ser la figura más vigorosa del cuadro descriptivo, como lo fué de la jornada marcial, reunía á sus grandes dotes militares la condición del hombre humanitario: es más, le tenía horror a la sangre derramada fuera del campo de la lucha.

De suerte que esta composición histórica no ostentará el sello de un proceso bien substanciado, por faltarle uno de los atributos esenciales: la imparcialidad estricta. Pero ¿en qué libro humano, de esta categoría, ha resplandecido jamás en toda su pureza la condición que tanto se recomienda al historiador? ¿Quién está exento de toda pasión al juzgar las acciones de los demás?:

¿quién, a título de fiscal severo y concienzudo, condena su propia causa?; ¿quién, al trazar el cuadro de una terrible discordia entre dos pueblos, prescinde en absoluto de sus simpatías personales, de sus opiniones políticas, de los sentimientos de patria y religión, y no se deja arrastrar por el vuelo rápido de las ideas que lo conducen, sin darse cuenta de la operación mental, á conclusiones erróneas? Historia de sucesos contemporáneos que reúna las dos condiciones de precepto, imparcialidad y veracidad, es tan difícil encontrarla que en cualquiera que se citase en testimonio de lo contrario, se hallarían en seguida sus páginas impregnadas de pasión, la balanza de la justicia inclinada casi siempre á uno de los bandos combatientes, conforme el criterio político del escritor y á merced de sus particulares opiniones. En todo prefacio se afirma el propósito de rendir tributo a la imparcialidad, pero á los primeros capítulos del texto histórico se manifiesta el apasionamiento del narrador. Raro personaje sería el que escribiendo la crónica de una guerra civil, donde todo es tempestuoso y agitado, culminase como juez recto é impasible, distribuyendo con perfecta equidad anatemas y absoluciones. Concédaseme siquiera el mérito de haber reconocido un achaque que, si bien común, casi universal, muchos historiadores lo niegan, en beneficio propio, y otros lo disimulan con los prestigios del talento.

Pero el curso de este relato dará á conocer al lector, con precisión y claridad suficientes, los episodios más notables de la campaña, los choques casi diarios con el enemigo, las cifras exactas de las bajas en las filas insurrectas, las marchas incesantes, rudas y fatigosas á través de territorios ocupados literalmente por el ejército español, los hechos gloriosos, las derrotas sufridas, triunfos y reveses; en una palabra, el teatro de la guerra con sus gráficos pormenores, no así la descripción del conjunto ni la impresión del cuadro general en su grandioso aspecto, porque para llevar á cima una obra de tal magnitud se necesitan dones privilegiados, numen creador y una paleta rica en colores. Sólo el genio pinta la imagen de un vasto horizonte iluminado por las descargas de la tempestad. Llegaré á trazar—así al menos lo intento—el croquis de la jornada invasora, agregando detalles descriptivos que aumentarán el interés de la narración; podré contar, en estilo más ó menos vigoroso,

todos los debates de las armas, conforme sucedieron; acertaré tal vez á reproducir la visión sangrienta de los lugares recorridos bajo el furor de la batalla, ardiendo el bosque y con el cielo tenebroso, y no dudo que, avivando de pasada alguna descripción de encuentros terribles (que ya parecen hazañas fabulosas), logre conmover á los viejos camaradas de la invasión, en quienes no se apaga el fuego del patriotismo, aunque hayan visto agonizar el astro de la libertad y evaporarse la gloria de sus proezas, en medio del fúnebre desfile de la multitud. Nada de esto ha de serme costoso, porque es simplemente una ampliación de lo que escribí durante la campaña, pudiendo contar además con el archivo del general Maceo desde que tomó el mando de las tropas orientales hasta su muerte; tesoro de documentos históricos de subidísimo precio, y con el recurso de mi memoria, único don que no me escatimó la naturaleza, á cuyas fuentes acudiré en demanda de labor narrativa cuando no me la brinden en cantidad suficiente los moldes oficiales; de todas maneras me asiste la esperanza de que esta obra tendrá la solidez de un relato verídico. Pero no caeré en la pretensión irrisoria de querer bosquejar el cuadro general de la contienda en ninguna de sus dos manifestaciones esenciales, revolución y debate militar; que plumas más elocuentes cometan semejantes profanaciones, tantas veces iniciadas en los desbordamientos de la oratoria efectista ó teatral. La formidable lucha del pueblo cubano, empeñada con temeridad sin ejemplo contra el poderío español, revela en conjunto el homenaje de un valor inmenso ofrecido en aras del amor patrio, y reúne los robustos caracteres de la acción épica, y merece, por lo tanto, el magnífico adorno de la epopeya si ha de ser interpretada con el vigor y majestad que reclaman la elevación del asunto, su vasto desarrollo y sus trágicas peripecias. Si para describir el campo de la polémica militar se requiere una pluma sobria y vigorosa, aparte de los conocimientos especiales que exige la índole de la composición, para el drama conmovedor y grandioso se necesita un bardo inspiradísimo que cante como Homero y se lamente como Byron. Cualquier otro medio de interpretación falseará el carácter de la obra.

Hay que tener en cuenta—y sirva de aviso saludable á los que intenten emprender el trabajo monumental de historiar la

Revolución de Cuba—que no bastará referir los sucesos de la guerra con exactitud, lenguaje adecuado y abundancia de pormenores, además de los estudios indispensables sobre el carácter de los combatientes, virtudes y defectos de los principales caudillos, métodos que aplicaron, resortes que movieron y las diversas alternativas de la lucha de uno y otro bando; no será suficiente tan ímproba y meritoria labor, aunque ella sea la historia cabal y fehaciente de la encarnizada disputa de las armas. Habrá que penetrar más adentro del escenario y descorrer telones más lúgubres, si quieren narrarse episodios de mayor interés dramático y jornadas enteras que atemorizan por su implacable adversidad. Habrá que trazar el cuadro del hambre y el de la orfandad desnuda, el cuadro del heroísmo silencioso, de las abnegaciones calladas, de los sufrimientos íntimos; las páginas más negras de la pesadumbre: aquí, centenares de familias que desaparecen en masa; allá, paisajes que cambian de aspecto por el raro influjo de las emanaciones pestíferas, que todo lo aniquilan como furioso vendaval. El espectáculo de la desolación, no inaugurado por la sinfonía belicosa ni traído por ningún desastre atmosférico, sino obra exclusiva de la guadaña feroz que, al rematar la siega humana, esparció sus notas fúnebres por el lugar castigado. Con todo, no bastarán estos lienzos á reflejar el horror permanente de aquellas situaciones, soportadas por patriotismo, aunque se retraten con mano magistral las escenas más tenebrosas; detrás de ellos se alzan otros más sombríos, ó más considerables en magnitud: los grandes estragos epidémicos, que jamás llegarán á conocerse en la enormidad de su guarismo, porque hubo territorios en que ningún ser humano sobrevivió á la catástrofe, y no hay estadísticas mortuorias. Sin embargo, las últimas defunciones dejaron una inscripción bien elocuente: el osario sobre el campo ¡entregado á la misericordia de Dios! Tal vez la naturaleza entonó el *de profundis* moviendo el follaje del palmar!

Quien haya visto al ejército de la caridad, en cuyas filas militaba la mujer, diezmado y deshecho por el hambre; quien haya visto la procesión luctuosa de espectros que recorría las ensenadas más ocultas en pos de las huellas del noticiado desembarco, para no hallar ni residuos de comestibles, algunas veces ni la ruta que llevó la tropa expedicionaria, después de una ho-

rrible peregrinación por montes y desfiladeros; quien haya visto á un padre enterrar á todos sus hijos al pie del hogar de sus antiguas querencias, ahora sin lumbre y sin amor; á una madre volverse loca, y bajo el delirio de la fiebre cavar su propia sepultura por ser estrecha la fosa común en que depositó los frutos de sus entrañas; y á la niñez corriendo despavorida por el bosque, clamando por una mano caritativa que le diera refugio sin oír más eco que el rumor de la encarnizada batalla, otras veces el silencio glacial de la naturaleza por único socorro; al lado de la ambulancia cadavérica, el náufrago errante que perdido el rumbo de la vida se dispone á morir en cualquier rincón; aquí la desnudez, allá la enfermedad contagiosa, por todas partes el agotamiento, el dolor implacable, la muerte vencedora... ¡ah! no se ha ofrecido jamás al amor patrio homenaje más excelso, y preciso es ya decirlo, sólo el que haya presenciado tan horribles escenas, si es hombre de claro talento, podrá reproducir sobre el libro la espantosa tragedia de la Revolución.

Mientras aguardamos al genio que nos trasmita la voz solemne de Cuba en estrofas robustas y vibrantes que igualen á los sollozos del inmenso funeral, preparemos nosotros el terreno á los verdaderos historiadores, dentro del alcance de nuestras facultades, para que la posteridad admire los heroicos esfuerzos del patriotismo cubano y conozca lo más deslumbrador y glorioso de la disputa armada: las campañas de Maceo.

I

ORIENTE

Necesidad de extender la guerra

Preparativos de la campaña

Al levantarse en armas los cubanos, por tercera vez en una misma generación, y cuando el país estaba floreciente, no seguían otro método de hostilidad que el adoptado en casos análogos por las bandas insurgentes de todos los países: inquietar al enemigo; cada grupo sublevado en su respectiva comarca; cada fracción á su manera; cada un cabecilla al frente de sus parciales. Todo alzamiento popular reviste casi siempre carácter desordenado, máxime si los primeros elementos de acción se reclutan entre las masas campesinas y se elige la montaña por teatro de la lucha.

Nadie pudo pensar entonces, y ni aun después de hallarse agrupadas las partidas sueltas bajo la dirección de jefes más entendidos, que el esfuerzo de un corto número de patriotas tan osados como inquietos, tan temerarios como pobres en recursos, tomara el cariz de acto tan sorprendente, de una eficacia maravillosa, contra la porfiada resolución de un adversario temible, ducho en esta clase de contiendas, bien organizado y mejor abastecido; y aun menos colegir que al éxito de aquel conato heroico, pero localizado durante algún tiempo, sucediera la explosión revolucionaria que culminó en los confines occidentales de la Isla.

Quien hubiese vaticinado hechos tan portentosos al abrirse las primeras escaramuzas sobre las cumbres de la *Maestra;* quien se proclamara mensajero de nuevas tan extraordinarias, de ac-

ciones tan heroicas, de hazañas tan inconcebibles, ó quien hubiese trazado sobre el mapa la ruta que podía seguir el intrépido caudillo oriental persiguiendo el objetivo de la invasión, quien así hubiese discurrido entre hombres experimentados en negocios de guerra... es seguro que alcanza nota de teórico, equivalente á la de novicio en la profesión de las armas. Así, por lo común, sucede en las grandes empresas humanas; ora sean fruto del descubrimiento científico, ora del valor y la pericia militar.

Pero preciso es ya decir que la campaña de invasión obra fué única de dos ilustres soldados (Máximo Gómez y Antonio Maceo), que coincidieron en el plan con perfecta identidad, tanto en el orden de tiempo como en la manera de ejecutarlo—¡rara y feliz concurrencia tratándose de dos hombres excepcionales!—y juntos le dieron desarrollo en el vasto teatro de la guerra, compartiendo por igual las múltiples y diarias obligaciones derivadas de una empresa tan ardua como peligrosa. Si juntos compartieron los riesgos y responsabilidades de la campaña, si el mérito de la iniciativa, con el más admirable de la ejecución, les corresponde por igual á los dos campeones, la fama, siendo justa, debe orlar con los laureles de la victoria las frentes de ambos caudillos. Y como sucesos tan señalados, que mañana serán efemérides gloriosas de la Revolución, deben gravarse de un modo perenne para que la posteridad los conozca desde su origen y las crónicas no incurran en anacronismo, oportuno es decir ahora que las bases de la campaña se aprobaron el 5 de Mayo, al tiempo de abrazarse en tierras de Cuba libre los dos caudillos de la independencia, salvados, poco menos que milagrosamente, de los riesgos del mar y de la persecución de las guerrillas españolas, fecha con doble motivo memorable. Pero ella trae á la mente un recuerdo muy doloroso: la muerte del insigne patriota José Martí, acaecida á los pocos días de su presentación al ejército libertador, que enardecido por los acentos de su mágica palabra, lo aclamó frenéticamente anticipándole los sufragios para el más alto puesto de la república. El destino le reservaba fin más glorioso en el campo de batalla, donde cayó como un héroe de la antigua Grecia: empuñando el arma y arengando á los suyos. Así alcanzó la inmortalidad en los albores de la revolución, al trocar sus hábitos de apóstol por las

gallardías del paladín: ¡último destello de su ejemplar y luminosa vida!

Para el éxito definitivo de la contienda, era de interés capital propagar el espíritu de la revolución á banderas desplegadas de uno á otro confín del territorio cubano, con mayor altivez por las remotas comarcas que aun permanecían quietas, como sumidas en el letargo colonial, sin duda porque allí la dominación española había echado más hondas raíces que en Oriente, donde siempre la protesta armada halló eco y partidarios. En armonía con este radio de acción, extenso y complicado, la guerra habría de organizarse con moldes nuevos, desterrando la vieja rutina de los choques parciales sostenidos al amparo del bosque; medios que son de aplicarse cuando se trata únicamente de repeler la ofensiva del adversario, ó de prolongar la rebelión en condiciones ventajosas, pero de efímero resultado si hay que combatir contra un ejército animoso que puede reponer fácilmente sus bajas y que no desconoce la especialidad de esta clase de luchas. Error gravísimo ha sido en todo tiempo, y causa de no pocos desastres, la suposición de que el insurgente, aun antes de conocer lo más elemental de la milicia, supera al soldado regular en capacidad ofensiva, como si la aptitud batalladora fuese innata en el hombre ó vínculo solamente del sublevado. Por fortuna, los caudillos que debían imprimir sello adecuado á la nueva guerra y dirigirla por rumbos espaciosos, no participaban de semejante teoría (que tuvo sus hados en la ceguedad de las masas sublevadas, bajo el dominio de guerrilleros inexpertos), sino que, admirando el valor proverbial del soldado español, reconocían la utilidad de la instrucción militar y lo saludable de la disciplina, como bases esenciales de todo organismo armado, y nervio y sostén de los ejércitos. Por ellas habría de reglamentarse la milicia cubana para que pudiera competir con las armas españolas en la gran contienda que iba á emprenderse, la cual tomaría el carácter de pugna porfiada, con funciones vivas, rápidas mutaciones y combinados enlaces; era más indispensable, por lo tanto, la aplicación de aquellas reglas útiles y fecundas, sin las cuales, ó infringidas tan sólo, se estrellarían los esfuerzos del valor personal contra el firme dique de una oposición bien dispuesta. Los hechos de mayor arrojo, los actos de mayor intrepidez ejecutados aisladamente, acreditarían

el impulso ciego de la fogosidad y el menosprecio de la vida; pero sin resolver ningún designio de carácter general ó relacionado con el problema estratégico, á cuyo desenlace no pueden jamás contribuír las operaciones disgregadas. Los choques violentos, las acometidas furiosas al arma blanca por meros pelotones contra masas de infantería vomitando plomo por sus cuatro frentes, enriquecerían las páginas admirables del heroísmo cubano; pero, simples episodios, desligados de la acción principal, no harían desviar el curso de los sucesos en el grandioso escenario de la disputa armada, que sólo podía ventilarse á la tremenda y al por mayor. Hazañas que fueran trasunto vivo de la épica lucha de 1868, agrandarían, después de la derrota el monumento heroico consagrado por la devoción popular á los valientes que sucumbieron en aquella famosa jornada, pero no levantarían jamás el obelisco de la victoria. Para erigir el pedestal de la independencia bajo la tierra libertada, era preciso que á las ofrendas del valor y á los sacrificios de la abnegación, se uniera el esfuerzo metódico de las armas, la suma de todos los factores útiles que estuvieran al servicio de la patria, formando un cuerpo vigoroso, capaz de resistir las acometidas del adversario, y de rivalizar con él en marcialidad y consistencia. Extender el radio de acción hasta donde fuera posible, llevar la discordia á todas partes, guerrear, aquí y allá, lo mismo en territorio conocido que en regiones nunca exploradas por el insurrecto, éste era el objetivo de la campaña invasora, plan muy audaz, temerario, si se quiere, pero el único que podía conducir las armas libertadoras al coronamiento del ideal.

Examinando el tema desde otro punto de vista, como medida de previsión contra las corruptelas de la política que precipitaron en 1878 el triste desenlace de la revolución de Yara, no era menos atendible el propósito de invadir las provincias occidentales con las tropas animosas de Oriente, aprovechando para ello el período febril del entusiasmo, que siempre se manifiesta en los albores de toda jornada popular y arrebata el corazón del soldado en alas de la gloria. La dolorosa experiencia adquirida en la contienda de los diez años, mostraba al desnudo que los gérmenes de indisciplina revelados por primera vez en las *Lagunas de Varona*, así como la serie de intestinas discordias que prepararon más tarde el vergonzoso pacto del Zanjón, si

bien nacieron de rivalidades surgidas entre personajes ambiciosos, aspirantes á la dictadura y tocados los más de un regionalismo funesto, hallaron ambiente favorable en el ocio enervador de los campamentos, en la inacción de las armas y en la quietud licenciosa de los cuarteles generales; conjunto de miserias y desarreglos que minó por su base el régimen interior de la república, que trajo una situación abrumadora para el corto número de fieles que seguían abrazados á la bandera de Yara, y ocasionó la muerte de la revolución.

Aunque nada indicaba que pudieran reproducirse las tristes escenas de aquel turbulento período, no eran, sin embargo, de olvidarse los sabios avisos de la historia, no estando aún afirmada la revolución por la fuerza de las armas, los riesgos de la adversidad podían colocar en grave peligro su existencia. De sobra conocidos los agentes perniciosos que perturbaron la doble unidad del organismo revolucionario, no era pueril ó vano temor apercibirse contra ellos, sino previsora y útil medida; ni se hallará otra más adecuada al caso ni más fructuosa para el empeño capital que el rudo ejercicio sobre el campo de batalla: la mutación incesante de lugares, el cambio de decoración y de ambiente, las marchas forzadas por entre comarcas desconocidas, lejos del terruño natal y de las afecciones del hogar.

Por otra parte, los planes mismos del adversario, encaminados á localizar la insurrección en el departamento oriental (planes que diafanizó Martínez Campos á los pocos días de su llegada á Cuba), indicaban claramente la ruta que debía utilizarse para ocasionar grandes trastornos al gobierno español, que cifraba todo su prestigio en el mantenimiento del orden desde la línea divisoria de Camagüey hasta el límite occidental de la Isla. Poner en ejecución lo que el bando contrario trata de evitar, es lo procedente en esta clase de debates. Y si la jefatura del ejército español tenía el propósito de reforzar las fronteras de Poniente, para que los osados levantinos no pudieran franquearlas, estableciendo algo así como un cordón sanitario entre la región oriental y las demás provincias, romper ese cordón, é invadir el terreno sagrado, parecía lo más lógico y conducente al logro de nuestro objetivo.

¿Qué se encerraba detrás de las fronteras orientales?; ¿qué tesoros se escondían?; ¿qué *Nuevo Mundo* se ocultaba allí?...

Con efecto, había ricos filones que explotar y campos feraces que defender, á falta de mundos, de los cuales aquellas fronteras venían a ser otras columnas de Hércules, con la célebre inscripción, á guisa de espantajo, sobre la estacada de una trocha militar. Se encerraba allí la riqueza azucarera del país, cuyas fuentes necesitaba cegar la revolución porque de ellas obtenía pingües beneficios el gobierno opresor. La caña de azúcar, con sus dulzuras y regalías, exprimida inicuamente con el sudor del esclavo, fué auxiliar poderoso de la causa de España durante la guerra de 1868 y aun contribuyó á prolongar la contienda cuando estaba ya perdida para los cubanos, en atención á que el bando esclavista y los funcionarios que administraban los bienes embargados á los infidentes, se oponían al decreto de emancipación de los negros, que habían roto las cadenas de la servidumbre yendo á engrosar las filas de la libertad. Era, pues, de rigor lógico que otro tanto sucediera en la nueva lucha por la independencia de Cuba, si por poquedad en el esfuerzo revolucionario ó por fútiles miramientos á los intereses materiales, se daba ocasión á que la zafra se realizara sin hostilidad por parte de los rebeldes: cada trapiche se convertiría en baluarte, cada colonia en destacamento avanzado, cada un central en fortaleza invencible, y el gobierno español podría demostrar á la faz del mundo que la insurrección de Cuba carecía de vigor, puesto que las grandes industrias del país se consagraban tranquilamente á las faenas de la molienda. El mismo gobierno de los Estados Unidos veríase cohibido, si alguna vez pensaba reconocer la beligerancia de los insurrectos, en atención á que afluían al mercado de Nueva York los productos del territorio en guerra, como en los tiempos más bonancibles y fructíferos. Sabido es que la producción azucarera había triplicado después de la abolición de la esclavitud y que la zafra de 1895 ofrecía las mejores perspectivas.

La revolución necesitaba afirmar su pujanza por medio de hechos estruendosos que llevaran el pánico á las clases productoras del país, procedimiento eficaz de alarma y destrucción, el más adecuado para crear graves trastornos económicos en todas las esferas mercantiles. Por lejano que estuviera el desenlace, la revolución tenía que poner en vigor las leyes penosas é inflexibles de la guerra, porque á los cubanos que daban su vida por

la felicidad futura de sus compatriotas, abandonando hacienda, familia y bienestar, les asistía cabal derecho á que el país no correspondiera con ingratitud á sus enormes sacrificios, amparando ó sirviendo al enemigo con el pago de los impuestos de guerra, ni podía ser excusa bastante la observancia de igual proceder para con los revolucionarios, en consideración á que éstos no exigían más exacciones que las estrictamente necesarias, y, siendo, como era, supremo esfuerzo para conquistar la libertad y la honra de Cuba, tenían perfecto derecho á mantenerse del país en bien del cual se sacrificaban los patriotas.

Con ánimo resuelto, decisión inquebrantable y deliberado propósito de obtener por la violencia lo que por otros recursos jamás había de lograrse de España, la guerra calamitosa llevaría sus pendones hasta donde le fuera posible, devastando á su paso todo lo que sirviera de utilidad al ejército enemigo, todo lo que proporcionara subsidios al gobierno español ó diera fuerza moral á su bandera.

Para conducir á buen término la campaña de invasión,—vasta, difícil, y aun cabe decir, temeraria empresa, en que todas las ventajas estaban por los españoles,—se contaba con el patriotismo incomparable de los cubanos en armas; pero la magnitud de la obra de cuyo éxito dependía el triunfo de la revolución, en plazo más ó menos remoto, ó de lo contrario un estancamiento peligrosísimo, exigía, desde el punto de vista militar, una selección atinada de los componentes que habían de constituír el núcleo principal del ejército invasor. Destinado á un bregar incesante por territorios no conocidos, á tener que contrarrestar él solo el empuje de las falanges españolas, con más la hostilidad del país si no aceptaba buenamente la ruina decretada por la república, era máxima elemental que con la calidad del combatiente tenía que suplirse el exceso numérico de las fuerzas enemigas. Se necesitaban soldados aguerridos y briosos, que pelearan á pie lo mismo que á caballo; peones ágiles y robustos, que fuesen á la vez jinetes impetuosos; capacidad ofensiva y vigor físico: gente de guerra, en una palabra. No descuidó el general Maceo tan importante negocio en medio del constante batallar de aquella época, pues al paso que contendía diariamente con los españoles, ya en campo raso, ya provocándolos al pie de sus trincheras, ya saliéndoles al camino para atacar

sus convoyes, excogitaba el personal idóneo sobre el campo de la demostración real, que es el más adecuado para el examen de aptitudes guerreras. Como en todo levantamiento popular se enganchan hombres inquietos y de dudosa conducta que forman más tarde la levadura del desorden, trató el general Maceo de utilizar esos elementos nocivos alejándolos del ambiente propio, para emplearlos oportunamente en el servicio de las armas. "Todos aquellos—decía en las instrucciones reservadas "que dictó al efecto—que por su conducta sospechosa ó desarre- "glada puedan ser agentes de perturbación, ingresarán inde- "fectiblemente en la columna expedicionaria. Me propongo con "esta medida, depurar las fuerzas que han de quedar aquí, de "un sedimento pernicioso, y aprovecharlo por lejanas tierras, "á las que pretendo llegar por tenaz que sea la oposición del "enemigo. Allá podrán ser útiles esos hombres, y quizás logra- "remos modificar su condición moral con el rudo ejercicio de "las armas."

Entretanto el general Gómez, que á los pocos días de la muerte de Martí, se dirigió al territorio de Camagüey para encender el combustible de la rebelión, llevaba la campaña con prodigiosa fortuna, amedrentando á los españoles con la toma y destrucción de algunos cuarteles bien defendidos, hechos ruidosos que acreditaron la intrepidez del caudillo y el empuje y entusiasmo de las tropas cubanas. Una vez consolidada la revolución en Camagüey y elegido el gobierno de la república, disponíase Gómez á cruzar la línea fortificada de Júcaro á Morón para emprender activas operaciones en las márgenes del río Zaza, al frente de los patriotas villareños, equipados del todo con la primera expedición de armas que arribó felizmente á las playas de Cuba. El movimiento de avance iniciado por las fuerzas cubanas, tenía por objeto proteger el paso del cuerpo invasor oriental al mando de Maceo y vigorizar el alzamiento de las Villas con repetidas funciones de guerra. Y dióse ya el hecho,—de sobra vaticinado por los *cabecillas* rebeldes,—de que mientras la jefatura del ejército español aseguraba al gobierno de Madrid que el foco revolucionario se extinguía en Oriente, prendían las chispas del incendio en el centro del país.

En la corta entrevista que celebraron Gómez y Maceo el día 5 de Mayo para concertar las bases de la campaña de inva-

sión, se fijó la fecha en que habría de inaugurarse (el mes de Octubre), á fin de aprovechar la temporada de la seca y sorprender á los desprevenidos españoles de Occidente en las tareas de la zafra; pero no se determinó en dicha conferencia (porque no era posible fijarlo con exactitud), el número de soldados orientales que se necesitaba para el primer contingente, ni el cupo con que habrían de contribuír los demás distritos, en el supuesto de que la revolución se afirmara en ellos, ni sobre otros puntos interesantes se llegó á tomar acuerdo. Unicamente, al tratarse de la composición orgánica de la columna, se resolvió que fuera mixta; de las dos armas, infantería y caballería; esta última más numerosa, en atención á la mayor importancia de sus servicios y á su empleo frecuente en las exploraciones á larga distancia.

Próxima la hora de la partida, el general Maceo dispuso que el contingente expedicionario fuese de 2,100 hombres, entre infantes y jinetes; mas por falta de armamentos no pudo completarse esta cifra, lo cual no fué obstáculo, ni con la concurrencia de otras circunstancias desfavorables, para que el animoso caudillo oriental abriese la campaña de invasión en la época fijada de antemano. En resumen: el único preparativo serio fué la resolución inquebrantable de extender la guerra, de llevarla, en alas del valor y de la fe, hasta las ignoradas regiones de Occidente: ¡empresa gigantesca!

II

El campo de Dos Ríos

EL itinerario que siguió Martí para ir á la muerte no descubre la más leve señal que haga presagiar lo siniestro del destino á las miradas del observador más perspicaz; es, por lo contrario, ameno, pintoresco y aun bullicioso dentro de aquel panorama de la naturaleza, cuya esplendidez y cuyas galas no dejaban entrever el fondo del otro panorama donde la muerte estaba vigilante sobre las mismas riberas del río engañador.

Desde el 11 de Abril hallábase Martí en la tierra de sus amores, junto con Máximo Gómez, Francisco Borrero, Angel Guerra, Marcos Rosario y César Salas, seis hombres resueltos que se lanzaron al mar, bajo el ansia dominante de acudir puntuales á la cita del patriotismo, porque había ya sonado la campana de la revolución llamando á todos los fieles de la comunidad. Los expedicionarios hicieron rumbo á Guantánamo, en busca de los amigos que se encontraban en la montaña combatiendo por la libertad de la patria; vieron á José Maceo, á Pérez y á otros capitanes valerosos, con quienes departieron íntimamente sobre las cosas del país y las peripecias incontables de la aventura marítima. Maceo refirió los percances de la expedición, los terribles episodios del desembarco, su extravío en los montes de Baracoa al ser dispersada la pequeña hueste por las guerrillas españolas; y Gómez y Martí contaron lo más saliente de su viaje, no menos peligroso. Siguiendo la ruta hacia el distrito de Santiago de Cuba, encontraron al gran caudillo Antonio Maceo; ¡solemne y grata emoción! Estuvieron juntos Gómez, Martí y Maceo; núcleo que parecía inquebrantable. Martí desplegó las galas de su elocuencia en torno de la tropa oriental, que lo aclamó frenéticamente. Tomaron después el rumbo de Holguín en los primeros días de Mayo, deteniéndose

en cada vivac insurrecto porque la tropa estaba ansiosa de saludar á Martí y más ávida del deleite de su palabra encantadora. El día 12 de Mayo, habiendo cruzado los términos de Santiago de Cuba y Holguín, se dirigió la comitiva á la jurisdicción de Jiguaní para abrazar al benemérito caudillo Bartolomé Masó, antes de tomar la ruta del Camagüey, á donde Gómez y Martí pensaban dirigirse después de la entrevista con el general Masó. Siguiendo el cuadro de marchas que se habían trazado, Gómez, Martí, Borrero, Miró, y una escolta de cincuenta hombres veteranos que les dió Antonio Maceo, al despedirse de ellos en el ingenio Mejorana, acamparon el 15 en un pequeño sitio de labor, nombrado la *Bija*, próximo á la confluencia del Cauto y el Contramaestre, con objeto de esperar allí al general Masó que se hallaba en la jurisdicción de Santiago de Cuba, pero caminando hacia el lugar antes expresado, ó sea la zona de Jiguaní, en el límite de las tres comarcas, Jiguaní, Santiago de Cuba y Holguín. En el campamento de la *Bija* permanecieron hasta el 19, fecha de la catástrofe; pero con anterioridad (el 18), al tener noticia confidencial de que una columna española se dirigía de Palma Soriano á Jiguaní para abastecer los destacamentos de la línea, el general Gómez se propuso hostilizarla en el lugar conocido por Venta de Casanovas, que se encuentra en el camino real de la Isla, entre Remanganaguas y Baire, á cinco leguas próximamente de Dos Ríos; y con el intento mencionado salió Gómez del campamento de la *Bija*. Algunas horas después de la salida de Gómez, llegó el general Masó, ya de noche; y como es de suponer, él y Martí departieron alborozados después de los mutuos parabienes. El general Masó traía bastante tropa, unos 350 hombres, y como el paraje no era espacioso ni tenía pasto, acordaron levantar el campamento en las primeras horas de la mañana. Así lo hicieron al quebrar la aurora; vadearon el Contramaestre, que estaba crecido, dejaron un retén en una de sus márgenes y eligieron para nuevo campamento la finca llamada las Vueltas, dehesa limpia y dilatada. El general Gómez no había regresado de su excursión cuando Masó y Martí adoptaron aquel propósito, y como es consiguiente, Gómez al volver el 19 al campo de la *Bija*, siguió el rastro del núcleo hasta encontrarse con sus amigos en la finca las Vueltas. Eran las once de la mañana. De la columna española no se

adquirieron más noticias hasta que no sonaron los primeros tiros. La excursión que hizo Gómez no dió resultado, puesto que no halló al enemigo por aquellos contornos. Precedieron estas circunstancias más. Al llegar el general Gómez fué recibido en gran parada por toda la tropa allí reunida; la arengó el viejo soldado con la arrogancia en él peculiar; habló de los méritos del general Masó, de su conducta acrisolada y de su patriotismo excelente, y habló también Martí. ¡Qué oración aquélla, la última que pronunció su verbo maravilloso! Predicó el credo de la revolución con el fervor del apóstol, convencido de que la pureza del dogma es el sostén más firme del militante para llevarlo á la conquista del ideal, sin vacilaciones ni desmayos. Exhortó al auditorio, presa de emoción y enardecido, para que no abandonara jamás la senda del deber por inmensos que fueran los obstáculos que amontonara la adversidad. Era preferible la muerte silenciosa, lenta y cruel en medio de la soledad del bosque, como inmolación impuesta por el alma del luchador, que ve agotados todos los esfuerzos, á la vida ostentosa de los honores adquiridos al infame precio de la apostasía. Sentimientos hondos, que escapan á toda investigación, aspiraciones á la inmortalidad, traídas tal vez por el ambiente de batalla y algo más inefable, más íntimo y profundo, debió pasar en aquellos momentos por el espíritu de Martí, porque transfigurado por la pasión, dijo, en medio del éxtasis: ¡Quiero que conste que por la Causa de Cuba me dejo clavar en cruz! La multitud rompió el silencio y se desbordó en entusiasmo; aclamó al apóstol, al caudillo y al primer magistrado de la República. Escena indescriptible. Sentáronse á almorzar después que el general Masó, más conmovido que ningún otro, abrazó á Martí en presencia de la tropa oriental.

Es ahora de rigor explicar las circunstancias que se relacionan con la columna española que seguía por el camino real de la Isla, ignorante cuando acampó en la Venta de Casanovas, de que se hallaba en la *Bija*, lo más granado de la insurrección. El coronel Jiménez Sandoval, jefe de la columna, lo supo por un paisano, aunque no de un modo fidedigno, y sólo á las reiteradas súplicas de ese mismo paisano y de algunos oficiales, se decidió á probar fortuna marchando hacia la *Bija* en la mañana del 19, hora en que ya no estaban en dicho lugar ni Gómez

ni Martí. La noticia exacta y cabal la tuvo el jefe de la columna española por un mozo llamado Chacón, á quien Gómez y Martí, estando aún en la *Bija*, dieron el encargo de ir á la Venta de Casanovas á comprar algunos comestibles, eligiendo á dicho mozo porque no podía infundir sospechas al enemigo, en atención á que se había incorporado recientemente, y tenía todo el aspecto de un hombre pacífico, y pronunciaba el castellano con el acento de un bachiller de Salamanca. Fué Martí quien se fijó en estas minucias. ¡Qué bien pronuncia el castellano el joven Chacón!—dijo dos ó tres veces—celebrando el enfático acento del bachiller, el cual era de Bayamo y no salmantino.

Ya al final del almuerzo, oyéronse algunos tiros de fusil, aunque lejanos, y casi simultáneamente, dos jinetes, de una de las avanzadas traían la noticia de que los españoles se aproximaban, sin poder determinar nada más. Tocóse llamada y tropa, y montó á caballo Amador Guerra, siguiéndole los más expeditos de la gente de Masó, y como es de razón partieron á escape hacia el Contramaestre, por la misma vía del rastro, llegando hasta la primera guardia insurrecta sin encontrar huella de los españoles. Allí acudieron en seguida Gómez, Martí, Masó, Borrero, Masó Parra y varios oficiales y soldados, los primeros que montaron á caballo después de Amador, que había salido como un rayo, lo que él era en ímpetu y en fortaleza. Gómez requirió á Martí con estas palabras: "Martí, retírese, este no es el lugar de usted." Martí no obedeció el mandato. Era natural la desobediencia en quien pocos momentos antes enardeció á los actores con la bélica y famosa oración..... Y si este mismo entusiasmo y esta misma gallardía no es más que resultado del ardor que yo he prendido en esos buenos y esforzados corazones ¿cómo he de irme del palenque sin mostrar al mundo, aquí representado por el más fehaciente testimonio, que yo soy de la raza de los buenos que marchan intrépidos sobre las llamas? ¿Dónde está el cáliz, dónde la hostia del sacrificio sino á través de esa nube tempestuosa que descarga su furia sobre la tierra de promisión, al alcance ya de las manos que soliciten el más ostensible de los sacramentos? ¡Oh visión de mis amores, fantasma de mis ensueños, deidad encantadora de mis vigilias, viático augusto, al fin te acercas con la palma y

la corona del triunfo inmortal y el estandarte de la gloria desplegado al viento!...

Pero no estando allí los españoles era lógico pensar que se hallarían sobre el campamento abandonado de la *Bija*, ó tal vez en la prefectura de Pacheco, distante como un kilómetro del último paraje. Los estampidos habían sonado en aquella dirección, según manifestaciones de los soldados que estaban de vigilancia en el crucero del río, sobre una de sus márgenes. Fué necesario, para ir al encuentro de los españoles, dejar el camino abierto, propio para maniobrar la caballería, y tomar por una vereda de monte, adecuada para defenderla con infantería, y por otro callejón, aunque más amplio, que conducía á la casa de Pacheco. Se entró á rienda suelta; pero una emboscada de los españoles hizo la primera descarga, casi á quemarropa; allí estaba, pues, el enemigo. ¿Cómo y por qué había llegado hasta aquel lugar? Es ocasión de decirlo ahora. El joven que salió del campamento de la *Bija*, en busca de comestibles para el cuartel general, había caído en poder de los españoles, que marchaban hacia Dos Ríos y no hacia las Vueltas, donde se hallaban los insurrectos. Chacón se asustó al verse apresado por la vanguardia de la columna, y conducido ante el jefe, en vez de tragarse la lengua, cantó de plano. Reveló que él iba á comprar unos efectos para Gómez y Martí, que se hallaban acampados en la *Bija*, esperando al general Masó; exhibió el papel ó nota de los encargos, otro papel de Gómez dirigido al cantinero de la Venta de Casanovas, y entregó el dinero que le había dado el general Gómez para la compra de los artículos. Por eso la columna española se hallaba en las cercanías de la casa de Pacheco, con la vanguardia apostada en la boca del callejón, y el núcleo de la fuerza en línea de combate, junto al monte, de frente á la casa de Pacheco la infantería, y la caballería detrás de los corrales de la misma finca. Amador Guerra con la gente de Yara y Manzanillo, acuchilló el primer retén de los españoles, el que hizo fuego desde el callejón del monte y siguieron todos al aire de carga hasta dar vista al cuadro más sólido de la columna, que á su vez, al divisar á los insurrectos, rompió el fuego por descargas contra los grupos delanteros, enfilando los proyectiles por el callejón y una tumba de monte, más próxima al lugar del debate. Gómez hizo fuego per-

sonalmente con la carabina de su uso, apuntó también Borrero que era un tirador excepcional, apuntaron algunos más sobre el bosque y sobre los corrales de la casa de Pacheco; pero no era posible desbaratar el formidable obstáculo de una infantería bien situada, con dos frentes ofensivos y al amparo del bosque, que le permitía sostener la retirada hasta el paso del río, en el supuesto de que, batida por los fuegos del adversario, hubiese dejado el campo y tomado la dirección opuesta al emprender la retirada. De la manera que estaba planteado el debate era imposible que los insurrectos obtuviesen la victoria; los españoles se hallaban amparados por el bosque, y no tenían el río á sus espaldas; y los insurrectos, en menor número, á caballo todos, tenían el Contramaestre y el Cauto como vías de retroceso; si la columna hubiese embestido con vigor, todas las ventajas estaban, pues, por los españoles, y las suertes, echadas por el destino fatal, iban en breve á consumar la catástrofe. La maniobra de carga era ya infructuosa, no podía repetirse; y comprendiéndolo así el general Gómez, ordenó á uno de sus ayudantes, Augusto Feria, que comunicara al general Masó el mandato de retirada porque los proyectiles de los españoles amenazaban el único frente de los insurrectos y barrían el callejón del Monte. Martí se hallaba á caballo, con el revólver empuñado, de frente al enemigo, á un lado del monte. Pasó por allí un oficial, Angel Guardia, que iba á unirse al general Masó, después de haber cumplido una orden de éste, y díjole Martí: "¡Joven, vamos á la carga!"; y salieron los dos al limpio, al espacio menos intrincado, en medio de la confusión de aquellos momentos. Cayó Martí de dos balazos, uno de ellos mortal; fué herido el caballo que montaba, regalo de José Maceo, y muerto el caballo de Angel Guardia. Así se desarrolló el drama y se desenlazó, en menos de dos minutos. Los grandes infortunios suelen precipitarse así, súbita y momentáneamente. Cuando Angel Guardia se unió á la comitiva, lo contó á Gómez y á los que iban á su lado hablando de otras peripecias: "General, le dijo con la voz entrecortada: han matado al Presidente!" Y refirió los tristes pormenores del suceso.

En estos mismos momentos el caballo que montó Martí se dirigía hacia el grupo consternado; venía sin el jinete y chorreando sangre. Gómez buscó con prontitud á los más conoce-

dores del campo para arrebatarles el trofeo á los españoles: pero éstos, que habían identificado el cadáver de un modo inequívoco, por las manifestaciones de un oficial que conocía á Martí y por varios objetos que le hallaron encima, cartas y documentos, forzaron la marcha de retroceso para que la agresión de Gómez no les cogiera en el camino más peligroso. Jiménez Sandoval, jefe de la columna, dejó un papel á una mujer anciana que halló al paso, en el que escribió, entre signos masónicos, estos dos nombres: Jiménez Sandoval .·. —José Martí .·.—y le dió este recado verbal: "Dígale á Gómez que si Martí cura se lo devolveré, y si muere le haré un buen entierro". Aunque nada hay ya que tenga interés después de la sorpresa de la catástrofe, es conveniente señalar estos últimos pormenores para que la verdad histórica no sea jamás adulterada. El lugar del desastre se llama Dos Ríos por una razón de fácil inteligencia, y la gran desgracia acaeció á la una de la tarde del 19 de Mayo de 1895; era domingo.

Así, tal como queda narrado, entre episodios festivos y episodios bélicos, cayó para siempre el egregio cantor de la libertad, entre las flores de la montaña, el panorama de la naturaleza y el rumor del manantial, emblemas de su vida soñadora. Buscó él mismo la muerte (no cabe otra deducción dentro de la lógica humana), solicitado por la grandiosidad de su destino que le ofrecía aquella ocasión de alcanzar la inmortalidad, la primera que le brindaba la fortuna, creyendo que el acaso no iba á presentarle ninguna otra más propicia ni más memorable.

III

La Constitución de Jimaguayú

A mediados de Septiembre quedó constituído el gobierno de la República con arreglo á los moldes trazados por un previsor y elevado criterio, que limitó en un consejo ejecutivo todas las atribuciones legislativas y administrativas, dando á la vez esfera de acción propia al poder militar, á fin de que una trabazón demasiado complicada entre los dos elementos no entorpeciera el curso de las operaciones, del que dependía no sólo la estabilidad del gobierno, sino la vida misma de la República cubana. Jamás en asamblea alguna de representantes de un país para sentar las bases de su constitución política sobre principios nuevos, presidió un espíritu más previsor que en las sesiones celebradas en los históricos campos de Jimaguayú por los delegados del pueblo cubano en armas, al votar el Código fundamental de sus derechos civiles dentro de las anómalas circunstancias de la guerra. Jóvenes en su mayor parte, pero con juicio propio de la edad madura, y bien penetrados de la misión que allí les congregara, dieron hermoso ejemplo de patriotismo activando los debates, eliminando de ellos la polémica enojosa y apasionada y yendo al remate de la obra con la prontitud que exigía el mandato popular: obra, pues, meritoria, como fruto de puras intenciones, que será en todo tiempo simpática á cuantos hayan sentido la devoción del ideal durante aquel hermoso período del entusiasmo exaltado y de la fe ardiente, en que se evocaban los manes de los héroes de la independencia para emular con sus virtudes y como ellos ofrendarse en aras del deber.

Podrá la crítica escrupulosa hallar lunares de bulto en el texto de la Constitución de Jimaguayú y las opiniones dividirse respecto á la bondad de su doctrina, estimándola incompleta, y

en desacuerdo con los principios democráticos, por no haber concurrido á ella la institución de las cámaras populares, pero, eso aparte, que ni siquiera fué materia de discusión en dicha asamblea, quedará inalterable el sello revolucionario en el acta de Jimaguayú, estampado con resolución varonil por los representantes de Cuba libre. Del espíritu ingenuo que guió á esos hombres, de la rectitud de sus propósitos y de su ferviente entusiasmo, pueden dar muestra las siguientes frases que figuran en el preliminar del documento:

"La Revolución por la independencia de Cuba, en su nuevo "período de guerra, iniciado el 24 de Febrero último, solem- "nemente declara la separación de Cuba de la monarquía espa- "ñola, y su institución como Estado libre é independiente, con "el nombre de República de Cuba, y confirma su existencia "entre las divisiones políticas de la Tierra. Y en su nombre y "por delegación especial que al efecto les han conferido los "cubanos en armas, declarando previamente ante la patria la "pureza de sus pensamientos, libres de violencia, de iras ó de "prevenciones, y sólo inspirados en el propósito de interpretar "en bien de Cuba los votos populares para la institución del "gobierno provisional de la República, los representantes de "la Revolución, en Asamblea constituyente, han pactado ante "Cuba y el mundo, con la fe de su honor empeñado en el cum- "plimiento, los siguientes artículos..."

Por el primero se declaraba que el Gobierno supremo de la República residiría en un Consejo compuesto de un presidente, de un vicepresidente y de cuatro secretarios para el desempeño de los asuntos de Guerra, del Interior, de Relaciones Exteriores y de Hacienda, cuyas atribuciones se determinaban en los artículos sucesivos. Correspondía al Consejo dictar todas las disposiciones relativas á la vida civil y política; imponer y percibir contribuciones, emitir papel moneda, etc.; conceder patentes de corso, levantar tropas y mantenerlas; someter á los tribunales al presidente y demás miembros del Consejo, si fueren acusados, y deponerlos por causa justificada, y organizar el Poder judicial, el que obraría con entera independencia. Por otros artículos se declaraba que las fuerzas armadas de la República y la dirección de las operaciones estarían bajo el mando y autoridad del general en jefe, no pudiendo intervenir el Con-

sejo de Gobierno en los asuntos militares á menos que no fuese absolutamente necesario para la realización de altos fines políticos. La Constitución regiría dos años, á contar desde la fecha de su promulgación, si antes no terminaba la guerra, y cumplido dicho plazo se convocaría nueva asamblea de representantes, la que podría modificarla, aunque sin alterar lo esencial, esto es, la independencia absoluta de Cuba. Tal es, en síntesis, la Constitución de 1895, que subsistió inalterable hasta el mes de Septiembre de 1897, en que la nueva asamblea de representantes la modificó en parte, aunque sin agregarle el adorno del Parlamento.

La presidencia del Consejo de Gobierno recayó en el ciudadano Salvador Cisneros, integérrimo patriota que había desempeñado el primer puesto de la República en la guerra de los diez años; y la vicepresidencia la obtuvo el benemérito patricio Bartolomé Masó. Para la Secretaría de la Guerra fué designado el general Roloff, veterano conocido; para la de Hacienda, el licenciado Severo Pina; para la del Interior, el doctor Santiago García Cañizares, y la de Relaciones Exteriores, cartera la más importante en aquel período, la obtuvo el joven abogado Rafael Portuondo. La asamblea proveyó también los puestos de general en jefe y de lugarteniente, siendo designados por aclamación Máximo Gómez y Antonio Maceo; y el de Delegado del partido revolucionario, vacante por la muerte de Martí, que recayó en el íntegro patriota Tomás Estrada.

Los trabajos preparatorios para la organización del régimen político los inició el general Maceo después de la muerte de Martí, ya que era preciso que alguien tomara la iniciativa en negocio de tanto interés público, que no pocos creían paralizado indefinidamente por virtud del lamentable suceso ocurrido en la acción de Dos Ríos. Hallándose Maceo en Vijarú (Holguín), donde se recibió la noticia del doloroso acaecimiento, invitó á varios jefes y oficiales allí presentes para que emitieran su parecer sobre el sistema de gobierno que, á juicio de cada uno, mejor respondiera al estado de la Revolución: se reunieron en junta el general de brigada Luis Feria, los coroneles Manduley y Miró, los oficiales Sánchez, Corona, Palacios y Maspons, y los abogados Portuondo y Salcedo, los seis últimos pertenecientes al Estado Mayor del general Maceo. Salvo alguna que otra

diferencia secundaria, unánime fué la opinión de que el poder ejecutivo debía residir en un directorio compuesto de pocos miembros y con atribuciones legislativas. Unánime fué también el pensamiento de otorgar á la dirección del ejército la mayor suma de facultades compatibles con las instituciones de la República, con lo cual se quitaría toda ocasión de rozamientos entre los funcionarios de uno y otro orden y se haría inexcusable la responsabilidad del poder militar. Aquella Cámara, turbulenta y facciosa que se alimentó de pequeñas intrigas, y que consumó la más grande de las iniquidades derribando de su alto puesto al glorioso caudillo de Yara, no podía tener cabida entre los revolucionarios de 1895, bien aleccionados en la historia ejemplar de las disensiones políticas que produjeron el fermento de las *Lagunas de Varona* y cavaron la negra sima del Zanjón.

La juiciosa doctrina sustentada por el parlamento de Vijarú, prevaleció más tarde en la asamblea constituyente.

IV

Le Revolución de Febrero

LAS causas que dieron origen á la insurrección de 1895, causas visibles y ruidosas, no ignoradas y ocultas, no eran ya las mismas que medio siglo antes produjeron los primeros conatos de separatismo y la fuerte explosión de Yara en 1868; ni los hombres que agitaron las pasiones del país para que éste volviera á sublevarse contra la metrópoli, después de los horrendos estragos de dos revoluciones, pertenecían al rango social de los primeros. A partir del Zanjón hasta 1895, durante diez y siete años continuados, las expoliaciones, los privilegios de tutela y de casta, los abusos, la falacia, la constante persecución, el entronizamiento de todos los desafueros y de todas las burlas por parte de España, habían tomado vuelo prodigioso, ó lo tomaban cada vez mayor, junto con la vulgar pedantería de los caballeros de Real Orden que aquí sacaban las uñas del jaguar y el pico del milano.

Los hombres de 1868 eran personas ilustres por su linaje y posición social, con influencia decisiva en el país, dueños de rico patrimonio, ó letrados de fama aquellos que carecían de grandes bienes de fortuna. Al mérito personal unían el brillo de las riquezas; y al adoptar el nombre de libertadores de su país, llevaron consigo las servidumbres de su propiedad que representaban millonadas de pesos. A esta suma de prestigios agregaron timbres de más alto precio; se desprendieron de sus bienes materiales y entregaron al siervo la carta de ciudadanía. La conducta no pudo ser más elevada: al lado de la máxima colocaban el testimonio más elocuente.

Pero los hombres que organizaron la nueva y eficaz rebelión contra España, no reunían el brillo de las riquezas ni el mérito de la novedad. Por lo contrario; la novedad de la tesis sepa-

ratista quedó sepultada entre los escombros de dos revoluciones; con ella se enterraron las esperanzas de los devotos, con las esperanzas, el culto de las almas virtuosas, y todas las glorias de los magnates y guerreros barridos, con sus patrimonios, por el huracán revolucionario. De la bandera de Yara no quedaba más que el sudario fúnebre, oculto ó perdido en la vasta necrópolis de nuestros montes impenetrables. Céspedes y su brillante Parlamento estaban sepultados en la fosa del olvido. Todo conato de resurrección parecía empresa de visionarios. El bosque no traía más que rumores tristes al oído sutil del avisado insurrecto. Parecían decirle, con los ecos de la lejana batalla: no vuelvas á esta ciudadela, antaño amiga, y hogaño traidora; aquí vela la escucha pérfida, el guerrillero mercenario, el cazador furtivo. Dentro de mi seno está el estandarte de la fe; yo lo guardo como reliquia santa, pero no intentes venir por él, buscando la huella de los difuntos. Si traspasas los umbrales de esta espesura, serás vendido por el guardián que observa tus pasos, agazapado en la vereda próxima. No es la conseja del monte la que te habla: es la voz amiga que trata de alejarte de la muerte traidora.

Pudiera decirse que hasta el horario de lo porvenir quedó interrumpido después de la última campanada, como reloj descompuesto que sigue con las agujas en el mismo lugar de la esfera, sin avanzar un solo paso. El despertador había marcado la intentona de 1890; el timbre sólo levantó á unos pocos que salieron precipitadamente, sin aviarse. Desde entonces aparecía roto.

Fuera del país, un apóstol predicaba constantemente; exhortaba á los buenos y maldecía á los réprobos, pero no convencía á la turba incrédula, más numerosa y agrupada que el auditorio devoto, y siempre dispuesta á mofarse del misionero. Martí, verbo de la revolución, predicaba entre proscriptos: él mismo estaba proscripto de su tierra.

Los agitadores de Cuba, los que aquí bregaban á la faz de las autoridades sañudas, sin perder ocasión de herir, con el mismo encono que ellas perseguían á los laborantes, y sin dejar para el día siguiente la tarea demoledora, si estaba preparada desde la víspera; esos hombres, ardorosos y batalladores, no podían hacer más: estaban siempre en la brecha con la pluma y

con la palabra, con el dicterio y la provocación. ¡En la brecha!—era el título común de las producciones literarias que encerraban materia sediciosa. Tras la brecha del laborantismo, desde la cual los agitadores disparaban con bala roja—otra expresión de uso corriente—venía el asalto de la redacción, el secuestro de la tirada y el auto de rúbrica, en papel de oficio. El editor responsable iba á dar con su péñola atrevida al fondo de las galeras carcelarias, en donde proseguía la tarea demoledora. ¡Demolamos!—decía la inscripción ó epígrafe del nuevo editorial. Todos juntos, los escritores de libelos difamatorios, no podían aprontar una fianza de mil pesos para responder al llamamiento de la justicia airada. El despotismo de las autoridades superiores y la influencia de los caciques, necesitaban la cooperación de la tiranía judicial. Las Salas de segunda y los jueces de término, la ejercían sin escrúpulo alguno, pero extremaban la nota integrista los jueces cubanos: los *austriacantes serviles*. Cuando no les era posible preparar un asesinato jurídico, en complicidad con la Guardia Civil ó con el matón de la cabecera, mataban el periódico á fuerza de procesos, de multas y de fianzas enormes (1). Hubo una época en que el integrismo de arriba apeló á procedimientos caballerosos; trató de matar con la espada y la pistola; al frente de los periódicos de su partido colocó sargentos espadachines ó maestros de armas, que se hacían responsables del insulto soez y no daban satisfacción. Era, pues, forzoso apelar al desafío bravo: unas veces caían cubanos y otras veces españoles de primera clase, porque también en las redacciones de los libelos separatistas figuraban

(1) Los periodistas que lucharon con mayor empeño, desde 1889 á 1895, fueron: Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily, Enrique José Varona, Manuel de la Cruz, Eduardo Yero, Federico Pérez Carbó, Manuel Linares, Enrique Collazo, Fermín Valdés Domínguez, Bernardo Costales, Ricardo Arnautó, Ernesto Usatorres, José Clemente Vivanco, Enrique Hernández Miyares, Aurelio Ramos Merlo, Joaquín Aramburo, Francisco López Leiva, Eduardo Varela Zequeira, Desiderio Fajardo ("El Cautivo"), Santos Villa, José de Armas ("Justo de Lara"), José B. Alemán, Miguel Fleites, Francisco Frexes, y es también razón que pongamos el nuestro, puesto que fundamos y dirigimos "La Doctrina", de Holguín y posteriormente "El Liberal", de Manzanillo. Entre los oradores más fogosos sobresalía Miguel Figueroa, poco menos que excomulgado por el Directorio autonomista. El diario "La Lucha", aunque su propietario y director no hubiese abrazado el credo del separatismo, prohijaba los trabajos de Enrique José Varona y Juan Gualberto Gómez, ya fuesen de crítica, ya de violenta impugnación á la tesis del integrismo.

hombres de armas tomar, y tan amigos de lances personales que, cuando no existía la ofensa, la inventaban y exigían inmediata reparación. Dígalo el duelo de Cervantes con Lachambre, y el duelo de Dosuville con Alberto Jorrín, entre otros, igualmente terribles. El bullanguero general Salamanca fué el primer mantenedor de esos certámenes peligrosos. Trajo de Madrid una cohorte de camorristas y una baraja de plumas mercenarias. Fundó un periódico titulado *La Prensa*, para que defendiera su política caprichosa y aquí halló plumas más violentas y espadas de mejor temple. Salamanca efectuó un paseo por el interior del país rodeado de un Estado Mayor de truhanes y espadachines, además del zaguanete de alabarderos que mandaba Don Texifonte. Venía á moralizar, y murió podrido.

Los hombres que levantaron la bandera del separatismo, sin tener otro campo que la prensa y la tribuna, halláronse de súbito, después de la muerte de Salamanca, completamente aislados. El partido autonomista, que durante el efímero mando de aquel alborotador, daba alientos á los perturbadores del sosiego público, porque de Salamanca sólo recibió groserías y desprecios, se convirtió en dócil auxiliar del orden material y abogó por el restablecimiento de la paz moral, hondamente perturbada, creyendo que el simple proyecto de reformas administrativas sería el primer paso del gobierno de España en pro de la autonomía completa; esa autonomía, ó gobierno del país por el país, era el bello ideal de los letrados que pretendían dirigir la opinión desde las alturas de la jurisprudencia, con el Derecho Romano, las Pandectas y el catecismo de la Razón Pura. Esos ínclitos varones, tan llenos de ciencia abstracta, se pusieron del lado de España incorregible y contumaz. Ellos mismos le dieron esos títulos en otras ocasiones y ahora esperaban reformas y actos de espléndida generosidad. Los cubanos intransigentes, los cubanos separatistas hubieron de convencerse, no sin estupor, que el directorio autonomista era leal al gobierno español, absolutamente leal, aunque la suspicacia integrista no creía en tales protestas de adhesión. Los corazones separatistas quedaron conturbados con el descubrimiento de última hora: el desengaño era terrible. No se podía contar con ningún personaje de valer, con ningún partidario de la evolución, con ningún autonomista que tuviera título universitario. Los sabios, los historiadores

y los filósofos de mayor prez, entendían que el mundo americano podía ser regido por las metrópolis caducas del viejo mundo. Un hecho de muy escasa monta, la simple oferta de unas reformas administrativas, hizo cambiar toda la decoración antillana. Ellos obtendrían los laureles de la victoria, no entonces, sino seis años después, cuando España fuese vencida en Ultramar, para que pasaran por el sonrojo de ver el pendón de Cuba libre sobre el capitel del palacio donde funcionó el gobierno efímero y detestable de la autonomía huera. Pasado el primer momento de estupor, los actores separatistas dieron una silba estruendosa á los representantes de la comedia vil y pusieron al desnudo la tramoya, y la farsa y la complicidad de los unos y de los otros, reformistas y autonómicos. Estos acababan de encender el reguero de pólvora; no se habían chamuscado las manos y se lavaban en las vasijas del ministerio de Ultramar con agua del Manzanares. Una crecida del Cauto, otra crecida del turbulento Yara, era lo único que podía lavar al país, lleno de mugre y de miseria!

Así las cosas, llegó el año 1894.

Gobernaba la Isla el general Emilio Calleja, hombre de bien y religioso, y enemigo á la par de los conservadores que rechazaban el ensayo de las reformas administrativas, y el gobernante estaba dispuesto á implantarlas mientras el Gabinete de Madrid sostuviera el mismo criterio. Calleja, devoto de la iglesia y comensal de los jesuítas, estaba dominado por su mujer, repartidora de prebendas, y por un tal Sanchiz, especie de factótum de Palacio, y secuestrado, ó poco menos, por los prohombres del reformismo. El *Diario de la Marina* ostentaba la representación más alta del nuevo partido; cortaba el bacalao en Palacio, junto con Sanchiz, la Generala y los diáconos de Belén. Repartían prebendas y credenciales de Ultramar: hacían vistas de las Aduanas, administradores de propios, comisarios de policía, alcaldes en comisión, jueces de entrada, regentes de territoriales y alguaciles de apremios: removían el mundo oficial de Cuba. Los autonomistas ortodoxos estaban en auge; les tocó algo en la distribución de premios á la lealtad. Un autonomista tibio era un conmilitón del reformismo; comulgaba en el mismo altar de Belén. Este ascendiente de autonomistas y reformistas, arrobados delante de Nuestra Señora de Viñalet, dispensadora

de estampas y credenciales, precipitó la revolución. No era posible tolerar por más tiempo la nueva farsa oficial que, sobre el engaño y la doblez, echaba sobre el país dormido otro manto de corrupción, tal vez más denso que el de los integristas; éstos procedían á las claras; los reformistas con hipocresía y ficción. Llegó un momento en que los separatistas intransigentes simpatizaban con los conservadores acérrimos y se hacían solidarios de sus quejas y despojos. Los conservadores tenían valor y franqueza; herían de frente, no ocultaban sus odios ni renegaban de su historia, mientras que aquéllos, tránsfugas del integrismo, con las manos aun ensangrentadas y la conciencia empedernida, hacían un cuarto de conversión material para obtener el disfrute del patrimonio.

En los últimos meses de 1894 se produjo una fuerte agitación en todo el país. El movimiento insurreccional estaba señalado para el 10 de Octubre, aniversario de Yara. Fracasó porque no estaban en correspondencia los comités de Santiago de Cuba, Baire, Manzanillo y Holguín, focos principales de la conspiración de Oriente, y no pudo transmitirse la orden á causa de un formidable temporal que interrumpió las comunicaciones por tierra durante seis días. Sin embargo, los integristas que se hallaban vigilantes, pudieron anotar los síntomas de aquella agitación, y el general Lachambre adoptó algunas precauciones en Santiago de Cuba. Además, al noticiársele desde Manzanillo que el director de *El Liberal* se hallaba en Holguín, envió un telegrama cifrado al brigadier Garrich, para que el revoltoso Miró fuese arcabuceado y enterrado al emprender el camino de regreso á Manzanillo.

La trama no surtió efecto ni entonces ni después. Los laborantes redoblaron el empuje, para que dentro del plazo más corto estallara el incendio. Espantaban á los campesinos pacíficos con los relatos de los componentes: sembrar el terror era cosa saludable. Toda pareja de la Guardia Civil, pareja de verdugos, tenía la misión de exterminar á las familias cubanas que residían en los despoblados. Un puesto de la Benemérita era una ergástula de la inquisición: allí se torturaba al campesino, obligándole á cantar por las cuñas y el vergajo, lo que desconocía en absoluto: un depósito de armas que no existía, ó una proclama filibustera que no se había editado. La Guardia

Civil, con sus desmanes, ayudó eficazmente á la obra revolucionaria, porque aparte de los atropellos perpetrados por ese Instituto, salvaguardia del orden y amparo del hombre de bien, se le achacaron otros hechos más horribles, de carácter monstruoso. Los conspiradores no eran los llamados á depurar la verdad; pregoneros de un partido enconado, pronto á romper con la iniquidad colonial, no podían detenerse ante ningún falso testimonio, sino más bien admitirlo, y reconocer su evidencia. Por eso, en las publicaciones de matiz separatista, las hazañas de Manuel García hallaban eco simpático y se enaltecía el reinado del bandolero, porque un hombre fuera de la ley era un factor de desorden, y al desorden general íbamos todos.

Martí, el predicador de la revolución, había logrado, á fuerza de trabajo ímprobo, concertar las voluntades de los emigrados que no parecían dispuestos á renovar la lucha en los campos de Cuba. No les faltaba razón para la negativa, porque la larga serie de fracasos les había aleccionado. Los experimentos *in ánima vili* podían más que todas las razones del convencido predicador. La victoria alcanzada por Martí se supo en Cuba oportunamente. Circuló la noticia de que Máximo Gómez, Crombet, los hermanos Maceo, Serafín Sánchez, Roloff y otros caudillos de la independencia, estaban de acuerdo con Martí en la obra revolucionaria. El golpe no podía retardar. Sin embargo, retardaba para los conspiradores del país, que vivían en constante inquietud, perturbados por el ardor de la fiebre patriótica. En Octubre la maquinación se hizo evidente; poco después, nuevas manifestaciones ruidosas volvieron á descubrirla. Por las calles de Holguín paseó una cabalgata de campesinos con exhibición de machetes. Los manifestantes dieron vivas á Cuba libre, á la faz de las autoridades. En Santiago de Cuba y en Manzanillo los autonomistas ortodoxos no pudieron reorganizar los comités del partido, porque á ello se opusieron el director de *El Triunfo*, Eduardo Yero, y el director de *El Liberal*. Era necesario estar ciego ó ser víctima del hechizo autonómico, para no comprender el origen de tales rupturas inesperadas. En todas las poblaciones donde existían juntas secretas, se ensayaron análogos procedimientos. Además, la Junta Central autonomista excomulgó á los perniciosos de la comunidad que preconizaban la violencia. Los perniciosos sa-

caron partido de la excomunión mayor, fulminada por unos obispos de aleluyas. Salieron de la Habana varios comisionados de significación revolucionaria, entre ellos, Enrique Collazo, que iba á ponerse de acuerdo con el comité central de la emigración, presidido por Martí; y tales viajes no podían ser de recreo, sino con un fin que no escapaba á los sabuesos del integrismo. Los hechizados eran los únicos que se burlaban de los conspiradores, á quienes tenían en concepto de visionarios. Otros agentes recorrían el litoral de la Isla para comunicar á los diferentes comités las últimas noticias del extranjero. La conspiración tenía ramificaciones en todo el país. Juan Gualberto Gómez dirigía los trabajos en el departamento occidental; el jefe de Matanzas era el doctor Pedro Betancourt; en Villaclara, el delegado de Martí era Francisco Martínez Pupo; en Cienfuegos, Antonio Reguera, persona de gran influencia; en Remedios estaba el general Carrillo. En Manzanillo presidía el comité separatista Bartolomé Masó, el cual se entendía á su vez con la gente de Bayamo y Holguín; en Santiago de Cuba Rafael Portuondo, Guillermo Moncada, Eduardo Yero, Francisco Sánchez, Federico Pérez, Tomás Padró, Antonio Colás y Desiderio Fajardo, entre otros, alentaban la conspiración y organizaban los grupos que debían lanzarse al campo; el general Moncada, como jefe militar del distrito, se entendía á la vez con el grupo de Baire; en Guantánamo, el coronel Pedro Pérez organizaba á toda prisa el levantamiento; en Camagüey, el Marqués de Santa Lucía reunía adeptos, como en la época de su brillante juventud: Salvador Cisneros era el patriota de siempre. Cada uno de esos corifeos, en su distrito respectivo, dirigía una agrupación más o menos numerosa, con entera independencia en algunos lugares. Como en todo el país existían partidas de secuestradores, era forzoso que los conjurados del campo se entendieran con aquéllos, para el fin que se perseguía. Aunque el árbol tenía que crecer puro desde la raíz—declaración del apóstol—dentro de aquel estado de cosas no podía prescindirse del eficaz apoyo del bandolerismo y de sus encubridores. Sostener otra tesis es falsear la verdad histórica. El delegado de Martí, Juan Gualberto Gómez, dirigía con la mayor cautela la conspiración, como hombre avezado á esta clase de faenas, en las que el sigilo es condición indispensable para el éxito,

pero no era posible evitar las manifestaciones imprudentes á causa del mismo entusiasmo de los secuaces. La histórica Acera del Louvre era un hervidero, sobre todo, á la salida de los teatros; formaba allí corrillos la juventud valerosa ostentando el aire de batalla; especie de bolsín abierto, donde se cotizaban con pasión las noticias de última hora. Sonaban á veces bofetadas y se concertaban desafíos. De la Acera partían los emisarios, los duelistas, los padrinos y los jueces de campo. Era el cuartel general de la Habana. Las juntas secretas que celebraba Gómez en distintos lugares de la ciudad, á las que asistían el general Sanguily, el coronel Aguirre y los conjurados de más significación, se traslucían casi siempre, porque el entusiasmo de los jóvenes de la Acera era tal que seguían los pasos de los conspiradores para que éstos no pudieran negar la celebración de la junta. En el mes de Diciembre poco faltó para que esos jóvenes de la vanguardia separatista no hicieran una manifestación de desagrado al coronel Lacret, a quien creyeron perjuro por no haberse sublevado en Oriente, de donde regresaba á la sazón, enfermo y abatido. Lacret no podía divulgar la causa verdadera del fracaso y devoró, por lo tanto, en silencio, la imputación de que era objeto.

La trama revolucionaria estaba extendida por todo el país al alborear el nuevo año; no faltaba más que la orden del levantamiento. No existían depósitos de armas ni pertrechos. El arribo de buques misteriosos y los alijos de contrabando en las más ocultas ensenadas, eran puro invento del laborantismo. Los dos últimos fracasos de Martí, uno de ellos la empresa atrevida del joven Loynaz en la ciudad de Puerto Príncipe, y la captura del cargamento de la Fernandina, no contuvieron el impulso de la conspiración; por lo contrario, se propaló la noticia de que en Camagüey existía un arsenal y que lo de la Fernandina era una patraña de los españoles: el entusiasmo popular completó el éxito. Sin fábulas y aparato escénico, ninguna jornada de esta índole tendría jamás inauguración propicia.

Por fin, llegó la orden del levantamiento, acordado por Enrique Collazo, Martí y el consejo militar, para el último domingo de Febrero. Nadie advirtió que era el domingo de Quincuagésima; tal vez, de haberlo advertido, se hubiese cambiado la fecha, posponiéndola ó adelantándola, pues parecía

raro que el primer día de carnaval empezara el drama de la revolución.

Entretanto, el general Calleja dormía sobre los laureles de las reformas. Cuando despertó era ya tarde; tocaba en todas las parroquias la campana de somatén. Si alguien le reveló la maquinación separatista, el gobernante no le dió crédito mientras los hechos no vinieron á demostrárselo de un modo palmario. Creía Calleja que la agitación del país era cosa de los conservadores, dispuestos á gritar Cuba libre y á realizar actos de marcada hostilidad contra el gobierno, con tal de hacer fracasar el plan reformista y poner en evidencia al representante de España y á los admiradores de su política. La conspiración vino á descubrirla dos ó tres días antes del levantamiento. Se enteró por los avisos telegráficos que le enviaron las autoridades de Santiago de Cuba, de Guantánamo, de Matanzas y de otros lugares de la Isla, aparte de que en la misma Habana se traslucía la proximidad de la crisis. Juan Gualberto Gómez había abandonado la población y tomado el tren de Matanzas. Este famoso conspirador avisó por telégrafo á Manzanillo el mismo día 22, estampando en el telegrama, al pie de la letra, las palabras y la firma convenidas con anterioridad. El despacho telegráfico iba dirigido á Celedonio Rodríguez, y decía textualmente: "Diga director Liberal publique el domingo 24 artículo recomendado.—Martínez"; seudónimo convenido entre el director del periódico y el delegado de Martí. Con anterioridad, en la segunda quincena de Enero, uno de los conjurados más discretos, Juan Latapier, pasó por Manzanillo, en comisión de Gómez, para avisar á los conspiradores de aquella localidad, y lo propio hizo con los de Santiago de Cuba después de haber conferenciado con el general Moncada (Guillermón), cuyo ascendiente era poderoso entre los veteranos de la raza negra y entre los blancos de verdadero patriotismo. Moncada se puso en comunicación directa con Saturnino Lora, que dominaba en Baire San Bartolo, pueblo casi desconocido á la sazón, y de ruidosa celebridad desde el 24 de Febrero de aquel mismo año. Salieron de Manzanillo el día 22 todos los conspiradores del grupo que dirigía Bartolomé Masó, para alzarse en Calicito el 24, fecha del movimiento insurreccional. El gran patriota Bartolomé Masó, acompañado de Celedonio Rodríguez, coope-

rador eficaz y de mucho valimiento, de Dimas Zamora, Pascual Mendoza, Enrique Céspedes, Vicente Pérez, Lorenzo Vega, Amador Guerra, Manuel Torriente y algunos más, cuyos nombres no es posible retener en la memoria, estableció en Calicito el primer vivac insurrecto, enarbolando la bandera de Yara con la misma fé que Céspedes la desplegó en 1868. De Calicito á la Demajagua no hay más que un paso, y sin embargo, del primer acontecimiento al segundo mediaban veinte y seis años de dolor. Pero ya los hombres volvían á la palestra con el entusiasmo juvenil. El tiempo, con sus estragos y vicisitudes, parecía no haber transcurrido, pues cerca del sitio memorable se repetía la misma aclamación. El director de *El Liberal*, José Miró, salió para Holguín, dando aviso telegráfico á los hermanos Sartorio, con las cifras convenidas oportunamente; al pasar por Barrancas, camino de Bayamo, la misma noche del 22, comunicó á Esteban Tamayo la orden del comité de Manzanillo. Tamayo, con buen golpe de gente, se pronunció el 24 en las cercanías de la histórica ciudad, junto con Joaquín y Francisco Estrada; en Veguitas lo efectuó Masó Parra con otro grupo numeroso. Casi simultáneamente, salieron de Santiago de Cuba los conspiradores de mayor significación: Guillermo Moncada, Rafael Portuondo, Eduardo Yero, Sánchez Vaillant, Juan Maspons, Mariano Corona, Alfredo Jústiz, tomando rumbos distintos y esparciendo la noticia del levantamiento por caseríos y despoblados. Quintín Bandera se hallaba en el monte, al frente de una comitiva de veteranos, lo propio que Hierrezuelo, Victoriano Garzón, Cartagena y varios cabecillas más, que estaban alerta en la montaña, con los retenes prevenidos y las consignas de rigor. Si al ¡quién va! del centinela insurrecto, el viajero no respondía Cuba libre, fuego sobre el explorador que asomara la cabeza por el trillo de la avanzada. El domingo 24 se rompieron las hostilidades en las cercanías de Guantánamo; las rompió un bisoño, Enrique Brooks, que se pronunció en la zona de los ingenios. La gente veterana repitió la función en distintos lugares del territorio, capitaneada por Pedro Pérez, Prudencio Martínez y otros soldados de Cuba libre que por tercera vez empuñaban las armas por la causa del país.

El aviso telegráfico de Juan Gualberto fué áncora de salvación para los conspiradores de Manzanillo y Bayamo, pues á

las pocas horas el Alcalde corregidor de la primera localidad, y el comandante militar de Bayamo, recibían órdenes estrictas del capitán general para que prendieran á Bartolomé Masó, á Celedonio Rodríguez, á Miró, á Francisco Estrada, y á cuantos más se hubiesen señalado en la propaganda separatista. El general Lachambre, gobernador militar de la provincia de Santiago, el jefe de la Guardia Civil y la Audiencia enviaron a Calleja los nombres y filiación de cada conspirador; las generales de dichos individuos y sus domicilios estaban anotados en el libro secreto, ó registro de sospechosos, aparte de que, los más de ellos, habían sido enjuiciados por excitación á la rebelión. Era ya tarde para la captura de los *criminales*, reos de lesa majestad: la justicia histórica, una justicia parcial, apasionada y abominable, no iba á dejar la Sala de las ejecuciones para ir á notificar los autos de procesamiento.

En Santiago de Cuba, donde Lachambre quería hacer y deshacer, invocando el fuero militar y la proclamación de la ley de Orden Público, no se tomaron medidas violentas por la energía y caballerosidad del gobernador civil Don Enrique Capriles, que se las tuvo tiesas con el general Lachambre, con los magistrados de la Audiencia y el Obispo, constituídos en junta de autoridades. El hidalgo Capriles, español valeroso y militar de pundonor, no permitió que mientras no hubiese resignado el mando civil de la región, se hicieran detenciones de sospechosos. Gracias á Capriles, salieron del país algunos cubanos de significación separatista que no tuvieron oportunidad de montar á caballo el día 22 de Febrero, en que principió la alarma. En las demás ciudades de la isla se procedió con rigor contra todos aquellos que no pudieron salir al campo con dos días de anticipación al de la fecha señalada para el levantamiento. Proclamada la ley de Orden Público el 23 de Febrero, fueron detenidos en la ciudad de la Habana el general Julio Sanguily, el coronel José María Aguirre, Ramón Pérez Trujillo, Juan Mata y Francisco Gómez de la Maza, á la vez que algunos otros en distintos lugares de la provincia, lo propio que en Matanzas y Santa Clara. Fueron también encarcelados tres importadores de armas de fuego, Eladio Larrañaga, Ignacio Lazaga y José Velazco, y un mecánico, Agapito Anitua, por considerarlos coautores en la rebelión. En la capital de Pinar

del Río se procedió de la misma manera. Se halló un depósito de veinte carabinas y una caja de pertrechos en una cañada de las Ovas (denuncia que hicieron los celadores Ubieta, Cañal y otros pajarracos) y se encarceló, en virtud del hallazgo, á toda la humanidad filibustera de Vuelta Abajo. En Remedios fué detenido el general Carrillo. La lista de sospechosos sólo era exacta en la comandancia militar de Santiago de Cuba.

Entretanto, los tres partidos legales, el conservador, el reformista y el autonomista, expresaban solemnemente su firme adhesión á la causa de España y ofrecían vidas y haciendas ante el altar de la soberanía nacional: un ofrecimiento palatino. Ninguno de los oficiantes se sentía con impulsos de llevar á la práctica el fervor de sus oraciones. El partido autonomista explicó su conducta con relación al pasado, al presente y á lo futuro. Le habló al país, en el tono magistral de siempre (el país no le hizo caso). Entre otras declaraciones proféticas, estampó la siguiente, como fin de sermón: "La actitud de los que se han colocado fuera de la ley, caso de que pudiera prevalecer, llevaría el país á la barbarie, á la ruina y á la muerte". Estos conceptos los grabó la Junta Central Autonomista en un documento famoso, famoso por lo vituperable, que circuló por toda la Isla á raíz de la insurrección de Febrero calificada, por los intelectuales de aquella cofradía, de obra nefanda y criminosa, levantada por los odios de razas inferiores, sedientas de venganza, y con el maridaje de gente aventurera y bandidos de profesión!

En Occidente se rompieron las hostilidades el día 24, en los campos de Ibarra, provincia de Matanzas. Hacia dicho lugar se había encaminado Juan Gualberto Gómez, acompañado de un pequeño grupo de fieles, para pronunciarse con López Coloma, de profesión telegrafista, que tenía su residencia en el ingenio Ignacia, cerca del lugar antes citado. Dieron el grito de independencia el día 24 en el paradero del ferrocarril, y se lanzaron al campo. Jornada infructuosa, y á la par fatal para los sublevados, pues perseguidos por las fuerzas del gobierno, y sin guías seguros, hubieron de diseminarse después de un choque con la Guardia Civil y de otra lucha en terrenos del ingenio Ignacia. Casi deshecha la partida, un grupo, en el que iban Juan Gualbelto Gómez y Coloma, se encaminó á los Cuabales

de Santa Elena, en donde tuvo fuego, y más tarde en un cañaveral del ingenio Antonia. En este lugar hubieron de rendirse los insurrectos, porque estaban circunvalados por fuerzas del regimiento Pizarro y la policía de Matanzas. Juan Gualberto iba á ser muerto allí mismo. Se entregó, para no morir asesinado; lo propio hizo López Coloma. Fueron conducidos al ingenio Ignacia, y después á la Habana. El gobierno procedió con felonía y extremado rigor con los dos rebeldes, por cuanto habiéndose acogido al bando del Capitán General y hecha la declaración indispensable ante el alcalde de Sabanilla, fueron encarcelados y sometidos á un proceso militar sin fundamento ni razón legal para ello. Los demás individuos de la partida no sufrieron vejamen, sí, Juan Gualberto y López Coloma. Era el proceso del odio autonomista y del odio integrista contra el revolucionario radical y patriota intransigente, que pregonaba la guerra como único medio de obtener la salvación del país, y no se equivocaba. La saña del Directorio autonomista está demostrada en una circular que dirigió á los comités de Oriente en los primeros días de Marzo, con el propósito de tranquilizar á sus feligreses amados. "Muerto Manuel García y presentado Juan Gualberto, solamente algunos ilusos pueden mantener el funesto error de la descabellada aventura". La tesis del nuevo sermón se encaminaba á inculcar la idea de que la intentona era obra perversa de los bandoleros y de los negros racistas. Cuando Martí llegó á Cuba, nosotros le dimos una copia literal de dicho documento, y nos consta que se disponía á impugnarle, en nombre de Juan Gualberto y de los negros calumniados por los ilustres autonomistas, pocas horas antes del desastre de Dos Ríos. Un personaje de la jurisprudencia autonómica, que ha figurado en todas las situaciones, sin resolver su propia situación, dijo que Martí había muerto "como quién era: ¡como un payaso!" A Juan Gualberto Gómez lo envió Martínez Campos á los presidios de Africa, donde ya estuvo en otro período de perturbación, y á López Coloma lo fusiló Wéyler.

Otra víctima de los odios autonomistas fué el general Sanguily, á quien abominaban y temían. Depusieron contra él con saña implacable, al oído de los capitanes generales; trataron de complicarlo en la realización de hechos vandálicos, como instigador de ellos, y las autoridades españolas sacaron partido de

tal delación, absolutamente falsa, para humillar la altivez del valeroso insurrecto que, si bien vivió desolado durante un largo período en las prisiones de la Cabaña, no bajó la cerviz ni transigió jamás con sus perseguidores. El le dió ánimo á López Coloma al marchar éste para el patíbulo de los Laureles, gritándole, desde la reja de la prisión: "¡Coloma, muere con valor, recuerda que eres el hombre del 24 de Febrero!" "Así lo haré, General—contestóle la víctima—moriré gritando ¡Viva Cuba libre!, viva la independencia de mi patria!" Y así sucumbió el protagonista de Ibarra, mientras las turbas le llamaban *perro mambí* y un capellán le abofeteaba el rostro!

El suceso más ruidoso del 24 de Febrero fué la sublevación de Baire, ó sea Baire San Bartolo, pequeño caserío en el camino real de Bayamo, entre la Venta de Casanovas y Jiguaní, á dos leguas de este último lugar. Saturnino Lora, terrateniente de la comarca, hombre audaz, pero de aspecto tranquilo, y si bien joven en 1895, jefe de familia, casado y con hijos, con muchos parientes en la misma comarca, pues todos sus antecesores habían formado allí familia y todos tuvieron prole numerosa; ese campesino, poco menos que ignorado, preparaba la conspiración desde meses atrás. Se hubiera levantado en Octubre del año anterior, si las cosas no hubiesen tomado otro giro á causa del temporal que impidió la circulación de las órdenes necesarias. Al recibir el nuevo aviso de Moncada, dos ó tres días antes del señalado para el levantamiento, esperó el domingo 24 sin descuidar la vigilancia sobre el telégrafo y los puestos de la Guardia Civil, pues el 22 se observaba algún movimiento por la Venta de Casanovas. Llegó el domingo ansiado. Hallábase la multitud en una lidia de gallos y entregada á las diversiones propias del día festivo, á mayor abundamiento por ser Carnestolendas. Una parte de la multitud tenía conocimiento de la trama, pero la mayoría ignoraba en absoluto la maquinación, y estaba muy lejos de sospechar que el pasatiempo bullicioso terminaría en jornada bélica. Saturnino Lora, con los arreos de Marte, acompañado de sus íntimos, tres hermanos, algunos parientes, y de Florencio Salcedo, soldado viejo, se lanzó de pronto en medio de la multitud en jolgorio, y la arengó calurosamente. Es fama que dijo: "Compañeros, ha llegado el momento de marchar á la pelea. A estas horas los buenos patriotas están ya en el

monte, arma al brazo. Dentro de pocos días desembarcarán Martí, Máximo Gómez, Maceo y los demás generales emigrados. Yo estoy en inteligencia con Guillermo Moncada, el cual se ha comprometido á enviarme armas y pertrechos por el camino de Cuba. De todos modos, la protesta es á tiros, y para demostrarlo, empiezo por disparar los seis tiros de mi revólver. ¡Viva la Independencia! ¡Viva Cuba libre!"—y todos los concurrentes se echaron vía afuera, llevando de capitán al gallardo mozo que de campesino se trocaba en paladín. Se realizaba una vez más el apotegma de un ilustre historiador: "La mejor espada es la que se hace con la reja del arado".

¡Hermoso y animado panorama el de nuestras campiñas al brillar los albores de la Revolución! El suceso de la víspera era ya conocido, no se sabe cómo, en todo el inmenso escenario oriental, de un ámbito á otro, sin que la novedad del acontecimiento despertara la menor inquietud entre aquellos pobladores. Puede decirse que lo esperaban con afán, tal vez sorprendidos de la demora inexplicable que dejaba incumplida la adivinación de lo pervenir con las señales evidentes de la proximidad venturosa, dejando fallidos el pronósticos y la esperanza. Ellos se entregaban á la adivinación nocturna de las almas sencillas y de los corazones devotos, que sintiendo el fervor del culto dentro de su existencia y las grandes armonías de la fe, discurren sobre las cosas inmutables de la naturaleza, viendo el anuncio deseado en lo que es obra de la mecánica universal. Ellos creyeron ver un astro más rojizo en el horizonte; el aumento del Gran Carro de la noche al dar la vuelta sobre su eje; las siete Cabrillas más agrupadas; la estrella del Pastor alumbrando el cauce del río antes que la cumbre del promontorio; y dieron fe á los acentuados rumores de que brillaba otra vez la luz misteriosa de Yara, más intensa después del último eclipse. Si la gente no estaba prevenida desde media noche, es innegable que al nacer el sol se despidió del hogar, de la casa y del labrantío, de la tierra cultivada, de la yunta dócil y de las aves domésticas, para ir en busca del tumulto atronador, que sonaba allá abajo con acentos inequívocos de revolución. Por dondequiera se veían grupos de campesinos á caballo; salían del fondo del bosque, de la llanura limpia, de lo alto de la sierra, de la cuenca del río, convocados no se sabe por quién ni por qué pre-

gones; acudían, sin embargo, al llamamiento de la patria, aviados del todo, en son de guerra. El sitiero dejaba su estancia, el veguero las posturas, el labrador los utensilios de trabajo ¡todo el mundo abandonaba la faena á medio hacer! Cuba necesita de sus brazos, y allí estaban ellos: la labor del campo, las atenciones de la hacienda, los cuidados de la familia, ya no interesaban ¡primero era la patria! Hoy que se contempla el cuadro al través de un velo de melancolía, aparece aún más grande la figura del campesino en los momentos de soltar los aperos de labor, sorprendido en sus tareas por la mágica voz de Yara ¡la profética audición de la leyenda oriental! Ella resonaría dentro del bosque, al pie de la montaña y sobre la extensión de la sabana, á una misma hora, y movería las tumbas de los buenos, de los primeros caudillos y de los fieles soldados que juntos perecieron en aras del ideal, y haría palpitar el corazón del labrador, deteniéndolo, con los bueyes enyugados, al ir á emprender la tarea reparadora, tal vez con la reja ya en el surco y el cordel tendido sobre el comellón! ¡Oh héroe anónimo de todas las batallas por la libertad, olvidado en el palenque de las disputas políticas, donde se gastan los hombres y se derrumban los más sólidos caracteres al estrago de las pasiones: tú, soldado raso, á quien se deben los trofeos gloriosos que engalanan el monumento ideal; tú, campesino humilde, orlado un día con las insignias del guerrero y que vuelves inválido al sitio de tus querencias y no hallas tierra labrada, ni amor, ni corazones amigos en que depositar tus cuitas, porque todo se lo llevó el huracán devastador de la guerra, á tí, misérrimo hoy, brazo robusto y solicitado ayer, á tí se debe la victoria y la república, no á los cañones extranjeros, porque sin tu eficaz asistencia, tu práctica ingeniosa y el valor indomable de tu espíritu, la Revolución hubiera muerto al nacer, debido á la poquedad del esfuerzo primordial, y Cuba estaría sujeta al poste del oprobio, mostrando las heridas del cruel azotamiento!

¡Sombra augusta de Céspedes, sombra gloriosa de Martí y almas inmortales de todos los caudillos que aun vagáis por la inmensa soledad de nuestros montes, visitad las tumbas de los héroes humildes que os siguieron y acompañaron en las dos épicas jornadas del patriotismo, y echad flores silvestres sobre esas sepulturas anónimas que constituyen el triste cementerio

de la patria en la gran soledad de nuestros bosques! Si la patria oficial ó la república no levanta un mausoleo que perpetúe el valor y la abnegación de los héroes ignorados, que sostuvieron en sus hombros la república fundamental, combatida á sangre y fuego, y por ella se inmolaron, quede, al menos, el consuelo de que hay sombras ó fantasmas luminosos que discurren por el vasto cementerio del país!

Gracias á la pasmosa actividad que desplegaron algunos jefes aguerridos, pronto las partidas sueltas que recorrían el territorio sin objetivo determinado, se hallaron agrupadas en unidades tácticas, bajo el tipo de escuadrón y de compañía; de tal suerte, que los generales Gómez y Maceo al darse cita en el campamento de la Mejorana, pudieron revistar en correcta formación dos mil hombres aguerridos, perfectamente equipados, y una buena reserva de reclutas. Los trabajos de organización que iniciaron los jefes locales en sus respectivas zonas, contribuyeron á la obra definitiva de la misma, que acometió con celo infatigable el animoso caudillo oriental al tomar el mando del ejército. Si ella no alcanzó ni entonces ni después el grado de perfección que pudo dársele con sólo simplificar algo más su estructura, debido fué á razones ajenas en parte á la milicia, cuya explicación hallará la sana crítica en la confusa aglomeración de tantos factores heterogéneos que concurren en todo levantamiento, las cuales difícilmente hallan acomodo dentro de los estrictos moldes del organismo militar. Al lado de oficiales expertos y animosos, la gente joven aprendió la instrucción en los combates de los *Negros, el Iguanábano, Yuraguana, Paso del Muerto, Ramón de las Yaguas,* los *Moscones,* la *Breñosa,* el *Jobito, Sao del Indio,* y en el más célebre de *Peralejo,* disputando la victoria á las aguerridas tropas españolas, no obstante la superioridad de sus armas. Debido á estos y otros hechos gloriosos, la Revolución tomó grande incremento entonces, y ya en el mes de Julio (después de *Peralejo*) constituía formidable amenaza contra la soberanía de España.

Los dos primeros caudillos de la revolución en el departamento oriental, fueron los beneméritos patriotas Bartolomé Masó y Guillermo Moncada; aquél, como jefe del movimiento en los distritos de Manzanillo, Bayamo, Jiguaní, Tunas y la parte occidental de Holguín; y el segundo, de Santiago de Cuba,

Guantánamo, Baracoa, Sagua y demás zonas del Este de la provincia, comprendiendo en dicha agrupación la parte oriental de Holguín. Muerto el valeroso Moncada á los pocos días del alzamiento popular, sin que le cupiera la dicha de medir sus armas con los españoles, le tocó al general Masó ejercer la jefatura de todo el departamento hasta la llegada de Maceo, el cual asumió el mando del ejército y dióse á conocer como jefe de las divisiones orientales, aunque esto no tuvo efecto en la práctica sino algunos meses después, al aceptar el susodicho general Masó la vicepresidencia de la República.

Desde los primeros días de la insurrección el vasto departamento oriental aparece dividido en dos grandes comarcas militares, separación que ya subsistió en la guerra de los diez años, impuesta por la estructura del territorio, la situación de los principales grupos montañosos y el curso de los ríos, especialmente del Cauto; accidentes naturales que imprimen sello distinto á cada una de las comarcas geográficas, dibujan paisajes completamente diversos y dan fisonomía peculiar á sus respectivos moradores, aunque en fibra y en vigor, en patriotismo y en altivez, todos los orientales son idénticos. Sobrios y frugales sobremanera, valientes y sufridos, dotados de un instinto guerrero maravilloso, con rara habilidad para las cosas más difíciles del arte militar, ingeniosos en el campamento, bravos en la pelea, sagaces en las correrías, siempre bien hallados entre la espesura de los bosques, alimentándose de raíces cuando las contingencias de la lucha exigen el ayuno y la ocultación; como peones inmejorables, como jinetes los más impetuosos, sus virtudes bélicas eclipsan las de los pueblos más rudos y batalladores de la antigüedad, sin que jamás resulte apócrifo ningún relato extraordinario que pondere la energía y abnegación del insurgente oriental, en las dos grandes jornadas por la libertad de Cuba. Quien cantara en metro heroico las proezas de esta región indomable, no tendría que esforzarse mucho en buscar episodios dignos de la epopeya; en cualquier lugar campestre, hoy refugio y cuartel de patriotas inválidos, hallaría rica colección de anécdotas hazañosas con que embellecer los cantos del poema.

La serranía, el llano, el monte firme y la pradera risueña, la costa escarpada y el estero arenoso se pueblan de patriotas

al lanzarse al campo los demás caudillos veteranos, la gente vieja del 68, pronunciamiento que afirma y robustece la vida de la Revolución, en el período más expuesto de su desarrollo. Abandonan el terruño, soltando bueyes y arado, para ir á rescatar la heredad de la patria que yace en horrible servidumbre.

No es menos extraordinario el incremento que ha tomado la rebelión en Vuelta Arriba, ó sea la parte oriental de la provincia, cuya línea divisoria parece ser el río Cauto, en donde se hallan los grandes núcleos montañosos de la cordillera llamada la Maestra y la vegetación es aun más exuberante, más tupida, más selvática, por decirlo así, con ser tan soberbia en todo el departamento, y los bosques son más alterosos, se ven árboles de mayor tronco y altura, hay desfiladeros más profundos, peñascos más enormes, sitios más románticos á propósito para la imaginación oriental: de esta portentosa naturaleza arranca sin duda la afirmación de que aquí el sol calienta más fuerte y las tempestades son más bravas; cosa que atestiguan los indígenas de esta parte de Oriente. Con efecto—os dicen en seguida—aquí están el *Aserradero, Cambute, Daiquirí, Brazo-Cauto, Firmeza, Siboney,* las tierras de *Majaguabo, Jarahueca* y las cuchillas *del Toa!* Tal parece, en verdad, que estos nombres encierran algo muy robusto y á las veces melancólico.

Casi toda la tropa oriental se halla en marcha en los días de mayor expectación, cuando circulan las primeras noticias de haber desembarcado los Maceo, Crombet, Gómez y Martí; estos son los nombres que suenan con antelación y los que agitan los corazones con mayor vehemencia. Ahora—exclaman á una voz los orientales de Vuelta-Arriba porque son los primeros en saberlo:—¡ahora se salvó la Revolución! ¡Cuba será libre! Hay en el suceso algo de venturoso y profundamente encantador. A la gran inquietud que dominaba los ánimos mientras las noticias eran confusas ó contradictorias, ha sucedido el desbordamiento del entusiasmo popular, ocasionado por el alborozo de los vaticinios cumplidos. Es el período culminante de la fiebre patriótica, que abre manantiales de vida, en vez de provocar crisis peligrosas. Todo el mundo tiene prisa en alistarse; se nutren los escuadrones, cobran consistencia las partidas que vagaban por el territorio sin objetivo determinado, se levantan otras nuevas como obedeciendo á un mágico resorte, y bajo el

impulso de la corriente, que viene de arriba, de los altos farallones costaneros, se derraman por el valle de Maroto y por las riberas del Cauto crecido, que ayuda a transmitir el feliz acontecimiento con su corriente impetuosa. Por él navegan las piraguas indígenas en son de regatas.

V

Maceo en Oriente

Llegada del Caudillo.—Sus primeras operaciones.—Excursión por Holguín y Gibara.—Famosa acción de Peralejo.

Se ha censurado que Maceo hubiese asumido el mando de las tropas orientales al venir de la emigración para tomar parte en la nueva lucha por la independencia de Cuba. ¿Cuál otro con más títulos? Los que reprobaron aquella resolución, debieron, ante todo, haber rivalizado con Maceo en aptitudes militares; bregar como él, como él hacerse temible de los españoles, como él conocer los resortes de la guerra y manejarlos con el arte singular que le ha valido la reputación de gran capitán. Y de no sentirse con bríos para tanto, haber tenido al menos el valor suficiente para oponerse á dicha resolución, si es que ella acusaba arbitrariedad ó sed desmedida de mando. No han meditado seguramente, que si Maceo no se proclama jefe de la región oriental, al encontrarse con el primer cuerpo de guardia de los cubanos, yendo errante por el bosque, las tropas mismas lo alzan por caudillo (1).

(1) Maceo desembarcó el día 1º de Abril, en la playa de Duaba, jurisdicción de Baracoa. Con él, á bordo de la goleta "Honor", venían los siguientes expedicionarios: generales Flor Crombet y José Maceo; coroneles Agustín Cebreco, Patricio Corona y Adolfo Peña; tenientes coroneles Silverio Sánchez, José Arzeno y Areil Duverger; comandante Juan Fustier y oficiales Joaquín Sánchez, Domingo Guzmán, José Palacios, Franck Agramonte, Alberto Boix, Manuel Granda, Isidoro Noriega, Jesús Santini, Tomás Sainz, José Limonta, Jorge Traver, Luis Henríquez y Luis Soler. Ocuparía un libro el relato de las peripecias desastrosas que sufrió la pequeña hueste en su azarosa excursión por las sierras de Baracoa y Guantánamo. A las pocas horas de haber desembarcado tuvo el primer encuentro con las tropas españolas, que fué victorioso para los expedicionarios; pero, perseguidos después con tenacidad tuvieron que fraccionarse para buscar salvación y sufrió cada uno de

Desembarcó en mañana neblinosa y á la ventura, sobre playa inhospitalaria y desierta de patriotas, sin oír otro ritmo al tocar la tierra de Cuba que el profundo y triste del oleaje rompiente, al que pronto siguió el cañonazo de alarma. El enemigo, en vela, organizó la caza contra la pequeña comitiva, acosóla por entre la sierra, la batió aquí y allá, hasta ponerla en completa dispersión, no sin apoderarse del cadáver de Flor Crombet, triunfo señalado para los españoles y pérdida grande para los cubanos. Orientándose por el sol y las constelaciones, después de peligros incontables, de peripecias y necesidades capaces de hacer apelar al suicidio, logró por fin la salvación y hospitalidad cariñosa en un destacamente que registraba el monte, buscando las huellas de su idolatrado General: ¡eran soldados de su antigua escolta!

Al saber los españoles que Maceo se hallaba entre los suyos é ileso, se prepararon para el combate formal comprendiendo que la cosa iba de veras, y el general Martínez Campos se dispuso á dirigir personalmente las operaciones militares, estimando como negocio secundario la acción política, en la que había cifrado hasta entonces sus lauros de Pacificador. Efectivamente; la guerra cambió de aspecto bajo la dirección del caudillo cubano, que imprimió á la campaña el sello de su rara actividad y las manifestaciones de su genio emprendedor. Los tiroteos cobraron intensidad y se multiplicaron; las plazas españolas se creyeron inseguras; se peleó en campo raso; hubo choques terribles, en los que jugó el arma blanca; vinieron á las filas los viejos soldados que sólo esperaban la llegada del capitán; todo el mundo ocupó su puesto.

---

los grupos una serie de descalabros. Las guerrillas de Guantánamo, yendo en persecución del grupo en que iban José Maceo y Flor Crombet, mataron á este último mientras hacía centinela, y se apoderaron de su cadáver. Llegó un momento en que Antonio Maceo se vió completamente sólo y extraviado, sin auxilio de ninguna clase, alimentándose durante cinco días con naranjas silvestres; apenas podía andar cuando halló la salvación. Desde el instante del desembarco hasta que encontró asilo seguro, habían transcurrido diez y ocho días, de penalidades incontables. De los veinte y tres expedicionarios que vinieron en la goleta "Honor" solamente quedaron trece con vida: los demás cayeron en el campo de la lucha y sus gloriosos restos están diseminados por toda la vasta necrópolis que fabricó la mano de la guerra. Diez de los expedicionarios, hechos prisioneros poco después del desembarco, permanecieron presos en el Morro de Santiago de Cuba casi toda la campaña; puestos en libertad á fines del 97, se incorporaron nuevamente al Ejército libertador.

Sobre la marcha, en el mismo vivac hallado a la casualidad, dictó una orden general dándose á conocer como jefe de Oriente, y autorizando á sus subalternos para que fusilaran sin formación de causa á todo emisario del gobierno español que viniera al campo de la Revolución con proposiciones de paz basadas en la autonomía, ú otro orden de pactos que no fuese el reconocimiento explícito de la independencia de Cuba. Y corrió á encender la guerra. Esto, así contado, acontecía el 20 de Abril, y tres días después se situaba sobre la línea férrea de Sabanilla y Maroto, cambiando tiros con todos los destacamentos españoles que guarnecían dicha línea. El 5 de Mayo se entrevistó con Gómez y Martí en el campamento de la Mejorana, concertando con el primero el plan de la campaña de invasión; y emprendió en seguida una serie de activas operaciones con objeto de distraer la atención del enemigo y proteger la marcha de aquellos compañeros que se dirigían hacia Bayamo, la cual comenzó con el ataque del poblado del Cristo, situado en la línea férrea antes citada, y culminó en la montaña de Guantánamo con el disputado combate del Jobito (13 de Mayo), que les costó á los españoles, entre otras pérdidas, la muerte del teniente coronel Bosch, jefe de la columna, que gozaba de grandes prestigios. A su regreso de Guantánamo realizó la brillante excursión por el distrito de Holguín; pasó de la ciudad de este nombre a dos kilómetros de distancia, y desplegando toda la caballería en las sabanas inmediatas, esperó en vano el ataque de la división española que mandaba Suárez Valdés, quien torció el rumbo, al reconocer la retaguardia de Maceo. Esta excursión por la zona de Holguín fué muy provechosa, pues no solamente se proveyeron los cubanos de muchas vituallas, sino que determinó el levantamiento de algunos barrios de dicha comarca y también el cantón de Gibara, pueblo muy realista. Los nuestros penetraron en Buabajaney, Yabazón y Fray Benito, con alguna hostilidad por parte de sus destacamentos, y destruyeron de pasada un tramo de la línea férrea en el punto conocido por Aguas Claras, donde fué acuchillado un retén de los españoles. Continuó Maceo la marcha por el distrito de las Tunas sin que el enemigo diera señales de vida durante esa larga y ruidosa excursión; y por la margen occidental del Cauto regresó á los cuarteles de Baraguá, dejando afirmada la Revolución en todos

los lugares visitados por las huestes libertadoras (1). El distrito militar de Holguín contaba con fuerzas suficientes para batir á Maceo en aquella ocasión; pero Suárez Valdés, que mandaba en jefe, no se arriesgó á trabar combate, á pesar de las provocaciones que se le hicieron en las sabanas de la ciudad, en los potreros de Guaramanao, dos días después, y en las cercanías de San Agustín de Aguarás, más tarde; conducta inexplicable que se comentó muy desfavorablemente para el jefe español.

Realizadas con brillante éxito las excursiones por los distritos de Holguín y Santiago, en las que se empleó todo el mes de Junio, el insigne capitán de la milicia cubana, tan famoso por la bravura como ilustre por sus talentos, se encaminó á la jurisdicción de Bayamo con el propósito de trabar pendencia con las columnas que operaban en esa comarca y tenían la misión de abastecer los destacamentos de la línea central, y especialmente la cabecera del distrito, la histórica ciudad de Bayamo. Esta plaza, por su antigua nombradía y la situación geográfica que ocupa, lejos del litoral, y á veces aislada por la crecida de los ríos que atraviesan aquella vasta superficie, inspiraba el más vivo interés á las autoridades españolas, que consagraban á su mantenimiento la mayor solicitud para que no fuera en ninguna ocasión recuperada por los secuaces de Céspedes. Para nuestros parciales era siempre la ciudad santa, poblada de visiones y hechizos. La tradición popular daba aún carácter de profecía á la misteriosa luz que vieron en Yara las almas devotas, caminando sola de monte en monte, y elevándose hacia el cielo de Bayamo. El abastecimiento de dicha plaza era un problema militar erizado de obstáculos, ya partieran los convoyes desde Manzanillo, ya se organizaran en Cauto Embarcadero cuando las provisiones eran transportadas por esta vía fluvial, y desde Cau-

(1) Es de mencionarse en este lugar la fundación de "El Cubano Libre", periódico que se editó en la anterior campaña bajo los auspicios de Céspedes, el caudillo de Yara. Sabedor el general Maceo de que en terrenos de Nipe existía una imprenta, ordenó al brigadier Feria que marchara á incautarse de ella, operación que se llevó á cabo con éxito, y reapareció "El Cubano Libre" en los campos de la lucha, como órgano de los revolucionarios en Oriente. Maceo encomendó la dirección del periódico á uno de sus ayudantes, Mariano Corona, el mismo que hoy lo dirige en la ciudad de Santiago, y nombró regente y jefe de talleres á José Heredia. El primer número vió la luz el 3 de Agosto de 1895, y sin interrupción siguió editándose en la manigua hasta que terminó la guerra.

to se emprendía la caminata por el desierto de Punta Gorda. Los bosques y las praderas de aquel territorio han sido testigos de encarnizadas luchas en las dos campañas de Cuba, y las corrientes del Cauto han llevado hasta el mar sus aguas enrojecidas por la sangre de los reñidores. La sabana de Punta Gorda, Jucaibana, el Boquerón, el Tuabeque y otros sitios de paso inevitable para ir á Bayamo, han sido lugares de fuertes disputas que la historia ha señalado con precisión en los anales de la guerra.

El viernes doce de Julio acampó Maceo en las vegas de Yao, á media jornada del camino real de Manzanillo á Bayamo. Maceo venía á la sazón de Santiago de Cuba, y por lo tanto, el camino expresado le quedaba al Norte. Conducía las mismas fuerzas que le acompañaron en las últimas excursiones, á saber: la infantería de Rabí, la gente de Quintín Bandera, dos escuadrones del regimiento Céspedes y la escolta del cuartel general; allí se le unió otro escuadrón al mando de Masó Parra; por junto, 700 hombres de pelea, con municiones suficientes para sostener un combate de dos ó tres horas; pero con el embarazo de una impedimenta numerosa constituída por los reclutas que engrosaban diariamente las filas insurrectas, esperando la ocasión de coger un fusil que les diera el rango de combatientes. Maceo tuvo la noticia de que en el publo de Veguitas se organizaba un convoy, el cual, probablemente, emprendería la marcha á Bayamo dentro de dos ó tres días. Interesaba saber qué contingente armado llevaba la columna y quién era jefe de la unidad; circunstancia aquélla de difícil indagación, porque nuestros confidentes abultaban y disminuían las cosas de este orden, según fuese el estado de su ánimo al hacer el examen ocular, cuando lo practicaban personalmente, y por lo común eran hombres indoctos, faltos de capacidad para poder apreciar la consistencia del enemigo: tan pronto eran miles de soldados, como pocos y endebles. Pero el mismo día doce, ya entrada la noche, llegó al campamento el joven doctor José Nicolás Ferrer, que recién salido de las aulas universitarias, se dirigía al campo de la Revolución para ejercer, en medio del tumulto de las batallas, el noble sacerdocio de la medicina. Díjole Ferrer al general Maceo que en Manzanillo se hallaba el general Santocildes pronto á salir á campaña, con la misión de llevar un convoy á la ciudad

de Bayamo, y que el rumor público daba por un hecho que sólo se esperaba el arribo de Martínez Campos para emprender la ruta. Maceo no dejó para más tarde la ejecución del plan que concibió en el acto; mandó tocar diana á las doce de la noche; á la una de la madrugada puso la gente en camino, y al apuntar el alba se situó en el lugar conocido por el Tanteo, á tiro de fusil del camino real, en el tramo comprendido entre Barrancas y el río Mabay, pero más cerca del primer punto. Era pues, el sábado 13 de Julio. Emboscó convenientemente la infantería de Rabí en un cayo de monte, un poco más allá la de Bandera, con los puestos avanzados sobre el camino por donde habrían de pasar los españoles; y situó la impedimenta en un bosque más abrigado, á la ladera izquierda del camino de Solís, bajo la custodia de unos cuarenta hombres de infantería al mando del coronel Goulet. Las disposiciones que adoptó Maceo eran las más adecuadas para darle una sorpresa á la columna española, en el supuesto de que cruzaría por el tramo que ocupaban los insurrectos, sin desviarse del camino real; el peonaje le daría el primer apretón desde las emboscadas, desplegaría en batalla, si el opositor trataba de barrer el estorbo para abrirse paso, y la caballería, con Maceo á la cabeza, decidiría el combate. De todos modos, fuese ó no el lance completamente afortunado para los insurrectos, habría tormenta y desparramo del convoy. Pero á Maceo le interesaba sobremanera saber si Martínez Campos iba á dirigir personalmente la operación, para en el caso de que fuera así, descargar el golpe decisivo, costare lo que costare; y dando pábulo á la afirmativa de que el Pacificador, derrotado en sus conatos de atraer á los ilusos con el anzuelo de las reformas políticas, abrigaba únicamente el propósito de conquistar laureles en el campo de batalla, la fértil imaginación de nuestro caudillo desarrollaba toda la acción militar del caso futuro, poniéndolo en presente, con el triunfo cabal de las armas cubanas y ruina irreparable del opositor, en aquel mismo teatro, célebre ya por sus antiguas hazañas, en el que ahora volvían á encontrarse los actores de los dos bandos. Pero tales ilusiones se desvanecieron entre ocho y nueve de la mañana, con motivo de haber llegado al campamento dos individuos que dijeron ser comisionistas ó vendedores ambulantes, los cuales participaron al general Maceo que la columna espa-

ñola iba al mando de Santocildes, á quien habían dejado en Veguitas; que en el pueblo no se sabía una palabra del arribo de Martínez Campos á Manzanillo, y que tampoco habían podido indagar la hora exacta en que la columna emprendería marcha, pues los soldados, si lo sabían, estaban como mudos. Todo esto era mentira y falacia. Contra el parecer del general Rabí y de varios oficiales que presenciaron el interrogatorio, Maceo dejó marchar á los dos paisanos, quienes simularon proseguir la ruta á la ciudad de Bayamo, no sin que antes hubiesen examinado la situación del campo insurrecto, el lugar en que estaba apostada la infantería, y el otro paraje que servía de abrigo á la impedimenta, pues anduvieron libremente por todas partes exhibiendo las baratijas.

No hay nada más penoso que aguardar, dentro del monte, el advenimiento de un suceso que no se sabe cuándo se iniciará. Habían transcurrido cinco horas desde el comienzo de la velación; la gente empezaba á dar señales de aburrimiento, el día estaba muy fuerte, sofocante, y el mismo General empezaba á dormitar. Serían las once de la mañana. Sonaron los primeros tiros, dos ó tres descargas seguidamente, alarma y confusión en el lugar destinado á la impedimenta con el vocerío propio de gente atemorizada. El debate no se iniciaba sobre el camino real ni en el boscaje contiguo, sino algo más allá, en las inmediaciones del monte que servía de abrigo á los reclutas. ¿Qué motivaba la ocurrencia?.... La vanguardia española, con conocimiento previo de las posiciones que ocupaban los insurrectos, al llegar á Barrancas, donde el camino real se bifurca, tomó por el Solís, llamado también el de arriba, que se dirige á Bayamo por Magueyes, Peralejo y el Almirante, y esquivando las avanzadas insurrectas por medio de un rodeo, cruzó también, con estudiado paso, el arroyo Babatuaba, doble estratagema que le permitió aproximarse al lugar determinado por el espionaje, ó sea el bosque que servía de guarida á la impedimenta, á la que sorprendió con los estampidos de las descargas. El campamento, pues, había sido sorprendido por el lugar más débil, y el combate no iba á ventilarse en el terreno elegido de antemano, sino en otro paraje, probablemente en la Caoba, ó en la sabana de los peralejos. Como primera medida había que arrojar á los españoles de la posición que ocupaban sobre uno de nuestros

flancos, y allí acudió Maceo con la caballería que tenía á mano, revolviéndose con los infantes enemigos que acentuaban la hostilidad contra los inermes insurrectos, que salían despavoridos á campo traviesa buscando salvación á la ventura. Los españoles, al verse acometidos por gente briosa, que iba al bulto sin respetos á la fusilería, echaron á andar, dejando un espacio libre entre sus tiradores y el escenario del triste debate. El ilustre capitán al aproximarse al lugar de la pendencia, ya terminada, no pudo reprimir una exclamación de dolor: en el suelo, y agonizante estaba el fiel y valeroso Goulet, que había defendido el puesto con heroica resolución. Maceo se despidió mentalmente del camarada exánime, y siguió con mayor empuje hostilizando á los españoles, que no detenían ni acortaban el paso, impelidos por el propósito de volver cuanto antes al camino real. Para que nuestra infantería pudiera obrar con eficacia, era necesario que la columna se detuviera allí mismo, por lo que Maceo arreció la ofensiva y obligó á los españoles á formar el cuadro, mientras él enviaba órdenes á Rabí y á Bandera para que flanquearan por la derecha, y desbaratando todos los obstáculos, ganaran la delantera al enemigo antes de que éste se posesionara del bosque de la Caoba. Estas órdenes se cumplieron con precisión, una parte de la infantería desplegó en batalla, de frente á los españoles, y la otra se corrió por uno de los senderos para emboscarse en el sitio designado. Ahora la vanguardia española recibía dos fuegos convergentes. Trepidó el monte de la Caoba y todo el pavimento; veíanse los relámpagos que partían de la espesura y rasgaban el nublado del cielo (pues cayó un chubasco en aquella crisis), y sobre el monte iba derecha la granizada seca de la fusilería española con el intento de apagar la fragua de los insurrectos, en tremenda actividad. La crisis estaba al resolverse: los españoles no podían pasar de la Caoba sin ser exterminados. Mas al tiempo que esto sucedía, y mientras Maceo desmontaba jinetes para echarlos de peones sobre el fuerte retén que defendía una de las entradas del camino, se inició otro debate á nuestra retaguardia, en las inmediaciones del camino real, al extremo opuesto del sitio donde se ventilaba el altercado de vanguardia. Por allí venía el grueso de la columna ó una parte considerable de ella; no era, por lo tanto, un convoy con carretas y otros estorbos, sino una brigada

expedita que conducía las provisiones en acémilas. De momento podía hacerse esta apreciación: el núcleo de la columna no había dejado el camino real; únicamente la vanguardia, muy nutrida, había acometido la operación de flanco, metiéndose por la espesura para caer sobre nuestra impedimenta, y ahora, terminado el episodio, volvía al camino para establecer el contacto con el centro, y seguir la marcha hacia Bayamo á banderas desplegadas. La operación estaba asegurada para los españoles á pesar del rudo combate de vanguardia, y el negocio presentaba mal aspecto para el partido cubano, en atención á que éste carecía de elementos para quebrantar el núcleo enemigo y aun para sostener las posiciones de Caoba, pues á derroche de proyectiles y arrojando mayor número de combatientes sobre las emboscadas insurrectas, al cabo serían barridas ó desbaratadas. El general Maceo, con la ira ya estampada en el rostro, daba golpes en vano. Ni la infantería podía hacer mayores esfuerzos para disputar el paso á los valientes adversarios, que batían el cobre con admirable tesón, ni la guardia del cuartel general podía resolver el enredado litigio derribando á tajos la cabeza del núcleo opositor, que desarrollaba todas sus fuerzas con maestría y altivez para que la tropa delantera no fuese aplastada dentro del bosque. Momentos terribles, á los que se sumaron otros, de suprema ansiedad. El teniente coronel Saturnino Lora, jefe del campamento en esta memorable jornada, anuncia á Maceo que se aproxima una fuerza de caballería, al parecer numerosa, por el lado de Poniente, sin que pueda determinar cuál es el pendón que tremola la partida á caballo. La ansiedad es terrible; en todos los semblantes se retrata la profunda impresión del sobresalto, porque si los nuevos combatientes son españoles, el desenlace se precipita de un modo ruidoso y fatal para los cubanos, porque también es de colegir que, tras la caballería, vienen refuerzos más sólidos. Lora sale á reconocer la tropa, que se halla á tiro de fusil del lugar donde Maceo permanece inmóvil escudriñando la voluntad del mismo destino, y retorna á escape, en menos de cinco minutos, para comunicarle al General la buena nueva de que son cubanos los beligerantes. ¡Arriba los corazones! Un jinete avanza á galope; el séquito pára la marcha; el jinete es el teniente coronel Alonso Rivero, que habiendo conocido al personaje que se destaca sobre los demás,

ha puesto á galope su corcel y llegado á presencia del General, con el machete desenvainado, lo saluda, grave y marcialmente, y dice estas palabras: "General, ¿por dónde cargo"?—hermoso saludo en medio de aquel campo alborotado por los truenos de la batalla. Otro trozo de caballería acude casi simultáneamente, y como si viniera en pique con la tropa de Rivero porque ésta ha llegado con algunos minutos de antelación. ¡Hermosa rivalidad que sólo establecen los hombres esforzados! El último escuadrón lo comanda el coronel Salvador Ríos, jefe de la zona de Manzanillo; unos y otros vienen de lejana distancia, de la comarca de Campechuela, en virtud de las órdenes que envió oportunamente el general Bartolomé Masó para que acudieran puntuales al distrito de Bayamo el día doce de Julio. Agradece Maceo el providencial socorro, y echa sobre el enemigo todo el peso de los nuevos combatientes; manda á Rivero que flanquee por el mismo paraje en que nuestra infantería lo había ejecutado, y caiga sobre los españoles por el centro de la masa. á fin de que no puedan establecer el contacto con la vanguardia; refuerza su escolta con el escuadrón del coronel Ríos para precipitar aquel movimiento, y apoyarlo por el lado opuesto si los españoles penetran en la sabana de los peralejos con las alas desplegadas. Partió el bizarro teniente coronel con los dos escuadrones de Guá, que conservaban el recuerdo glorioso de Amador Guerra, y á los pocos instantes el fuego cobraba mayor intensidad en toda la línea de combate, desde el camino de la Caoba hasta los umbrales más espaciosos de Peralejo. Entraban los españoles sin despliegue, más bien agrupados, infantes y jinetes, y dos ó tres compañías del centro en líneas circulares haciendo fuego por dos frentes, á derecha é izquierda de la sabana.

El campo por donde iba la columna española era entonces un yerbazo de guinea con cercas de alambres para impedir la salida del ganado, las cercas tapizadas por la misma yerba, casi ocultas á la vista del transeunte, sin otros adornos que el vulgar peralejo y las palmas raquíticas que suelen verse en esta clase de sabanas. Algo más alla, hacia el Norte, una palizada que servía de dique al Mabay; dos ó tres bohíos sobre una de sus márgenes, un cocal, un cañaveral y el alto de Peralejo que se divisa desde la sabana. Como paisaje carece de atractivos.

Los escuadrones de refresco llegaron hasta los alambres, aunque sin ver el obstáculo, y no pudiendo echar pie á tierra para abrir boquete porque allí estaba la infantería española en formación imponente, descargaron las carabinas y los revolvers sobre la masa enemiga, no sin sufrir gran mella los ofensores, pues tuvieron 26 hombres fuera de combate en menos tiempo del que se emplea para contarlo. Se rehicieron, y volvieron á la carga, envueltos ahora con una piara de ganado que hallaron á su paso, y la echaron delante con el intento de derribar la cerca de un solo empujón. La infantería arrecia el fuego desde la Caoba; Maceo la despliega en línea fuera del bosque, sobre la sabana de los peralejos, para que unos y otros se vean las caras. El fuego es violento y atronador; trepida otra vez el escenario de la enconada disputa bajo el estrépito de las descargas cerradas de la infantería española y del tiroteo de las guerrillas á caballo que, arrimadas al muro de los alambres y de la yerba copiosa, arrecian la hostilidad sobre puntos determinados de la llanura para que desaparezcan los peralejos, de donde salen chispas, y aparecen animados por el furor de la batalla. ¡Apuntar bajo!—gritan á los suyos los oficiales españoles. ¡Aquí se rompe el corojo!—contestan los insurrectos enardecidos.—¡Arriba la gente! ¡Viva Cuba! ¡Viva España! ¡Viva Isabel la Católica! ¡Viva Maceo!..... Enorme tumulto y vocerío atroz. De súbito se oyen toques estridentes de corneta, y el corneta de órdenes del general Maceo dice en el acto: "¡Mayor, muerte de jefe!" Así era, en efecto: acababa de caer Santocildes. De entre los tiradores de Baire que hacían mella, se adelantó uno, y apuntando al que reconoció por jefe de la columna, le envió tres balazos. La confusión en las filas españolas fué indescriptible. El certero tirador era Andrés Fernández, conocido por el "Gallego". El aviso de las cornetas españolas indicaba á Martínez Campos la muerte del jefe de la columna. Martínez Campos hubo, pues, de unirse á la vanguardia y tomar el mando de las fuerzas bajo la deplorable impresión que es de presumirse. En marcha otra vez la columna española con evidente precipitación, cambió el aspecto de la contienda para revelar á los pocos minutos el sello gráfico del desastre. Empezó el reguero de vituallas, fornituras, armamentos, acémilas, camillas; un poco más allá muertos y heridos, todo lo que

sirve de embarazo al que huye temeroso. La larga hilera que forma la columna, cortada á trechos por el paso veloz de la tropa insurrecta, semeja un rosario que se desgrana; caen peones y jinetes como cuentas desprendidas, y todo el trayecto es un sembrado de objetos que atestigua el sobresalto de la carrera. La gritería de los perseguidores infunde más temor á los rezagados que el tiroteo furioso que suena á sus espaldas. Se amedrenta la retaguardia, al querer rehacerse, y huye despavorida al ver que una sección ha sido derribada á fusilazos. Sobre una eminencia donde hay enclavado un sitio de labor, se levantan espesas humaredas; el espectáculo es triste: cadáveres de soldados, las acémilas sacrificadas, y junto á la pira de la horrenda inmolación, una comitiva de lesionados y heridos que reclaman del adversario los auxilios de la sanidad que no pudieron alcanzar de sus parciales: lo más gráfico y elocuente de la derrota. En este lugar, que es el alto de Peralejo, se obtienen algunos pormenores de la acción por los mismos soldados españoles que han caído en poder de los insurrectos, y se sabe lo más esencial de la jornada: que Martínez Campos va ahora al frente de la columna por haber perecido el jefe que poco antes la dirigía, el general Santocildes. Maceo, dudoso al principio de que sea el capitán general del ejército español el que abandona los muertos y heridos de las fuerzas que conduce, tiene que convencerse al fin de la veracidad de los relatos, puesto que lo declaran así los propios actores del partido español que se hallan en poder del jefe enemigo; reorganiza rápidamente las fuerzas para dar alcance á Martínez Campos antes de que éste halle refugio en la ciudad de Bayamo. En estos momentos la infantería de Rabí ha cesado el fuego; manda Maceo á escape un ayudante para saber la causa, y se le contesta que la tropa de Rabí, habiendo agotado las municiones propias, se pertrecha con las que ha cogido á los españoles. Todos los esfuerzos, sin embargo, son ya inútiles, porque Martínez Campos ha podido cruzar impunemente el río Mabay, debido á que en la margen opuesta no hay una guardia insurrecta que lo abrase dentro del cauce; y á paso precipitado, con los restos de la columna, guiado por un campesino que le brinda sus servicios, sin experimentar nueva agresión en la vanguardia, continúa la

marcha hacia Bayamo y penetra en la histórica ciudad ya cerrada la noche.

Conveniente será ahora referir los motivos del viaje de Martínez Campos desde Manzanillo á Bayamo, y contar los incidentes todos de la jornada que dieron por resultado la muerte de Santocildes y contribuyeron á la salvación del general en jefe de las armas españolas. Martínez Campos llegó á Manzanillo el día once por la noche, á bordo del vapor Villaverde. Llamó al general Lachambre para celebrar una conferencia reservada sobre los sucesos de actualidad. Poco después, á altas horas de la noche, salía del buque para preparar la expedición militar. Los amigos de Martínez Campos, sabedores de la llegada del caudillo, se apresuraron á felicitarle y á ofrecerle sus servicios en la jornada que iba á emprender. Martínez Campos tenía el propósito de ir á Bayamo, primero y ante todo, para hacer una hombrada, con el atolondramiento en él peculiar, y en segundo término, para destituír personalmente al comandante de aquella plaza, el coronel Vara de Rey, cuya conducta, á juicio del jefe del ejército, era impropia de un militar pundonoroso. Los escritores militares de aquella época suavizaban la ocurrencia, de esta manera: "Fijábase ahora su deseo de ir á Bayamo, porque de aquel sitio llegaban rumores poco satisfactorios respecto á entorpecimientos en los servicios, y se sentía de tiempo atrás cierto malestar é incoherencia en las referencias de las que de Bayamo venían." El párrafo es pésimo; pero está copiado literalmente de un relato que dió á la publicidad el historiador Don Severo Gómez Núñez, capitán de artillería. De Manzanillo, el mismo día once, salió una columna al mando del general Santocildes. Martínez Campos montó á caballo el doce, en las primeras horas de la mañana en dirección á Veguitas para unirse allí con el jefe citado. Iban con Martínez Campos el teniente coronel Vaquero, la guerrilla de Lolo Benítez (bandolero célebre á quien Martínez Campos había sacado de los presidios de España) y algunos personajes, admiradores del caudillo, que con él zurcieron el pacto del Zanjón. La columna de Santocildes la constituían dos compañías del primer batallón de Isabel la Católica, 40 guerrilleros al mando del capitán Travesí y otros 40 del regimiento citado, formando un total de 400 hombres. En el pueblo de Veguitas debían unírsele otras fuer-

zas, oportunamente enviadas por Lachambre. Martínez Campos se unió á Santocildes en el poblado del Caño, porque el segundo hubo de parar la marcha á causa de las lluvias. Los agentes diplomáticos que acompañaban á Martínez Campos, fueron despedidos á cajas destempladas. En Veguitas se incorporaron 250 hombres al mando del teniente coronel San Martín, y todo el segundo batallón de Isabel la Católica al mando del teniente coronel Escario, y además una sección de ingenieros. Por lo tanto, la brigada que pernoctó en Veguitas ascendía á 1,500 hombres expeditos. Reuniendo allí las noticias que circulaban sobre la aproximación de las fuerzas insurrectas acaudilladas por Maceo, Martínez Campos trazó el plan de la operación para el día siguiente, para realizarla en una sola jornada: él iría por el camino real con los 400 hombres que tomó en Manzanillo, y Santocildes operaría sobre el flanco derecho, metiéndose por Valenzuela y Solís. Santocildes tenía la orden de no acudir en auxilio de Martínez Campos mientras éste no estuviese empeñado en un combate serio. El plan era lo más descabellado, porque si los insurrectos estaban al acecho en las inmediaciones del camino real, antes de que Santocildes hiciera eficaz el socorro, estaría aplastado el combinador de planes tan absurdos. Hasta las personas menos versadas en asuntos bélicos se hicieron cruces al conocer el disparatado proyecto, y una señora que residía en Veguitas, y daba hospedaje al cuartel general de Martínez Campos, expuso su opinión contraria, en todo, á la del general en jefe del ejército español, y al observar la terquedad de Don Arsenio concibió el propósito de organizar una descubierta para que, con dos ó tres horas de anticipación, supiera Martínez Campos el número de fuerzas insurrectas con las que habría de combatir y las posiciones que ocupaban. Santocildes aprobó el proyecto de la perspicaz consejera, no sin compadecer al atolondrado caudillo, y presintiendo un desenlace funesto, vertió esta frase: "algo muy grave me va á pasar con ese hombre" (textual).

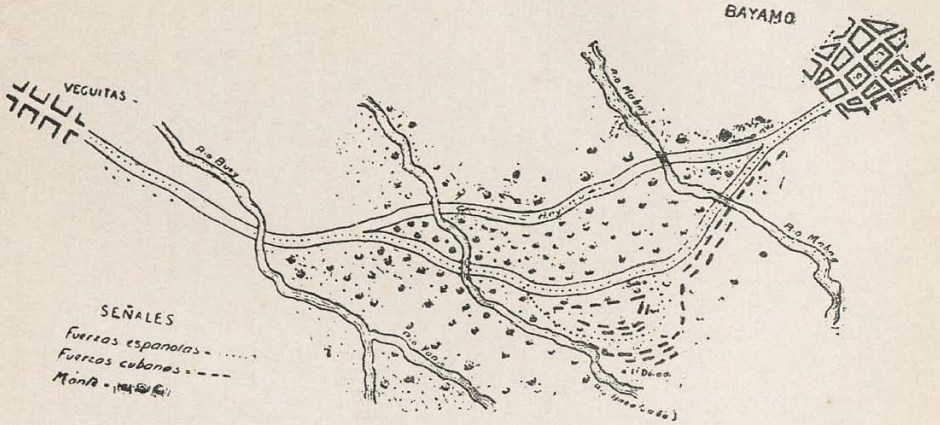
No salieron juntos de Veguitas el general Martínez Campos y el general Santocildes. A las cuatro de la mañana emprendió marcha el primero con los 400 hombres de que se ha hecho mención, y media hora más tarde lo efectuó Santocildes con el núcleo principal de la brigada: mil cien hombres. Antes de

llegar al río Buey, ya Santocildes picaba la retaguardia del general en jefe, impulsado por el noble propósito de no alejarse de aquel imprudente que sólo se dejaba guiar por sus propias corazonadas, y aunque soportó la reprimenda de Martínez Campos al reiterarle éste la orden de que siguiera la marcha en la forma antes prescrita, Santocildes le manifestó que podían ir reunidos hasta el paso del río Buey, toda vez que el camino no se bifurcaba sino después de dicho paso. La descubierta que había organizado la previsora dama de Veguitas, regresaba entonces de su misión y daba cuenta á Martínez Campos de las posiciones que ocupaba Maceo, con el dato, más interesante, de la situación de la impedimenta. No es menester indicar quienes eran los componentes de esa patrulla exploradora, pues ya se ha referido el papel que desempeñaron en el campamento de Maceo. Entonces Martínez Campos empezó á reflexionar; la imprudencia cedió el puesto á la previsión; hizo retroceder á Santocildes, que acababa de separarse, le comunicó el confidencial aviso, y Santocildes tomó el mando de la columna. Dejemos hablar ahora á uno de los apologistas de Martínez Campos, el mismo escritor antes mencionado, el capitán de artillería Don Severo Gómez Núñez.

"Practicado un reconocimiento por las fuerzas montadas, no se encontró vestigio alguno de las partidas. Continuó la marcha. Llegaba la cabeza de la columna á un punto en que el camino se ensancha, cortándolo una pequeña sabana; al otro extremo de ella vuelve á abrirse el camino entre dos cercas de alambre; camino y sabana están bordeados por montes de guásimas, peralejos y marañones; pero que en alguna extensión tienen claridad bastante para permitir emboscadas de infantería y maniobras de caballería. Más allá aparece el camino cortado por una palizada, y antes de llegar á ella, se abre otro camino á la izquierda, cerrado por una talanquera, cruzado por un arroyo y un barranco. Pendientes suaves, que bajan del monte al camino, permiten al enemigo dominarlo. Desemboca la vanguardia de nuestra columna en la sabana cuando se oyó el "¡quién va!" de los insurrectos, seguido de descargas por la izquierda. La vanguardia se detuvo de pronto; rehízose en seguida, y la columna avanzó hasta el centro de la sabana, disparando por todos los frentes hacia el monte, pues estaba rodea-

da por un círculo de fuego. Hubo entonces una ligera pausa en el fuego contra el ala derecha de los insurrectos. Los nuestros confundieron algunas avanzadas de éstos, que se descubrían á lo lejos, con el flanqueo destacado á la derecha al entrar en la sabana, mandado por el teniente coronel San Martín. Deshecho el error, continuó contestándose al fuego del enemigo por aquel lado. En esta disposición, con fuego á todas partes, la impedimenta, el Estado Mayor y los heridos en el centro, continuó avanzando la columna hasta tomar otra vez el camino, viniendo entonces á quedar colocada entre las dos cercas de alambre. La situación era terrible. Las emboscadas de los insurrectos fusilaban casi á boca de jarro á nuestros soldados; varias veces se intentó, sin lograrlo, cortar la cerca de alambre. Grupos de infantería y caballería enemiga atacaban constantemente á nuestras filas, dando gritos desaforados producidos por la embriaguez del triunfo. El general Martínez Campos, tranquilo y sereno, contemplaba sin chistar aquella escena, meditando la resolución más favorable. Largo tiempo hacía que la columna estaba en trance tan apurado, cuando una nueva desgracia vino á producirse. El general Santocildes, que animoso y heroico, estaba siempre en el lugar de mayor peligro, había desoído las advertencias de su ayudante Méndez, á quien, al decirle que se pusiera en otro sitio, pues le estaban apuntando, contestó desdeñando el consejo. Poco después yacía inerte atravesado por tres balazos, uno en el pecho, otro en el cuello y otro en la ceja derecha. Murió instantáneamente. Casi al mismo tiempo caía allí cerca, muerto, su ayudante José Sotomayor. Recibió tres balazos el caballo del doctor Semprún, también quedó muerto el caballo del otro ayudante de Santocildes, capitán Méndez. Los insurrectos concentraban sus fuegos sobre los generales, jefes y oficiales, que se mantenían todos á caballo. Se inició una nueva fase del combate. El general en jefe comprendió que era preciso á todo trance salir de aquel sitio. Pelotones numerosos de infantería y caballería enemiga cargaban sobre nuestros soldados al grito de ¡A ellos, que son nuestros! Cuando esto sucedía quedaban entre las filas algunos contrarios que encontraron su fin. El frente de vanguardia hallábase ocupado por las fuerzas insurrectas en toda la extensión visible. Escaseaban las municiones. En ese trance, el General ordenó que

dos compañías de Isabel la Católica cargasen á la bayoneta para despejar el frente de vanguardia. Las dos compañías, con sus oficiales á la cabeza atacaron y barrieron por delante al enemigo hasta encontrar la palizada que rompe el camino, arrojándolo más allá de ella. Del cocal de la derecha partía sobre la columna un fuego mortífero y persistente. Cayó muerto Don Eusebio Tomás, el valiente capitán de una compañía de Isabel la Católica, con siete balazos, y herido gravemente en la muñeca el teniente coronel Vaquero, que mandaba la vanguardia. La columna había salido del callejón que la encerraba y se encontraba en el monte libre, bordeando aquel otro camino más estrecho. Hallábase en análogas condiciones que el enemigo. Este destacó su caballería contra la nueva posición de la columna, decidido á cortar el paso del camino, pero los nuestros respondían á las cargas con el fuego á la voz, auxiliados por la manigua y favorecidos por los barrancos que forman el riachuelo y arroyo que lo atraviesa. Una de las cargas de la caballería insurrecta fué dada llevando por delante una piara de ganado recogido en los potreros; las bestias se asustaron, y al sentir los disparos, retrocedieron espantadas produciendo confusión y desorden en las filas enemigas, y entonces los proyectiles de los valientes soldados hicieron buen blanco; faltaba por apurar un nuevo contratiempo. Ante una de las cargas del enemigo, nuestras tropas llegaron en retirada hasta tropezar con el General en Jefe, que seguía todos los movimientos de la acción. Este las arenga. ¡Fuego sobre ellos! —dice— ¡No tenemos municiones! —gritan.—¡Quedan las bayonetas!—responde el General. Y en efecto, rápidos como el pensamiento, echan los soldados rodilla en tierra y con la bayoneta calada esperan impávidos el ataque. Esta actitud impone á los insurrectos que vuelven grupas á los pocos pasos de la tropa; mas viendo que no les hacen fuego, comprenden la causa y cargan con mayor bravura. En aquel intermedio se tiene la feliz ocurrencia de registrar los cadáveres enemigos para tomar sus municiones. Las llevaban abundantes. Hubo alguno á quien se le encontraron treinta paquetes de cartuchos: son Rémington, de nuestro mismo sistema y calibre, con bala envuelta de latón, nuevecitos y flamantes, manufacturados en los Estados Unidos; sirven para nuestras armas. (¡Si eran las mismas que el general Rabí acababa de arrebatarles!)


BAYAMO
VEGUITAS
Río Buey
Río Mabay
Río Mabay
SEÑALES
Fuerzas españolas
Fuerzas cubanas
Monte

Después, la columna siguió su ruta siendo hostilizada cada vez con menos persistencia." El narrador dice, además, que la columna tuvo 26 muertos y 97 heridos.

Ruidosa fué la victoria alcanzada por los cubanos en Peralejo, y como es consiguiente, honda y penosísima la impresión que deparó en el ánimo de los españoles de todas partes, que hicieron suyos los funerales tributados á Santocildes, viendo en la derrota sufrida por el ejército español el presagio de grandes infortunios. A ello, indudablemente, contribuyó el parte dado por Martínez Campos, ocho días después de la acción, en el que refería los incidentes de la batalla y concretaba los siguientes puntos, á cual más expuesto á deducciones desfavorables: 1º, que hubo en la acción dos momentos de verdadero peligro; 2º, que muerto el jefe de la columna viése él obligado á tomar el mando, sacrificando las acémilas para tener más actores combatientes; y 3º, que los insurrectos dirigidos por Maceo ascendían á tres mil hombres, según versiones, pero bien municionados y expertos, y sin que pudiera precisar las bajas que tuvo el enemigo. Esta última declaración, aunque subrayada con un "se dice", no se compaginaba con las noticias oficiales que poco antes pregonaban los boletines de la guerra acerca de la calidad y el número de las fuerzas rebeldes, incapacitadas para empeñar combate formal por su falta de consistencia y disciplina, y ahora el jefe del ejército español recogía el rumor de hallarse en Peralejo tres mil jinetes rebeldes, declarando paladinamente que estaban bien municionados y bien dirigidos. ¿Quién daría crédito á los partes oficiales después de la manifestación de Martínez Campos?... Además, se hizo público el suceso de que el general español permaneció ocho días en Bayamo, dentro de la ciudad, con las piezas de montaña en las bocacalles, mientras Maceo se aventuraba á provocarle con paseos y simulacros á la vista de la población, y se dió también á conocer la carta que le escribió el caudillo cubano para que fuera á recoger los heridos de sus tropas abandonados sobre el campo de batalla; sucesos que contribuyeron á fijar más y más la atención pública.

No es cosa averiguada el número exacto de bajas que tuvo la columna española, pero es indudable que fueron algunas más de las estampadas en los partes oficiales, sobre todo, las relativas

á la clase de tropa, siempre la más azotada y la menos retribuída. Los cubanos tuvieron 118 bajas, entre muertos y heridos; demostración elocuente de lo disputado que fué el combate poco antes de la muerte de Santocildes, en que los españoles bregaron con notable empuje. El doctor Ferrer curó 83 heridos cubanos y 26 soldados españoles: ¡tremenda faena clínica, y memorable inauguración para el animoso joven que acababa de tomar la investidura! Murieron el coronel Goulet, el coronel Sánchez y el comandante Moncada.

Mayor hubiera sido el descalabro de las fuerzas españolas en Peralejo y mayores, por consiguiente, las ventajas de las armas cubanas, si el general Maceo hubiese podido aprovechar en la primera fase de la acción el refuerzo que le llegó más tarde: los escuadrones de Guá y Manzanillo. Pero el desastre de Martínez Campos se realiza completo, y es inevitable para él, con la sola colocación de una emboscada en la margen oriental del río Mabay; allí es casi seguro que Martínez Campos sucumbe ó cae prisionero, al ser repelida su vanguardia por nuestros tiradores, y acuchillada á su vez la retaguardia por la tropa de refresco. Las resbaladizas barrancas del río hacían infructuoso todo conato de velocidad; los caballos no podían acelerar el paso sin irse de cabeza al arroyo, y tanto si Martínez Campos lo cruza á pie, como si lo practica montado, el fuego del retén insurrecto tiene que ser eficaz, y no hay escapatoria para el general en jefe del ejército español que, bajo la aflicción de lo acaecido momentos antes, no le guiaba otro designio que el de salir del atolladero del Mabay y de todo el sembrado, para él espantoso, de los humildes peralejos. Nuestro caudillo no podía prever esa circunstancia, porque no conociendo el terreno en que se ventiló el combate, hubo de fiarse de los hombres conocedores del lugar para la colocación de los puestos avanzados; y por otra parte, nunca se pensó que la acción se efectuara en las inmediaciones del Mabay, sino más cerca de Barrancas. Sin embargo, la generosidad de Maceo para con los dos individuos que visitaron el campamento entre ocho y nueve de la mañana, fué la causa verdadera de la transformación que hubo de operarse al principiar la riña, porque si Maceo no les permite salir del campamento, la columna española no pone en práctica la estratagema que ya se ha referido, gracias á la cual salió airosa

en la primera acometida, y sirvió de escudo al general Martínez Campos que sólo desempeñaba el papel de espectador. El protagonista fué Santocildes.

Martínez Campos permaneció ocho días en la ciudad de Bayamo, viendo el fantasma insurrecto por todas partes. Allí, entre atónito y turbado, hubo de reconocer el valor y la pericia del general Vara de Rey, á quien, el general en jefe del ejército, pensaba enviar á España bajo partida de registro por la tibieza de su conducta. "Sitiado con humo"—según frase del general Maceo—y creyéndose prisionero de los insurrectos, no salió de Bayamo mientras no acudieron las siguientes columnas: una, mandada por el general Suárez Valdés, fuerte de 1,500 hombres, que salió de Holguín el día 17 y llegó á Bayamo el 21; otra que salió de Manzanillo con el general Lachambre, reforzada con la de García Navarro, que llegó á Manzanillo por mar desde Santiago de Cuba, y otra, al mando del coronel Aldabe, que embarcó en el puerto de Júcaro, desembarcó en Manzanillo y tomó el camino de Veguitas el día 20; cinco mil hombres por lo menos, ¡todo un cuerpo de ejército! Pero mientras Martínez Campos se creía bloqueado por Antonio Maceo, éste, el día 15, salía de la zona de Bayamo y se encaminaba al distrito de Holguín, acompañado tan sólo de dos oficiales y una pareja exploradora; empezó la jornada por el camino real de Bayamo hasta Vega Bellaca, cruzó el Cauto por el paso llamado de la Mula, para salir á Guairajal, siguió por el camino de Tacajó y fué á pernoctar en las inmediaciones de Barajagua; había andado 19 leguas. Pasó en aquel lugar la noche del 15, y habiendo acudido á saludarle el coronel Feria, le refirió el combate de Peralejo y le participó que la tropa estaba sobre Baire intimando la rendición al destacamento de dicho pueblo. ¿Y Martínez Campos?—preguntóle el coronel Feria. Lo tengo sitiado en Bayamo —contestó el caudillo. ¿De qué manera?—volvió á interrogar el coronel.—¡Con humo!—respondió Maceo—pues no he dejado más que algunas fogatas, pero es bastante para que el hombre no se atreva á sacar las narices." Al día siguiente el incansable y famoso capitán volvió á montar á caballo para dirigirse á Baire.

La ruda jornada de Peralejo no era más que un ligero episodio en la vida del gran soldado, pues aun le sobraban espíritu, fortaleza y buen humor para correr otra clase de aventuras.

VI

Sao del Indio

EL 29 de agosto de 1895 salió de Guantánamo, con rumbo á Ramón de las Yaguas, una fuerte columna al mando oficial del coronel Canellas, pero, realmente, bajo la dirección del comandante de movilizados Pedro Garrido, sagaz y bravo guerrillero á quien se premió por su heroicidad en el combate del Jobito, y obtuvo desde entonces el mando de las famosas escuadras de Santa Catalina, lo más selecto de las milicias del país. Los españoles iban á tiro hecho, como suele decirse; á sorprender al león de Baconao, que se hallaba achacoso, dentro de madriguera conocida, y por lo tanto, fácil de capturar en aquella estudiada operación cinegética. Acacció, sin embargo, lo que no habían previsto los astutos cazadores: que el león, habiendo dejado el lecho, estaba sobre aviso, arrogante y fiero en la montaña, y que en vez de uno, rendido y doliente, tropezaron con dos, entrambos acechadores, los cuales convirtieron la sorpresa en batalla y la batalla en carnicería. Es de interés contar los preliminares de la aventura, para mejor inteligencia del suceso bélico.

Hallábase José Maceo en forzosa inacción, á consecuencia de una ciática doble que le impedía montar á caballo y aun moverse de la hamaca. No es menester indicar cómo estaría el hombre de los arranques, sujeto al poste del dolor. Tenía cuarenta y tres hombres de escolta y sus ayudantes de campo, que formaban un total de cincuenta combatientes, número exiguo para vigilar la extensa zona del Ramón y defender la prefectura de la Casimba, vivac y hospital á la vez de los insurrectos. Contribuyó á exacerbar la dolencia física del indómito guerrero y su humor acre, la evasión de un soldado español que, habiendo caído prisionero en una de las acciones de Guantánamo, no

demostraba el menor interés en volver al campo de los suyos, sino más bien deseos de abrazar la bandera de Cuba libre, por lo que inspiraba ya confianza al mismo general Maceo, por lo común receloso; pero el soldado español, que sentía la nostalgia del cuartel, aprovechando la oportunidad de ir á bañar el caballo de uno de los oficiales, al verse solo en el cauce del río, tomó las de Villadiego, y sin darse punto de reposo llegó á la plaza de Guantánamo, presentándose al comandante militar y al jefe del batallón de Simancas, á quienes refirió con pormenores la situación especial de José Maceo, enfermo y desesperado en la prefectura de la Casimba, sin otros elementos de defensa que una pequeña escolta, fácil de exterminar si la cacería se llevaba á cabo con sutileza y prontitud. A fin de que la charla del taimado produjera los efectos de una explosión de ira entre los que escuchaban sus declaraciones, díjole al coronel Canellas que José Maceo era el más provocador de los osados cabecillas de la insurrección, y el de habla más despreciativa cuando trataba de rebajar los méritos de los jefes españoles, pues siempre decía el titulado coronel Copello, el titulado coronel Borja Canellas, y con mayor befa, comúnmente, el titulado general Linares *Bombo*, el titulado jefe español Garrido (por proceder éste del cuerpo de voluntarios), no nombrando jamás a ningún esclarecido miembro del ejército leal por su jerarquía propia, sino con el epíteto despectivo que empleaban en los documentos oficiales los usías presentes y los ausentes de la Real y distinguida Orden de San Hermenegildo. Después de todo, no le faltaba razón al bravo luchador de Cuba para devolver, con el mismo retintín, los vocablos injuriosos que empleaban constantemente los engreídos personajes del partido español, lo propio que los tocadores del redoblante alabardero, y toda la caterva de plumas mercenarias, de plumas viles y de plumas romas, que hicieron más daño á la nación española que el mismo Wéyler con su inaudita pravedad y su estupenda desfachatez, porque el farsante y siniestro enano que agitó la bandera del exterminio y precipitó la ruina del imperio colonial, no hubiera podido medrar si no le hacen el juego los bardos de sus viles hazañas, los que, sin escrúpulo ni pizca de decoro, pregonaban las victorias fraudulentas del gran fanfartón, sostenían la mentira oficial, el quijotismo, el pillaje y la nulidad, é ilustraban

los espadones de guardarropía, sabiendo en muchos casos que eran tales espadones. No le faltaba, pues, razón al valeroso y altivo insurrecto para pagar en la misma moneda á los que preconizaban el dicterio, y eso aparte, era graciosísimo cuando al titulado coronel Copello v. gr., lo más inútil de la milicia española, le agregaba un *ajo ese* con el tartamudeo en él peculiar.

No es cosa inverosímil que los soberbios condecorados, de quienes hacía menosprecio el hosco cabecilla, se crecieran como verdaderos quijotes oyendo los cuentos del charlatán delator, y que heridos en lo más vivo de su orgullo, se dispusieran á tomar señalada y memorable venganza. Pero mientras tales cosas ocurrían en la plaza de Guantánamo, y la columna del coronel Canellas emprendía el camino del monte, llevando de sabueso al prófugo de la Casimba, el general Antonio Maceo, desconociendo en absoluto el plan de los españoles, operaba sobre la línea férrea de San Luis á Santiago de Cuba. Había atacado el ingenio Unión el día 21, trabado combate el 22 en el camino de Montompolo y poco después en la finca Banabacoa, y el 28, entre los paraderos de San Vicente y Boniato, atacó el tren de San Luis hiriendo al coronel Sbikowsbi, que viajaba de incógnito como un príncipe ruso, y era una perfecta nulidad como lo demostró en la acción de los Negros: el mismo día 28, el teniente coronel Demetrio Castillo, que cubría uno de los flancos de Maceo, sostuvo combate en las inmediaciones del Cristo, finca el Algodonal, con una columna que salió de Alto Songo para impedir la operación de los rebeldes que se dirigían al término de Santiago de Cuba. Maceo acampó en las alturas de Escandell, desde donde se toma el camino de Tiarriba para ir á la zona de los cafetales. Maceo reunió allí casi toda las fuerzas de la primera división de Cuba, formada por los componentes del Cobre, Cambute, Santiago, Guantánamo, al mando de Agustín Cebreco, Vicente Miniet, Demetrio Castillo, Pedro Pérez, Prudencio Martínez, Silverio Sánchez, Dionisio Gil y Cartagena, por junto 600 hombres aguerridos y pertrechados; los restantes, hasta el número de 1,500 plazas, eran impedimenta, esto es, gente que aumentaba la cifra de la columna, pero incapacitada para tomar parte en el combate, puesto que carecía de lo prin-

cipal: el armamento. Es conveniente hacer esta salvedad y repetirla en cada paso.

José Maceo supo, por un confidente de Guantánamo, el designio que abrigaban los españoles, así como la inmediata salida de la columna de Canellas en dirección al vivac de la Casimba; el mismo comunicante le participó que la columna estaba compuesta del batallón de Simancas, de tres escuadrones de tropa regular, de una pieza de artillería y 200 hombres de las escuadras de Guantánamo, que completaban un contingente de 900 plazas. José Maceo que, como todos los individuos de su familia, era insensible al dolor físico cuando olía la pólvora, hizo un esfuerzo, se incorporó de la hamaca, y claudicante, pero sin desmayar en su resolución, montó á caballo para examinar personalmente el tablero enemigo; se puso de centinela en los altos de Santa María de Savigne al caer la tarde del 30; hora en que la columna española, habiendo realizado la segunda jornada sin hostilidad, acampaba en las ruinas de Ramón de las Yaguas, lugar destruído por los insurrectos en el mes de Abril cuando atacaron el fuerte que lo guarnecía; suceso que costó la vida al teniente español Valentín Gallego, fusilado por Martínez Campos por no haber defendido el honor de la bandera. ¡Contraste singular!, el teniente Gallego, deshonrado por un consejo de guerra, murió con pasmosa serenidad: mandando él mismo el pelotón que iba á quitarle la vida y marcando los lugares del cuerpo que ofrecían el mejor blanco. Murat, Ney y el Conde de Belascoaín no dieron más alto ejemplo de valor. Pocas horas antes de la llegada de la columna al Ramón, José Maceo envió un correo á su hermano Antonio, para que éste conociera el proyecto de los españoles, con los datos necesarios para que el socorro fuera eficaz, si el mensaje llegaba á tiempo. El aviso lo recibió Antonio Maceo a las seis de la tarde del día 30, mientras la gente se hallaba en camino por el subidero del Escandell, buscando mejor paraje para campamento de aquella noche; y al punto dirigió la marcha de la columna para el Ramón de las Yaguas; marcha fenomenal, célebre entre las marchas de la milicia cubana, la más andariega y la más fuerte del mundo, pues hubo que andar nueve leguas más, en noche tenebrosa, por caminos horribles, sin un minuto de descanso; quedaron caballos y acémilas por las quebradas y senderos del

monte, se extraviaron algunos jinetes mientras trataban de recuperar lo perdido, todo el que no iba montado en recia cabalgadura hubo de seguir á la peonza; pero el animoso capitán dió cima al propósito de su voluntad inquebrantable: llegar á tiempo, y con tal oportunidad llegó que tuvo ocasión de comprobar sobre el terreno la exactitud de los informes facilitados por el correo mambí. Eran las tres de la madrugada. Le sobró tiempo para reorganizar las fuerzas que iban á empeñar la lid, y mandó un billete á su hermano para que supiera que el combate de retaguardia, tan pronto como se iniciara, sería el mejor aviso del socorro. José Maceo, desde la tarde anterior, había tiroteado á los españoles acampados en el Ramón, y aunque la hostilidad podía ser prenuncio de recia tremolina, es sabido que el coronel Canellas no le concedió importancia, creyendo que era pasatiempo de alguna de las guardias de las prefacturas, y mucho menos podía colegir que las avanzadas de José Maceo estaban en comunicación con las del otro campo insurrecto. Rompiendo los claros del día, los españoles tomaron el camino de la Pimienta para dar cima al designio de sorprender el hospital de la Casimba y exterminar á los inválidos que allí se refugiaban; pero tropezaron con una emboscada que los hostilizó duramente, situada por José Maceo en el palmar de Ampudia. Avanzó la columna á derroche de descargas, hasta posesionarse del palmar; sonaba ya el cañón de los españoles. Antonio Maceo mandó á Cebreco que flanqueara por la izquierda y llegara al lugar donde batía el cobre el destacamento de la Pimienta. Cebreco con 200 hombres, entró por San Prudencio para darse la mano con José Maceo, que ocupaba á la sazón la margen derecha del Baconao y la altura del Trucucú. Los españoles, ante la novedad de aquel refuerzo, atacaron con decisión, pero fueron rechazados, redoblaron el ataque de vanguardia, y fueron repelidos otra vez; simultáneamente, Antonio Maceo los atacó por retaguardia, rompió poco después el fuego por el centro de la columna, y ocupando los altos de Sao del Indio y cauce del Baconao, por el paso llamado de Camacho, obligó á los españoles á desandar parte de lo que habían andado, y con gran número de bajas, á guarecerse en los montes de la Casimba. Este primer debate duró nueve horas, desde las cinco de la mañana hasta las dos de la tarde. La pelea empezó con

gran empuje, por las dos partes, prodigándose el valor y corriendo la sangre profusamente por aquellos riscos abruptos, caldeados por una atmósfera bochornosa. Empeñada la lid en toda la línea, viéndose los rostros unos y otros, y oyéndose las mutuas imprecaciones como si con ellas se quisiera recargar el acento de la fusilería, se tomaron posiciones á paso de ataque y se recobraron á pecho descubierto, sin decidirse la victoria por ninguno de los dos bandos. Era mayor el encono allí donde luchaban cubanos contra cubanos; la gente de los Maceo con los hombres de las Escuadras, cual si unos y otros sintieran por igual la enormidad de la injuria y se inculparan recíprocamente el fraticidio. En la tremenda impiedad del encarnizado choque, aquellas tropas mercenarias hacían gala de su vigor y osadía, retando á las más animosas del partido opuesto. Querían que la pelea fuera con ellos solos. y no con los quintos de España: ¡admirable valor, pero grande la ignominia! La gente de Maceo queriendo apoderarse de la pieza de artillería, que pudo salvarse gracias al oportuno socorro de las escuadras, arrolló la dotación que la defendía y penetrando hasta donde se hallaba el cuerpo de sanidad, apresó algunos bagajes y el botiquín de la columna. Después de nueve horas de no interrumpido bregar arriba de aquellos riscos ensangrentados, comenzó la hostilidad de la persecución por caminos, senderos y atajos durante una travesía de quince leguas, que anduvo la columna española en dos marchas arriesgadas y penosísimas bajo el fuego incesante de los tiradores insurrectos.

Muy comprometida era la situación de los españoles antes de su retirada para Guantánamo, á donde seguramente no hubieran podido llegar si el general Antonio Maceo no hubiese ordenado al brigadier Pérez, jefe experto y muy conocedor de aquella zona, que les dejase franco el camino para que tropezaran con obstáculos, al parecer, mayores, que el fuego mortífero de la gente de Yateras: dos bombas de dinamita, una de las cuales hizo explosión y descalabró la cabeza de la vanguardia española. La columna que, según ya se ha dicho, hubo de retroceder hostigada por los cuatro frentes, en esa marcha de retroceso tenía que atravesar forzosamente el arroyo de la Josefita, lugar en que se colocaron las dos bombas de dinamita, una de mayores dimensiones que la otra. El encargado de hacerlas

estallar tenía la orden de Maceo de que primeramente lo hiciera con la de menor tamaño, á fin de que la vanguardia española, al verse sorprendida por la explosión, retrocediera, y cayera entonces sobre la otra mina; y para ello ordenó al brigadier Pérez, que estaba en gran desafío con la gente de las Escuadras, que dejara el paso franco á la vanguardia española. La estratagema surtió sus efectos, pero no por completo, pues los españoles, á pesar de la explosión de la bomba que causó enorme estrago, no volvieron atrás, sino que adelantaron camino, sin cuidarse de recoger las víctimas de la explosión ni de examinar los despojos; y por este motivo no experimentaron el quebranto más considerable que les hubiera producido la bomba de mayores dimensiones. Al otro día, primero de Septiembre, la columna de Canellas llegó al Iguanábano, perseguida por el fuego de la tropa cubana. Antonio y José Maceo vivaquearon al pie de los centinelas españoles. La situación era muy crítica para la columna española, porque habiendo realizado tres costosas jornadas con el único objeto de sorprender un hospital casi indefenso, tenía ahora que estudiar los medios de poner á salvo su propia ambulancia. El hechizo estaba, pues, roto: la sorpresa se había convertido en batalla, la batalla en carnicería. Si con admirable valor había logrado salir del primer atolladero, y venciendo todas las dificultades de una marcha presurosa por caminos de difícil tránsito aun en época normal, había podido llegar al Iguanábano, era de presumir que los insurrectos no iban á dejar la presa después de las dentelladas que abrieron profunda herida en la masa de la columna, cuyos efectos estaban palpables desde el arroyo de la Josefita hasta el camino de Vuelta Corta; largo trayecto salpicado de pinceladas rojas, que resaltaban sobre el verdor del follaje como si el rocío de aquella mañana hubiera sido de sangre, y sobre cada mata del inmenso cantero hubiese cuajado una amapola. Aun le separaba media jornada de la villa de Guantánamo. El comandante Garrido, considerando la gravedad de la situación, dispuso levantar el campamento á media noche, quemando antes el convoy de provisiones para que no hubiera impedimenta en la marcha del siguiente día. Previsor y activo, despachó un destacamento con los heridos de los dos combates, y sutilmente abandonó el vivac del Iguanábano á favor de la noche, dejando los fogones encen-

didos para que los perseguidores no se dieran cuenta del ardid. Los hermanos Maceo con las escasas fuerzas que pudieron llegar hasta allí, puesto que la columna cubana había experimentado también bajas de consideración, y apenas quedaban caballos útiles, al quebrar el nuevo día (dos de Septiembre) penetraron en la sabana de Iguanábano para que la victoria fuera más sonada con el acuchillamiento de los invasores. Tal propósito no pudo realizarse porque los españoles estaban muy cerca de los fortines de Guantánamo, y únicamente pudieron picarles la retaguardia en el paso del Salvial, donde hicieron la última resistencia los soldados de las Escuadras, mientras los restos de la columna iban presurosos hacia la villa, dominados por el pánico, y creyendo que los perseguidores les daban alcance dentro del mismo alojamiento. La jornada fué muy ruda, cual pocas se registran análogas. Bastará decir que la función bélica duró 36 horas que, unidas á las ocho de la jornada del Escandell á Ramón, forman un total de 44 horas, período más que suficiente para rendir á otra clase de soldados. Por declaraciones de personas de crédito que presenciaron el triste regreso de la columna de Canellas, aun cuando fué celebrado con los acordes de la música, se supo la verdad del desastre, confirmado por otros testimonios de indubitable valer, los cuales hicieron la comprobación de 200 bajas entre muertos y heridos, no confesadas desde luego en el parte oficial según costumbre establecida por las autoridades españolas, de ocultar el quebranto propio, aunque fuera evidente, y exagerar el ajeno, dando por vistos é identificados montones de cadáveres en cada ilusoria hecatombe, pues los muertos identificados volvían briosos al día siguiente, y volvían á matarlos por segunda y tercera vez, sin tener presente los burdos componedores de la patraña oficial que ya habían figurado en el vasto necrocomio de papel: el papel de los boletines, que lo admitía todo. (1)

(1) La prensa española publicó el siguiente parte: "Las partidas de Antonio y José Maceo, compuestas de 3.500 hombres, fueron derrotadas el día 31 del pasado por una columna de 850 hombres, al mando del coronel Canellas. Canellas atacó las posiciones que el enemigo tenía en Sao del Indio, entre el cafetal "Sabina" y el potrero "Pimienta", al Sur de Ramón de las Yaguas, tomándoles el campamento, víveres, municiones y correspondencia. El fuego duró ocho horas, habiendo dejado el enemigo sobre el campo 36 muertos y llevándose más de 80 heridos. Por parte de la columna tenemos que lamentar la muerte de un

Grande fué también la merma en las filas cubanas: 89 bajas, cifra considerable, en verdad, si se atiende al dato que no llegaban á 600 los combatientes. Pero en la reñida acción de Sao del Indio no es el quebranto mortal de ninguno de los dos partidos, el hecho más saliente ó la nota de mayor interés que el cronista debe considerar al hacer el examen del memorable episodio. Lo más saliente es el vigor, el sufrimiento, en el verdadero sentido de la palabra, la fortaleza sin par de que dieron muestra palpable los soldados de Maceo, marchando al combate sin vacilación tras una marcha nocturna por caminos ásperos y horribles, y permanecer sobre el campo de la disputa treinta y seis horas, dando así el más elocuente testimonio de potencia física, de ánimo esforzado y de conformidad moral, cualidades de alto precio que completan el actor combatiente, pero que son propias del soldado insurrecto de Cuba, razón por la cual hemos escrito anteriormente la honrosa expresión de que es la milicia cubana la más andariega y la más fuerte de todas las milicias del mundo. Nos reímos nosotros—y no sonrían los entusiastas de las cosas extranjeras—de las marchas de Napoleón, de la solidez del ejército británico, de la resistencia del ejército ruso, del vigor del ejército prusiano y todas las demás categorías que ilustran las

---

teniente y 11 individuos de tropa. Además, resultaron heridos 4 capitanes, 4 tenientes y 39 soldados, y contuso el coronel Canellas. También murieron en dicha acción 18 caballos, quedando 6 heridos. El enemigo dispersado, se dirigió en grupos hacia la jurisdicción de Cuba, y el general Moreno dió orden de que salieran de Songo fuerzas para batirlo". Pocos días después, "La Ilustración Nacional", periódico militar, publicaba los nombres de los oficiales muertos y heridos, y agregaba 12 muertos más de la clase de tropa y 47 heridos. El coronel Canellas dirigió á los soldados que tomaron parte en el combate de Sao del Indio una alocución que decía así: "La acción del Sao del Indio, llevada á cabo por vosotros contra cuádruple número de fuerzas enemigas, bien armadas y mandadas por los hermanos Maceo, es de las más brillantes y gloriosas para nuestras armas y considerada por mí como una de las de mayor importancia en la actual campaña. La toma y destrucción de su permanente campamento, la derrota que sufrieron y la dispersión vergonzosa que les obligasteis á tomar, coronaron vuestra victoria. A vuestro valor, arrojo, serenidad, sacrificio y fe ciega en vuestros jefes, ya diezmados, pocas horas después del fragor de aquel combate, debe la historia patria una laureada página más, tan gloriosa como las que registran sus códices legendarios". Como se ve, el documento encierra pecado gramatical, pecado literario y pecado militar. Dice el autor que los insurrectos huyeron en vergonzosa dispersión, pero habla del fragor del combate, de los jefes diezmados, de anales gloriosos y códices legendarios, cosa que el coronel Canellas pudo explicar de un modo más concreto, diciendo: ¡Roncesvalles y las Navas de Tolosa!

páginas de la historia universal. Sólo debe exceptuarse la infantería española. Ningún otro ejército de la tierra ha hecho marchas de diez, doce, quince y veinte leguas continuadas, sin tomar resuello, sin probar bocado ni exhalar una queja, teniendo por toda reparación el tubérculo desabrido, cuando lo había, y el monte tenebroso por común alojamiento; á veces, ni el tubérculo ni el monte firme: el insalubre tremedal por lecho, y el desvelo del hambre por única distracción. Ningún ejército del mundo ha sido más sobrio, más abnegado ni más audaz: ninguno ha soportado mayores inclemencias y desventuras más enormes. La infantería cubana ha hecho caminatas asombrosas, cosa que hoy parece fábula; ha caminado de un crepúsculo al otro crepúsculo, doce y catorce leguas de un solo tirón, y ha visto el nuevo orto sin haber pegado los ojos ni dado fin al andar; ¡siempre caminando, monte tras monte, vereda tras vereda, subidero tras subidero!, viendo ponerse el sol sin la esperanza de que la noche ofreciera sosegado hogar al amor de la lumbre, y viendo nacer el astro del nuevo día, para descubrir entonces, no las bellezas del paisaje ni á la pastora del rebaño apetecible, sino la huella reciente del enemigo, ya preparado para la operación matinal. No nos ciega el entusiasmo; no influye sobre nuestro espíritu el luminoso fantasma de las fenecidas glorias.

VII

Holguín

San Fernando.—Baraguá.—La columna expedicionaria.—Su composición y vigor.—El campamento de Mala Noche.—Patriotismo de la mujer cubana.

Intentó Maceo realizar otra excursión por el distrito de Holguín. Citó la brigada que operaba en dicha comarca para el día quince de Septiembre, en el sitio de Báguano, á donde concurrieron las fuerzas holguineras; pero una grave dolencia que puso en peligro su vida, le impidió emprender esta excursión con la que pensaba cerrar la campaña de Oriente. Sin embargo, con fiebre muy alta montó á caballo, rehuyendo la litera que se le tenía preparada, para dirigir la acción de San Fernando (25 de Septiembre), no retirándose del campo mientras la infantería holguinera no afirmó las posiciones disputadas por el enemigo; y aun permaneció algunos días por Alcalá y Vijarú, en espera de nuevos ataques de los españoles, contra la opinión de los médicos y los ruegos de toda la oficialidad, sumamente alarmada. De entonces parte la consideración que siempre le mereció á nuestro caudillo el general Echagüe, por haberle éste devuelto un prisionero herido, después de practicada la primera cura, y á quien dejó una carta para el jefe de las fuerzas cubanas (1). En medio de tantos horrores, de tantos crímenes perpetrados con salvaje ensañamiento, á la

(1) La carta del general Echagüe decía así: "Comandante General "de Holguín.—E. M.—"Pueden venir cuatro hombres sin armas para "hacerles entrega de un herido de la escolta de Marrero, llamado Cirilo "Aráujo, que ayer quedó en las posiciones tomadas por mis tropas. Ha "sido perfectamente curado y atendido. No tengo inconveniente en que "se lleve á Holguín para ser allí curado y atendido en uno de mis "hospitales y que quede luego en libertad,—Loma del Chivo, 26 de "Septiembre de 1895.—Firmado, Echagüe".—(Conservamos el original de este honroso documento.

sombra de la bandera de España, que han dejado el alma atribulada por la consternación, es grato consignar alguno que otro episodio que denote piedad ó ternura, porque con ello se demuestra que no se secaron en todos los pechos las fuentes de la caridad.

Era ya hora de ir disponiendo el cuerpo expedicionario. Afortunadamente, el General recobró en pocos días la salud y pudo dedicarse de lleno á tan importante ocupación, dictando las órdenes necesarias para que se acuartelaran en Baraguá las fuerzas de Santiago de Cuba y de Holguín, destinadas al primer contingente invasor, sin que por eso dejara de mano otros negocios relacionados con el problema de la guerra, como la división militar del departamento en zonas y distritos, organización de las reservas, remonta caballar, &, y el allegamiento de fondos para la compra de armas en los Estados Unidos. Por medio de un empréstito forzoso que impuso Maceo á los hacendados de Oriente llegó á reunir la suma de 88,600 pesos en libranzas sobre plazas extranjeras, y que remitidas á la Delegación del partido revolucionario para arbitrios de guerra, fueron los primeros recursos, procedentes de Cuba, con que contó la junta de New York; gracias á ellos pudo organizar las expediciones de Roloff, de Céspedes y de Carillo, arribadas felizmente á las playas cubanas en el período de cuatro meses.

A mediados de Octubre llegó al campamento de Baraguá el alto personal del gobierno con objeto de acompañar al ejército invasor hasta el teatro de Occidente y compartir con el soldado, las glorias y las fatigas de la campaña, honrando de ese modo el puesto á que lo elevó la asamblea popular de Jimaguayú; tal ejemplo de patriotismo será en todo tiempo timbre glorioso para el gobierno de la Revolución.

Lugar predilecto para el general Maceo era la Sabana de Baraguá. Sobre la dilatada llanura que forma horizonte en algunos parajes, corrió el gran soldado las primeras suertes del arte militar y obtuvo los primeros triunfos. Allí empeñó después más serios combates que extendieron su fama por el mundo y pregonaron el nombre de los Maceo como el de una familia heroica é inextinguible, en la que caía un miembro y brotaba otro, no bastando toda la pesadumbre de las legiones españolas á aplastar el tronco robusto de aquella tribu belicosa que ama-

mantó una excelente mujer, Mariana Grajales, cuyo símil moral sólo podrá hallarse en la madre los Macabeos. Allí junto al declive que forma la sabana para desaparecer más abajo en la cavidad del fértil Barigua, fué el último reducto donde ondeó la bandera de Yara para servir de sudario á la epopeya de los diez años; pero como símbolo de resurrección. ¡Cuántas veces, caminantes extraviados por la sabana de Baraguá, nos pareció oír el rumor del lejano combate, traído por la eufonía del bosque!

La concentración de las fuerzas expedicionarias tuvo efecto en la Sabana de Baraguá, en el mismo sitio histórico donde se alzan los frondosos mangos que dieron sombra en 1878 á los dos opuestos caudillos de aquella campaña: Martínez Campos y Maceo. Allí formuló el cubano su enérgica protesta contra el pacto del Zanjón, en día triste y memorable. Diecisiete años han transcurrido desde entonces. El protagonista de aquel acto grandioso cumple hoy su juramento, renovándolo ante la bandera inmortal que sirvió de sudario al cadáver de la Revolución, cuyo espíritu resucita al soplo del heroísmo patrio y hacer revivir la magia espléndida de los fecundos amores. Antonio Maceo se dispone á llevar la bandera de la independencia, de la que ha sido tan fiel devoto y firme mantenedor, hasta los últimos confines de Occidente, en alas de su genio militar. El sol fulgura con esplendores de victoria sobre las cumbres de la sierra.

Ya nos parece á todos que la colonia infortunada se verá en breve libre de desdichas, por el esfuerzo de los heroicos patriotas que marchan resueltamente á la conquista de tan hermoso ideal.

MARCHAS DE LA COLUMNA INVASORA

FECHAS		SITIOS		Leguas	DISTRITOS
1895					*Oriente*
Octubre	22	De Baraguá	á Júcaro	9	Santiago de Cuba
Idem	23	„ Júcaro	„ Guayacán	6	Idem
Idem	25	„ Guayacán	„ Sabanilla	5	Holguín
Idem	27	„ Sabanilla	„ Pestán	5	Idem
Idem	29	„ Pestán	„ Tranqueras	7	Idem
Idem	31	„ Tranqueras	„ Mala Noche	6	Idem
Noviembre	3	„ Mala-Noche	„ Río-Abajo	5	Idem
Idem	5	„ Río-Abajo	„ Vista Alegre	5	Tunas
Idem	6	„ Vista Alegre	„ Soledad	9	Idem
Idem	7	„ Soledad	„ Lavado	6	Idem
Idem	8	„ Lavado	„ Caridad	4	Camagüey
Idem	9	„ Caridad	„ Guamabo	4	Idem
Idem	11	„ Guamabo	„ Loreto Vía-ya	7	Idem
Idem	12	„ Loreto Vía-ya	„ Yaya	5	Idem
Idem	14	„ Yaya	„ La Matilde	3	Idem
Idem	16	„ La Matilde	„ San Andrés	2	Idem
Idem	17	„ San Andrés	„ Ciego Najasa	5	Idem
Idem	18	„ Ciego Najasa	„ Consuegra	8	Idem
Idem	19	„ Consuegra	„ Antón	2	Idem
Idem	22	„ Antón	„ Las Guásimas	2	Idem
Idem	23	„ Las Guásimas	„ Divorcio	5	Idem
Idem	24	„ Divorcio	„ Hato-Arriba	4½	Idem
Idem	25	„ Hato-Arriba	„ Ciego Escobar	4½	Idem
Idem	27	„ Ciego Escobar	„ Colmenar	5½	Idem
Idem	28	„ Colmenar	„ Santo Tomás	4½	Idem
Idem	28	„ Santo Tomás	„ Artemisa	3	Idem
Idem	29	„ Artemisa	„ Gil Herrera (Trocha)	8	Idem
Idem	29	„ Gil Herrera	„ Lázaro López	1½	Idem
Idem	30	„ Lázaro López	„ Reforma	2	Idem
Diciembre	2	„ Reforma	„ Trilladeritas	3	Idem
					Santa Clara
Idem	3	„ Trilladeritas	„ La Campana	3	Sancti-Spíritus
Idem	4	„ La Campana	„ Ciego Potrero	1½	Idem
Idem	5	„ Ciego Potrero	„ Remates	4	Remedios
Idem	7	„ Remates	„ Sabanilla	6	Idem
Idem	8	„ Sabanilla	„ Las Pozas	7	Sancti Spíritus
Idem	9	„ Las Pozas	„ Quemado Grande ..	9	Santa Clara
Idem	10	„ Quemado Grande	„ Manacal	7	Idem
Idem	11	„ Manacal	„ Id.	1	Idem
Idem	12	„ Manacal	„ Quirro	3	Trinidad
Idem	13	„ Quirro	„ Siguanea	5	Idem
Idem	14	„ Ciguanea	„ Guamá	6	Cienfuegos
Idem	15	„ Guamá	„ Aguada de Flores ..	5	Idem
Idem	16	„ Aguada de Flores	„ Amalia	6	Idem
Idem	18	„ Amalia	„ Jagüey	4	Idem
Idem	19	„ Jagüey	„ Cabeza de Toro ...	5	Idem
			Suma y sigue	102	

MARCHAS DE LA COLUMNA INVASORA

FECHAS		SITIOS		Leguas	DISTRITOS
1895		*Suma anterior*		102	
					Matanzas
Diciembre	20	De Cabeza de Toro	a Desquite	12	Colón
Idem	21	„ Desquite	„ Santa Elena	9	Idem
Idem	22	„ Santa Elena	„ Herrera	6	Cárdenas
Idem	23	„ Herrera	„ Sumidero	7	Idem
Idem	24	„ Sumidero	„ Crimea	8	Colón
Idem	25	„ Grimea	„ Navarrete	6	Idem
Idem	25	„ Navarrete	„ Sabanetón	8	Matanzas
					Santa Clara
Idem	27	„ Sabanetón	„ Indio	5	Cienfuegos
					Matanzas
Idem	28	„ Indio	„ Triunfana	5	Colón
Idem	29	„ Triunfana	„ Mostacilla	9	Idem
Idem	30	„ Mostacilla	„ Empresa	7	Matanzas
Idem	31	„ Empresa	„ Estante	6	Idem
1896					
Enero	1	„ Estante	„ Baqaez	8	Habana
Idem	2	„ Baqaez	„ Coca	9	Idem
Idem	3	„ Coca	„ Novo	7	Idem
Idem	4	„ Novo	„ Güira de Melena ..	5	Idem
Idem	5	„ Güira de Melena	„ Ceiba del Agua ...	4	Idem
Idem	6	„ Ceiba del Agua	„ Hoyo Colorado	5	Idem
Idem	7	„ Hoyo Colorado	„ Maurín	5	Idem
Idem	8	„ Maurín	„ Verriel	5	Pinar del Río
Idem	9	„ Verriel	„ San Juan	8	Idem
Idem	10	„ San Juan	„ Bahía Honda	6	Idem
Idem	11	„ Bahía Honda	„ Las Pozas	4	Idem
Idem	12	„ Las Pozas	„ La Palma	8	Idem
Idem	13	„ La Palma	„ Laguna de Piedra ..	6	Idem
Idem	14	„ Laguna de Piedra	„ Caiguanabo	5	Idem
Idem	15	„ Caiguanabo	„ Pilotos	7	Idem
Idem	16	„ Pilotos	„ Paso Viejo	2	Idem
Idem	17	„ Paso Viejo	„ Las Taironas	4	Idem
Idem	18	„ Las Taironas	„ Tirado	4	Idem
Idem	19	„ Tirado	„ Sábalo	5	Idem
Idem	20	„ Sábalo	„ Guane	3	Idem
Idem	22	„ Guane	„ Mantua (límite de la invasión)	7	Idem
		Total de leguas recorridas		424	

Antes de empezar el relato de la campaña de invasión, hemos creído de utilidad para el lector, publicar el cuadro de las marchas realizadas por la columna expedicionaria desde su partida de Baraguá hasta su llegada á Mantua. Los lugares se refieren á los puntos donde hicimos noche durante la jornada, y de ahí que no guarden relación exacta con las fechas, debido á que algunas veces permanecimos dos días acampados en el mismo lugar; las leguas equivalen á las distancias recorridas de uno á otro campamento.

El día 22 de Octubre partió de Baraguá la columna expedicionaria, tomando el camino de Holguín por la margen derecha del Cauto, vía que no recorrían los españoles y la más breve para llegar sin obstáculos al territorio de Camagüey. Si el general Martínez Campos estaba prevenido, como era de suponerse, contra los intentos del jefe cubano, le sería muy difícil llevar á cabo cualquiera operación estratégica sobre la línea divisoria del departamento Oriental, en atención á la larga distancia que necesariamente tendría que salvar la columna que saliera de Holguín, acto indispensable para el buen éxito de la operación.

La primera marcha fué muy penosa, de nueve leguas, por terrenos inundados, y cayendo recios aguaceros; se acampó en la sitiería del Júcaro, ya muy entrada la noche. Al día siguiente se continuó la ruta por la misma ribera del Cauto y caminos igualmente pésimos hasta Guayacán, donde se dió un buen descanso á la tropa: nuestra vanguardia vivaqueó en Sabanilla. A este punto llegó el centro de la columna el 25, se situaron los puestos avanzados en la vega de Pestán, lugar designado para la incorporación de algunas fuerzas de infantería. De Pestán se pasó á Corral Nuevo el 28, y el 30 nos dirigimos al hato de Mala Noche, encrucijada de los caminos de Holguín, Tunas y Bayamo.

En el campamento de Mala Noche se incorporaron los regimientos de caballería Martí y García, en número de 350 plazas, y con este refuerzo el efectivo armado se elevó á 1.403 hombres, según revista minuciosa que ordenó el Cuartel General. Por la nueva organización que se dió á la columna, quedó ésta constituída de la manera siguiente:

Comandante en jefe, el Mayor General Antonio Maceo.
Jefe de Estado Mayor, el Brigadier José Miró.
Jefe de Infantería, el Brigadier Quintín Bandera.
Jefe de Caballería, el Brigadier Luis de Feria.
Jefe de Sanidad, el Coronel Joaquín Castillo.
Jefe Instructor, el Coronel Pedro Sotomayor.
Auditor General, el Coronel Francisco Freixes.
Jefe de despacho, el Coronel Federico Pérez Carbó.

Distribución de armas y cuerpos

Estado Mayor	25
Escolta del Cuartel General	82
Escolta del Gobierno	40
Infantería	350
Caballería	810
Sanidad	20
Oficiales agregados al Estado Mayor	36
Cuerpo de vigilancia	40
Total	1.403 individuos

No se cuentan en esta cifra los asistentes, ordenanzas, acemileros, etc., que ascendían próximamente á 300 hombres, algunos de ellos armados, y por lo tanto, en aptitud de guerrear. Se había procurado aumentar la caballería, porque del buen empleo que se hiciera de esa arma dependía el éxito de la invasión. Los movimientos habrían de ser rápidos, frecuentes las correrías, impetuosos los choques, y por otra parte, el servicio de exploración á distancias considerables, le estaba realmente encomendado á la caballería: de ahí su cupo máximo en el cuerpo expedicionario. A excepción de unos trescientos infantes, todas las demás fuerzas iban á caballo, aun cuando no pertenecieran al arma de caballería ni fuesen plazas montadas; concesión que otorgó el Cuartel General para no recargar el servicio del peonaje, que bastante tenía con las largas marchas que comúnmente le tocaban en lote, cubriendo la retaguardia. Los regimientos no eran completos, ni mucho menos; los más no pasaban de escuadrón y de compañía, del tipo reglamentario, esto es, de 72 hombres el escuadrón y 45 la compañía; pero conservaban la denominación del cuerpo á que pertenecían á fin de no introducir nomenclaturas nuevas, siempre dadas á confusiones, y para que la historia de cada uno se mantuviera

perenne en el espíritu del soldado y fuese estímulo del pundonor. Unicamente el regimiento Céspedes (de caballería) podía en rigor ostentar ese título, pues contaba con 320 plazas y un cuadro completo de oficiales; los demás adolecían de la falta señalada, por lo que dábase el caso de que un coronel, v. gr., mandara un batallón que no revistaba más allá de 100 plazas, y por el estilo, las otras unidades tácticas. Esta composición orgánica no ha de entenderse que tuviera carácter definitivo; habría de modificarse á medida que se extendiera el radio de acción y las bruscas alternativas de la campaña crearan nuevos organismos é hicieran desaparecer otros. Aun veremos extinguirse alguno, de los más nutridos ahora, por la mutilación diaria de sus miembros en el campo de la lucha, mientras fracciones menos robustas serán derribadas de una sola descarga, como cuarteado bastión que no resiste más de un metrallazo. Del regimiento Céspedes, al terminarse la segunda campaña de Occidente, sólo quedará el recuerdo glorioso de sus proezas; idéntico destino le cabrá á la famosa guardia del General y al regimiento Maceo y al primer batallón de Crombet y á tantos más, igualmente beneméritos, diezmados en cada combate, todos sepultados y esparcidos, aquí, y allá, en la diseminación de la gran jornada.

El general Maceo tenía el propósito de aguardar en Mala Noche el contingente de la 2ª División, aunque para ello hubiera de detenerse cinco ó seis días; pero una noticia que publicó *El Cubano Libre*, relacionada con la partida de las huestes orientales para el territorio de Las Villas, contrarió los propósitos de Maceo, el cual, con visible disgusto, ordenó la marcha de la columna y el secuestro del periódico, á fin de que el enemigo no se enterara del suceso, si bien por otros medios habíase ya divulgado y la misma prensa española lo comentaba en son de burla.

No obstante lo repentino de la orden del Cuartel General, pudo celebrarse una agradable fiesta en obsequio de algunas familias holguineras que había acudido á Mala Noche para despedirse de sus deudos y amigos; fiesta que merece un lugar en estas páginas de la guerra, si no como episodio descriptivo, como exponente del período más hermoso de la Revolución, el de la fe, ciega y victoriosa, en que la mujer cubana aviva con sus trans-

portes el fuego del patriotismo. Todo es grande y poético en esa fecha por la intervención de la mujer que, transfigurada por el amor patrio, aparece como un emblema de gloria, infunde su alma pasional al militante y da aire romanesco á la cruzada libertadora, con la que comulga la víspera de la partida. Su devoción por la bandera de la República la ha llevado hasta el campo militar, que puede serlo de encarnizada pelea, para ver desfilar la gran masa de orientales que acaudilla Maceo y dar el último adiós á sus seres más íntimos y amados. Ninguna denuncia su dolor al desprenderse de familiares tan queridos; ninguna opone necesidades del hogar, excepciones de orfandad ó de viudez, que bastarían á eximir del servicio de las armas á sus parientes más allegados, todas, por lo contrario, muéstranse orgullosas de que á los suyos les haya tocado en suerte ir con el caudillo oriental á realizar la conquista de los dominios españoles en el remoto Occidente. Anhelan participar de la gloria que les cabrá á los invasores. Hay quién tiene á su esposo en las filas; quién á sus hijos; cuál otra á su amante nupcial. Aquí se ve á una mujer que perdió á su esposo en la guerra de los diez años, y ahora se desprende de sus hijos: se queda sola en el hogar. Más allá, una joven vestida de luto, se afana en bordar las insignias que ha de ostentar su hermano: su padre cayó en las primeras acciones de la contienda actual. Otra joven, en amoroso transporte, coloca sobre el pecho de un oficial bisoño el relicario de la Virgen de la Caridad, para que lo libre de las balas enemigas: es prenda de enamorada. Una niña de pocos años canta en décimas cubanas las glorias de Maceo en presencia del caudillo, mientras dentro de la mansión donde se celebra la fiesta militar, resuena el metro heroico que inspira la musa de la independencia, cuyas notas sólo apaga el eco matinal del clarín que llama á los soldados á levantar las tiendas.

Examinados estos hechos y otros parecidos, reveladores de una virtud incomparable, el ánimo del historiador se siente embargado y no sabe á ciencia cierta á quien adjudicar el galardón del patriotismo: si al hombre, que por un ideal político abandona hacienda y familia para ir á correr los riesgos de la lucha; ó á la mujer que se queda resignada, presa de la fiebre de la nostalgia, en el hogar ya desierto é inseguro donde todo le habla del objeto de sus ilusiones.

VIII

Las Tunas

Noticias del enemigo.—En Las Tunas.—Acciones del 7 y 8 de noviembre.—Admirables esfuerzos de la columna española.

ANTES de partir de Mala Noche se enviaron órdenes terminantes al jefe de la 2ª División para que activara la marcha del contingente que habían de dar las fuerzas de Manzanillo y Bayamo. A las seis de la mañana (3 de Noviembre) desfilaba nuestra columna por el camino de las Tunas, con el intento de hacer una marcha de diez ó doce leguas ese día; pero fué necesario detenernos en Río Abajo, límite de la jurisdicción de Holguín, y acampar en dicho sitio, al tenerse noticias de que en Vista Alegre se hallaban considerables fuerzas españolas; á media jornada corta de nuestra vanguardia. Casi al mismo tiempo, por conducto confidencial, se recibieron informes de que otra columna, desde la plaza de Holguín, había tomado el camino de Mala Noche, para operar indudablemente en combinación con la de Tunas, y con el intento de impedirnos el paso á Camagüey (1).

Eludir combates durante nuestra marcha por el departamento Oriental era punto resuelto por la dirección de la campaña, porque aparte de razones políticas, interesaba adelantar camino, para de acuerdo con los planes concertados con el jefe del ejército, invadir el departamento Central en los primeros días de Diciembre. Toda función de guerra supone una dilación más ó menos larga, bajas en las filas y entretenimiento de per-

(1) Después de la guerra hemos sabido que también salió de Cauto Embarcadero otra columna, para practicar reconocimientos infructuosos por Corral Nuevo y Tranquera, sitios donde estuvo Maceo pocos días antes. Dicha columna regresó para sus cuarteles, después de un registro tan inútil perdiendo la oportunidad de batirse con nuestra retaguardia.

sonal para el transporte y seguridad de los heridos. Por estas razones, el general Maceo trataba de evitar un choque con la columna que teníamos á vanguardia, manteniéndose á la defensiva si era atacado, no inspirándole temor alguno la que venía por la huella, puesto que no podía darnos alcance de ningún modo, ni aun en el caso de que acortase la ruta por el camino de Aguarás, en vez de dirigirse á Mala Noche, y se situara después sobre el de Tunas á Guáimaro, á marchas forzadas. En previsión de lo primero, se comunicaron instrucciones al brigadier Capote, jefe de la división de Tunas y Holguín, para que estuviera sobre el enemigo y vigilara sus ulteriores movimientos.

Hasta el 5 por la mañana permanecimos en Río Abajo; y ya en conocimiento de que el brigadier Capote iniciaba la operación, nos encaminamos á Vista Alegre. El vecindario nos dió noticias más concretas de los españoles, que dos días antes habían acampado allí con el propósito de batir el grueso de la insurrección, capitaneado por Maceo. Se destacaron algunos grupos á caballo por la zona de Tunas (la ciudad), para que mantuviera la alarma.

Dura fué la jornada del día 6. Los caminos estaban intransitables, desfondados; se hundían las cabalgaduras hasta el pecho, atascándose los bagajes á cada paso, y la infantería, que cubría la retaguardia, tuvo que soportar mayores fatigas á causa de la profunda huella impresa en los fangales. A las dos de la madrugada habíase emprendido la marcha, y eran las nueve de la noche cuando se acampó al raso en las praderas de la Soledad sin más que dos ligeros altos durante el camino, y lloviendo á torrentes desde media tarde.

La columna española que se hallaba en las Pelonas el día 5, logró amenazar nuestro flanco derecho, no sin ser hostilizada por el brigadier Capote al emprender esa operación; y avisado el Cuartel General de que el enemigo se encontraba á las ocho de la mañana á legua y media, todo lo más, de nuestro campamento de la Soledad (distancia que fácilmente podía minorar por travesíos despejados), se tocó en seguida prevención y marcha, dejando allí algunos pelotones de caballería para que entretuvieran á los españoles. Efectivamente, poco después se enredaban á tiros con la descubierta de la columna; pero al mando

ésta de un jefe animoso, que á todo trance quería empeñar combate, reconoció el campo de la Soledad y tomó el camino que llevaba la división expedicionaria. Fué necesario escalonar fracciones de infantería por la quebrada de las Lajas para que contuviera los ímpetus de la vanguardia enemiga, y entonces arreció el fuego, porque, simultáneamente, la caballería de Tunas hostilizó el ala derecha de los españoles, que trataba de ganar terreno por dentro de las maniguas y ocupar con antelación los puntos más culminantes. Ante la resistencia que se les opuso durante un trayecto de dos kilómetros, desistieron de internarse por los vericuetos; toda la columna se detuvo en la sitiería de las Lajas, como para acampar en ese punto: once de la mañana.

Llegó nuestra columna á la dehesa de Guaramanao con el intento de refaccionarse, no creyendo el general Maceo que los españoles continuaran la operación; pero en tanto se desollaban las reses para el desayuno, algunos disparos elocuentes advertían que el enemigo volvía á la carga, á pesar de las siete horas que llevaba de tarea. No había, pues, acampado en las Lajas, no había hecho más que tomar un refrigerio para realentarse y seguir con mayores bríos la caminata.

Reforzados los puestos de retaguardia, como primera medida, bregaban poco después con el grueso de la columna, que avanzaba resueltamente hacia nuestro campo, por dos lados distintos. Entonces se prepararon las fuerzas en orden de batalla: la caballería, desplegada en medio de la pradera, cubriendo todas las avenidas del frente en una buena extensión de terreno; y la infantería, arrimada á una ceja de bosque, para defender la entrada del campamento por el sitio más accesible, á fin de repeler cualquier ataque impetuoso de los españoles. La estructura del terreno brindaba ocasión de sostener con brillo la pelea contra fuerzas más numerosas, puesto que el fuego de nuestra infantería hubiera diezmado las filas enemigas al tratar éstas de penetrar en el campamento por el lado que parecía más vulnerable, si no hubiese sido eficaz la maniobra de carga de nuestros escuadrones. Pero ello estaba en desacuerdo con los planes de campaña, repetidas veces indicado en el curso de este relato; por lo que el general Maceo desistió de empeñar acción formal con aquel enemigo tenaz y animoso, que no daba señales de can-

sancio en medio del calor asfixiante del día. Mas antes de proseguir la ruta era de necesidad sostener la sprimeras acometidas del adversario, como así se hizo, con buena fortuna.

Los tropas españolas, que soportaron á pie firme el fuego certero de 60 infantes que defendían el camino de las Lajas, no cejaron en su propósito de apoderarse del campamento hasta tanto no se les opuso resistencia más vigorosa, y no vieron amenazado su flanco derecho, al mismo tiempo que se repelía otro ataque de su vanguardia, casi encima de nuestros retenes. Hubieron, pues, de contenerse, al observar las líneas de nuestra infantería, bien apoyada; reducir á cortas proporciones el radio de despliegue y hacer uso de la artillería, intervalo que aprovechó Maceo para organizar la retirada, no sin antes hacer una bella demostración que obligó a los españoles á cambiar el orden táctico. Con efecto; atravesando nuestra caballería á paso largo un arroyo que tenía á sus espaldas, apareció de improviso sobre la altura de una loma que dominaba el campo de la acción por todo su frente, dando lugar á que nuestros infantes ocupasen el camino que debía seguirse en la retirada, y una vez escalonados sólidamente, se adelantó la caballería cubriendo los flancos opuestos, hasta que pudo situarse á vanguardia de la impedimenta y practicar exploraciones en el sitio del Lavado, donde se acampó á la caída de la tarde. La columna española pernoctó en Guaramanao. Sobre ella quedó un escuadrón del contingente invasor, á más de las fuerzas de la brigada de Tunas, que vivaquearon á retaguardia del enemigo.

Los exploradores que al amanecer del día 8 se enviaron por el camino de Guaramanao, hallaron en marcha á la tropa española en dirección á nuestro campamento. Nutridas descargas á eso de las nueve indicaron que la acción se formalizaba con la gente de Capote; y una hora después, el fuego, por momentos más vivo y atronador, advertía la proximidad de la columna. Todo el tiempo era ya poco, una de nuestras avanzadas iba en manifiesta retirada, casi envuelta por las guerrillas españolas, y los proyectiles cruzaban por el alojamiento del Cuartel General. Rápidamente, los infantes que se hallaban disponibles se extendieron por una frondosa arboleda, que corre hacia la derecha del hato en toda su longitud, y la caballería formó en línea circular, de frente al enemigo, pero oculta á su inspección

por una ligera cañada que atraviesa allí el terreno. Entretanto, los españoles desde otra arboleda, que cierra el fondo del potrero por el camino de Guaramanao, procuraban enfilar las líneas de nuestra infantería para apoderarse de esta posición y descubrir la cañada que servía de cortina á nuestros escuadrones: situación que debió de colegir el jefe de la columna, toda vez que iniciado ese movimiento de flanco con bastante empuje y apenas rebatido por nuestros peones (porque tenían la orden de economizar cartuchos), dispuso otra maniobra completamente distinta; á saber, reforzar el lado opuesto, tratando de evitar que por allí se corriera la caballería cubana, mientras cañoneaba por el frente de la posición culminante. Algunas granadas reventaron junto al Estado Mayor y muy cerca del general Maceo, que observaba desde un sitio desabrigado las evoluciones del enemigo. En estos momentos, el regimiento García, salvando al trote un espacio considerable, se encaró con las guerrillas españolas que protegían el desfile de una sección de tiradores, simulando en presencia de aquéllos una dispersión á la desbandada, á fin de que cobraran calor y persiguieran á los supuestos fugitivos hasta las inmediaciones del lugar donde se hallaba el trozo de nuestra caballería. El general Maceo, con visibles señales de impaciencia, acababa de dar la orden de que se cargara al arma blanca, si la tropa española avanzaba por el centro del potrero. Pero aquella maniobra de dispersión, bien ejecutada por los escuadrones de García, no dió los resultados apetecibles: las guerrillas españolas retrocedieron, creyéndose seriamente amenazadas.

Reinó profundo silencio. La caballería cubana permanecía inmóvil; la infantería en su puesto, y los españoles en observación, amparados por el follaje: los unos y los otros con las armas requeridas, atisbándose mútuamente. ¿Cuál sería el lado vulnerable?... Los cubanos no podían atacar aquella espesura del frente, poblada de soldados en línea de batalla, ni los españoles atravesar la planicie de hierba guinea para apoderarse del boscaje en que se apoyaban nuestros peones, porque al ataque hubiera respondido inmediatamente la furiosa embestida de los jinetes cubanos, lanzados á la carga por Maceo. Sagaz y previsor, en alto grado, el jefe de la columna española se mantuvo en el mismo sitio á pesar de las nuevas provocaciones que hicieron algunos grupos á caballo, transcurridos aquellos

instantes de imponente tregua. En esta situación, siendo ya mediodía, se ordenó la marcha dejando allí una guardia de caballería para que vigilara los movimientos del enemigo; éste ocupó la casa del Lavado, media hora después de haber cesado las hostilidades.

Eran las doce próximamente cuando terminó este hecho de armas, que hubimos de sostener con mayor tesón que el anterior, ó sea el combate de Guaramanao, para poder llegar sin nuevos obstáculos al territorio de Camagüey. Nuestras bajas, entre las dos acciones, fueron 23, incluyendo las de la brigada de Tunas al mando de Capote; este jefe salió herido (1).

No hemos de negar los meritorios esfuerzos realizados por las tropas españolas, pues además de la actividad desplegada en la operación, y de la pericia incuestionable de su jefe, soportaron grandes fatigas durante las horas de marcha por caminos y senderos de difícil tránsito. Mandaba la columna el coronel Nario, uno de los oficiales más competentes del ejército español en la campaña de Cuba. Pero si los españoles han podido adjudicarse la victoria táctica, obtenida por la superioridad de sus elementos (prescindiendo de las razones que tenía nuestro caudillo para no empeñar combates), es lo cierto que, á pesar de esa superioridad, revelada en las cifras de los partes oficiales, y de los bríos que demostraron en las dos jornadas, no les fué posible entorpecer nuestro paso á Camagüey, objetivo de la operación, y en cambio lo efectuó Maceo, casi á la vista de las tropas que trataban de impedirlo.

(1) El periódico "La Discusión", de la Habana, correspondiente al 12 de Noviembre de 1895, decía que en el hospital militar de Holguín habían ingresado 58 heridos, procedentes de los últimos combates contra Maceo. Nótase, sin embargo, una confusión en la noticia, puesto que parece muy dudoso que el día 12 de Noviembre estuvieran ya en Holguín los heridos de las acciones de "Guaramaneo" y el "Lavado", con doble motivo habiéndose encaminado á Guáimaro la columna española después de dichos combates.

IX

CAMAGUEY

Aspecto general de esta región.—Influencia de Cisneros.—Máximo Gómez.—Organización civil y militar.

El río Jobabo, límite de la región oriental por el Oeste, lo cruzaba el cuerpo invasor entre dos y tres de la tarde del día 8 de Noviembre, sin más oposición que los combates ya referidos, en parte gloriosos para las armas cubanas; y fracasada, por consiguiente, la combinación estratégica del caudillo español contra las audaces tentativas de los rebeldes.

El territorio que vamos á cruzar ahora, es vasto y despoblado; no será, pues, difícil eludir choques con el enemigo, ni acaso fuera fácil tenerlos si hubiera el propósito de solicitarlos. Las pocos poblaciones importantes de este distrito están situadas á larga distancia las unas de las otras, hacia el Norte las unidas por ferrocarril, como Puerto Príncipe, las Minas y Nuevitas; y nuestro itinerario será por el Sudoeste, en tanto no lleguemos á la Trocha de Júcaro á Morón, única línea fortificada que imprescindiblemente nos tocará atravesar en nuestra rápida excursión por el país.

La configuración del terreno, en casi todo el espacioso panorama de Camagüey, es la más adecuada para operar con grandes masas de caballería, pues si bien existen algunos núcleos montañosos y porciones considerables cubiertas de bosque, el suelo en general es llano; no hay pedregales, cuencas ni angosturas que dificulten las marchas á caballo, y el pasto es copioso, superfluo á veces, debido á la capacidad enorme de las ganaderías que constituyen la principal fuente de riqueza de este territorio. Los grupos orográficos más salientes se hallan en la parte septentrional y corren cerca de la costa, formando la escarpada

sierra de Cubitas, sin enlaces ni ramificaciones con otros grupos; y por el Sur, pero á buena distancia del litoral, descuellan las pintorescas lomas de Najasa, pudiendo decirse que el resto de la región es una planicie inalterable: estadio inmenso para grandes maniobras de caballería.

Si el ejército español pretendía batirnos antes de que nos aproximáramos á la Trocha militar, para cubrir después esa línea en toda su longitud y disputarnos el paso á las Villas orientales, veríase obligado á hacer marchas muy penosas con el matalotaje á cuestas, por no contar con puntos de tapa ni vías de fácil comunicación dentro del radio enemigo, y no sería dudoso que tropezara con inconvenientes más graves al internarse por la manigua. "En los departamentos Central y Oriental—ha escrito un militar español,—unidos por el camino de Guáimaro y las Tunas, tenían los insurrectos extensos despoblados donde guarecerse para burlar la persecución de las tropas. Sus montes casi impenetrables, sus inacabables potreros de alta hierba de guinea, sus grandes sabanas, eran tan útiles á las errantes bandas como perjudiciales á las tropas regulares; faltas éstas de punto de apoyo, y sin otra alternativa que formar columnas con convoyes de acémilas, imposibilitadas de moverse, obligadas á acampar en parajes determinados, sujetas á batirse en el terreno que eligiese el enemigo, las columnas, como obedeciendo á una consigna, retroceden al punto de donde partieron con las acémilas vacías y las camillas cargadas de heridos" (1).

Para llevar á cabo una serie ordenada de operaciones contra las huestes de Maceo durante su paso por el Camagüey, se necesitaba la movilización de un cuerpo de caballería, de dos mil hombres, por lo menos, y aligerados de toda impedimenta; jinetes incansables, además de ingeniosos, que supieran renovar los caballos inútiles sobre la marcha, al estilo de mambises, y fuera lujo de los ranchos y piensos reglamentarios, ese elemento de combate no lo tenía el ejército español. Con infantería solamente, ó con columnas mixtas en las que la caballería entraba en mínima proporción, no era posible intentar nada eficaz

(1) El coronel Camps y Felíu, en su obra "Españoles é Insurrectos".

contra la tropa que acaudillaba Maceo mientras no se hallase sobre la línea férrea de Ciego de Avila, por ser el único lugar de Camagüey donde podían acumularse poderosos elementos de hostilidad dentro del plazo que necesitaba el caudillo cubano para cruzar esa vasta superficie. Cualquier otro plan ofensivo era perder el tiempo lastimosamente; cansar las fuerzas en marchas estériles y reconocimientos infructuosos, sobre exponerse á sufrir un descalabro al empeñar acción formal en lugares poco menos que desiertos para las columnas españolas. Podrá objetarse que también había peones en la columna insurrecta; pero los nuestros reunían condiciones excepcionales; eran montañeses fornidos, hombres de hierro; marchaban diez y doce leguas diarias sin darse cuenta de la caminata, sin parar mientes en el calzado: los más iban descalzos. Aquella infantería de Cambute se ha hecho célebre en la campaña de Cuba por su vigor físico, su agilidad montaraz, su resistencia y su aire formidable. Verla andar, con el enorme macuto á las espaldas y la carabina terciada sobre el pecho, era pasaje curioso; desplegada en línea de combate ó yendo al asalto, infundía pavor: en cualquier situación marcial caracterizaba al vivo lo más fiero de la guerra.

En el supuesto de que Martínez Campos se hallara alerta y de que hubiese recogido los datos necesarios sobre la consistencia de nuestras fuerzas, no era lógico atribuírle el designio de comprometer columnas de infantería en medio de las sabanas de Puerto Príncipe, que no le brindaban ninguna condición ventajosa para entablar combate con los insurrectos. Ganada por nuestra división la margen occidental del río Jobabo, no había que pensar en ningún encuentro disputado mientras no estuviéramos sobre la línea de Júcaro á Morón. Al ardor, á veces irreflexivo del general Martínez Campos, no se unía el desconocimiento de la topografía del país; cosas que, marchando juntas, hubieran podido conducirle al riesgo de plantear la ofensiva en las desiertas explanadas de Camagüey. Por otra parte, los informes que adquiría el enemigo respecto de nuestras fuerzas, resultaban casi siempre abultados por los confidentes, aun siendo éstos leales al gobierno español, y cuando no por el recelo mismo de los comandantes militares que no daban crédito á las noticias de los campesinos criollos, á quienes consideraban labo-

rantes, encubridores de los insurrectos. Una exploración exacta ó aproximada á la verdad, era cosa difícil en aquella época.

Por falta de concierto entre los hombres que dirigían los trabajos preparatorios de la Revolución, el pueblo camagüeyano no respondió oportunamente al grito de rebelión que se dió en distintas comarcas de Santiago de Cuba el 24 de Febrero, y aun en los meses de Marzo, Abril y Mayo, permanecía, si no indiferente á los sucesos que se desarrollaban en el país, en actitud expectante. Latía, sin embargo, el sentimiento separatista—que jamás se apagó en los corazones cubanos—y la conspiración, fraguada por hombres de valer y probado patriotismo, fué tomando cuerpo á medida que se precipitaban los sucesos en el teatro de Oriente, esperándose tan sólo, para dar la señal del levantamiento, la entrada de Gómez y de Martí en el territorio, aviso que aguardaban los conjurados con la atención del centinela; oído alerta á la consigna y el arma preparada. Habiendo entrado el general Gómez (después del infausto acontecimiento de Dos Ríos), no esperaron otra oportunidad para lanzarse al campo de la lucha los simpatizadores de la causa revolucionaria, viéndose entonces á las claras las muchas é importantes ramificaciones que tenía la conspiración, con gran sorpresa de la junta central autonomista, que, en bufa y fachendosa actitud de *Pacificadora*, en su tonta vanidad de representar el primer papel en la escena política, llamándose á sí misma influyente y prestigiosa, había asegurado á Martínez Campos que Camagüey no respondería á la descabellada y criminal intentona promovida por el *loco* de Martí, que acababa de pagar con la vida su incurable exaltación.

En los primeros días del mes de Junio, salieron de Puerto Príncipe, en son de guerra, algunos jóvenes de distinguidas familias, acaudillados por el sincero patriota Salvador Cisneros, que, no obstante sus sesenta y siete años, reunía el vigor y entusiasmo propios de la juventud, y la tenacidad de los caracteres batalladores. Con el pronunciamiento de Cisneros se encendió la rebelión, y habiéndose unido á Gómez á los pocos días, tomó la lucha impulso creciente, tanto más cuanto que se realizaron con asombrosa rapidez brillantes hechos de armas, como la ocupación de Altagracia, de San Jerónimo y del Mulato,

caseríos fortificados, que nos valieron abundante botín de guerra y el público testimonio de la victoria (1).

Desde ese momento, la Revolución se muestra pujante é irreductible en Camagüey. Se nutren diariamente las filas cubanas con prosélitos valerosos que acuden de todas partes; de la ciudad, de la campiña, de las zonas ocupadas por el ejército español, de los cuerpos de voluntarios que se quedan en cuadro por virtud de la deserción general; trayendo los más de ellos equipos y armamentos, otros el vestuario y las fornituras para dar fe inequívoca de su valor ó de su sagacidad. La marcha triunfante de Gómez bajo el estruendo de los combates, es la mejor bandera de recluta. A los cuatro meses de haberse declarado la guerra en el distrito de Puerto Príncipe, no quedaba rincón donde no hubiese penetrado el humo de la pólvora, ni caserío, barrio rural ni comarca alguna habitada, cuyos moradores no hubiesen reconocido al gobierno de la República y las autoridades civiles por éste designadas; muestra la más evidente de la adhesión popular al nuevo régimen proclamado por la asamblea de Jimaguayú. Es fama que ningún campesino cambió de residencia para ir á soportar el dominio de la tiranía española dentro de las poblaciones, recurso que á nadie le fué negado, pero que nadie adoptó tampoco, considerándolo baldón imborrable y sello perenne de cobardía.

La transformación radical que se produjo en la vida agrícola por consecuencia del estado de guerra, sólo trastornó los intereses materiales, que dejaron de redituar desde aquel momento para convertirse en bienes del procomún, sin que un cambio tan violento ocasionara dolor en los perjudicados ni abriera la senda de los conflictos y reclamaciones, inculcada como estaba la noción de que ningún interés podía igualarse al

(1) En el combate de Altagracia cayó el bizarro general Francisco Borrero, hombre de grandes méritos como militar y como patriota. Era hijo de Santiago de Cuba. Expatriado durante algunos años, no cesó de trabajar en el extranjero al lado de Gómez y de Martí; vino con éstos en la expedición que salió de Santo Domingo. El general Gómez le había conferido el mando del distrito de Las Tunas, pero la falta de un subalterno adicto é inteligente que le acompañara en la invasión de Camagüey, le hizo llevar á Borrero por ser hombre de toda su confianza. Oficial valeroso y gran tirador, se puso en frente de las trincheras enemigas en el ataque de Altagracia, para hallar la muerte. Fué una gran pérdida para las armas cubanas.

supremo deber de servir á la patria; de que nada había más atendible que las necesidades del ejército libertador, nada más perentorio ni más digno de sufragio. Pero de cualquier modo que se considere el sacrificio del bienestar material, el abandono de la propiedad y la cesión del patrimonio siempre serán cosas dignas de admirarse sobre todo si se tiene en cuenta que fueron sacrificios impuestos voluntariamente, por amor á la causa de la independencia, y soportados con una abnegación que no ha tenido igual en el mundo.

Al romperse las hostilidades, se procedió casi simultáneamente á organizar la administración civil y militar, estableciéndose talleres de tenería, de zapatería y de forja, salinas, predios de cultivo, etc., bajo la misma pauta de la guerra anterior, aunque con mayor impulso, como es de suponerse. Este servicio, casi siempre desempeñado por los prefectos y sus auxiliares en casi todo el territorio de la República, adquirió mejor disposición reglamentaria en este distrito, debido indudablemente á la eficaz intervención del Gobierno y á que los enconos de la hostilidad no se hicieron sentir con la insistencia de las demás regiones. Ello es que tan importante ramo de la administración se regularizó sin demora y continuó ordenado durante la campaña, suministrando no pocos recursos á las tropas que iban de paso, lo propio que á la numerosa emigración que vino de los centros urbanos, impelida por el hambre (1).

Es de notar que la normalidad de la vida campestre no se perturbó en las extensas comarcas de Camagüey, cuyos moradores continuaron las faenas agrícolas como en tiempos de paz, dando únicamente al Estado la parte del fruto que le fué asig-

(1) Los cronistas españoles en su prurito de ridiculizar todas nuestras empresas,—desbarrando lastimosamente,—han dicho de nuestra administración militar que no tenía necesidad de devanarse los sesos para proveer á un ejército que se alimentaba de raíces y vestía el uniforme de Adán. Pero, á pesar de que esto sería el mejor elogio de nuestras tropas, es un hecho innegable que los soldados españoles tuvieron que apelar muchas veces á los recursos de la manigua, atracándose de tubérculos verdes, carnes hediondas y otros desperdicios, mientras el enjambre de las factorías hacía su agosto; no es menos exacto que el ejército de Wéyler anduvo harapiento, á pesar de las enormes sumas consignadas en el presupuesto, testimonio acusador del latrocinio oficial, siempre insaciable; y en cuanto á nuestra administración militar, ella habrá sido todo lo rudimentaria que se quiera, y tosca, silvestre, mas nunca caótica y larga de uñas como la española.

nada por las leyes de la República, y trabajando los que tenían algún oficio mecánico en las diferentes industrias que estableció el Gobierno por decreto de 17 de Octubre de 1895, para que el ejército libertador no careciera de lo más indispensable, así como las familias de nuestros soldados. Aun en la época más crítica de la guerra, cuando en las restantes provincias, especialmente en Pinar del Río, la lucha tomaba carácter encarnizado y era la devastación el único objetivo de las fuerzas españolas, en muchos lugares del Camagüey se vivía en completa tranquilidad, cultivándose los campos y recolectándose el fruto, con la sola variante de que en vez de llevarse á las poblaciones, se cambiaba por otros productos de la tierra, como en los tiempos patriarcales, sin la intervención del dinero: ¡feliz y perfecto modo de librar la subsistencia, de no haber sido obligado por la calamidad de la discordia!

Los talleres no dejaron tampoco de elaborar sus manufacturas en ningún período de la campaña, sobre todo los que se establecieron en la serranía de Najasa, á donde las columnas españolas no penetraron jamás. Labraban artefactos primorosos que podían competir con los fabricados en las poblaciones. Toda la caballería de Camagüey y gran parte de la de Oriente, ostentaban equipos de los talleres cubanos, con la marca de fábrica á las veces; lo propio cabe decir del obraje de forja y armería, pues se batían el hierro y otros metales, se trabajaban espuelas, frenos y aun machetes de muy buen temple, y se reparaban las armas de fuego con bastante perfección.

Reducidas las tropas españolas al perímetro de las plazas fortificadas y á cubrir los destacamentos de la línea de Nuevitas á Puerto Príncipe, si verificaban alguna salida por la zona de los insurrectos, era comúnmente para abastecerse de ganado, que nunca faltó en esta región; sin que pudieran destruír las siembras y rancherías de los cubanos ni asaltar sus talleres, prefecturas y hospitales, como sucedió en las demás provincias cuando el fatídico Wéyler lanzó sobre ellas sus hordas asoladoras. Los horrores de la guerra no se sintieron en Camagüey ni aun durante el año de 1897, que bien puede llamarse el año fúnebre de la Revolución, en que perecieron millares de familias en Oriente, y no desapareció totalmente la población diseminada por los montes gracias á los socorros que facilitó la

riqueza pecuaria de Puerto Príncipe; de lo contrario, todo el Departamento Oriental hubiérase convertido en cementerio.

Mientras la asamblea constituyente abría los debates en los históricos campos de Jimaguayú, el general Gómez organizaba el tercer cuerpo de ejército, que había de tener por base de operaciones el territorio comprendido entre el río Jobabo y la trocha militar de Morón, pero sin perder el lazo de continuidad con los destacamentos más avanzados de la región villareña, á fin de que la línea defensiva de los españoles no se convirtiera en muralla infranqueable por falta de contacto entre las fuerzas cubanas de los distritos limítrofes. Como es consiguiente, en este primer cuadro de organización dióse preferencia al arma de caballería, de conformidad con la estructura del país y con las aficiones de sus naturales, casi todos ellos consumados jinetes, no sin crear algunas fuerzas de infantería para que recorrieran la zona de Nuevitas y hostilizaran la línea de comunicación que enlaza este puerto con la ciudad de Puerto Príncipe. Tan pronto la asamblea constituyente hubo terminado su patriótico cometido, suceso que coronó la obra revolucionaria y dió mayor auge al Camagüey por la elevación de Cisneros al primer puesto de la República, el general Gómez, que obtuvo por sufragio unánime la jefatura del ejército, nombró para el mando del tercer cuerpo al general José María Rodríguez, militar experto y valeroso que completó la organización iniciada por aquél. Ambos jefes tuvieron buenos subalternos que cooperaron al desarrollo y buena marcha del organismo armado, como antes habían contribuído al alzamiento del país con su infujo personal. Debemos hacer mención de Vega, Recio, Sánchez Agramonte, Primelles, Rodríguez, Boza, Agüero, Menocal, Bazán, Ramos, Batista, Fonseca, que fueron los primeros en lanzarse al campo de la lucha, y abrieron el camino de las nobles emulaciones (1).

(1) El lector que conozca los sucesos de la guerra debe tener presente que esta narración se refiere al período anterior á la campaña de invasión, y no es, por lo tanto, olvido histórico que dejen de mencionarse algunos nombres de oficiales meritísimos que figuraron más tarde en la contienda.

X

Antón

Primeras jornadas por el Camagüey.—La caballería del Príncipe.—El Campamento de Antón.—Proyectos políticos.—Un consejo de guerra.

Volvemos á anudar el relato de los sucesos, que dejamos interrumpido en los momentos en que el cuerpo invasor oriental cruzaba el río Jobabo (8 de Noviembre), á las pocas horas de haberse ventilado el último choque con la brigada del coronel Nario. A media tarde los españoles ocuparon el vado y las márgenes del río, no para continuar la operación, sino para emprender, al día siguiente, el camino de Guáimaro, en definitiva retirada (1). En previsión tal vez de una batida general, se replegaron precipitadamente las avanzadas enemigas que vigilaban los embarcaderos del Tana y del Sevilla, los dos ríos más caudalosos de la región. Al acampar en el territorio de Camagüey, encontramos perfectamente organizado el servicio de comunicaciones; circunstancia que nos permitió orientarnos con exactitud é inquirir informes sobre los movimientos de las tropas españolas, de su modo de operar, del radio que abarcaban en sus exploraciones, así como de los puntos más transitados por las fuerzas cubanas en aquella zona. El mismo día 8 supimos que el general Rodríguez se hallaba á dos jornadas cortas de nuestro campamento. Prosiguiendo la ruta por

(1) Cualquiera que conozca la situación topográfica del río "Jobabo", notará el descuido en que incurrió Martínez Campos no situando allí una fuerte columna que ocupara con antelación los pasos más accesibles para impedirnos la cruzada, ó por lo menos, hacer gastar las municiones á nuestra infantería. Con ese apoyo el coronel Nario no se hubiera visto obligado á emprender la retirada y nuestra división hubiera sufrido dos ataques casi simultáneos, de éxito no dudoso para las armas españolas.

el Sudoeste de la comarca, atravesamos algunos parajes montuosos, senderos estrechos, casi cerrados por el bosque, vestigios aún de la tierra oriental que poco después desaparecieron del todo en las inmensas llanuras de Camagüey. Nos hallamos en el país de las hermosas ganaderías y de las exuberantes praderas, donde la vista se fatiga contemplando un panorama que parece un mar de verdura, sin más límite que el horizonte. Surge á veces algún sitio habitado ó un grupo de árboles como islotes en medio del océano, que no alteran la uniformidad de la perspectiva. No habiendo pasado por allí la mano devastadora de la guerra, se desarrollaban los cuadros más animados y hechiceros sobre aquel oleaje de vegetación lujuriosa, que servía de mullido lecho al ganado vacuno y á las yeguadas en ceba, amantes en comunidad y repartiéndose el inagotable patrimonio. Si alguna vez el azote de la terrible discordia acabara con la vida de estos lugares, dejando únicamente la obra de la naturaleza un paisaje grandioso pero mudo, ¡qué sensación de pesar no experimentaría el caminante que hubiese admirado el vigor y fecundidad de estas praderas!

El día 10 se incorporó el general Rodríguez con dos regimientos de caballería, perfectamente equipados, con todos los arreos de un cuerpo regular, completo el armamento. Este refuerzo hizo subir á 1,300 jinetes los de la columna invasora. La brillante caballería del Príncipe, vivo trasunto de aquella legión que organizó el heroico Agramonte, ocupó la vanguardia del cuerpo invasor, llevando la consigna de acometer á cualquier fuerza española que encontrara á su paso. Ya se tenía interés en buscar al enemigo; la gente estaba ansiosa de ir á la carga, de echar los caballos á galope, de esgrimir el hierro en un choque encarnizado que hiciera reverdecer los laureles de Palo Seco (1). Pero los españoles no intentaron ninguna operación ofensiva, ora porque no tuvieran elementos suficientes para salir airosos del lance, ora porque el jefe del ejército tratara de enmendar los errores cometidos, planteando la primera batalla en la línea estratégica de Ciego de Avila á Morón. Unicamente supimos de una columna que situóse á nuestra retaguardia el

(1) La célebre macheteada que dió Gómez á la columna del teniente coronel Vilches, en el lugar conocido por "Palo Seco", camino de Guáimaro á la Zanja (2 de Diciembre de 1872).

día 14, pero sin intención por lo visto de trabar combate, puesto que al reconocer nuestra huella sobre el camino real de la Isla, retrocedió á buen paso para sus cuarteles del Príncipe, en previsión tal vez de un ataque á la ciudad. Así, al menos, lo daba á entender un parte del general Serrano Altamira al jefe de la columna (el general Mella); mensaje que cayó en poder de nuestras patrullas junto con los espías que lo llevaban. Aquél (Serrano Altamira) abrigaba temores de que Maceo pudiera dar un golpe de mano á la plaza, mal defendida á causa de su extenso perímetro, y efectivamente, no era infundada su inquietud, toda vez que nuestro caudillo intentó cruzar á caballo por dentro de la ciudad de Puerto Príncipe.

Las jornadas se hicieron fatigosas por su regularidad y falta de atractivos. Se deseaba correr, y se andaba despacio, oír el toque estridente de carga y sólo se percibía el grave y acompasado rumor de la caballería caminando á paso lento. Hubo necesidad de acortar las marchas para que pudiera darnos alcance el contingente de la segunda División que venía por nuestra huella desde Mala Noche (Holguín). Se incorporó el día 21 en el campamento de Antón; pero en vez de los 800 hombres que esperaba Maceo solamente ingresaron 230 plazas, con armamentos útiles y medianamente pertrechadas. Al coronel Esteban Tamayo, que venía al frente de esas fuerzas, no le fué posible reunir el cupo que se le había señalado en la 2ª División; pero, dicho sea en honor de la verdad, de haberse sacado el contingente que asignó el Cuartel General, hubieran quedado en situación muy precaria los dos cuerpos de Santiago de Cuba, puesto que al abrirse la campaña de invasión no excedían de 3,200 hombres armados los que guerreaban en toda la provincia, los más, con las cananas vacías. Las grandes aglomeraciones de reclutas que esperaban la oportunidad de coger un fusil, según hemos manifestado en otro lugar, no podían estimarse como factores de combate por más que sintieran el ardor bélico de soldados fogueados y se utilizaran sus servicios en las faenas propias de la milicia. La tropa que trajo el coronel Tamayo era excelente y aguerrida; con ella venían oficiales de probado valor, instruídos en la escuela práctica de Amador Guerra y de Rabí, que se ganaron el diploma de capacidad en las más disputadas refriegas de Oriente.

En el mismo campamento de Antón se recibió un correo del general Gómez, que participaba al Gobierno las últimas operaciones por él realizadas sobre la línea militar de la trocha, entre otras, la toma del fuerte Pelayo. También de Santiago de Cuba se recibieron gratos mensajes. El intrépido general José Maceo activaba la campaña á pesar de los escasos recursos que le quedaron después de nuestra salida, y con sus osadas resoluciones, sus lances arriesgados, en los que siempre se jugaba la vida, mantenía la alarma en los pueblos fortificados y ponía en grave aprieto á las columnas encargadas de abastecerlos. La posta de Oriente trajo además la noticia de haber desembarcado una expedición al mando de Céspedes, hijo póstumo del caudillo de Yara; suceso que infundió nuevos bríos á los patriotas de aquella región, y presagio venturoso de otras empresas análogas que no tardarían en realizarse. Los números de *El Cubano Libre* reflejaban el entusiasmo que había despertado en los clubs de Cayo Hueso y de Nueva York la inauguración de la campaña invasora; gremios devotos, siempre dispuestos á los mayores sacrificios por la causa de la independencia, se proponían ahora redoblar la liberalidad entregando en las arcas de la Delegación todo el producto del trabajo manual, el fruto de todas las economías y de todas las actividades, para que la junta revolucionaria lo convirtiese en fusiles y municiones: ¡admirable devoción, que hacía multiplicar la faena del obrero para contribuír con mayor cantidad al sostenimiento de la empresa patriótica!

Para preparar una importante expedición con destino al Departamento Oriental y mover la opinión pública en el extranjero—ya que el patriotismo de los emigrados no necesitaba de estímulos—había embarcado con anterioridad á los sucesos que dejamos narrados el Secretario de Relaciones Exteriores, Rafael Portuondo, joven coronel tan animoso como inteligente, el cual llevaba instrucciones para alcanzar del gobierno de Washington el reconocimiento de la beligerancia, concesión que ya entonces se creía de fácil logro, de las Repúblicas de la América latina el generoso auxilio que la fraternidad de los lazos reclamaba y la magnitud de nuestros sacrificios hacía apremiante. Sin necesidad de acudir á razonamientos de orden político, con sólo evocar en su corazón la semejanza de su

suerte con la del pueblo cubano, al romper las ligaduras de la dominación española, se obtendría el concurso eficaz de aquellas naciones tan altivas, tan amantes de su independencia. Su interés por la causa de Cuba no podía menos que ser ardiente y pródigo, un afecto fraternal; lo exigía, además, la causa de la civilización en América que, de salir España vencedora, sufriría indefectiblemente un eclipse pavoroso. Entre las grandes ironías del destino, ninguna hay comparable á la desolación de que fué objeto nuestra república al solicitar el favor de aquellos pueblos hermanos.

Pero no adelantemos los sucesos. Habiendo partido el coronel Portuondo con una misión tan noble y delicada, acordó el Consejo de Gobierno nombrar un comisionado especial para que, con el carácter de agente diplomático cerca de los Poderes constituídos, gestionara por todo el tiempo que fuese indispensable la adquisición de recursos de guerra, con la garantía de algún empréstito sobre el tesoro cubano, y procurase mantener las más cordiales relaciones con los gobirenos de las Repúblicas antillanas y del Centro de América, á fin de que pactasen una coalición amenazadora en frente de España que diera por resultado el reconocimiento de nuestra independencia. No parecerá tan ilusorio el proyecto de alcanzar esa confraternidad de las armas entre los pueblos libres de América, si únicamente se toman en consideración los lazos morales, que deben atar más fuerte que las razones de interés político, sobre todo tratándose de pueblos recientemente emancipados del dominio de una nación conquistadora y cruel: que, por lo tanto, no debían mirar impasibles el esfuerzo heroico de una colonia que se desangraba por segunda vez en una misma generación para romper las cadenas de la servidumbre. Sondear entonces el misterioso porvenir para señalar el desdén con que habrían de ser acogidas nuestras apelaciones, ó la punible parcialidad de algunas Repúblicas americanas en favor de España, hubiera sido imputación gratuíta, ó por lo menos conjetura caprichosa.

Para desempeñar el puesto de agente diplomático en el exterior eligió el Consejo de Gobierno al coronel Joaquín Castillo, jefe de sanidad de la columna invasora y á las veces subsecretario de Hacienda; designación que, si bien privaba á dicho cuerpo de un profesor muy competente, no podía ser más acertada,

por reunir el doctor Castillo condiciones personales de fineza y trato de gentes, así como sagacidad para penetrarse de los diversos negocios encomendados á su gestión diplomática. Tenía además muchos conocimientos en el extranjero, particularmente en la ciudad de Nueva York, donde gozaba de grandes simpatías por un acto de intrepidez que allí realizó formando parte de una expedición marítima muy arriesgada. Contando desde luego con la aquiescencia del general Maceo, no sin que todos dejáramos de sentir la separación de tan apreciable médico, cuidó el gobierno de preparar el embarque del doctor Castillo por uno de los puertos españoles, lo que logró efectuar, aunque no sin riesgos y demoras. El puesto que dejó vacante en el cuerpo de sanidad, lo ocupó dignamente el doctor Hugo Roberts.

El general Maceo, que más fiaba en el apoyo de las Repúblicas hispano-americanas que en los propósitos del coloso del Norte, proveyó al doctor Castillo de cartas de recomendación para algunos personajes influyentes en la política de aquellos países que simpatizaban con nuestra causa, y de quienes nuestro caudillo se prometía obtener una adhesión más eficaz. Escribió á los generales dominicanos Leovigildo Cuello y José Pichardo, para que interpusieran sus buenos oficios cerca del presidente de la República é inclinaran su ánimo en apoyo de la obra redentora que por segunda vez habíamos acometido. Escribió también al entonces presidente de Santo Domingo (Ulises Heureaux), recomendándole muy eficazmente al doctor Castillo, en cuya discreción y formalidad podía descansar en absoluto; entre otras manifestaciones, le decía que Cuba luchaba heroicamente por su independencia contra un enemigo mucho más poderoso, y que para alcanzar la victoria dirigía su vista hacia las Repúblicas hispano-americanas, que ayer pelearon contra España por el mismo ideal; y terminaba rogándole que nos abriera un crédito de un millón de pesos para recursos de guerra, cantidad que le sería indemnizada convenientemente. Nuestro caudillo, no obstante su sagaz penetración, solía equivocarse respecto del valor moral de los demás hombres, sobre todo si habían luchado con denuedo en el campo de batalla. Más tarde, la cruel experiencia de la vida presentándole de un modo inequívoco las mudanzas é ingratitudes de los hombres, sus egoísmos y sus envidias, pasiones á veces disimuladas por

la adulación, otras por el temor que infunde la superioridad del genio, esa provechosa experiencia, decimos, hubo de hacerle rectificar algunas opiniones, no sólo respecto de aquellos personajes extraños de quienes esperaba una cooperación eficaz, sino también de otros más allegados.

El deber que nos hemos impuesto de rendir tributo á la veracidad histórica, ocupación que si tiene mucho de amena, alguna vez ha de sernos ingrata, nos obliga á dar cuenta de un suceso doloroso relacionado con la disciplina militar que, quebrantada por varios componentes del ejército invasor, fué necesario restablecer en toda su plenitud por medio de un acto jurídico ejemplar que pusiera coto al desorden y refrenara los perniciosos impulsos de la defección, que empezaba á manifestarse en nuestras filas, abriendo en ellas claros enormes. En dicho acto de justicia militar hubimos de intervenir de un modo muy directo, en virtud de nuestro cargo oficial, sin que nos fuera posible atenuar la responsabilidad de los que cayeron en la falta, por más que hubo de satisfacernos que no les alcanzara el terrible fallo de la ley. Trátase de un consejo de guerra que condenó á muerte á quince oficiales del ejército invasor, acusados de deserción, y á recargo de servicio, por todo el tiempo que durase la campaña, á ochenta y dos individuos, entre clases y soldados por igual delito. Fueron juzgados en masa.

Desde las primeras jornadas por el Camagüey, ó mejor diremos, desde que dejó de ser un secreto el objetivo de la campaña (cosa que muchos de nuestros soldados ignoraban al efectuarse la concentración de Baraguá), inicióse la deserción en los cuerpos procedentes de Holguín, Bayamo y Jiguaní, tomando caracteres alarmantes á medida que nuestra columna se alejaba del Departamento Oriental; de tal modo que, al llegar al centro de Camagüey, la sumaria instruída contra los desertores arrojaba la cifra que hemos estampado: 15 oficiales y 82 individuos de tropa, sin contar otro número casi igual, si no mayor, del contingente de la 2ª División, hecho del que se tenían noticias extraoficiales al iniciarse el procedimiento indicado. Fué necesario proceder con energía contra los prófugos, y se dictó la sentencia que determinaba la ordenanza militar, en tribunal de guerra que se constituyó en el campamento de la Yaya, bajo la presidencia del Mayor general José María Rodríguez, y en

el que nosotros tuvimos la representación del comandante en jefe del ejército invasor. Nos tocó, pues, pedir la pena capital para algunos compañeros de armas con quienes nos unían lazos de antigua amistad: el deber militar no pudo alzarse ante nosotros bajo aspecto más severo ni más terrible.

Firmada la sentencia, y aprobada que fué en todas sus partes por el Cuartel General, diéronse órdenes de ejecutar á los desertores que fuesen habidos, enviándose además los correspondientes testimonios de la condena á los jefes de División y Brigada del departamento Oriental. Por fortuna no se llevó á cabo ninguna ejecución, porque los prófugos supieron eludir el castigo permaneciendo ocultos durante algún tiempo, hasta que el gobierno los indultó, tomando en consideración, entre otras circunstancias atendibles, la vida ejemplar que llevaron en ese período anormal, pues solamente dos de ellos abandonaron la bandera de la patria; los demás, si bien quebrantaron los lazos de la disciplina, no fueron traidores á la causa de Cuba. No cumpliéndose de momento la terrible sentencia, evitóse la injusticia irreparable de imponer la pena de muerte á cuatro de los individuos acusados de deserción, que no eran reos de semejante delito, entre los cuales figuraba un oficial dignísimo, á quien la malevolencia de un compañero hizo aparecer como delincuente; revisada la causa, resplandeció en seguida el honor militar del agraviado. Pero de todos modos, la sanción penal del consejo de guerra puso saludable correctivo á las deserciones, y ya no hubo que deplorar otras faltas de esa índole durante la campaña de invasión.

El verdadero origen de esas trasgresiones hay que buscarlo en el influjo que ejerce el medio local sobre los hombres belicosos, pero pegados al terruño, de cuya esfera no pueden alejarse sin sentir los efectos de la melancolía: parece que les falta espacio donde respirar libremente, todo lo ven sombrío, fúnebre, y el hogar los llama con sus voces tentadoras.

XI

Las Guásimas

Recuerdos de 1874.—Divergencias de opiniones sobre la prohibición de la zafra.—La opinión de Maceo.

MARCHANDO lentamente, sin haber tenido una sola escaramuza, el cuerpo invasor llevaba andadas 40 leguas por el territorio de Puerto Príncipe, y nos faltaba poco más ó menos la misma distancia para llegar al punto peligroso de la travesía, la trocha militar de Morón, rebasada la cual, en el supuesto de efectuarlo con fortuna, nos hallaríamos en otro escenario más agitado y abundante en peripecias que el recorrido hasta ahora. Vivamente se anhelaba cambiar de teatro, aunque la transición fuese lo más brusca, y de la nueva situación se derivasen lances arriesgados, disputas terribles y funciones imponentes. Habíamos explorado casi todo el país que el ilustre Agramonte llenó con sus hazañas: sobre aquel cielo transparente se destacaba la silueta del caudillo cabalgando en su corcel de guerra, delante del regimiento que llevaba su nombre glorioso. Habíamos faldeado la sierra de Najasa, cruzado la extensa comarca del Príncipe, la ciudad de las piadosas tradiciones, cuna del Lugareño y de Agramonte; y más atrás, ya lejos, quedaba la fatídica sima en que se hundieron los sacrificios de una epopeya de diez años, ¡el vitando Zanjón!... Visitamos el campo de las Guásimas, donde se ventiló en 1874 el encarnizado combate que ha dado celebridad á ese sitio, lleno de recuerdos para muchos de nuestros soldados que tomaron parte en aquella acción; volvían á pasar por allí ¡después de veinte años! defendiendo la misma bandera, mandados por el mismo capitán y, como entonces, en camino de Occidente. ¿Retornaremos algún día victoriosos?; ¿cuál será el resultado final de nuestra empresa?; ¿tendremos la suerte de vivaquear otra vez

en este sitio memorable, y repasar las páginas de hoy, enriquecidas con los fastos de la gran jornada? Ante el raro concierto de sucesos propicios que la casualidad amontonaba sobre nuestra ruta, haciendo marchar unidos el pasado y el presente, en estrecha relación hombres y lugares, pudiera decirse que la sangre derramada en las Guásimas había sido fecunda, y que la obra entera de la Revolución se encaminaba al mismo fin, bajo los prósperos augurios de las coincidencias. Pero al buscar nuestros soldados los parajes donde cayeron sus antiguos camaradas, no hallaron ni vestigios de la mortandad, porque la naturaleza había borrado todas las huellas de la encarnizada discordia, echando sobre las humildes sepulturas un manto nuevo de vegetación.

El Diario oficial de la guerra, al relacionar este período de la campaña, no registra ningún episodio digno de mención, limitándose únicamente á determinar las marchas de la columna, que fueron tan monótonas como las anteriores, y los puntos en que se acampó, parajes casi desiertos sólo conocidos por los monteros que guiaban el rumbo. En aquellos lugares deshabitados no sabe uno qué camino escoger de los muchos transversales que se presentan, porque los más de ellos no son más que trillos de veinte ó treinta centímetros de ancho, abiertos por el ganado y destinados á desaparecer todos los años durante la estación de las lluvias. En la época de la sequía escasea el agua y la poca que se encuentra es de un sabor pésimo. La vegetación es menos opulenta que en el centro del territorio; se ven grandes rasos alfombrados solamente por el espartillo, sin más pompa que la del yarey, el tieso guardián de las sabanas estériles.

Desde las Guásimas hasta las inmediaciones de la Trocha, estuvimos seis días, marchando siempre con lentitud, para que los caballos estuvieran frescos al emprender la excursión hacia las Villas, una vez forzada la línea de los españoles. Pero antes de narrar este episodio marcial, nos toca referir un suceso de carácter político, aunque relacionado íntimamente con los planes de la guerra, y sobre el cual mantenían criterio distinto el general en jefe, Máximo Gómez, y su lugarteniente, el general Maceo; el primero opinaba como el gobierno de la República. Entraba en los planes de Gómez la prohibición absoluta de la

zafra en todas las fincas del territorio de la República, como medida de guerra eficaz para quitar recursos al gobierno español; que aplicada con inflexible rigor habría de causar pánico inmenso en las clases productoras del país y dar origen á una grave perturbación económica. A esos fines había dictado una circular muy explícita y conminatoria, que, desde luego, iba á surtir los efectos apetecidos, siendo el campo una yesca en el período de la zafra y teniendo el fósforo al alcance de la mano. Opinando el Consejo de Gobierno de la misma manera, acordó el día 24 de Noviembre la prohibición absoluta de la zafra de 1895, sin excepciones ni benévolos miramientos: implícitamente, pues, quedaba decretada la destrucción de la riqueza agrícola. ¿Quién iba á contener el voraz incendio una vez prendida la chispa?

Pero el general Maceo, que no era partidario de esas medidas extremas mientras no las justificase un proceder ilícito por parte de los dueños de fincas, la mala fe ó el propósito deliberado de burlar las leyes de la República, al serle comunicada dicha resolución por la Secretaría de la Guerra, contestó con el siguiente oficio, que insertamos íntegro

Al Secretario de la Guerra:

He recibido el atento escrito de Vd., de esta fecha por el que se sirve comunicarme el acuerdo tomado por el Consejo de Gobierno el día 24 del mes actual, relativo á la prohibición absoluta de la presente zafra en todas las fincas azucareras situadas en el territorio de la República. Acato el acuerdo de referencia, pero no puedo menos que llamar la atención de Vd. respecto á la contradicción que resulta entre esta nueva disposición y el artículo 21 de la Constitución vigente, que declara válidos todos los compromisos contraídos desde que se inició el actual período de guerra hasta que fué promulgada la Constitución. En este caso se encuentran algunos hacendados del departamento Oriental que celebraron convenios conmigo para el pago de la contribución de guerra, la cual aceptaron por la seguridad que yo les dí de que podían hacer sus cosechas si abonaban el impuesto. Hace pocos días que tuve el gusto de remitir al Secretario de Hacienda una relación expresiva de las cantidades recaudadas en el departamento Oriental y de las

que han de hacerse efectivas al vencimiento de los plazos fijados al efecto. Si, pues, la Constitución ha sancionado esos compromisos, ¿no ve Vd. clara y manifiesta la incongruencia? ¿No cree usted que mi reputación de militar honrado sufriría mucho si ahora se redujeran á cenizas las fincas de estos hacendados, por el hecho de creerse éstos en quieta y pacífica posesión de sus propiedades, y con derecho para trabajar á virtud del convenio celebrado conmigo? ¿Qué concepto más desfavorable no se tendría de la Revolución y de sus jefes, si á pesar de las garantías que ofrecen los artículos 20 y 21 de la Constitución, se cumple con todo rigor el acuerdo del Consejo de Gobierno? ¿Qué mal efecto no causaría en el extranjero tal medida, precisamente en los actuales momentos en que se ha hecho opinión favorable al reconocimiento de beligerancia, reconocimiento que ha de dar por resultado la exención de todo impuesto á los propietarios extranjeros? Y finalmente, ¿no cree Vd. que los extranjeros aquí residentes, los peninsulares pacíficos que nos son adeptos y nuestros mismos conterráneos se convertirían en enemigos, si de esa manera les lastimamos en sus intereses, que ellos creían garantidos por nuestras leyes y por la formal promesa de los que hemos intervenido directamente en la enojosa misión de levantar fondos? Descanso en que las razones que anteceden pesarán en el ánimo de los ilustrados miembros del Consejo de Gobierno, y que en consideración á ellas modificarán su acuerdo en el sentido de que los efectos de éste no alcancen á los hacendados que acrediten haber satisfecho sus respectivas cuotas, sino á todos aquellos que se han negado á auxiliarnos desoyendo nuestras patrióticas excitaciones, y también á los que asumieran esa actitud en lo sucesivo; dejando sin embargo franco el camino para entenderse con nosotros á los que tengan voluntad de hacerlo, porque careciendo la Revolución de fondos suficientes para prolongar la guerra no sería práctico despreciar los recursos que puedan proporcionarnos los hacendados. Y no se objete que la Revolución se pierde si se hace la zafra, porque es de peor efecto para el gobierno español el que los dueños de ingenios tengan que recibir de nosotros el permiso para moler, á despecho de los millares de soldados que tiene en la Isla, lo que evidencia una vez más que es impotente no ya para vencernos por medio de las armas, sino para impedir que destruyamos

los campos de caña, los establecimientos y maquinarias de los recalcitrantes y contribuyentes morosos. Soy de Vd. con toda consideración en P. y L.—Camagüey, 26 de Noviembre de 1895. —A. MACEO."

Tomó el gobierno en consideración las justas razones alegadas por el general Maceo, en lo tocante á la validez de los compromisos pactados con anterioridad al decreto de prohibición de la molienda; pero dejó firme el acuerdo en su parte esencial, no estimando sin duda de suficiente valor las observaciones contenidas en el expresado documento para hacerle modificar su decisión, acerca de la cual ya se mantenían desde mucho antes opiniones favorables: era cosa juzgada de antemano. Con el mandato prohibitivo, aplicándolo con todo rigor, sin contemplaciones ni debilidades, el gobierno de nuestra República se proponía intimidar á su adversario con un concurso de medios que tarde ó temprano lo predispusieran á la paz, y si, á pesar de ello, se obstinaba en la guerra, agotarle por dichos medios los recursos pecuniarios que sacaba de la riqueza territorial de Cuba, ruina á que habría de agregarse desde luego una gran parte de la producción industrial y mercantil, tan estrechamente relacionada con aquélla. En suma; á la tenacidad de la nación española quería oponer el gobierno cubano otra amenaza parecida.

XII

Las columnas de Hércules

La Trocha de Morón.—Su inutilidad, su historia y su objeto verdadero.—Cómo pasó la hueste invasora.—Día de júbilo.

Por fin estamos sobre la Trocha, el temible valladar construído por los españoles en la guerra anterior para impedir la invasión á Las Villas, y en el que basaba ahora Martínez Campos sus combinaciones estratégicas, creyéndolo muro bastante sólido para detener las correrías de las fuerzas cubanas, ó batirlas por completo si alguna vez lograban traspasar la famosa barrera. ¿Qué era la Trocha? A juicio de un militar español, ya citado en estas páginas, "una débil estacada que "de nada servía, fuera de señalar la cruzada por ella de los "insurrectos. Media desde Júcaro á Morón 17 leguas de longi- "tud y contaba con 33 fuertes, todos ellos protegidos en la "extensión de la línea por una estacada, más un foso en algu- "nos kilómetros. La estacada no tenía solidez; los fuertes, con "alguna excepción, estaban mal construídos y el conjunto de "la Trocha no obedecía á ningún cálculo científico. No hubiera "detenido la marcha de un enemigo bien organizado con arti- "llería; hubiera opuesto débil resistencia á dos batallones de "cazadores, y no detuvo el paso de Máximo Gómez con algunos "centenares de hombres. Los partidarios de la Trocha dicen "que cuando el enemigo la cruzó, fué debido al error de ha- "berse distraído fuerzas para cubrir otros puntos. Será eso "cierto; pero hay que tener presente que en una línea extensa "de guarnición permanente, puede haber descuidos, bien por "la monotonía del servicio, ó por equivocación de una orden, ó "por causas imprevistas en los frecuentes relevos de los jefes. "El menor descuido, no imposible, como la práctica demuestra "en todas las guerras, es precisamente el momento oportuno que

"la vigilancia ó la sagacidad del enemigo aprovecha: el mo-"mento oportuno lo aprovechó el general insurrecto (Máximo "Gómez). Invadidas Las Villas, las gentes que no sabían lo que "era la Trocha, se impresionaron y se levantó una atmósfera "de absurdos comentarios contra el capitán general José de "la Concha". Esta misma argumentación, esgrimida por un adversario leal, para demostrar la inutilidad de esa línea defensiva en la guerra anterior, podía también aplicarse á la aparatosa marcialidad desplegada por el jefe del ejército español en la campaña de 1895, porque tal como se hallaba el valladar en ese período de la guerra, no era dique bastante para obstruír el paso de la caballería cubana, y verificado que fuese con fortuna su acceso, se comentaría por la opinión pública de una manera muy desfavorable para la autoridad militar, debido á que todos los informes oficiales pregonaban las excelencias de ese muro de contención y el mismo general Martínez Campos, á propósito de la Trocha, tuvo la frase (aguda en demasía) de que allí estaba la ratonera abierta para Maceo y sus secuaces. Era, pues, natural (y no hay que culpar de ello á la ignorancia del vulgo, sino á las aseveraciones de los hombres doctos) que traspasada la frontera que se tenía por infranqueable, se alarmaran los ánimos con sobrado motivo, cual sucedió por causas idénticas al alborear el año de 1875, en que el general Gómez cruzó la formidable línea casi impunemente con buen número de infantes y caballos (1).

(1) La trocha de Júcaro á Morón sólo pudo considerarse infranqueable para los insurrectos en la época del general Blanco (1898), al principiar la guerra con los Estados Unidos. Durante los mandos de Martínez Campos y de Wéyler no fué dique bastante sólido para impedir el paso de las fuerzas cubanas. Gómez la cruzó tres veces con numeroso contingente; José María Rodríguez dos, con mucha tropa una de ellas; el Gobierno cuatro y cinco veces, yendo con Maceo y con Gómez, y también con sólo su escolta. Banderas la atravesó en tres ó cuatro ocasiones; casi todos los jefes orientales que hicieron la campaña de invasión la cruzaron, al volver de Occidente, y lo propio cabe decir de los oficiales de Camagüey que se dirigían al Cuartel General de Gómez, situado en la línea divisoria de las Villas y Puerto Príncipe durante una larga temporada. El autor de estas crónicas la cruzó en el año de 1897 con 60 caballos, época en que ya estaba la línea muy vigilada y fuerte. Menocal, al mando de un contingente, la pasó en 1898, siendo mucho más firme la defensa; estando ya el general Blanco en la Isla. En resumen: todo el que quiso cruzar esa línea lo efectuó casi impunemente en la época de Wéyler. Cuando el cerco empezó á ofrecer algún peligro, los que querían evitar la contingencia de tropezar con alguna emboscada,

Veamos ya como la cruzó Maceo con todas las huestes invasoras.

Después de una marcha forzada se acampó en Artemisa, caserío inmediato á la Trocha, al anochecer del día 28, no permitiéndose encender fogatas, y prevenidos todos los cuerpos para volver á emprender el camino á las doce de la noche. El prefecto del lugar y los conductores de la posta nos dieron algunos informes sobre los medios de defensa que tenían los españoles y las disposiciones que solían adoptar para impedir el paso de los insurrectos, situando generalmente emboscadas desde el toque de retreta hasta al amanecer, hora ésta la más oportuna para atravesar la línea: que por allí operaba el general Suárez Valdés con una fuerte división, parte de la cual cubría los destacamentos de la vía férrea y las restantes fuerzas se hallaban en operaciones contra el grueso insurrecto que acaudillaba Máximo Gómez. En Ciego de Avila, por cuyas cercanías intentaba Maceo verificar la cruzada, había pernoctado esa misma noche la columna del brigadier Aldabe.

Poco más de las doce serían cuando nuestras fuerzas se pusieron de nuevo en marcha, guardando absoluto silencio, y reconociendo las patrullas de caballería todos los lugares sospechosos que podían servir de abrigo á las emboscadas enemigas,

---

sorteaban el paso peligroso remontándose al cayo de Turiguanó, por donde iban y venían diariamente nuestras comisiones. Sólo sirvió esa famosa muralla para estímulo de nuestra gente y para tener paralizados algunos miles de soldados en la custodia de un monumento que, después de todo, era muy digno de conservarse, en atención á los gajes que producía á sus devotos partidarios. Entre hospitales, obras de fortificación, alambradas, "picos, palas y azadones" bien puede decirse que las cuentas del Gran Capitán fueron una bicoca comparadas con las de Wéyler. De cualquier modo, siempre hubimos de agradecerle á Martínez Campos y á Wéyler que sostuvieran el espantajo de la Trocha. Ella sirvió también durante la guerra con los Estados Unidos, para que el general Blanco diera al traste con su reputación de militar entendido, puesto que sacó de la provincia de Santiago de Cuba algunos miles de soldados, iniciando de esa manera la evacuación de Oriente á Occidente, tal como la deseaba el ejército americano. El general Blanco levantó las guarniciones de Cauto Embarcadero, de Jiguaní y de Bayamo y aligeró la de Manzanillo, para estacionar todas esas fuerzas en la Trocha, antes de conocer el plan ofensivo del ejército americano. Después, á marchas forzadas, tuvo que ir el coronel Escario en socorro de Santiago de Cuba, sacando de Manzanillo unos cinco mil soldados. ¿Qué número hubiera podido ir si el general Blanco no se apresura á fortalecer la barrera de Morón? ...Catorce mil, por lo menos. Desde la guerra anterior eso de las trochas militares era el tema favorito de los generales españoles.

sin que fuera obstáculo la obscuridad de la noche para esas exploraciones, porque los ladridos de los perros denunciaban cualquier sitio habitado y hacia allí se dirigían las patrullas con las precauciones necesarias. Al romper los claros del día (29 de Noviembre), se hallaba nuestra columna junto á la Trocha sin que los españoles hubiesen notado nuestra proximidad; la descubierta rompió una alambrada que obstruía el paso, y el cuerpo de vanguardia se destacó en seguida por ambos lados de la línea férrea hasta reconocer los fortines enemigos, envueltos aún en la neblina de la mañana. Poco después el centro ocupó los terraplenes de la vía para resguardar la pasada de la impedimenta, operación en la que se empleó más de media hora, por ser largo el cordón de acémilas; entonces el enemigo rompió el fuego desde uno de los fuertes, llamado La Redonda, al que respondió nuestra gente con vivas atronadores (porque no valía la pena de gastar pólvora) y con las notas marciales del himno bayamés, que apagaron el tiroteo de los fortines.

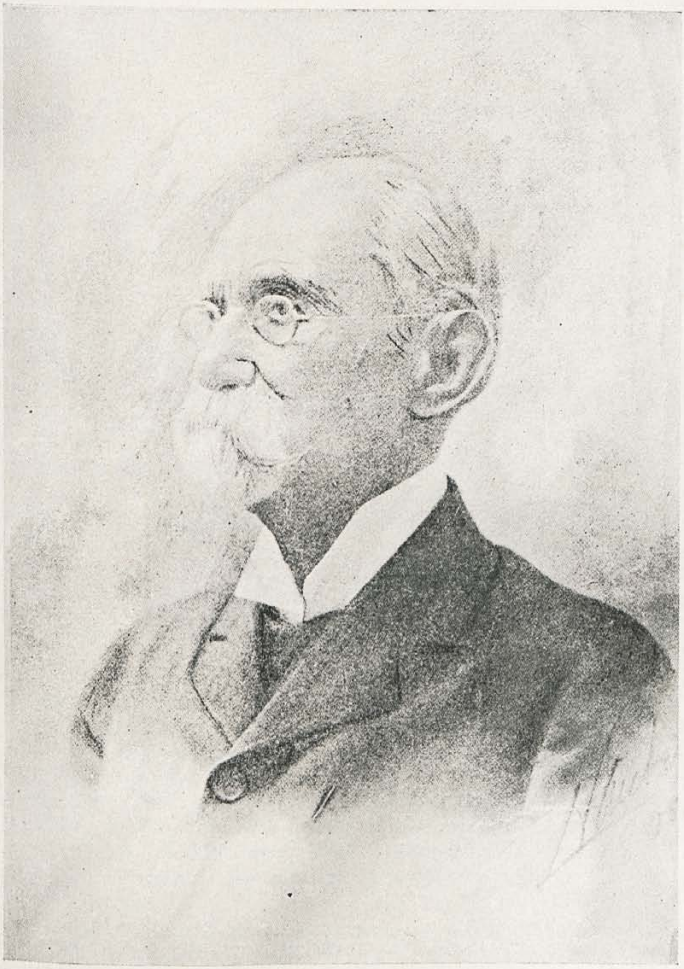
La caballería de Camagüey contramarchó, para operar en su respectivo territorio, tan pronto nuestra columna hubo salvado la *insuperable* barrera. 1,536 hombres cruzaron la Trocha, sin experimentar una sola baja.

¿Estaba abandonada esa línea militar? Puede afirmarse lo contrario. En Ciego de Avila, de donde se pasó á una distancia de cinco kilómetros, se hallaban fuerzas españolas. noticia que tuvimos ocasión de confirmar á las pocas horas; en Morón, pueblo situado al extremo opuesto, había otra columna, además del destacamento perenne, y los fortines que defendían la línea férrea en toda su longitud, no estaban desguarnecidos. Aunque en la guerra se realizan con pasmosa facilidad empresas difíciles y lances arriesgados, lo que el vulgo suele atribuír a la suerte ó buena estrella de quien los ejecuta, teoría es esta que debe desecharse, para suplirla, cuando ciertos hechos no tienen explicación satisfactoria, por la concurrencia de factores imprevistos ó de causas inesperadas que impiden al adversario el desarrollo y aplicación de los medios ofensivos de que dispone. Más cuerdo es suponer que el enemigo adopta siempre las medidas más acertadas, sin fiarse jamás de la ciega fortuna, y bajo este criterio coordinar la oposición, ya sea para eludir el

choque, ya para provocarlo. Volviendo ahora á la operación militar realizada por nuestro caudillo, hemos de decir que debióse á la rapidez de los movimientos anteriores, concertados y dirigidos con admirable sagacidad, con los cuales se burló la vigilancia del enemigo. Primero se hizo un amago sobre Morón simulando, á la vista casi de su destacamento, que por ese punto se intentaba la travesía; y rápidamente nos encaminamos hacia el extremo opuesto (Ciego de Avila), por donde se efectuó el paso á banderas desplegadas. Tal vez el brigadier Aldabe, al recibir la noticia de que fuerzas insurrectas atravesaban la línea por las inmediaciones de su cuartel general, no creyera de momento que fuesen las que mandaba Maceo, advertido como estaba de que el núcleo rebelde hallábase el día antes por las cercanías de Morón, explorando el campo. Esa noticia debió comunicarla el destacamento que guarnecía el fuerte de San Nicolás, á donde fueron á pedir hospedaje tres rezagados de nuestra infantería durante la noche anterior, creyendo que era vivienda de campesinos. El jefe del destacamento, al enterarse de que pertenecían á la partida de Maceo y de que éste con cuatro ó cinco mil hombres, andaba por aquellos alrededores, no molestó á los extraviados, limitándose á inquirir los informes que necesitaba para dar cuenta del suceso al comandante militar de Morón, no sin que dejara de enviarle un recado muy atento al general Maceo mientras descansábamos en la finca nombrada Santo Tomás. Por no perder tiempo en entrevistas, no se pactó la capitulación de dicho destacamento.

A dos leguas de la Trocha se hizo alto para expedir correos al general Gómez; y con noticias más tarde de que el Cuartel General se hallaba á media jornada, se prosiguió el camino para ir al encuentro de Máximo Gómez, abrazándose á las pocas horas los dos caudillos en medio de las aclamaciones más expresivas de entusiasmo, en que prorrumpieron las tropas de las dos columnas, fraternalmente confundidas en aquel abrazo que simbolizaba tantas cosas: el compañerismo, la comunidad de afectos, la lucha, la guerra implacable y el misterioso porvenir! Con el general Gómez se hallaban el Secretario de la Guerra, general Roloff, varios jefes de Camagüey y de las Villas, los coroneles Vega y Sánchez Agramonte, y seis escuadrones de la división de Sancti Spíritus, comandados por el general Sera-

fín Sánchez, jefe del departamento de Las Villas, y por el teniente coronel José Miguel Gómez, además de la escolta de camagüeyanos que acompañaba al General en jefe desde su excursión por el territorio de Puerto Príncipe. El día fué pródigo en agradables sucesos.



XIII

Máximo Gómez

No es esta la ocasión de hacer un juicio sobre la vida militar del general Gómez; si no ardua, difícil al menos de ceñirla á las dimensiones de un capítulo de estas *Crónicas*, destinadas por su índole á reflejar rápidamente diversidad de episodios y sucesos importantes, á narrarlos tan sólo, con excesiva concisión las más de las veces, á modo de impresiones de viaje y bajo el apremio incesante de los peligros. Pero en defecto de un retrato cabal del caudillo, que revelase sus dotes militares, sus aptitudes estratégicas aplicadas á las dos campañas de Cuba, transcribiremos un bosquejo que tal vez retrate al hombre, trazado á vuela pluma en el diario oficial de la guerra.

Campamento de Lázaro López, 29 *de Noviembre de* 1895.

"Máximo Gómez conserva inalterables sus aptitudes de batallador y los rasgos típicos de su carácter. El viejo combatiente ha pasado íntegro y glorioso á través de vicisitudes y penalidades capaces de debilitar la naturaleza más robusta; pero hombre extraordinario, dotado de una voluntad de hierro, hase mantenido firme y altivo; invulnerable al contagio de las pasiones políticas. Espíritu batallador, modelo vivo de lealtad republicana, luchó diez años contra la iniquidad de los españoles, y nuevamente les plantea el duelo con la arrogancia de un joven paladín.

"Es de buena estatura, de pocas carnes, flaco, cartilaginoso; de tez trigueña, mirada viva y penetrante, y de modales ásperos. Muy impresionable; cosa que descubren todos sus actos y la expresión de su fisonomía, en la que se estampan, de un

modo gráfico, las alteraciones nerviosas de su temperamento. El tono de su voz es siempre imperativo, al extremo de que aun en el hablar amistoso, parece que reprende ó que manda una maniobra. Inflexible y severo, la ordenanza es su canon único ¡ay del que la conculque!, recluta, oficial ó jefe superior no hallarán clemencia. Por lo demás, es amante del soldado viejo, con el que bromea á menudo; ¡contraste singular!, le gusta escribir y escribe sobre diversos asuntos *cálamo currente*. Su estilo rudo, defectuoso, cuando se refiere á cosas del servicio militar, se trueca en pintoresco, con matices, imágenes y colorido propio, si la labor es narrativa. Dijérase que Gómez, cuando deja la espada por la pluma, hace un despliegue mental por los campos de la retórica.

"El movimiento de Febrero no le cogió de sorpresa en su residencia de Montecristi: tenía las espuelas calzadas y el machete ceñido, dispuesto á embarcarse en cualquier esquife, mientras fuera pronto; aventura que realizó con Martí, Borrero y tres expedicionarios más en un barquichuelo desmantelado, que abordó á la casualidad sobre un peñasco de la costa, al embate de una ola furiosa, pero propicia. Echa á andar sin dilación, seguido de la pequeña comitiva, orientándose por el sol y la brújula hasta que encuentra un grupo de cubanos que pelea á la desesperada; toma parte en la acción y prosigue la ruta. Ve á Maceo, cuyas penalidades han sido mayores, concierta con él el plan de campaña sin desmontarse del caballo, y continúa la excursión, impulsado por una idea fija: sacar á flote la Revolución que, según frase de él (de Gómez), *estaba varada*.

"La muerte de Martí, su amigo del alma, no amilanó su espíritu batallador, aunque ocasionóle grave dolencia que puso en peligro su vida; y enfermo, macilento, devorado por la fiebre, toma el camino de Camagüey á los pocos días de la catástrofe de Dos Ríos, para encender allí la contienda y revolucionar lo que aun permanecía en reposo. Durante esa travesía sufrió decepciones, amarguras incontables; hubo en la pequeña hueste que le seguía conatos de sedición: aquel fué su vía crucis. Pero no desmayó el viejo soldado; intrépido siempre, escala la agria cuesta, y ya en la cumbre, echa al aire los pendones, arenga á unos cuantos proscriptos que se le unen, y abre la famosa jornada de Camagüey, timbre quizás el más honorífico de su vida

militar. Ahora acaba de decirnos dentro de su tienda, que entre él y Maceo tumbarán á Martínez Campos cogiéndolo desprevenido en los campos de Occidente.

(30 *de Noviembre de* 1895).

"Son las siete de la mañana. Todas las fuerzas se hallan formadas sobre la extensa llanura de la campiña, esperando la orden de marcha. Gómez se adelanta á caballo, impone silencio con un ademán, y saluda al ejército libertador en una calurosa arenga, cuyos acentos penetran en todos los corazones como toques agudos de bélico clarín. Dice que la guerra empieza ahora, la guerra dura y despiadada. Los pusilánimes tendrán que renunciar á ella: sólo los fuertes y los intrépidos podrán soportarla. "En esas filas que veo tan nutridas, la muerte abrirá "grandes claros. No os esperan recompensas, sino sufrimientos "y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz. El día que no haya "combate, será un día perdido ó mal empleado. El triunfo sólo "puede obtenerse con el derramamiento de mucha sangre. ¡Sol-"dados! no os espante la destrucción del país; no os extrañe la "muerte en el campo de batalla; espantáos, sí, ante la idea ho-"rrible del porvenir de Cuba si por casualidad España llegara "á vencer en esta contienda. Los manes de tantas víctimas in-"moladas por la tiranía os exhortan á que luchéis con decisión "y vigor, para que la rapidez del triunfo no dé ocasión á le-"vantar nuevos cadalsos... Poco se ha hecho hasta ahora; po-"co hemos andado; no estamos aún en Las Villas, donde nos "esperan las grandes peleas. Esta guerra no registra más que "dos acontecimientos notables: la acción de Peralejo y la expe-"dición que condujo el general Roloff. España ha mandado pa-"ra combatirnos al más experto de sus generales. Y bien; con "eso demuestra nuestra pujanza, porque empieza por donde "acabó la otra vez. Yo le auguro á Martínez Campos un fraca-"so cabal, que ya empezó para él en las sabanas de Peralejo, "pronóstico que habrá de cumplirse al llegar los invasores á las "puertas de la Habana con la bandera victoriosa, entre el humo "rojizo del incendio y el estrépito de la fusilería. ¡Soldados!, "llegaremos hasta los últimos confines de Occidente, hasta don-"de haya tierra española: ¡allá se dará el Ayacucho cubano!"

. . . . . .

Se da la orden de marcha, y dos horas después se establece

el campamento en las márgenes de Río Grande, punto conocido por la *Reforma*.

Para adelantar camino, y observar al mismo tiempo con mayor atención los movimientos de la columna española que operaba por aquellos lugares, nos dirigimos á la Reforma, espaciosa dehesa situada en las márgenes de Río Grande, casi contigua al territorio villareño. En *Trilladeritas* se hallaba acampado Suárez Valdés, que ejercía el mando de la comandancia general de Las Villas desde que la Revolución tomó vuelos en ese departamento y donde tanto vigor había adquirido en la época de nuestro relato, á despecho de la fama militar de dicho general y de sus firmes propósitos de rehabilitar su crédito á los ojos de la opinión pública, bastante quebrantado á consecuencia de la poca actividad desplegada en las operaciones contra Maceo en el distrito de Holguín, y de su dilación inexcusable en la marcha sobre Bayamo á raíz de los sucesos ocurridos en el campo de Peralejo. Situado Suárez Valdés en *Trilladeritas*, le era muy fácil ganarnos la delantera, colocarse á nuestra vanguardia y ocupar los pasos del río Hatibonico, frontera geográfica de Camagüey (ya que la militar lo era la Trocha de Júcaro á Morón), mientras que á nosotros nos interesaba realizar un objetivo diametralmente contrario, de ejecución desde luego mucho más difícil, si, como era de suponerse, aquel competidor se hallaba allí para batirnos en regla y, por lo tanto, no dispuesto á perder la pista con la facilidad de otras ocasiones. La distancia que mediaba entre los dos campamentos no excedía de tres leguas, y el nuestro, por su extensión y amplitud, era accesible por varios puntos, sobre todo por el frente que brindaba oportunidad para hacer un despliegue por batallones.

El día 1º de Diciembre levantó Suárez Valdés el campo de *Trilladeritas* para aproximarse algo más al de Río Grande, con pleno conocimiento de que Gómez se hallaba allí y con algunos indicios de que pudiera hallarse también Maceo; pero no atacó ese día, aunque tiempo tuvo para ello; acampó á las cuatro de la tarde, bajo el tiroteo de un pelotón de la caballería de Sancti Spíritus que se hallaba sobre el campamento enemigo desde el día anterior. Todos los cuerpos recibieron la orden de estar sobre las armas á las cinco de la mañana.

El ataque que se esperaba al amanecer, dió principio á eso

de las ocho, cuando ya la mayor parte de nuestras fuerzas se hallaban en camino, por carretero muy cenagoso, y únicamente faltaba por desfilar la retaguardia, á la que debían unírsele los retenes avanzados que sostenían el fuego. Hacer retroceder las restantes fuerzas para empeñar acción formal, era ya extemporáneo en aquellos momentos, aparte de las dificultades que ofrecía el camino para que la maniobra se ejecutase con orden y prontitud. Urgía, en cambio, defender los bagajes que podían verse amenazados por el enemigo, que á paso ligero se corría por la margen izquierda del río, tratando de ganar un collado desde el cual se dominaba la senda pantanosa por donde marchaban aquéllos con grande embarazo. Nuestra retaguardia permanecía aún formada en espera de los retenes para emprender el camino. De ella sacó Maceo 60 peones para situarlos sobre una colina de poca altura, pero cubierta de arbustos, y destacó al mismo tiempo dos secciones de caballería para que fuesen en socorro de los cuerpos de guardia. Tan hábil nuestro caudillo en la colocación del peonaje, con aquel golpe de vista tan certero, con aquella prontitud y sagacidad en él habituales, ya para resolver una situación comprometida, ya para adivinar los intentos del adversario, esperó la sorpresa que había de causarle al enemigo el escopetazo de nuestros tiradores.

El centro de la división española permanecía en las primeras posiciones que ocupó su vanguardia, pero ésta, acortando la distancia por campo transversal, se dirigía evidentemente hacia el lugar donde se hallaban apostados los sesenta infantes, con la orden de no hacer fuego sino á tiro seguro. Así fué la descarga, brusca y certera; desbarató la formación de las guerrillas más avanzadas, que hubieron de pronunciarse en movimiento retrógrado al repetirse los fusilazos, viéndose obligada la segunda línea á hacer fuego á discreción, rodilla en tierra los infantes, y en orden disperso los jinetes. El centro de la columna desplegó entonces sus batallones por derecha é izquierda con un aparato militar descompasado para apoderarse de una posición que no tenía aspecto de invulnerable; pero tan aparatoso simulacro sirvióle á Maceo para medir la capacidad ofensiva de su competidor, y reforzó con 40 tiradores aquella posición á fin de dar tiempo á que la impedimenta acabara de cruzar los pantanos y que se incorporaran los retenes de caballería. Arreció

el tiroteo y sonó el cañón de la columna española: se trataba, pues, de una batalla campal para el caudillo adversario! Al general Maceo le quedaban 200 hombres más de infantería al mando del brigadier Bandera, pero en previsión de la alarma que los cañonazos pudieran motivar en nuestra impedimenta, dispuso que aquéllos flanquearan por dentro del monte, no sólo para evitar el desorden en nuestras filas, sino para cubrir un atajo que desembocaba al camino carretero de *Tr lladeritas*, por el cual podía muy bien correrse el ala izquierda de la columna española y cortar el paso á nuestro convoy, precisamente en el sitio donde el tránsito era más arduo; no lo hicieron, tal vez por no serle conocida dicha vereda al jefe de la división, ó por otros motivos que no alcanzamos á explicarnos. Se satisfizo el general Valdés con el nutrido fuego que hicieron sus batallones una vez extendidos por todo el frente del espacioso potrero, y ocuparon, como es consiguiente, la colina de la disputa, desde la cual pudieron descubrir las huellas de los cubanos. Nuestra infantería continuó apostada durante media hora, hasta que cruzó el último bagaje; transcurrido ese tiempo, sin que los españoles avanzaran un paso más, ordenó el general Maceo la marcha de la retaguardia, mientras la nube de plomo descargaba furiosa sobre el rastro del último escalón, ocasionando gran destrozo en la arboleda y agitando alguna que otra vez el agua turbia de las pozas.

No desplegó el general Suárez Valdés sus talentos militares en esta ocasión ni tampoco dió muestras de actividad, prenda tan recomendable en el jefe de una columna en operaciones, pues el ataque pudo muy bien haberlo iniciado al amanecer, ya que no lo hizo en la tarde del día anterior, así como disponer la acción de otra manera mucho más fructuosa para las armas españolas. Adelantando tan sólo 15 minutos el avance sobre la colina, los fusilazos de sus tropas pudieran haber ocasionado quebranto de consideración en nuestras filas, al barrer un gran trecho del camino que llevaba nuestro convoy, y que no era posible eludir, á menos que no se abandonaran las acémilas. Comentarios poco favorables para la reputación del general Valdés pudieran hacerse con vista de su lentitud inexcusable, y aun decirse (sin apurar la argumentación) que se resolvió á atacar nuestro campamento de la *Reforma* de puro compro-

miso; pues tiempo sobrado tuvo para haberlo efectuado antes y con fuerzas suficientes contaba para no temer un descalabro (1).

Muy conocedor el general Gómez de aquella comarca desde la otra guerra, y al corriente del modo de operar de Suárez Valdés, —estudio que no ofrecía grandes dificultades— encaminó nuestra columna hacia *Trilladeritas* (el campo que dejó el adversario para dirigirse á nuestro campamento de la *Reforma*), bien convencido de que para el general español era suficiente victoria la ocupación de *Río Grande*. De resultar comprobadas las presunciones de nuestro caudillo, al día siguiente nos hallaríamos en la región villareña sin ser hostilizados por la columna de Suárez Valdés.

(1) El combate de la Reforma sólo nos costó siete bajas; pero el general español en los partes oficiales le dió proporciones de batalla campal, haciendo aparecer un montón de "muertos vistos" del bando insurrecto. Suárez Valdés fué uno de los primeros que puso en escena los combates fabulosos ó novelescos, en los que después de un fuego muy nutrido, terminado con la correspondiente carga á la bayoneta, el enemigo se dispersó sin causar bajas á las fuerzas españolas, debiendo por el parte "haber sufrido muchas". Con la división de Suárez Valdés iba un oficial del ejército británico, quien se llenaría de asombro al ver cómo se arrollaba á un enemigo invisible y se ganaban laureles militares haciendo derroche de figuras retóricas; que no eran otra cosa las cargas a la bayoneta de Suárez Valdés y de algunos capitanes más que con él emularon en los torneos fabulosos.

XIV

La Invasión

Organización del Cuarto Cuerpo de Ejército.—Croquis de la campaña de Las Villas.

El Gral. Maceo obtuvo el mando del 4º y 5º cuerpo de ejército que le otorgó el general en jefe antes de invadir el territorio de Las Villas, confiándole asimismo la dirección de la columna expedicionaria con todo lo anexo á organización, orden interior de los cuerpos, promociones, distribución del personal, etc. El cuarto cuerpo lo constituían las fuerzas de Las Villas, sería este departamento el teatro de sus operaciones, y el quinto habría de constituírse con los elementos de las tres provincias occidentales: Matanzas, Habana y Pinar del Río.

Comprendía el 4º cuerpo dos divisiones: la primera, con las brigadas de Sancti Spíritus, Remedios y Trinidad; y la segunda, con las de Santa Clara, Sagua la Grande y Cienfuegos. El siguiente cuadro dará una idea más completa.

Cuarto cuerpo del ejército libertador, destinado al departamento de Las Villas, al mando del general Serafín Sánchez:

1ª DIVISION

1ª Brigada: zona de Sancti Spíritus.
Regimientos de Honorato, Martí y Castillo.
Idem de infantería Atollahosa.

2ª Brigada: zona de Remedios.
Regimientos de caballería Narciso y Victoria.
Batallón cazadores de Remedios.

2ª DIVISION

1ª Brigada: zona de Santa Clara.
Regimiento de caballería Las Villas.
Idem de infantería Serafín Sánchez.
2ª Brigada: zona de Cienfuegos.
Regimientos de caballería Villaclara y López.
Regimiento de infantería Cienfuegos.
3ª Brigada: zona de Sagua.
Regimiento de caballería Esperanza.
Idem de infantería Sagua.
Tiradores de Roloff; compañía volante.

Oportunamente daremos más detalles respecto á la organización de estos llamados cuerpos de ejército, anticipando ahora el dato de que no llegaban á divisiones, ni éstas á brigadas, en cuanto al número de soldados, y con sobrante excesivo de oficialidad; organización, pues, defectuosa, y no modificada en ningún período de la campaña. Varias veces se intentó por el Estado Mayor reducir el número de brigadas y regimientos, ya que algunas de estas unidades lo eran sólo de nombre, simplificando desde luego la composición y nomenclatura del ejército por medio de una pauta más sencilla y adecuada á nuestro organismo militar: tres cuerpos de ejército; uno para el departamento Oriental y dos para el de Occidente, comprendiendo el primero los territorios de Cuba y Camagüey, con ocho divisiones, por junto, veinte brigadas y cuarenta regimientos de á 500 plazas cada uno. Con este sistema hubiera ganado el ejército en regularidad, desapareciendo en gran parte la viciosa organización que prevaleció durante la campaña, así como la fastuosa nomenclatura propia de un ejército de cien mil hombres que con aquélla anduvo aparejada. Pero la reforma iniciada diferentes veces por el Estado Mayor, se estrelló siempre contra los antiguos hábitos de lo creado y establecido desde la otra guerra, quedando subsistente lo defectuoso y aun multiplicado, por ser más extenso el radio de las operaciones y mayor, por consiguiente, el número de unidades tácticas que adolecían de la falta señalada. Era, pues, vicio de origen, y no hubo energía suficiente para extirparlo.

Por la Jefatura del ejército se dieron instrucciones al briga-

dier Quintín Bandera y al teniente coronel José Miguel Gómez para que con la infantería oriental se dirigieran al valle de Trinidad. Cayendo repentinamente sobre los campos del Condado podrían cegarse las fuentes de riqueza que daban vida á esa zona agrícola y se creaba al mismo tiempo una situación alarmante para el gobierno español, que se vería obligado á distraer algunos batallones de otros distritos para acudir á los lugares amenazados por la gente de Bandera. La correría habría de efectuarse con la mayor rapidez.

El cuerpo central invasor seguiría la marcha por la línea más recta, atacando á toda la columna que encontrara á su paso, sin eludir tampoco combate con las que se situaran sobre nuestra huella, mientras la operación no diera lugar á dilaciones; en caso de ser atacada nuestra retaguardia, se optaría por la defensiva. La contramarcha de toda la división sólo se emprendería ante una crisis alarmante que pusiera en grave riesgo la vida del ejército, pero sin entenderse que se renunciaba al objetivo esencial de la campaña, la invasión de Occidente, que se intentaría de nuevo al desaparecer ó minorar el peligro.

Las fuerzas de Las Villas que no pertenecieran al cuerpo invasor, quedarían operando en sus respectivas zonas, hostilizando incesantemente al enemigo, quitándole recursos, lo propio que á los pueblos fortificados, á los que se tendría en constante alarma, destruyendo las vías férreas, puentes, vehículos y demás medios de transporte. Toda fuerza cubana, grande o pequeña, al tener noticia del paso de la columna invasora por los lugares por donde aquella operase, destacaría algunas guerrillas sobre los campamentos españoles más inmediatos, para que rompiesen las primeras escaramuzas, procurando no trabar combate formal á vanguardia del ejército, á menos que por la consistencia del núcleo cubano ó por las ventajas de la posición, no se tuviese la seguridad de arrollar al enemigo; pues todo descalabro en la vanguardia de un ejército que toma resueltamente la ofensiva, es de un efecto fatal. Escalonados todos los pequeños destacamentos sobre la retaguardia de nuestra columna, se hallarían en condiciones de batir á cualquier fuerza enemiga que siguiera la huella del cuerpo invasor.

XV

LAS VILLAS

Combate de Iguará

(3 de Diciembre)

SEÑALÓ nuestro paso á Las Villas el sangriento combate de Iguará.

Dos leguas mediaban del campamento de Trilladeritas al río Hatibonico, límite geográfico de Camagüey por el Oeste (y no la Trocha militar de Júcaro á Morón, línea puramente accidental); distancia que salvó nuestra columna en las primeras horas de la mañana del 3 de Diciembre para entrar á paso de carga en el grandioso escenario de Las Villas, cuya inauguración habría de ser tan memorable en los fastos de la guerra.

El aspecto del país, poco ó nada había cambiado; tierra montañosa, palmares aquí y allá, saltos de agua por los barrancos; senderos y malezas por doquier, vegetación más ó menos tupida y panorama más ó menos dilatado, pero de matices semejantes, de un verdor siempre profundo, no ofrecía marcado contraste con los que dejábamos atrás; sin embargo, la ardiente imaginación de los orientales se complacía en hallar aspectos diversos al verse reflejados en las cristalinas corrientes del Hatibonico, cuyos ribazos venían á ser los umbrales de unas tierras halagadoras, embellecidas por el encanto de la conquista. ¡Las Villas!—¡ya estamos en Las Villas!—estas exclamaciones salieron de casi todos los labios. A nuevo teatro, peripecias nuevas.

Iba en la vanguardia con la caballería de Sancti Spíritus, el general Gómez, llevando flanqueos por la derecha, por hallarse á este lado y próximo al río, el destacamento español de Iguará, cuando fué avisado por un campesino de que había pernoctado

una columna en dicho lugar, la cual retornaba á la plaza de Sancti Spíritus, hallándose probablemente en marcha en aquellos momentos; agregó el mensajero que llevaba muchas acémilas. Gómez envió un ayudante á Maceo, que se encontraba aún en el vado del río, para decirle que no quería desperdiciar la ocasión de batir aquella columna; y entretanto situó las fuerzas de vanguardia por el frente, ocupando las faldas de una colina junto al camino de Sancti Spíritus, el que necesariamente tenían que llevar los españoles si resultaban exactos los informes del campesino.

Iguará era á la sazón un caserío que defendía el paso del Hatibonico del Sur, y formaba parte de una línea de destacamentos, como Tahuasco, Arroyo Blanco, Bellamota y Mayajigua, que cubrían la margen occidental del Hatibonico, constituyendo el perímetro avanzado de las Villas orientales.

La columna española, que, efectivamente, se hallaba en marcha, al divisar los puestos de caballería sobre la colina mencionada, se detuvo, y abrió el combate sin dilación desde las buenas posiciones que le brindaba el terreno, que eran el mismo camino de Iguará, especie de guardarraya muy abrigada, y algunos cercados contiguos, casi infranqueables para caballería. Acudió Maceo al sitio de la pelea, y después de conferenciar brevemente con el general en jefe, inició el ataque por el flanco derecho, única maniobra que podía dar resultado, aunque sufriendo muchas pérdidas si el enemigo no se desconcertaba en los primeros momentos: Gómez, desde allí, le cerraría el camino por el frente. En esta situación el combate fué tomando calor. Los españoles se mantenían firmes, la granizada de proyectiles era espesa y continua.

Nuestra retaguardia y parte del centro no habían cruzado el río, y necesitándose el esfuerzo de todos para que el ataque fuese eficaz, ordenó Maceo que aquéllos abreviaran el paso y apoyaran por la derecha el movimiento de flanco que iba á efectuarse. La empresa era más difícil de lo que á primera vista parecía, porque para acometer á los españoles por el lado vulnerable y desalojarlos de allí, había que atravesar un espacio obstruído por la maleza y bañado totalmente por las balas. Los toques de corneta, el tropel de la caballería rompiendo la manigua y las voces de mando de los oficiales, debieron de perci-

birlos los españoles que defendía el camino de Iguará, puesto que arreciaron el fuego al iniciarse el ataque, y se hizo furioso al desembocar los primeros grupos en el limpio. Este era el momento de la crisis, que había que resolver rápidamente por medio de un acto de arrojo que llevara el pánico á las filas enemigas, ó de lo contrario, era segura la derrota, con pérdida de mucha gente. Entonces se vió el orden de combate adoptado por la infantería española desde el principio de la acción, que antes no pudo precisarse por lo enmarañado del terreno: ocupaba dos líneas que formaban un ángulo oblícuo, bastante abierto, cuyo vértice era el destacamento de Iguará; de uno de los dos lados barrían la loma donde Gómez tenía desplegada la vanguardia, y desde el otro, de mayor longitud, rociaban de plomo el espacio limpio de arboleda por el que acababan de penetrar algunos jinetes de Oriente, empujados por Maceo; especie de tijera que fácilmente podía encerrar á los que se metieran dentro de las dos hojas.

Los primeros que avanzaron estaban fuera de combate; cayeron unos treinta, en menos de quince minutos. Mientras se abrían portillos en una cerca que detuvo la marcha tropelosa sobre el enemigo, éste no cesó de disparar con buena puntería, notándose clara y distintamente el martilleo del maüser al botar la carga; los estampidos parecían una granizada seca hiriendo una superficie de zinc. Los troncos de los árboles servían de espaldones á los soldados del bando contrario y así pudieron hacer una resistencia sólida contra grupos de caballería al descampado.

Pero el destrozo causado en nuestras filas enconó los ánimos, disponiéndolos á tomar el desquite, y ya sin ver el peligro, con intrepidez heroica, se echaron sobre la línea formidable que defendía el camino de Iguará, conquistando una de las cercas al arma blanca después de un corto tiroteo á quemarropa. Empezó la confusión en las filas contrarias ante una embestida tan impetuosa; el machete dió alcance á los que trataron de resistir á pie firme, se hicieron prisioneros ilesos, se cogieron fornituras armamentos y acémilas en buen número, poco faltó para que no cayeran en nuestro poder algunos oficiales que con manifiesta precipitación abandonaban el campo con los restos de sus fracciones. Por el frente no fué menor el desorden introducido

en las compañías que, apoyadas en un guamasal, defendían las posiciones de ese lado; pues habiendo advertido Gómez, el avance dado por Maceo, acortó en seguida la distancia, desalojando á los infantes españoles de los cercados más próximos y ocasionándoles bastantes bajas al tratar de guarecerse en el callejón de Iguará, que ya no ofrecía refugio á los fugitivos. Por entre la arboleda, algunos soldados protegieron poco antes la retirada de los heridos; no era posible la persecución con gente á caballo por los obstáculos naturales del terreno, sólo franqueable para infantería. El espanto de los mulos de transporte que corrían en todas direcciones, y el afán de cogerlos, contribuyó también á que escaparan de la persecución grupos enteros de soldados, y tal vez, entre ellos, el jefe de la columna, que trataba de dominar el pánico y de restablecer inútilmente el combate en las inmediaciones del destacamento. Logró, sin embargo, después de grandes esfuerzos, situar una línea avanzada temiendo ser atacado dentro del caserío, la cual tuvo que replegarse tan pronto como fué descubierta por los pelotones de caballería que reconocían el campo y recogían los objetos abandonados por los españoles.

Crítica en extremo era la situación del coronel Segura, jefe de la columna, encerrado en Iguará con escasas fuerzas y con una enorme impedimenta de heridos; es de colegir, por lo tanto, que no le hubiera quedado otro recurso que el de abandonar los heridos, si quería salvar el resto sano de la columna, ó en caso contrario rendir las armas al vencedor, si éste hubiese ido al asalto en seguida que el enemigo inició la retirada. Pero la falta de infantería impidió llevar á cabo esta segunda acción, y gracias á esa circunstancia no experimentó el coronel Segura un descalabro completo.

El brigadier Quintín Bandera debió oír el nutrido fuego de fusilería del combate de Iguará, pues hacía pocas horas que se había separado del cuerpo invasor y no se hallaba lejos del lugar de la acción, pero cumpliendo estrictamente con las órdenes del general en jefe no podía modificar el plan de las operaciones sin echarse encima la responsabilidad del incidente, aun cuando su presencia en el campo de Iguará nos hubiera proporcionado una envidiable victoria en cualquier momento de la lucha.

Sobre el campo dejaron los españoles 18 cadáveres, habiendo retirado bastantes más y muchos heridos, con pérdida además de algunas acémilas, 54 fusiles y otras prendas de valor. *El Fénix*, de Sancti Spíritus, decía á los pocos días que fué la acción de Iguará una de las más reñidas de la campaña; que las fuerzas insurrectas eran de infantería y caballería, muy superiores en número á las españolas, y que éstas tuvieron que retirarse con muchas bajas, pero con mucha gloria!—asertos que no discutimos (1).

Sensibles fueron las bajas de los cubanos; entre los muertos, el bravo teniente coronel Andrés Hernández, jefe de la escolta del general Maceo, y el comandante Teodomiro Torres, del regimiento Martí; heridos de gravedad, el jefe de Estado Mayor del general Gómez y el teniente coronel Enrique Céspedes, de la caballería de Bayamo, y catorce oficiales más. La división oriental tuvo 37 hombres fuera de combate, en los momentos de darse la acometida que decidió la acción.

Terminado este glorioso hecho de armas, que duró muy cerca de dos horas, se estableció el campamento en lugar no distante de Iguará, para que obtuvieran honrosa sepultura los que habían dado su vida en aras de la patria.

---

(1) La prensa de la Habana publicó lo siguiente:

"El día 3 salió el coronel Segura con una pequeña columna compuesta de 650 infantes y 60 caballos, llegando á Iguará con 39 enfermos y 300 acémilas. Supo allí que las partidas de Maceo, Máximo Gómez, Serafín Sánchez y Roloff habían sido arrojadas de su campamento de La Reforma por una columna, y se propuso batirlas. Concedió á sus fuerzas descanso de media hora y salió de Iguará á las nueve y media de la mañana. En el camino de Hatibonico á Iguará encontró la vanguardia, atacando al enemigo con el resto de la columna, y el fuego se generalizó. El coronel Segura, teniendo á su lado al teniente coronel del batallón de Granada, señor Amayas, vió que un grupo como de 500 jinetes se corrió por el flanco izquierdo para envolver la columna y cortarle la retirada, y mandó á escape á retaguardia, mandada por el comandante Masuti, viendo con satisfacción que este jefe rechazaba al enemigo. Para proteger la impedimenta, fué necesario formar el cuadro de una sola fila, y cargaban los insurrectos con tal ímpetu, que nueve de estos lograron penetrar dentro del cuadro, donde murieron. Una vez tomadas las posiciones por el valiente Sr. Amayas, y rechazadas las tenaces cargas de la caballería enemiga por el comandante Masuti, y cubiertas las precisas de retaguardia por el coronel Segura, el enemigo hizo una reconcentración y el jefe de la columna mandó recoger sus muertos y heridos, y ordenó la retirada á Iguará, haciéndolo primero la impedimenta y después las fuerzas con el mayor orden, reconociendo antes las inmediaciones del campo, donde dejó el enemigo 19 caballos muertos. Los rebeldes aseguran que tuvieron más de 150 bajas, y entre

sus muertos un titulado brigadier y un coronel. Por nuestra parte hubo que lamentar siete muertos y 26 heridos, entre ellos un oficial, y un extraviado, y 3 caballos y 9 acémilas muertas, y 13 extraviadas. Siete de nuestras bajas lo fueron al arma blanca. La acción duró dos horas''.

Las conjeturas del general Gómez respecto á la actividad de Suárez Valdés quedaban totalmente comprobadas, pues el jefe español quedó acampado en ''Río Grande'', mientras el cuerpo invasor cruzaba las fronteras de Las Villas. En esta operación sucedió algo parecido á lo del paso al territorio de Camagüey: allí faltó la concurrencia del factor de vanguardia; acá, el de retaguardia. Sin necesidad de forzar la marcha, la división de Suárez Valdés podía muy bien haber ocupado las márgenes del Hatibonico, el día 3 de Diciembre, ó atacarnos en ''Trilladeritas'' el día anterior.

XVI

Fomento

En marcha por Las Villas.—Despedida del Gobierno.—Fomento.—Combate de Los Indios.

(Del 4 al 9 de Diciembre)

Después que la Sanidad hubo desempeñado su noble misión, y de haberse dispuesto el traslado de los heridos á sitio seguro, con lo cual dieron comienzo las durezas de la guerra (las despedidas entre amigos y camaradas, entre los que quedaban al borde de la tumba y los que íban á desafiar la muerte), levantamos las tiendas para seguir la marcha por el territorio de Sancti Spíritus, todo él montuoso, como la mayor parte de Las Villas, pero feraz y pintoresco, y muy abastecido de ganado. Grandes manadas de reses pacían tranquilamente junto al camino real, ó sesteaban al pie de umbroso follaje, en fraternal sociedad con los potros y mulos cerriles, que miraban estupefactos las largas hileras de sus semejantes marchando á paso ordenado, oprimidos por los jinetes, ó huían á campo traviesa como presintiendo la suerte que les aguardaba al echarles los flanqueadores el dogal para que entraran en quinta; todo aquello sería presa de la guerra devastadora. Dos años después no quedaría un solo rumiante de tantos miles como allí pastaban, ni un solo caballo, ni una sola cría, ¡ni vestigios siquiera de tanta abundancia y fecundidad! ¡Todo estaría devorado! Unicamente la tierra generosa seguiría produciendo con igual esplendidez y vigor, insensible á las perturbaciones de las luchas humanas.

Los que no conocíamos la comarca villareña, forjándonos acerca de su estructura una imagen completamente distinta de la realidad, experimentamos una impresión desagradable al

vernos caminantes por un país rodeado de lomas, altas y peñascosas unas, escalonadas otras y cubiertas de vegetación, y más allá, picos sobresalientes cortando el espacio, en el fondo del luminoso horizonte. El sol nacía y se ponía alumbrando un paisaje siempre agreste. Para los orientales, que esperaban ver cosas nuevas, el encanto desapareció totalmente en presencia de aquel panorama montañoso, que parecía calcado en las tierras de Cambute.

Así, andando por cuestas y pendientes, y vivaqueando al amor de las fogatas, pues el frío era intensísimo, se cruzó la vasta región de Sancti Spíritus y parte de la de Remedios, en cuatro jornadas. El día 7 vadeamos el Zaza caudaloso, que nos recordó el Cauto de la leyenda oriental, ¡nunca dormido!; sus márgenes se hallaban vigiladas por pequeños destacamentos cubanos de la brigada de Remedios, al mando del coronel Pedro Díaz; este jefe se incorporó á la columna invasora con dos secciones de caballería. El día 8 volvimos á penetrar en la comarca de Sancti Spíritus por sus confines occidentales; atravesamos durante la marcha, que fué de siete leguas, un terreno sumamente áspero y desierto. Más ruda y más agitada fué la excursión del día siguiente, en que nos tocó combatir en malas condiciones contra un enemigo oculto y hacer larga caminata; en las primeras horas de marcha, caminos y senderos pedregosos serpenteando la loma del Tibisial, un subidero horrible para las cabalgaduras, hasta que dimos vista al pueblo de Fomento, donde comenzó la hostilidad, á eso de las nueve, y terminó á la puesta de sol.

Mas antes de narrar los episodios de esta jornada, el curso cronológico de los sucesos nos lleva á referir la despedida del gobierno, que solicitado por atenciones políticas de gran interés, regresó á Camagüey después de dos meses de activa campaña. Desde la sabana de Baraguá venía con el ejército invasor, habiendo asistido á todas las funciones de guerra realizadas durante ese período, dando con ello alto ejemplo de civismo y abnegación, más meritorio por ser espontáneo, pues muy bien pudo disculparse con las múltiples ocupaciones de su ministerio. Y, sin embargo, contra la opinión del general Maceo que varias veces la expuso en razonadas comunicaciones dirigidas al Presidente de la República, quiso el gobierno compartir con las

tropas los peligros de la lucha y hacer vida común con el soldado animoso, ya comiendo á deshora y acampando á la intemperie, ya afrontando los riesgos del rudo batallar (1). Ahora negocios políticos de solución apremiante y la necesidad de arbitrar fondos para la compra de armamentos en el exterior, reclamaban su presencia en la región oriental. Al acto de despedida concurrieron, además de los oficiales generales, comisiones de todos los cuerpos, y las tropas formaron en gran parada. El ciudadano Presidente Salvador Cisneros, después de dedicar algunas frases al ejército libertador por su entusiasmo y decisión en los combates, prendas seguras de mayores victorias, puso en manos del caudillo oriental una lujosa bandera, regalo de las bellas hijas del Tínima, para que ella fuese la insignia triunfal de la invasión de Occidente, "empresa heroica" cual pocas —dijo el íntegro patriota—llena de peligros y sembrada de obstáculos, pero que serán vencidos por el valor y la fe que á todos os anima, y por el poderoso brazo de vuestro ilustre caudillo, ¡de nuestro Maceo!, á quien hago donación de esta bandera para que flamee al soplo de las brisas de Levante sobre el risco más avanzado del cabo San Antonio." El viejo patriota, embargado por la emoción, no pudo terminar su arenga, pero la selló de un modo gráfico que superaba al más varonil y elocuente de los discursos: dando un abrazo al general Maceo, que quedó envuelto entre los pliegues del pabellón tricolor como un símbolo glorioso.

Al separarse el gobierno del ejército invasor para regresar al departamento Oriental, en donde era más necesaria su presencia por razones de interés político y económico, tomó el acertado acuerdo de dejar en Las Villas á una personalidad de su seno, para que organizara el ramo de Hacienda en ese dis-

(1) Maceo, que conocía el temperamento batallador de Salvador Cisneros, hombre imperturbable ante las balas, abrigaba serios temores de que por cualquier imprudencia personal del Presidente en el campo de batalla, tuviéramos que deplorar un desastre. Sobre este particular le decía al General en Jefe en los últimos días de Noviembre: "Otra "consideración me ha movido á dar este consejo al Gobierno, y es la "de que su presencia en Las Villas podría dificultar el desenvolvimiento "de las operaciones proyectadas por Vd. y distraer fuerzas de la co- "lumna invasora para atender á la custodia de aquél. Además, pudiera "suceder que perdiésemos en un combate al Presidente, y en estos mo- "mentos, tan apremiantes para nosotros, sería un pérdida de muy mal "efecto".

trito y tuviera la representación oficial del Consejo en todos los asuntos relacionados con la política y la administración civil, designando para dicho cargo al Secretario del Interior, García Cañizares, que unía á sus dotes personales, la circunstancia de ser hijo de la región villareña, en donde gozaba de merecida reputación. Movido el gobierno por un celo digno del mayor encomio, había dictado algunas leyes de carácter general que interesaba sobremanera fuesèn conocidas en todo el territorio ocupado por las armas libertadoras, á fin de establecer un régimen de gobernación, si no perfecto y durable, á causa de las vicisitudes de la lucha, el más equitativo y ventajoso para que los moradores de Cuba libre pudieran vivir garantidos dentro de la situación excepcional de la guerra y amparados por las leyes de la República. Era necesario rodear del mayor prestigio posible á la autoridad civil, darle el carácter elevado de una institución sólida y respetable, para evitar las ingerencias del militarismo en los asuntos ajenos á su misión. Desgraciadamente no pudo precaverse del todo; pero justo es consignar aquí los laudables propósitos del Consejo de Gobierno para dar impulso y organización al régimen civil y ascendiente legítimo á su propia autoridad (1).

Justo es también que expresemos en este lugar el testimonio de gratitud á que se hizo acreedor el gobierno de Cisneros por las constantes atenciones que prodigó á nuestros soldados durante la larga travesía por la comarca de Camagüey, pues no solamente cuidó de las provisiones de boca, procurando casi siempre tenerlas dispuestas con algunas horas de anticipación en los sitios de parada, sino que distribuyó prendas de vestuario y otros artículos menos indispensables, que aun cuando se adquirían con el dinero del tesoro público, no por eso dejaban de ser demostración cariñosa de los miembros del gobierno hacia nuestros sufridos soldados, tanto más de agradecer cuanto que costaba algún trabajo la adquisición de dichos artículos que se sacaban de los pueblos fortificados, mediante el soborno y por otros medios ingeniosos. Al influjo personal de Santa Lucía

(1) En la energía de Cisneros halló siempre el despotismo militar una barrera insuperable. Ya veremos en su oportunidad cómo el Consejo de Gobierno sometió al General en Jefe, Máximo Gómez, al dictar éste una circular poco respetuosa para la autoridad suprema de la República.

debióse principalmente el suministro de la hueste invasora (2).

Fomento está enclavado en medio de caprichosas colinas, en la misma raya divisoria de Trinidad y Sancti Spíritus; pueblo muy realista, al decir de los campesinos, siempre se distinguió por su adhesión á la causa de España, al tenor de otros villorrios, como el de Cascorro en Camagüey, Tiguabos y Songo en la provincia de Santiago de Cuba. Sus moradores hacían gala de españolismo y tenían á orgullo mostrar sus trincheras acribilladas por las balas del insurrecto. Fomento contaba con factoría militar, buenos reductos, guarnición de tropa y una guerrilla volante. Por su posición topográfica era centro de operaciones, y casi diariamente pernoctaba allí alguna columna.

Desde los fuertes empezaron á molestarnos; primero, con disparos sueltos; luego á descargas cerradas, insistente hostilidad que hizo presumir hubiera refuerzos, los cuales, no atreviéndose á empeñar combate fuera del recinto, utilizaban esos medios, libres de riesgo. Intento temerario hubiera sido atacar la población, bien defendida como estaba, aparte de que esta clase de empresas se reservaban para más adelante, según se ha dicho en otro lugar, y cualquiera alteración en el croquis general de la guerra, sin un motivo poderoso, implicaba por lo menos mudanza de criterio.

Por otra parte, Fomento carecía de importancia en la Isla; sonaba únicamente en la región villareña por las osadías de sus guerrilleros, y su toma, en el supuesto de realizarse, con cabal fortuna, tal vez hubiera pasado inadvertida en la opinión del país, la que debía ser impresionada por medio de hechos ruidosos que causaran verdadera alarma en el mundo comercial. No obstante, se provocó á los defensores de Fomento cogiéndoles una recua de caballos del pie de las trincheras, y quedó el general Maceo con las fuerzas de retaguardia en observación de la plaza, para caer sobre aquéllos, si intentaban alguna salida.

(2) Casi todas las facturas salieron de Santa Cruz del Sur con la anuencia del jefe militar de la plaza, y fué tan enorme la exportación de ropa en aquellos días, que el suceso llegó á hacerse público entre los españoles, pero lo atribuyeron á una "combinación marítima". Recordamos lo que decía un periódico de la Habana á propósito de ese fraude: "Mientras Maceo avanzaba por el litoral de Puerto Príncipe, un pailebot, cargado de provisiones, marchaba paralelamente por el mar del Sur".

Por lo que aconteció dos horas más tarde, se vino en deducción de que el pueblo no contaba con otras fuerzas que las del destacamento y guerrilla de movilizados; pero el jefe de la plaza hizo llegar un aviso á otro destacamento más numeroso, que se hallaba protegiendo unas obras de fortificación, en el sitio nombrado Casa de Teja, no lejos de Fomento, y tuvo aquél oportunidad de apostarse convenientemente y de agredirnos á mansalva, aunque no con el fruto que se prometía.

He aquí cómo ocurrió este hecho de armas.

La vanguardia de nuestra columna, el centro de ella y la mayor parte de los bagajes, habían cruzado sin novedad por un travesío al camino real de Santa Clara, y llevaban andados por esta vía unos cuantos metros. Sólo quedaban, junto al crucero, algunos rezagados de la impedimenta y las parejas de servicio que vigilaban los flancos. De repente, una furiosa descarga dispersó á los que se hallaban de facción, otra, disparada casi al mismo tiempo sobre los acemileros fatigados, aumentó la confusión y puso al trote á los más perezosos. Ambas descargas habían partido de un espeso matorral, oculto á primera vista, donde se hallaba emboscado el destacamento de Casa de Teja. El jefe de Estado Mayor, auxiliado por los oficiales de servicio, logró reunir á los dispersos y oponer ligera resistencia, en tanto se ponían en salvo los rezagados. Pero el enemigo se animaba gradualmente y empezaba á correrse por uno de los flancos, al abrigo del bosque, y sin duda, para que la agresión fuese más eficaz, dirigía los fusilazos al centro de la carretera, sirviéndole de punto de mira las nubes de polvo que levantaba á su paso nuestra caballería. Avisado el general Gómez por un oficial del Estado Mayor, retrocedió con su escolta y dos escuadrones que recogió de pasada, y ya con este núcleo la resistencia tomó otro carácter, al extremo de que el adversario empezó á cejar, notándose por los estampidos del maüser, cada vez menos intensos, que se replegaba al punto primero de su ofensiva, ó sea el matorral. Nuestra retaguardia, en la que iba el general Maceo, oyó el fuego y acudió presurosa al lugar del combate; dióse una furiosa carga por entre vericuetos y matojos, sin respetar una estacada, que vino al suelo de un empellón; acometimiento que hubo de refrenarse ante el precipicio ame-

nazador de un barranco, y no por la agresión de los españoles que se habían apoderado de aquella altura.

Se volvió al camino, en espera de una nueva ofensiva; ésta no retardó, iniciándose ahora por paraje distinto, desde el fondo, intrincado de maleza, de una estancia abandonada que comunicaba con el barranco, cargando también los nuestros con singular empuje al través de un campo enmarañado, pero acometida tan infructuosa como la anterior, porque los españoles, al percibir el tropel de la caballería, emprendieron silenciosa retirada por sitios desconocidos para nosotros. Dicho está que las fuerzas adversarias eran de infantería, razón por la que les fué fácil elegir terreno á propósito para agredirnos y esquivar después la persecución.

Nuestra gente estaba enardecida; de buena gana hubiera echado pie á tierra para ir en seguimiento de los españoles, que con poco esfuerzo podían considerarse victoriosos. Pero ni la hora era propia ni el lugar adecuado, pues caía la tarde y nos faltaba por vadear el río Agabama, de paso difícil y peligroso, que, de tenerlo ocupado el enemigo, daría ocasión á un serio contratiempo en la marcha de nuestra columna, obligada necesariamente á retroceder ante algunos pelotones de infantería que se hubiesen parapetado en los abruptos peñascos que circuyen el Agabama por aquel punto. Afortunadamente, no tropezamos con ninguna emboscada y sólo tuvimos que salvar las quiebras naturales del terreno.

El escaso número de bajas (doce heridos) que nos costó la acción de los Indios—por llamarse así el lugar donde se ventiló—hemos de atribuirlo á la falta de serenidad de los tiradores, que se aturdieron seguramente al sentir cerca de ellos el estruendo de la caballería, porque de lo contrario, esto es, si afinan la puntería sobre la masa de jinetes encajonados al borde de un precipicio y obligados á volver grupas, es seguro que nos causan más de cien bajas. Pocas serían las pérdidas de los españoles, tal vez ninguna, debido á que nuestros disparos tampoco pudieron ser certeros.

La jornada de este día (9 de Diciembre) terminó en Quemado Grande, jurisdicción de Santa Clara; el trayecto recorrido fué de diez leguas, de muy penoso andar.

XVII

Manicaragua

Acciones del 11, 12 y 13 de Diciembre.

Tras una marcha de siete horas consecutivas por caminos no menos pedregosos que los de ayer, nos hallamos descansando en el delicioso valle de Manicaragua, albergue de muchas familias cubanas, que con indecibles muestras de júbilo saludan la llegada del ejército libertador y le brindan cariñoso hospedaje. Las mujeres y los niños, desde los umbrales de sus viviendas, se disputan el placer de dedicar algún obsequio á nuestros soldados; los hombres piden un arma para acompañarnos, no la hay, y se alistan sin ella. Palpita aquí el corazón cubano. Apenas ha sonado el toque de derecha é izquierda, cada casa se ha convertido en bullicioso vivac donde humean los calderos repletos de viandas, y departen, al amor de la lumbre, campesinos é insurrectos. Las mozas se encantan oyendo la vena del soldado oriental.

Son estas montañas los cuerpos avanzados del gran campamento de la insurrección en Las Villas; cada altura es un mirador excelente, cada mole un puesto de seguridad, cada picacho una trinchera insorprendible, y la diversidad de estos puntos de exploración y defensa, con los encumbrados montes que circuyen el valle, forman el más abrigado campo militar del departamento central. Bastará, pues, un grupo de hombres resueltos para sostener la batalla irregular de escaramuzas y emboscadas, por entre desfiladeros y veredas inaccesibles para el soldado español, quien gastará inútilmente su vigor tratando de arrollar á un enemigo sutil, que tan pronto acomete como se escurre, de repente se sustrae y del mismo modo se multiplica, desparramado por el bosque. La mejor acción aparecerá

deslucida para el ejército regular; cuando el tiroteo del insurrecto no le ocasione mella, la fatiga será causa del quebranto y motivo suficiente de retirada: de todos modos, bajas. El astuto mambí, poco há expugnado de su campamento, volverá ileso al mismo sitio, reparando diligente los desperfectos que hayan ocasionado los españoles, y las aguerridas tropas que penetraron hasta allí cubriéndose de gloria, emprenderán marcha retrógrada para sus ciudadelas, más ganosas de descanso que de adquirir laureles á ese precio. Tal sucedió en las acciones del 11, 12 y 13 de Diciembre, en que una fuerte columna de las tres armas, admirablemente dirigida por un jefe valeroso y tenaz, vióse obligada á contramarchar para sus cuarteles de Manicaragua, después de titánicos esfuerzos encaminados á la ejecución de un objetivo de fácil logro sobre el tablero hipotético, midiendo distancias con el compás y situando los peones con la mano, pero impracticable sobre el teatro real de la fragosa Siguanea.

Acción del día 11: en las alturas de Manacal

Al tenerse noticias de que fuerzas españolas muy numerosas atraviesan el soto de Manicaragua, se traslada el campamento á sitio más á propósito para sostener la pelea, á fin de que no peligren las familias del valle. Las alturas de Manacal ofrecen buenas posiciones defensivas, y aseguran, por otra parte, el camino que ha de llevar nuestra columna, cualquiera que sea el resultado de la acción. Han transcurrido seis horas en espera de los españoles; ya se desconfía que emprendan la operación anunciada; pero á las dos de la tarde empiezan á verse grupos enemigos que registran las casas de Manicaragua, tal vez para tomar informes de las fuerzas que han acampado allí, y al poco rato la elevación de las lomas nos permite observar los movimientos de toda la columna que se encamina hacia el Manacal, llevando el ala izquierda muy extendida. Avanza lentamente, emplea más de una hora en cruzar un trecho de dos kilómetros escasos. A las tres comienza la función; han roto el fuego los exploradores de la caballería espirituana contra la vanguardia enemiga. Como los españoles parece que tratan de esquivar el monte, que cierra el campo por la derecha, hacia este lado se despachan dos grupos de jinetes, para que á pie ó á caballo, según lo indique el terreno, hostilicen el centro de la columna

que ofrece mejor blanco. La lucha se anima; la vanguardia española, formada por lo menos de un regimiento de infantería, de una pieza de montaña y dos secciones á caballo, cobra resuello al tomar una colina y acribilla las crestas de Manacal, donde se hallan nuestros dragones peleando de infantería, con el ronzal sujeto. Se han desmontado un centenar próximamente; son bastantes, por ahora. Las líneas de reserva están preparadas para cuando los españoles escalen el muro de la cuesta, operación que no podrá efectuarse á menos que no rieguen de sangre todos los peldaños. Los dos escuadrones que se han destacado por el flanco derecho, evolucionan admirablemente, como en un campo de instrucción, y tan pronto pie á tierra, como sobre la silla, obligan al centro de la columna á distraer algunas compañías que, tras obstinada lucha, ocupan el monte.

Por lo visto el jefe de la división española persiste en el propósito de tomar el campamento, pues ha reforzado la vanguardia, y todo el centro y gran parte de la retaguardia inician ahora un ataque envolvente, que no ha dejado de notarse á pesar de las demostraciones que ha hecho para fingir la retirada. El general Maceo, con su escolta y el regimiento Céspedes, se dirige hacia el lugar amenazado; echando pie á tierra, los jinetes logran contener el avance del enemigo, pero éste, al ver frustrados sus planes, trata de desbaratar la línea de nuestros tiradores con un aguacero de proyectiles: el altercado es furioso, por los dos bandos se pelea con igual ardimiento y calor (1). A las cinco de la tarde, ya con luz indecisa, la refriega está en su apogeo; solamente el manto de la noche le pone término, y unos y otros combatientes encienden las hogueras del vivac.

Una orden del Cuartel general pone en movimiento á varias fuerzas para que ataquen el campo enemigo, operación que realiza el coronel Sotomayor poco después de haberse establecido en ambos campamentos el servicio nocturno. Pero la vigilancia de los españoles no da lugar á la sorpresa; tienen los nuestros

(1) El fuego de los españoles era tan nutrido que á un solo caballo le tocaron 16 balazos: ¡el jinete salió ileso! El caso parecerá insólito, pero es absolutamente cierto. Aquel chorro de balas se distribuyó entre la masa del caballo, la montura y la capotera. El individuo salvado tan prodigiosamente era un ayudante del jefe de Estado Mayor, de apellido Cabrera, que combatía á caballo en la línea de nuestros tiradores. Vive aún, pero casi inválido, á causa de dos terribles balazos que recibió en la campaña de Pinar del Río.

que retirarse, alumbrados por los fusilazos de los retenes enemigos. Sin embargo, han tenido que apagar las hogueras para no ser blanco de nuevas agresiones. La noche no puede ser más cruda.

Acción del día 12: desde el Manacal á las Lomas de Quirro

Amanece bajo una temperatura glacial, y rompen el fuego los puestos avanzados. ¿Pretenderá el enemigo continuar la operación? El tiroteo, cada vez más cercano y nutrido, aleja toda duda. El general Maceo se dispone á dar la batalla desparramada por el bosque con sólo trescientos hombres. Las restantes fuerzas emprenden la marcha por el desfiladero del Toro.

Se ha mandado retirar las avanzadas, y durante largo rato todo permanece en silencio. La primera emboscada está prevenida, en la boca del desfiladero. Ya se divisa la vanguardia española arriba del monte empinado; ya da principio al flanqueo; se pára á ratos, escudriña, vuelve á andar, desciende, muda el fondo para ir á la desfilada, y suena la primera descarga: la pendencia dura veinte minutos. Otro grupo apostado espera que le toque el turno, y en un trayecto de media legua, hay pelotones de diez, de quince, de treinta hombres, perfectamente escalonados. Penetra la columna en la hondonada haciendo fuego á discreción; los fogonazos alumbran el interior del monte de un modo siniestro, y los proyectiles rebotan, estrellados contra la roca viva de los paredones. La segunda emboscada cumple su misión y deja el paso franco á los españoles, para que la segunda los reciba de idéntica manera. Un trayecto de cuatro kilómetros ha costado á los españoles cinco horas de lucha: toda la mañana.

El camino es cada vez más estrecho y tortuoso, el monte cada vez más tupido; bosque impenetrable por dondequiera, lomas abruptas, ó farallones ó precipicios á ambos lados del sendero, tal parece que nos hallamos en el corazón de la Sierra Maestra; pero el fuego continúa, á pesar de tantos obstáculos, ora desparramado, ora intenso y nutrido, y los ecos de las descargas retumban por el fragoso monte simulando nuevos choques entre enemigos invisibles. Como á las dos de la tarde, habiéndose reunido todas las fuerzas que se hallaban escalona-

das, se da un ligero descanso en Boca del Toro, especie de anfiteatro, cuyas gradas son peñas enormes, unas encima de otras, las más elevadas suspendidas sobre el abismo y en la fiera actitud de desplomarse; el conjunto, es de un aspecto aterrador. Nadie sospecha que la columna se atreva á franquear tan selvático escenario; mas transcurrida una hora, la guardia que vigila el camino del rastro da el aviso de que se ven grupos de infantería. Nuestra tropa monta á caballo y se despliega en medio de la plazuela, circunscrita por el contorno de Boca del Toro, para hacer frente al audaz é incansable enemigo que se apresta á cruzar parajes tan desiertos y remotos: se pelea de nuevo, cual si ahora se abriera la función, aunque economizando cartuchos por nuestra parte, porque hay que pensar en la jornada de mañana; y quien sabe si el ardimiento de los soldados españoles, la tenacidad del jefe que los manda y su temerario empeño de batirnos, obedecen únicamente al propósito de que se vacíen nuestras cananas antes de que lleguemos al distrito de Cienfuegos.

Los días cortos de la estación y la espesura del bosque, anticipan el crepúsculo á las cuatro de la tarde, hora en que los españoles paran de andar y acampan en el mismo Toro; mientras los nuestros, una vez practicados los reconocimientos indispensables, se incorporan en la montaña del Quirro al grueso de la columna. La tarea termina á las ocho de la noche. Después del toque de silencio, una falsa alarma, provocada por la alucinación de un centinela, obliga al general Maceo á pasar la noche al raso con todos los ayudantes de servicio.

Acción del día 13: Camino de la Siguanea

La alborada comienza con disparos de artillería, lo cual hace suponer que la función del día de hoy no será tan agitada como las dos anteriores, puesto que no se explica que hallándose los combatientes á tiro de fusil y enconados los ánimos de los españoles, empleen éstos el medio ofensivo menos eficaz en esta clase de luchas, donde sólo el arma de infantería desarrolla sus fuegos con lucimiento: ó la columna tiene muchas bajas, ó la fatiga empieza á producir sus efectos inevitables. Entretanto, nuestra división desfila por el fondo del sinuoso cerro, mientras patrullas delanteras ocupan las alturas para explorar el

extenso valle de Cumanayagua, nueva y grandiosa decoración que esmalta los confines de la cordillera meridional. Un sol de invierno dora las cumbres, pero deja íntegro el verdor profundo de los collados bajos, cuyos perfiles se desvanecen en las lejanías del horizonte, como tenues rasgos del esfumino sobre el cielo de un paisaje.

Pero ya se oye el traqueo de la fusilería. Los españoles se deciden por el método de combate más adecuado, retirando el cañón que en estas alturas solo sirve para salvas, y acometen furiosos las posiciones ocupadas por nuestra retaguardia: este lance nos cuesta cuatro peones. Alineadas las fuerzas que han de tomar parte en la acción, contamos doscientos quince hombres, entre infantes y jinetes, procedentes los primeros, en número de cincuenta, de las plazas que perdieron los caballos en los dos combates anteriores; en concepto de premio se les obliga ahora á cubrir la extrema retaguardia. Se sitúan las emboscadas á la salida del campamento, de trecho en trecho, y dirigidas por oficiales expertos á quienes se les ha dado orden de que los disparos se harán á corta distancia, sobre la cabeza de la vanguardia enemiga, mientras otra cosa no se disponga. Siguen los españoles nuestra huella, acribillando matorrales, árboles copiosos, múcaras, breñas y cuantos objetos más puedan servir de trinchera ó apoyo al insurrecto, que no se halla, sin embargo, al abrigo de esos parapetos (en demasía usados para que nuestro jefe los utilice), sino en lugares menos sospechosos y más limpios, que acaso no advertirán los buenos prácticos que lleva la columna. De un escuálido maizal parten los certeros disparos de nuestra gente; un poco más allá, suenan estampidos que hacen retemblar la tierra de un sembrado y atemorizan á los más delanteros, que exploran charlando.

Trata de flanquear una compañía, pero se le opone firme resistencia desde el descuello de la loma; y tiene que replegarse. Parece que el centro de la columna se ha retrasado, puesto que se oyen los toques de corneta bastante lejos, sin que pueda distinguirse si ordenan despliegue de guerrillas, ó marcha de frente, ó retirada. En esta situación toda la vanguardia española se arrima á un lado del sendero y dispara á granel, pero sin tino. Es de admirar, sin embargo, la manera como ha ejecutado el retroceso. Transcurre largo rato. La fuerte emboscada

que ha colocado Maceo en lugar á propósito para que ofenda uno de los flancos, decidirá la acción cuando la columna prosiga el avance; mas á eso de las doce el jefe de la partida se ve obligado á romper el fuego contra la retaguardia de los españoles, que han mudado el frente, tomando uno de los caminos que conducen á Manicaragua, y dado fin á su temeraria empresa en que han prodigado tanto valor como abnegación. A nuestra gente le falta aún buen trecho de camino para llegar á la Siguanea, punto señalado para campamento, y no es posible que hagan la travesía los soldados que andan á pie, muchos de ellos con el equipo del soldado á cuestas, á más del armamento y el matalotaje. El general Sánchez queda con esos hombres en la prefectura del cuartón para proveerlos de caballos, á fin de que no haya rezagados en la marcha de mañana, que probablemente será también ruda. Poniéndose el sol llegamos á la Siguanea: ¡romántico paisaje! se ven vestigios de un cafetal, cascadas y lagos azules...

De las operaciones realizadas por el general Oliver, jefe de la división española, se infiere claramente que han obedecido á órdenes apremiantes del general Martínez Campos, encaminadas á destruír el núcleo rebelde, ó cuando menos ocasionarle un serio descalabro que pusiera límite al audaz intento de los invasores. El general Oliver ha hecho más de lo posible en esa costosa empresa; ha dado pruebas admirables de tesón y pericia militar, pero las nuevas tentativas del general Martínez Campos, sus planes y combinaciones para detener la marcha de la invasión en las fronteras de Occidente, fracasan esta vez en Manicaragua.

El diario *La Lucha*, de la Habana, correspondiente al 15 de Diciembre, publica el parte militar de las acciones de Manicaragua, en el que se consigna que la columna del general Oliver tuvo 5 muertos y 20 heridos en la acción del día 11, pero omite las bajas sufridas en los combates posteriores y no hace mención de ellos. El general Oliver asegura al jefe superior del ejército que los insurrectos se han visto obligados á refugiarse en los montes de la Siguanea y que les será muy difícil continuar el avance hacia el distrito de Cienfuegos. En otro lugar del mismo periódico se dice que hay 9,000 soldados para impedirnos una nueva tentativa.

Aparte de que nos hallamos más allá de Cienfuegos, y hemos destrozado antes una columna en los campos de Mal Tiempo (1), se ve por dichos informes oficiales que los jefes del ejército español persisten en el sistema de falsear los hechos más evidentes, ó de desfigurarlos de tal modo que nadie podrá jamás reconstruír el teatro de ninguna acción de guerra, por las descripciones que de ellas hacen los periódicos adictos al gobierno español, ni mucho menos saber con exactitud las bajas que sufrieron las tropas regulares.

La omisión en que ha incurrido el general Oliver, al pasar en silencio las acciones del 12 y del 13, ventiladas en el camino de la Siguanea, casi confirman los informes verbales que nos dieron los campesinos de Manicaragua, de que aquel jefe había retrocedido para sus cuarteles después del combate del día 11, á causa de las muchas bajas que sufrió la columna al querer tomar nuestro campamento del Manacal, y que encomendó al teniente coronel Palanca la persecución de las huestes invasoras; porque no se explica de otro modo la omisión del general Oliver al dar cuenta al jefe del ejército de las operaciones ejecutadas contra el grueso enemigo.

En historia son admisibles las suposiciones cuando son necesarias para explicar un suceso de cualquier modo incomprensible, y preciso es admitirlas en este caso, en la forma expresada, como única manera lógica de llenar el vacío en que ha incurrido el general Oliver al relatar un solo hecho de armas cuando fueron tres distintos (2).

---

(1) Estas notas fueron escritas el día 18 de Diciembre de 1895, al recibirse en el Cuartel General algunos periódicos de la Habana.

(2) "En efecto,—decía un periódico español—el día 10 de Diciembre, el núcleo insurrecto después de acampar entre Placetas y Guaracabulla, se dirigió hacia María Rodríguez y Manicaragua, lugar este último muy próximo á la Siguanea. Las columnas de Oliver, Palanca y Lara, convenientemente distribuídas, le salieron al encuentro. La primera, ó sea la mandaba por Oliver, logró alcanzarlo sosteniendo un recio combate en la tarde del 11, en los altos de Alberich, cerca de Mabujina".

"La refriega duró hasta cerrar completamente la noche, siendo desalojado el enemigo de sus posiciones con muchas pérdidas en hombres y ganado. La tropa tuvo cinco muertos y veinte heridos, de ellos un oficial. La persecución continuó en combinación con las fuerzas del coronel Manrique de Lara y del teniente coronel Zubeldía".

"A partir de este combate se pierde el rastro de los invasores hasta que aparecen en las inmediaciones de Cruces, amagando la provincia de Matanzas".

XVIII

Famosa jornada de Mal Tiempo

(15 de Diciembre)

En el descenso á las llanuras de Cienfuegos se emplea toda la mañana de hoy (14 de Diciembre). La caballería anda despacio por estas vertientes peligrosas.

El semblante de los soldados orientales revela la gran emoción que despierta lo desconocido. En cambio, el villareño se muestra animoso y locuaz; está en su teatro: va señalando los diversos puntos que surgen de la llanura á medida que se ensancha el panorama.

Se oye aún el rumor de las cascadas de la Siguanea que desaguan en el lago azul del cafetal.

El mundo alado saluda el despertar de la naturaleza con un concierto de notas que parece un himno de gloria.

¿Volveremos algún día á subir estas lomas con nuestra bandera triunfante? ¿Retornaremos á Oriente con nuestro caudillo victorioso, para afirmar la libertad sobre las bases de la razón y del derecho, una vez ganada la batalla á sangre y fuego?... ¡Quién ahora podrá descifrar lo porvenir!

Penetramos en la comarca de Cienfuegos por Barajagua, que puede considerarse como el límite de la invasión de Gómez en 1875, pues sólo algunos pelotones de caballería ligera, mandados por Reeve (el Inglesito), se corrieron hasta Colón, para caer poco después en Yaguaramas ese intrépido oficial.

Hacemos alto en Guamá de las Cruces.

El aspecto de la campiña ha cambiado por completo. El monte abrupto y formidable se alza á nuestras espaldas, pero ya lejos: sólo se ve el telón majestuoso de la cordillera.

La guerra de montaña ha concluído por ahora, para dar

paso á la guerra en campo abierto, donde la lucha habrá de revestir otro carácter y el modo de batallar será distinto. Los movimientos tácticos se efectuarán al aire de carga: el machete será el arma predilecta.

En lontananza se divisan las torres de los ingenios y campos inmensos de cultivo, exponentes de la riqueza del país que en breve serán devoradas por las llamas; medida ciertamente dolorosa, pero indispensable para afirmar el imperio de la Revolución.

Propagándose la hoguera, su magnitud y estrépito llevará el pánico á las clases productoras del país; tras el pavor, vendrá por consecuencia inevitable el trastorno económico que hundirá el crédito comercial.

El nuevo día será, pues, memorable en los fastos de la guerra: se dará principio á la obra de destrucción. Por las limpias guardarrayas de los sembrados se esparcirá el gran tropel de la caballería, levantando á su paso, en vez de nubes de polvo, olas de fuego. Las gentes acomodadas verán en la invasión al Lucifer exterminador.

Nos esperan maldiciones, grandes fatigas y encarnizadas peleas.

. . . . . .

Día 15

A las siete de la mañana se ha tocado marcha de frente.

Los caminos son amplios y están secos; se ha elegido el que conduce á un ingenio, cuyos cañaverales se han divisado desde el campamento de Guamá. Las tres fracciones de la columna (vanguardia, centro y retaguardia), van casi unidas; solamente la patrulla exploradora lleva la delantera necesaria, y todo el mundo á caballo.

Se presiente algo terrible. Los oficiales del Estado Mayor acaban de trasmitir la orden de que al asomar el enemigo se cargará al machete, sin consultas ni dilaciones.

Damos vista al central Teresa, donde hay un destacamento de cincuenta soldados, y la tea inaugura sus funciones reduciendo á pavesas los cañaverales de esa finca que se preparaba para moler: el destacamento contempla impasible la combustión. Mientras anda la tea, unos colonos nos avisan de que en un

caserío próximo, llamado Mal Tiempo, hay fuerzas españolas, las cuales, si no están ya en camino del ingenio Teresa, nos disputarán el paso en aquel lugar. Gómez conferencia breves momentos con Maceo, y éste ordena que se redoble el fondo de la columna, agregando esta frase, como en son de advertencia: *entró la nave en alta mar,*—que como imagen no puede ser más oportuna, pues á los pocos minutos nos hallamos en Mal Tiempo ¡tan borrascoso para las armas españolas!

He aquí como sucede el desastre.

La sección de exploradores es saludada con una descarga, que por lo furiosa no da lugar á réplica, y parte de nuestra vanguardia, toda la cabeza de ella, se aturde de momento por nuevas y más nutridas descargas de los españoles, que se hallan desplegados sobre un terraplén algo confuso por el follaje de los cañaverales. Al pronto no se ve nada más: el fuego es de maüser, enfilado y muy violento.

El general Maceo organiza rápidamente el ataque por el frente y se lanza sobre las líneas españolas al galope de su fogoso caballo moro, que parece que no toca la tierra; al mismo tiempo lo efectúa el general Gómez con su escolta de camagüeyanos y tres escuadrones de Martí, García y Guá; él, delante de la tropa, tieso, clavado en la montura, blandiendo el alfanje que usa. Repuesta la vanguardia, acomete también, por el frente y costados; á discreción. El regimiento Céspedes nutre la escolta de Maceo; el clarín toca á degüello y la masa de jinetes se precipita como torrente furioso. Una cerca de alambre estorba la vía, pero se hiende de un tajo, y sigue con mayor empuje la impetuosa carga. Firme aún la infantería española, rodilla en tierra la mayor parte, trata de resistir con un fuego mortífero y las puntas de las bayonetas; pero nadie se pára; al grito heroico de ¡arriba Oriente!, ¡al machete!, ¡viva Maceo!, abren brecha los orientales y acuchillan sin piedad durante quince minutos. No dura más tiempo todo el drama. Aquí han caído secciones completas, con los oficiales que las mandaban; más allá, grupos de infantes y jinetes, mezclados en confusión, ruedan al filo del sable cubano. Un capitán, al frente de diez ó doce hombres que le quedan, después de inferir tres balazos con su revólver á un ayudante del Estado Mayor, hace demostraciones de rendirse, pero cae también, con todos los suyos,

bajo el acero insurrecto esgrimido por la gente de Guantánamo (1).

Una compañía de Bailén ha formado el cuadro... ¡espantosa mutilación!

Por los flancos la carnicería ha sido tremenda. Gómez, brioso y enardecido como en Palo Seco, ha roto el más fuerte núcleo de los españoles, siendo el primero en abrir boquete: su escolta y los escuadrones de orientales que con él han ido al asalto, lo ensanchan en seguida y derriban los cuatro muros de bayonetas, esparciéndolos en mil pedazos. El segundo cuadrilátero de Bailén sucumbe en masa.

Con la misma furia, repartiendo cuchilladas á derecha é izquierda, ese trozo de caballería ha llevado la borrasca dentro del recinto de Mal Tiempo, cogiendo de refilón la retaguardia de los españoles.

Todos los sólidos han sido deshechos á machetazos. La mitad por lo menos del batallón de Canarias, huyendo de la tremolina, ha soltado armas y cartucheras para escapar con mayor ligereza, ó rendirse á discreción los que no aciertan á buscar refugio en la espesura de los cañaverales.

Un comandante de caballería que ha tratado de rehacer el núcleo descuadernado de Canarias, tiene que huír á uña de buen caballo, porque los soldados no le obedecen, tiran los fusiles flamantes, las cananas repletas de municiones y los más de ellos se aplanan contra el suelo, bajo la terrible impresión del pánico, como palomas á la vista del azor. Pero la imagen más cabal del espanto se retrata en un grupo que se ha escondido á su manera, detrás de un palmar. Nuestra gente lo descubre y le va arriba; sus componentes parecen figuras de cera con el uniforme de rayadillo azul; se les habla y no responden, lo más que hacen es cruzar los brazos por encima de la cabeza, esperando el golpe del machete.

(1) Este oficial de Estado Mayor es el hoy teniente coronel Manuel Piedra, que tiene el cuerpo cubierto de cicatrices. En el combate de "Mal Tiempo" recibió á boca de jarro tres balazos, á causa de habérsele parado el caballo que montaba en frente de un grupo de infantería, viéndose obligado á arrojar el machete de punta sobre el oficial que mandaba dicho grupo, al observar que amartillaba el revólver. Por fortuna, un pelotón de los nuestros vió el peligro que corría el ayudante Piedra.

Todo el terraplén está empedrado de cadáveres. En un reducido espacio yacen más de un centenar de hombres mutilados, y la tendalera sigue por todo el camino de Mal Tiempo. El botín de guerra ha sido abundante: se han recogido 150 fusiles maüser, 60 rémingtons, 6 cajas de municiones, los caballos de los oficiales y de la tropa, las acémilas, los equipos, el botiquín y la bandera; por esta insignia y los documentos hallados en el archivo, se viene en conocimiento de que la columna destrozada por nuestras armas, la componían el batallón de Canarias número 42, dos secciones de Bailén y un escuadrón de Treviño, al mando, toda la unidad, del teniente coronel Narciso Rich. Es de sospechar que este jefe se halla entre los muertos, puesto que su espada, su equipaje y su uniforme se encuentran en nuestro poder, y la gente se ha repartido algunos miles de pesos que llevaba para hacer pagos; prendas y valores que ha entregado uno de sus ordenanzas (1). Muchos más armamentos han perdido los españoles que habrían reforzado nuestras filas, de haberse practicado un escrupuloso reconocimiento en el campo de la acción, antes de ser invadido por las llamas de los cañaverales, gracias á lo cual han podido también salvarse los restos de la columna que se han refugiado en el caserío de Mal Tiempo, pues de otra suerte hubieran tenido que rendirse al arbitrio del vencedor.

Mientras se distribuyen los trofeos de la victoria, se oye fuego muy nutrido en la dirección del ingenio Teresa: es nuestra retaguardia que entra en función con el destacamento de esa finca y tal vez con los refuerzos que hayan llegado de los lugares limítrofes, porque nos hallamos dentro de la primera zona militar de Cienfuegos, donde el enemigo cuenta con poderosos elementos y vías de fácil transporte. Necesario es, pues, apercibirse para el nuevo combate que no tardará en plantearse, como así lo indica la intensidad del fuego, mientras algunas descargas que suenan más lejos anuncian la posibilidad de otro

(1) A los pocos días nos enteramos que el teniente coronel Rich había escapado ileso, no acertando á explicarnos satisfactoriamente que su espada, su equipo y su uniforme se hallen en nuestro poder. Un soldado de la escolta del general Maceo, llamado Roque Rodríguez, hoy residente en San Luis, nos dijo que había matado al jefe de la columna, apoderándose de su equipo y vestuario, y de 5.000 pesos además. Pero parece que el muerto era un capitán graduado de comandante, á quien el asistente de Rich hizo pasar por su jefe, para poder él escapar con vida.

choque antes de que termine la tarde. No hay minuto que perder. Nuestra columna, bajo el mismo orden en que ha sostenido la pelea, se dispone á hacer frente al enemigo, aquí y allá, tomando el general Gómez el rumbo que indica el fuego más lejano, no sin hostilizar de pasada la vanguardia de la columna que viene á restablecer la acción que acaba de ventilarse, y yendo Maceo en socorro del regimiento Honorato, que es el cuerpo de nuestra retaguardia que ha consolidado la victoria de Mal Tiempo disputando el paso á los refuerzos, ya por lo visto numerosos, que han acudido al campo de la refriega.

El enemigo, en hileras muy compactas, sin llevar flanqueos, viene por nuestro frente, marchando por una de las guardarrayas en que ha empezado á propagarse el voraz incendio que la brisa del mediodía empuja hacia nosotros de un modo amenazador, y hace imposible el acometimiento de carga con que se pensó desbaratar su formación; pudiendo él desplegarse con entera libertad á ambos lados de la vía, y mantenerse firme hasta que la acción no cambie de aspecto. Para que la carga resulte eficaz, se hace antes indispensable sofocar el incendio ó dar contrafuego; se adopta este último procedimiento por ser el más rápido; y entretanto, con los fusiles cogidos en Mal Tiempo, se improvisan dos secciones de infantería, que, situadas sobre un otero aislado, empeñan la polémica con más calor de la cuenta, puesto que los españoles, muy fogosos al principio del combate, empiezan ahora á cejar y con indicios de pronunciarse en retirada antes que la contra-candela haya devorado los estorbos que impidieron la maniobra de la caballería. Pero la posición que ocupa el adversario será inaccesible, ínterin las llamas no barran el espacio que habrán de salvar los nuestros para llegar hasta allí; faena que anda despacio, aunque todos procuran abreviarla metiendo el tizón por dondequiera; jefes, oficiales, generales de brigada, ayudantes de campo, el Estado Mayor, toda la gente disponible, á la voz convulsa de Maceo, atiza la hoguera para que devore con la prontitud de un polvorín encendido los espesos sembrados que se interponen entre los españoles y nosotros. Es un mar de llamas; el estruendo sobrepuja al de la sinfonía belicosa y apaga á intervalos las notas agudas del maüser. Van cediendo los españoles; uno de sus frentes ha girado sobre sus talones, pasando del orden de

batalla al de columna; el otro continúa firme, tal vez para cubrir la retaguardia. Pisando las ascuas, y al través de densas humaredas, avanzan los escuadrones de Honorato y la escolta del general Sánchez, dirigidos por este valeroso jefe, con el propósito de cortarles la retirada, mientras el regimiento Céspedes les busca el flanco por el cuadro de cañaverales que aun llamean en algunos parajes; evoluciones que no han podido efectuarse con la rapidez apetecible porque todo el campo es una brasa, y cuando dichas fuerzas concurren á los puntos señalados para dar la batida en regla, los españoles han abandonado el lugar incendiado, los pocos cañaverales que quedaban en pie.

Este combate lo ha sostenido la fracción mandada por el general Maceo, contra el coronel Arizón probablemente, según se desprende de varios documentos hallados en el archivo de Canarias, que contienen algunos datos relativos á un plan de operaciones combinado por Martínez Campos, cuya ejecución se enconmendaba á dicho jefe. Por su parte el general Gómez ha tenido oportunidad de escarmentar nuevamente al enemigo en las inmediaciones de la línea férrea de Cienfuegos; Barbastro además ha destruído una locomotora y causado otros desperfectos de consideración; allí se le ha unido el coronel Zayas con 700 jinetes, que dará buen refuerzo á la columna invasora.

Expugnados los españoles de toda el área que ocupaban, hemos cruzado sin tropiezos la línea de Cienfuegos á Santa Clara, cambiando algunos tiros con un tren blindado que conduce tropas no sabemos para qué lugar; y, finalmente, á las diez de la noche, echamos pie á tierra en Aguada de Flores, oyendo los pitazos de alarma de los trenes, que cruzan arriba y abajo, y anuncian al mundo pacífico el desastre de Mal Tiempo.

Muy pocas han sido nuestras bajas (4 muertos y 23 heridos), aunque las hay irreparables. Entre los heridos de gravedad figuran tres ayudantes de campo, y todos ellos presentan más de un balazo, ¡huellas honrosas ciertamente! porque recordarán mejor que cualquier otro testimonio esta jornada memorable, en que tan alto ha brillado el valor de nuestras tropas, y servirán de condecoración benemérita á los que puedan ostentarlas, así en la guerra como en la paz. El segundo jefe del regimiento Céspedes, el bravo Cefí, que comandaba á las veces el escuadrón de Guantánamo, ha muerto sobre el campo de batalla, donde

reposan sus gloriosos restos: ha muerto acuchillando un grupo de Bailén que resistía á otros aceros. Era Cefí el brazo de hierro de los orientales; ante su cadáver han desfilado llorosos los veteranos de Céspedes, y el mismo Maceo no ha podido ocultar la impresión profunda del dolor. ¡Hemos perdido á Cefí —ha exclamado Gómez. También nos toca deplorar la baja del heroico Sarabella, inválido de la campaña de 1868; cabalgando á la mujeriega por tener amputada una pierna hasta el tercio superior del muslo, esgrimió el machete con decisión extraordinaria hasta que fué derribado del caballo por el plomo enemigo.

No pueden ser más desastrosos para sus armas los primeros combates que nos plantea el ejército español en las zonas tenidas por infranqueables para las masas insurrectas; por ellos se demuestra la consistencia de estos núcleos, el nervio del ejército invasor. El desastre de Mal Tiempo advertirá al enemigo que no le será tan fácil contener el empuje de la caballería cubana, ni evitar la destrucción de la riqueza agrícola, cosa ya patentizada en los campos de Cienfuegos devorados por el incendio, cuya reverberación alumbra esta noche todo el cielo de Occidente y es presagio para mañana de un eclipse pavoroso.

La alarma que los revolucionarios pretendían crear, está ya producida. Muchos ingenios que se preparaban para la molienda, han suspendido sus trabajos desarmando máquinas y apagando hornos, como escuadra que entra en astillero, y muy pronto miles de braceros en huelga forzosa darán al problema un aspecto terrorífico.

Al examinar después del combate los documentos del archivo de Canarias, y al cotejarlos con otros informes adquiridos sobre el terreno, hemos tenido ocasión de abarcar con bastante exactitud la distribución de las fuerzas enemigas en el campo de batalla, así como colegir el plan de ataque, á todas luces defectuoso, que combinó el jefe militar del distrito de Cienfuegos, para hacer fracasar nuestros intentos en los límites de la región central. Dando por un hecho positivo nuestra diseminación y derrota en los montes de la Siguanea, y en la creencia de que sólo intentaríamos ligeras excursiones por los campos de Cienfuegos, y en manera alguna la invasión de las provincias occidentales con toda la masa de caballería, el jefe militar de dicha zona, el coronel Arizón, formó tres columnas, de trescientos

hombres próximamente cada una, para que ocuparan las inmediaciones de la línea férrea de las Cruces y arrojaran otra vez á la montaña los grupos de jinetes que se atrevieran á penetrar en la comarca agrícola de Cienfuegos con el propósito de impedir la zafra de los ingenios. No de otro modo se explica satisfactoriamente la combinación de Mal Tiempo, desbaratada á cuchilladas por nuestros escuadrones .

La columna de Rich, que ha sido la destrozada en la acción de este día, hallábase seguramente en camino del ingenio Teresa para abastecer el destacamento de esa finca ó para reforzarlo, cuando las humaredas de los cañaverales le anunciaron nuestro paso por allí. Detúvose en el caserío de Mal Tiempo para tomar informes más exactos, y destacó una fuerte exploración por el camino del Palenque, la cual, al divisar nuestra vanguardia de caballería (y no el resto de la columna á causa de las sinuosidades del terreno), en la presunción de que sólo se trataba de una ligera tropa á caballo, ha roto el fuego sobre ella. Repuestos nuestros jinetes, han acometido por el frente, con el general Maceo á la cabeza de los orientales, tropezando con el obstáculo material de una cerca de alambre, antes de abrir el muro vivo de fusiles; pero atacados al mismo tiempo por el general Gómez, que ha cortado transversalmente el camino, metiéndose de sopetón dentro de las líneas españolas, no han podido rehacerse los soldados de infantería, sino bajo la impresión del pánico y á la vista terrible del machete, manejado con furia por los escuadrones que siguieron al intrépido Gómez. Unicamente un cuadro de Bailén, calando las bayonetas, ha ofrecido el heroísmo de inmolarse en conjunto, mientras otros grupos sucumbían bajo el acero de los orientales.

Al tratar de acudir los soldados de Canarias y alguna caballería de Treviño, el socorro ha servido para aumentar el espanto y la mortandad, pues novicios los peones, completamente bisoños, y aterrorizados por la carnicería de Bailén, han huído en gran desorden los que no han presentado su cuello al filo del machete con la mansedumbre de víctimas que van al sacrificio. Los jinetes de tropa regular, y algunos guerrilleros han logrado escapar mejor, por hallarse más próximos al caserío de Mal Tiempo, no sin dejar los caballos en poder de los perseguidores.

Liada entretanto nuestra retaguardia con el destacamento del central Teresa, y tal vez con parte de la columna de Arizón, que ha acudido para restablecer combate, este segundo hecho de armas no ha revestido la importancia del anterior, por las razones expresadas en otro lugar del relato: la natural confusión que reinaba entre los combatientes victoriosos y las llamaradas que envolvían el teatro de la pelea. Ni aun puede asegurarse que el fuego sostenido por el general Gómez, al emprender marcha con rumbo á la línea férrea, haya sido con la columna de Arizón, aunque todas las probabilidades así lo indiquen; pero tenemos la seguridad, comprobada por diferentes conductos, que con esta columna ha peleado el general Maceo al ir en socorro del regimiento Honorato que cubría la retaguardia. Parece que el coronel Arizón, al retirarse Maceo del campo incendiado, penetró en Mal Tiempo recogiendo algunos heridos que dejó abandonados el jefe de Canarias, y se dirigió después al caserío de Páez con el resto de sus fuerzas.

Tampoco es posible averiguar el número exacto de las bajas que tuvieron las dos columnas españolas, á menos que no tengan la sinceridad de confesarlas el coronel Arizón y sus subalternos en algún relato extraoficial. Nosotros no podemos determinarlas porque no se nos presentó oportunidad de contar los muertos, y era, por otra parte, operación aritmética demasiado triste, espectáculo excesivamente desconsolador. Sin embargo, no faltaron testigos que nos hicieran notar en un reducido espacio más de cien cadáveres. Habrá que esperar los partes oficiales que publique la prensa española, para poder deducir, por la ocultación del cuadro fúnebre, la estadística más aproximada á la verdad (1).

(1) Sobre el número de bajas que experimentó la columna española, los periódicos de la Habana que recibimos á los pocos días del suceso, estampan cifras bastante elocuentes. Dividiendo la acción en dos fases distintas, dicen que en la primera tuvieron las tropas 30 muertos y 45 heridos, y en la segunda 60 muertos y 40 heridos. Claro está que las dos partidas de los muertos y algunas más, omitidas por hábito oficial, pertenecen al primer choque, pues á la columna del coronel Arizón no le dió alcance el machete, y si experimentó algunas bajas lo fueron de bala. Nuestro fuego no podía ser certero por estar envueltos en humo nuestros soldados durante la acción; y sólo sufrimos tres bajas, entre ellas el oficial Morales, ya mencionado en otro lugar. Parece que el coronel Arizón ha querido ocultar una parte del desastre de "Mal Tiempo", recogiendo para su columna un guarismo de pérdidas

que no le pertenece; nuevo sistema que ahora empieza á ensayarse y que promete abrirse camino entre los jefes españoles más aventajados, á pesar de la circular que ha dictado el general Martínez Campos á propósito de los combates fabulosos, la cual dice así:

"A los generales de Distrito, de Brigada y Jefes de Zonas:

He visto con disgusto, que sin tener en cuenta mis disposiciones, se cae de nuevo en el defecto de exagerar los partes de los encuentros más insignificantes, apareciendo casi como batallas, los que son ligeros tiroteos. Y es más grave que se me da cuenta de muertos vistos y heridos numerosos, que luego no se encuentran en los reconocimientos posteriores, á pesar de la precipitada fuga de los enemigos. En cambio, apenas aparecen las bajas tenidas, indispensables en toda función de guerra, resultando una desproporción impropia de la formalidad de los partes oficiales.

En mi práctica de la guerra he tenido siempre ocasión de comprobar las pérdidas propias, y siempre he tardado en conocer las de los enemigos; y esto que he podido observar sin excepción, debe suceder lo mismo en la guerra actual.

Encargo, pues, que en lo sucesivo, bajo la más estrecha responsabilidad de los jefes de las columnas, los partes sean breves, claros y estrictamente veraces, como corresponde á militares serios, dando cuenta en primer lugar de las bajas de la columna; y luego de las del enemigo, limitadas á los muertos y heridos que queden en el terreno, sin mención de muertos vistos, heridos, retirados, rastros de sangre, etc.

En los partes que reciba dando mayor importancia á la operación de la que realmente tenga, me limitaré á participar á mi vez al Gobierno de S. M. el día del hecho y las bajas de nuestras fuerzas.

Como consecuencia de estas prevenciones, prohibo en absoluto que se comunique á la prensa los partes de las acciones de guerra y los diarios de las operaciones, antes de que yo los haya recibido. Y yo ordenaré su publicación en la Gaceta Oficial, ó la autorizaré en la prensa de la Isla, en los términos que estime conveniente.

Tendrá V. E. muy presente estas prevenciones para su exacto cumplimiento.—Habana 28 de Octubre de 1895.—Arsenio Martínez Campos.—El Capitán de E. M.—Juan Gil y Gil".

Esta circular la hemos hallado en el archivo del batallón de Canarias.

En unas "crónicas de la guerra" que publicó el semanario ilustrado "El Fígaro" de la Habana, encontramos el siguiente relato, tan sucinto como fraudulento:

"Hemos dicho que la acción de "Mal Tiempo" fué una de las más sangrientas de esta campaña; y no podía suceder de otro modo dadas las circunstancias especiales en que se efectuó el combate, y sobre todo, el lugar en donde comenzó, pues es sabido que las tropas fueron sorprendidas por las avanzadas de los rebeldes, perfectamente parapetados y embozados en una especie de estrecha avenida ó callejón".

"Dícese que el teniente coronel Rich, del batallón de Canarias, al frente de una columna compuesta de trescientos hombres, al pasar por el callejón del Palenque, barrio de "Mal Tiempo", en Cruces, encontró numerosas partidas insurrectas, según unos, mandadas por Máximo Gómez en persona, y según otros, por Núñez, Cepero y otros jefes de Las Villas. La tropa sufrió durante dos horas el fuego mortífero que le hacían los insurrectos desde las próximas maniguas y desde la boca del citado callejón. Con noticias de lo que estaba ocurriendo, el coronel Arizón llevando doscientos hombres, acudió oportunamente al lugar, logrando traspasar las maniguas donde se escondían los insurrectos y sosteniendo con ellos una lucha cuerpo á cuerpo por espacio de dos horas más. Terminada la refriega, el coronal Arizón envió los heridos á

Cruces, desde donde fueron trasladados á Santa Clara, dirigiéndose él á Paez con el resto de la columna, en donde pernoctó".

"Las pérdidas de los insurrectos fueron numerosas é importantes, teniendo en cuenta la naturaleza de la lucha, haciéndose ascender a más de 150 (!!!). Las de las tropas consistieron en sesenta y cinco muertos y cuarenta heridos, contándose entre los primeros el capitán Orosio Sánchez, los segundos tenientes Félix Ayala y Diego Mayoral y el médico del batallón de Canarias Ramón Soriano—que fué macheteado en los momentos de curar unos heridos—y entre los segundos, el capitán Toribio Piedra, el teniente del escuadrón de Treviño José Rich, el teniente de Canarias Gabino Fernández y el de Bailén José Prada".

"Los insurrectos tomaron el camino de Camarones, no quedando ya duda en lo relativo á su intento de invadir la provincia de Matanzas".

A excepción del nombre del lugar y de los oficiales muertos y heridos, todo lo demás es falso en absoluto. Ni nuestras avanzadas sorprendieron el batallón de Rich, ni la tropa española sufrió durante dos horas el fuego mortífero que le hacían los insurrectos desde las maniguas próximas, ni el coronel Arizón se abrió paso al través de esas maniguas, ni hubo tales luchas cuerpo á cuerpo durante dos horas más, y desde luego no vió un solo muerto de la clase de los "vistos", porque los cuatro que tuvimos sobre el campo fueron enterrados en las inmediaciones del lugar, y dos heridos que fallecieron en el campamento de "Aguada de Flores", obtuvieron honrosa sepultura.

Pero la relación de "El Fígaro", como todas las demás que se han publicado sobre el combate de "Mal Tiempo", sirven de buen testimonio para comprobar las numerosas pérdidas que tuvieron los españoles aun cuando sustraigan de ellas más de la mitad, por lo menos, y no mencionen el acuchillamiento sino en determinados casos, v. gr., la muerte del médico del batallón de Canarias; dando á entender al lector que no esté en autos del suceso que las bajas de la columna lo fueron por el fuego de los insurrectos, apostados dentro de espesos matorrales. Sin embargo, no han podido omitir las ocho bajas de los oficiales. Siendo la columna española de trescientos hombres y habiéndose salvado la retaguardia ¿qué número de soldados le corresponde á la cifra de la oficialidad fuera de combate? Quedándonos cortos, ¿no serán más de doscientos? Y sobre todo, habiendo jugado el machete al romper los cuadros, y dado alcance á los fugitivos, no será exagerada aquella cifra, sino más bien menor que la real, tanto más si se tiene en cuenta que debieron perecer algunos heridos dentro de los cañaverales incendiados, ya que allí no iría á buscarlos el coronel Arizón .

Sobre la muerte del médico de Canarias han dicho casi todos los periódicos españoles que fué un asesinato, y no ha faltado alguno que le echara la responsabilidad al teniente coronel Cepero. En primer lugar, es absolutamente falso que el médico estuviera curando los heridos de su batallón cuando fué macheteado, y lo es asimismo que fuera su matador el expresado Cepero. El médico cayó como cayeron la mayor parte de los oficiales: tratando de escapar á la degollina. Herido, dijo que er ael médico, y un oficial trató de salvarlo; pero habiendo caído en aquellos momentos el jefe del escuadrón de Guantánamo, el bravo Cefí, un camarada de éste, enardecido y furioso, le dió un terrible machetazo. Conocemos al individuo que mató al señor Soriano, y en perfecto conocimiento de cómo acaeció el hecho ocultamos al general Gómez el nombre del autor al terminarse el combate, para que no fuera fusilado como pretendía el General en Jefe. El teniente coronel Cepero, acusado de asesino por los periódicos españoles, está tan inocente del "crimen", como los mismos que trataron de imputárselo.

El número de jinetes que dieron la carga no pasaba de cuatrocientos hombres, entre oficiales y soldados. El general Gómez acometió con su escolta de camagüeyanos, con su Estado Mayor y tres escuadrones de

Oriente, y el general Maceo con su escolta y el regimiento Céspedes, además de la oficialidad del Estado Mayor. Las fuerzas de Las Villas, según ya se ha dicho, cubrían la retaguardia. Se distinguieron notablemente el jefe de la escolta de Gómez, teniente coronel Boza, el general Sánchez, el coronel Vega, los ayudantes del General en Jefe, y los oficiales Carvallo, Fornaris, Ramos, Sarabella, Puente, Cefí, Chacón, Piedra, Hernández, Sánchez, Enamorado, Betancourt, Guardia; el brigadier Angel Guerra, el coronel Sotomayor, los hermanos Ducasses, y especialmente el comandante Sartorio, que fué ascendido al empleo inmediato sobre el campo de la acción por su bizarro comportamiento y salvó al general Maceo de un peligro gravísimo.

Al día siguiente se dictó esta orden:

"Número 318.—Al brigadier Luis Feria.—Sírvase Vd. disponer que el teniente coronel Ricardo Sartorio, ascendido á este empleo por méritos de guerra en el combate de "Mal Tiempo", ocupe la vacante que ha dejado en el regimiento Céspedes el malogrado teniente coronel José Cefí Salas, dándole posesión de dicho cargo en la primera formación. P. L. Cuartel General, en la Amalia, 16 de Diciembre de 1895.—P. O., El Jefe de Estado Mayor.—José Miró".

XIX

Cienfuegos

Después de Mal Tiempo. — Juan Bruno Zayas. — José Lacret. — El rio temible.

Frescos los laureles de la victoria y enardecido por el entusiasmo, nuestro ejército se dispone á tomar la ofensiva anunciándose por todas partes con las llamaradas de los campos que incendia á su paso, y con el ruido ensordecedor, propio del siniestro, que semeja el estruendo de descomunal batalla. Arden los cañaverales de la zona más poblada y rica de Cienfuegos, en donde el pánico cunde con la rapidez de la inmensa combustión que devora las más sólidas fortunas, la riqueza territorial vinculada en los grandes ingenios, y es pregón aterrador de una bancarrota inevitable.

Todo está á merced del poder revolucionario, el gran demoledor de los privilegios sociales que, armado y terrible, se propone nivelar á todo el mundo ¡con la tea! para que el escarmiento sea cabal. ¡Qué enseñanza más ejemplar!: un grupo de hombres obscuros, gente anónima, negros, que ayer salieron de la esclavitud, disponen ahora de la propiedad, de la tierra pingüe, del feudo productivo y lo arrasan á tizonazos.

Al día siguiente de Mal Tiempo nuestros exploradores cruzaron algunos tiros con la guerrilla de Santa Isabel de las Lajas, en las inmediaciones de este lugar, pero cayéndole nuestra vanguardia decidió el lance á cuchilladas. En este hecho de armas ocurrió un incidente que pudo traer fatales consecuencias para el general Maceo; al tirar éste una estocada á un guerrillero que se le interpuso en el camino, se le desbocó el caballo tomando la dirección de Santa Isabel, casi á la vista de los fortines del pueblo; pero algunos oficiales, viendo el peligro que corría

nuestro caudillo, echaron sus caballos al galope, y consiguieron llegar antes que él al pie de las trincheras enemigas.

Tanto era el enardecimiento de nuestra caballería, corriendo tropelosa por aquella comarca abrasada, en busca de competidores con quienes esgrimir el acero, tal el ardor de nuestros soldados y su anhelo de pelear, que, sorprendidos de pronto por los pitazos de alarma de una locomotora, creyendo que fuera un tren cargado de tropa española, dispuesta á aceptar el cartel de desafío, se abalanzaron sobre la máquina y los vagones sin prever el riesgo de la operación, dado que no se había antes obstruído la línea férrea. Afortunadamente, era un tren del ingenio Caracas, en el que venía el encargado de la finca para hablar con los generales Gómez y Maceo sobre el decreto de prohibición de la zafra y otros asuntos de palpitante interés. Al observar el visitante el aspecto de nuestros soldados y la impetuosa acometida que acababan de realizar á su presencia, pudo explicarse, de un modo gráfico, la tremenda carga de Mal Tiempo de cuyo suceso tenía noticia por el rumor público.

Situado el campamento en la finca Amalia, perteneciente al término de Cartagena, tuvimos ocasión de apreciar el gran incremento de la Revolución en Las Villas occidentales, en donde aclamaban ya nuestra bandera muchos hombres de influencia y prestigio, que poco antes permanecían retraídos en las poblaciones, dudosos del éxito obtenido por las armas cubanas. Devotos del programa revolucionario, pero temiendo el fracaso que vaticinaban los elementos españoles, habían rehusado hacer profesión de fe de un modo ostensible, para no incurrir en expansiones prematuras; mas convencidos al fin de la verdad, de la fuerza positiva de la revolución, de la capacidad militar de sus principales caudillos y del vigor de los combatientes, cuyo avance por el territorio de Cienfuegos tomaba carácter de irrupción arrolladora, sin que pudieran detenerla los muros de bayonetas del ejército español; el espectáculo portentoso que presentaba la realidad de los hechos en frente de la mentira oficial, de la indigna farsa que ponían en juego los hombres más serios de la causa española, tal cúmulo de circunstancia favorables, decimos, arrancando la venda de los ojos, mostrando á todo el mundo el aspecto verdadero de las cosas, habían conmovido profundamente el sentimiento público, decidiendo á los más desconfiados

y remisos que, como siempre resulta en casos análogos, se convirtieron en fervorosos prosélitos. La incertidumbre y el pesimismo, la duda y el temor, desaparecían bajo la ola hirviente de los sucesos diarios, que, con su precipitado curso y sus terribles sacudidas, no daban lugar á la reflexión. Si los ánimos más pensadores pudieran abrigar alguna inquietud respecto del fin ulterior de la lucha, el astro resplandeciente de la victoria fulgurando sobre el cielo de la patria, en medio de columnas ígneas, de escuadrones al galope, de estandartes desplegados al viento, de orientales que cruzaban en alas del heroísmo, como cosa fantástica, como pasaje de los tiempos fabulosos, tan deslumbradora imagen ejerciendo los prestigios propios de la tentación, tenía forzosamente que agitar los espíritus más reflexivos, y ahogar en ellos toda idea de incertidumbre acerca de lo porvenir, para exponerles únicamente la intervención feliz de lo maravilloso, presidiendo todo aquel tumulto y apresurando el desenlace de la acción.

Algunos vecinos de Cartagena que estuvieron á visitarnos durante nuestra permanencia en la finca Amalia y después en Jagüeyes (á este punto llegamos el día 18), nos dieron á conocer el estado de excitación que reinaba dentro de las poblaciones, así como los grandes aprestos que hacía Martínez Campos para detener la invasión en las márgenes del río Hanábana; nueva quimera que la marcha triunfal de nuestros caudillos se encargaría de desvanecer en plazo brevísimo, y que pregonada á todos los vientos por el jefe del ejército español y sus edecanes, sólo serviría de pasto á la opinión pública para comentar á su sabor el desbarajuste de una campaña científica contra hordas indisciplinadas y cobardes, y el fracaso de las grandes combinaciones militares. Predispuestos los espíritus en favor de nuestras armas por el éxito asombroso obtenido en desiguales combates, y roto el cristal de aumento que habían utilizado los españoles para encandilar á los profanos en la materia, engañándose á la postre ellos mismos, la voz general pronunciaba su fallo categórico condenando por anticipado los planes estratégicos del titulado Pacificador de Cuba; sus laureles eran hojarasca marchita desde Peralejo.

Por otra parte, la prensa de la capital, adicta casi toda ella al régimen de la metrópoli, contribuía con sus patrañas y con-

tradicciones al descrédito de las autoridades militares, que, por lo visto, pretendían lograr los ascensos, no sobre el campo de batalla, sino figurando á la cabeza de las columnas editoriales de los periódicos oficiosos. El mismo Martínez Campos no pudo sustraerse á los grandes bombos de los corresponsales en campaña, escritores de poco más ó menos, y de una moral dudosa, que si ahora le llamaban genio guerrero, Napoleón, Aníbal y Epaminondas, en una sola hipérbole, después, al eclipsarse la estrella de su fortuna, serían sus más crueles detractores. Su sucesor entonces vendría á ser el verdadero Aníbal, y más tarde consagrarían el título de gran capitán al cabecilla de las hordas orientales!

Con la incorporación de Zayas y otros jefes villareños que acudieron al Cuartel General, en cumplimiento de órdenes recibidas, era casi de necesidad hacer algunas modificaciones en el 4º cuerpo de ejército, destinado, como es sabido, al departamento Central, pero que por virtud de la invasión una gran parte de las fuerzas que constituían dicho cuerpo, estaban llamadas á operar en las provinciales occidentales. Procedía, pues, crear nuevas unidades tácticas con los elementos que acababan de incorporarse al núcleo expedicionario y robustecer las que quedaban en el territorio de Las Villas con la brigada de infantería Oriental, que dejamos en camino del valle de Trinidad en los primeros días de nuestra excursión por este departamento. No habiéndose unido el general Quintín Bandera en el plazo que se le fijó, y siendo materialmente imposible que pudiera efectuarlo por ahora, dada la rapidez de nuestros movimientos, se dispuso que quedara en el 4º cuerpo como jefe interino de la 1ª División, ó sea la que operaba por Sancti Spíritus y Remedios. Para el mando de la 2ª División, gran parte de la cual venía unida al cuerpo invasor, nombróse al brigadier Angel Guerra, en concepto también de jefe accidental, pues entraba en los planes de la dirección de la campaña que esos nombramientos no tuvieran carácter definitivo, por concurrir en ambos jefes la condición de ser naturales de Oriente. Tanto Guerra como Bandera serían más tarde destinados á las órdenes inmediatas del general en jefe y de su lugarteniente si el giro de los sucesos no disponía las cosas de otra manera.

El regimiento de caballería que mandaba el joven coronel

Bruno Zayas, interesó vivamente al caudillo oriental por su aspecto gallardo y la precisión militar de sus evoluciones; y desde el momento en que desfiló en presencia del Estado Mayor al día siguiente de Mal Tiempo, acudiendo antes con velocidad al sitio del debate, el general Maceo con su golpe de vista perspicaz avaloró los méritos del modesto joven que mandaba dicho regimiento por derecho propio, y que bajo un exterior apacible, casi monacal, ocultaba un corazón heroico, capaz de las mayores proezas. Quien como Zayas había impuesto su prestigio personal á hombres aguerridos y afamados, peleando con denuedo en todas las ocasiones en que el enemigo aceptó el lance, y quien como él era admirado por una oficialidad distinguida y por una tropa valiente, bien hecha estaba la elección de Maceo, que no solía equivocarse respecto de las prendas militares de sus subalternos, al llevarlo consigo en la incierta y agitada ruta que iba á emprender el contingente invasor, en que Zayas habría de adquirir merecidos laureles.

Habiendo acudido al campamento de la Amalia el brigadier Lacret, antiguo ayudante de Maceo, se le confirió el mando de Matanzas, en donde había operado con fortuna á pesar de los escasos elementos que pudo organizar allí. Se dieron instrucciones precisas para que durante el paso de las huestes invasoras por dicho distrito, procurase distraer la atención del enemigo por el Norte de Matanzas, destruyendo ferrocarriles, puentes, estaciones telegráficas y cuantos medios de comunicación pudieran utilizar los españoles. Iguales instrucciones llevó el teniente coronel Eduardo García, que tenía su zona de operaciones en Manjuarí al Sur de la provincia de Matanzas.

Para el mando del 5º cuerpo, aun no constituído, designó el general Maceo al jefe de Camagüey general José María Rodríguez, que dejamos sobre la Trocha de Morón el día 29 de Noviembre, con el regimiento Agramonte. El vuelo considerable, nunca imaginado por nuestros caudillos, que iba tomando la Revolución por aquellas regiones, sometidas al yugo colonial, al vasallaje de un poder absoluto representado por el partido conservador ó integrista, que imperaba en todas las esferas oficiales y cuya nociva influencia se hacía sentir con peso enorme en la vida social, ahogando la voz de la opinión cubana, provocadora y sediciosa siempre, en concepto de españolismo domi-

nante; las noticias que se tenían de próximos é importantes levantamientos en las provincias de Occidente, donde nuestros simpatizadores acababan de desfundar la bandera de Cuba libre, soberbio homenaje ofrecido en aras de la patria por los corazones devotos y que más tarde habría de ser consagrado en el altar cruento del sacrificio; tales consideraciones, y la necesidad de organizar la guerra en el territorio próximo á ser invadido por nuestras armas, pesaron en el ánimo del general Maceo para hacerle tomar la resolución, antes indicada, de poner al frente del 5º cuerpo á un militar experto que en cualquiera situación de la lucha se sintiera con valor suficiente para disputar á los españoles el dominio de la tierra por ellos más codiciada, y por consiguiente, la que con mayor tesón é interés defenderían. En la orden que se dictó para el jefe del 3er cuerpo, se le indicaba la necesidad perentoria de su presencia en la Habana, y que para el efecto emprendiera marcha sin dilación, con 200 hombres escogidos (1).

Prescritas estas disposiciones, y comunicadas que fueron á los comandantes de división y de brigada las relativas á la promoción de la nueva oficialidad del 4º cuerpo, y reorganizado el regimiento que mandaba el coronel Zayas conforme á la pauta que regía en nuestro ejército, con lo cual se aumentaba el número de escuadrones y en breve podría formarse una brigada

(1) El general José María Rodríguez tropezó con serias dificultades al tratar de cumplir las órdenes apremiantes del Cuartel General de la invasión, dificultades que le imposibilitaron de concurrir oportunamente al teatro de la lucha, en la región occidental, y para auxiliar á Maceo en el plan ofensivo que éste pensaba desarrollar con la colaboración de un subalterno tan valeroso. La no asistencia del general Rodríguez en tiempo oportuno, fué causa después de deplorables acontecimientos. Ya en camino dicho jefe, se le mandó retroceder por "razones de conveniencia política", ó por otros motivos que hasta ahora no se han puesto en claro, y que nosotros expondremos cuando llegue la ocasión de hacer el examen de los sucesos políticos y militares que precedieron á la catástrofe de Punta Brava. Más tarde, cuando el general Gómez ordenó al general Rodríguez que emprendiera marcha para Occidente, para auxiliar á Maceo, tampoco pudo efectuarlo á causa de una herida grave que recibió en un combate de Las Villas. Maceo murió sin haber podido formar juicio exacto sobre los propósitos que animaban á los que hicieron retroceder al general Rodríguez, ni sobre otros acontecimientos de suma gravedad. Pero en posesión nosotros de documentos que arrojan viva luz en el proceso histórico que ahora iniciamos, los daremos á la prensa en su día para que el jurado de la opinión pública formule su dictamen, que sin duda confirmará el que nosotros tenemos en mente y que reservamos para entonces.

completa de caballería; cursadas asimismo algunas otras disposiciones de carácter general para que todas las fuerzas de Las Villas secundaran el movimiento de avance del cuerpo invasor, renovado con mayor empuje la hostilidad sobre los destacamentos españoles para que no hubiera tregua á retaguardia de nuestra columna, sino incesante y vivo tiroteo; después de dictadas todas estas órdenes y copiadas literalmente por los oficiales del Estado Mayor, se levantó el campo, al amanecer del día 19, con rumbo á las fronteras de Las Villas, que por allí están determinadas por el curso tortuoso del Hanábana.

Sobre las márgenes de ese río temible, la jefatura del ejército español había encerrado la clave de todo el problema estratégico; especie de Rubicón, á otro capitán que no fuera Maceo podía detenerle el paso; pero nuestro caudillo, con menos prevenciones aun que el mismo César cuando echó la suerte de su vida á orillas del riachuelo sagrado, lo cruzó de un brinco, sin que se mojaran los remos de su corcel.

Acampamos ese día en el sitio llamado Cabeza del Toro, limítrofe con la provincia de Matanzas, pero perteneciente al territorio de Las Villas. Allí nos aguardaba el coronel Francisco Pérez, jefe de la zona de Colón, por quien supimos que una columna española acababa de reforzar los destacamentos de Lagunitas y Lequeitio, puntos situados á media jornada corta de nuestro campamento, y que todas las guarniciones de los pueblos de Matanzas, más próximos al río, estaban muy alerta para poder acudir á cualquier lugar donde el jefe del ejército español necesitara de su concurso.

Por la tarde el coronel Pérez salió con dos escuadrones á provocar al enemigo que se hallaba acuartelado en Lagunitas, y no considerando bastante ese reto, el general Maceo ordenó que la función se amenizara con la banda militar.

Sobre aquel horizonte inflamado por mil fuegos, la puesta del sol esparció celajes de color de sangre.

XX

La insurrección en Las Villas

Patriotismo y vigor del soldado villareño.—Los iniciadores del movimiento.—La expedición de Roloff.—Efemérides oficiales.

Hemos atravesado ya Las Villas: suelo feraz, territorio vasto y pintoresco y como teatro de guerra, incomparable, por la estructura especial de sus núcleos montañosos, la fragosidad de sus bosques, y la amplitud de su perímetro, en él han alcanzado nuestras armas honoríficos trofeos en acciones reñidas y memorables, que servirán para acreditar elocuentemente el impulso de la Revolución, el valor heroico de nuestros soldados y la pericia de los caudillos que supieron conducirlos á la victoria.

Siempre fué el villareño amante de la libertad, campeón altivo de la independencia, guardián y firme sostén del decoro patrio. Durante la lucha de los diez años batalló sin tregua ni reposo, con valentía y abnegación, siempre con porfiado esfuerzo, al que no puso límites el tratado de paz que suscribieron al borde de una sima los incautos partidarios de una concordia irrealizable. Arma al brazo, continuó el villareño aun mucho después del pacto del Zanjón, pudiendo decirse que él fué quien sostuvo la enérgica protesta de Baraguá, para confirmarla y mantenerla con mayores bríos al estallar la nueva rebelión de 1879. En la actitud de los orientales y villareños, el historiador verídico de nuestros sucesos, hallará la refutación más solemne contra la ilusoria paz que consagró Martínez Campos con estupendo candor ó con insigne mala fe.

El grito de Baire halló eco sonoro y fuerte en el corazón del país, como repique de somatén que puebla la montaña de guerrilleros. Como en Oriente, el campesino abandonó sus labran-

zas, el veguero sus posturas, el leñador sus bosques, el menestral sus enseres y el obrero sus manufacturas: todos los patriotas se fueron al monte, los soldados viejos y la gente novicia, los hombres de letras, periodistas, abogados, médicos, curiales, estudiantes; toda la legión revolucionaria. Como en Oriente, se bate el cobre en seguida; se arma el bisoño con el fusil del adversario, se establece la más viva emulación entre el recluta y el veterano, se aprende la instrucción militar sobre el campo de la polémica, surgen también acontecimientos que parecen providenciales, arriban caudillos y expediciones de guerra; y como allá, y como en las regiones de Occidente mañana, la noble patricia, la santa mujer cubana, compañera de nuestras glorias y de nuestros infortunios, se dispone á compartir con el insurrecto los azares de la lucha. Ella no obtendrá recompensas ni aclamaciones; pero más heroica que el soldado, más intrépida en las grandes aflicciones, más resignada que el hombre, será la más tierna y conmovedora figura en el drama sangriento del país: se inmolará silenciosamente, para perderse su acción y su nombre entre las páginas incontables del martirologio cubano.

Los primeros grupos de rebeldes que tremolan la bandera de Yara, aparecen en las comarcas de Sancti Spíritus y Trinidad, capitaneados por Lino Pérez, Joaquín Castillo y otros veteranos del 68, á quienes el gobierno español trató de reducir por medio de la diplomacia, valiéndose para ello de un personaje que se tenía por muy influyente en el país, Marcos García, célebre alcalde de Sancti Spíritus, antiguo colaborador de Martínez Campos en el pacto de marras, y miembro prestigioso de la comunidad autonomista. Pocos días después se levantan partidas por Remedios y Santa Clara, casi al mismo tiempo que estalla una sedición en el cuerpo de voluntarios de Camajuaní, que culmina con la marcha para el campo insurrecto de un escuadrón completo, con caballos, equipos y armamentos; suceso que llena de pánico á los elementos españoles, aunque sólo es prólogo de la insurrección en el teatro de Las Villas. Los grupos rebeldes aumentan, se multiplican con rapidez prodigiosa á raíz del hecho alarmante de Camajuaní, bajo la dirección de capitanes anónimos, pero arrojados, que en breve se dan á conocer tomando resueltamente la ofensiva, y por los pregones que de ellos hace el propio adversario: se llaman Alfredo Rego,

Casayas, Pedro Díaz, Basilio Guerra, Cantero, Bacallao, Toledo, Bermúdez, Cándido Alvarez (Cayito), los Núñez, Leoncio Vidal, José Miguel Gómez, Alemán, Monteagudo, Legón y Bruno Zayas. ¿Quiénes eran esos hombres?... campesinos unos, artesanos otros, algún proscrito entre ellos, algún alzado por camorras con la guardia civil, y jóvenes de carrera los demás (1).

Pero el suceso que da mayor impulso á la insurrección, el que abre, por decirlo así, la primera jornada de la contienda formal, es la expedición que ha conducido el general Roloff, arribada con toda felicidad á Punta Caney, el día 24 de Julio, salvada totalmente!; suceso venturoso y magno, muy parecido al que exaltó los corazones de los orientales en los primeros días de la Revolución de Febrero, pues como aquél es de un valor incalculable, por la calidad y méritos de los caudillos que han desembarcado, y como aquél está llamado á producir entusiasmo delirante en las almas devotas del ideal, á la vez que grandes trastornos en el partido enemigo. Están en tierra los generales Roloff y Rodríguez (Mayía), el coronel Rogelio Castillo, el coronel Francisco Pérez, el comandante Higinio Esquerra, el doctor Valdés Domínguez, con cien expedicionarios más, numerosos pertrechos de guerra, y un hombre que es una bandera gloriosa: Serafín Sánchez (2).

---

(1) Repetimos en este lugar la nota que hemos insertado en el capítulo I, del libro II, al describir el cuadro de la insurrección en Camagüey: "El lector que conozca los sucesos de la guerra debe tener presente que esta narración se refiere al período anterior á la campaña de invasión, y no es, por lo tanto, olvido histórico que dejen de mencionarse algunos nombres de oficiales meritísimos que figuraron más tarde en la contienda".

(2) La expedición desembarcó en Punta Caney, costa Sur de la Isla, cerca de Tunas de Zaza. En ella vinieron los generales Roloff, Sánchez y Rodríguez (cada uno de estos dos últimos había organizado una expedición), los coroneles Rogelio Castillo, Francisco Pérez, Fernando Cortiña, Rosendo García y Manuel Reyes; los tenientes coroneles Francisco Zamora y Buenaventura Beatón; el comandante Higinio Esquerra; el Dr. Valdés Domínguez; Aurelio Hevia, capitanes Antonio Varona y José Marina; los oficiales Loinaz, Clemente y Antonio Vivanco, Orencio Nodarse, Saúl Alsina, Matías Betancourt, Enrique Brooks, Juan Sabary, Manuel Alderete, Valentín Castro, Manuel Pinto, Julio Vázquez, Julián Sierra, Alfredo Pie, Manuel Montoto, José Otazo, Manuel, Secundino y Ramón Silva (tres hermanos), Manuel y Mario Díaz, Julián Gallo, Santiago Tejedor, los hermanos Regueira, y otros más, jóvenes en su mayor parte de la Habana y de Matanzas que se expatriaron al iniciarse el movimiento de Febrero, para volver con armas y equipos al país, y ser más útiles de esa manera á la causa de la Revolución. Vinieron también algunos naturales de Puerto Rico y de Santo

Con el arribo de soldados tan ilustres y los recursos que traen consigo, la insurrección pierde su carácter tumultuoso, por decirlo así, para revestir formas más serias y ajustadas al molde militar. La guerra se organiza, se escuadrona la tropa, se regimentan las guerrillas volantes, se combate con método y en grande escala, de tal manera que la invasión todo lo encuentra ordenado, en marcha, y abriendo el camino de la victoria.

Sería interminable el relato de las acciones que han sostenido los villareños en el período anterior á la campaña invasora, aun cuando fuéramos lo más concisos en la narración, y citáramos únicamente los lugares de las peleas, los nombres de los jefes que tomaron parte en la lid y resultados obtenidos; aún así, repetimos, se llenarían muchas páginas y siempre cometeríamos omisiones de bulto. Pero nada dará una idea más cabal de la actividad desplegada por los patriotas de esta región que los partes mismos de los españoles, los partes oficiales de los jefes de las columnas y del propio Martínez Campos, documentos que, si bien abultados y llenos de falsedades en lo que respecta al número de insurrectos batidos (siempre en la proporción de diez contra uno, por lo menos), no son apócrifos en cuanto al hecho en sí, efectuado de una manera ó de la otra; porque en la época á que hacemos referencia no se había aún inaugurado el feliz sistema de los combates ficticios, que se aplicó más tarde para lograr ascensos, gloria y fama militar desde el tablero hipotético, con el concurso eficaz de los periodistas venales... operando en combinación!

Domingo, de los cuales recordamos á José Semidey, Pedro Gutiérrez y Ramón Fernández.

Los expedicionarios sufrieron un verdadero martirio durante su larga permanencia en Cayo Pino (Estado de Florida), esperando el buque que debía conducirlos á las playas de Cuba, porque sólo habían llevado comestibles para un mes y el cautiverio se prolongó hasta tres, sin que apareciera el barco salvador.

La plaga de los mosquitos se cebó en ellos, sorbiendo la poca sangre que les quedaba. Para colmo de infortunios, aquel cayo inhospitalario se convirtió en punto de etapa de todos los patriotas que se alistaban para venir á Cuba, y como es consiguiente, aumentando el número de comensales, se acortaba diariamente la mísera ración. Después de tres meses infaustos, llegó por fin el buque que conducía al general Roloff é hicieron rumbo á la patria querida aquellos animosos soldados, para hallar la mayor parte una muerte heroica en el campo del honor, y otros la fortuna de haber combatido hasta la terminación de la guerra.

Es, pues, un simple extracto telegráfico el que ofrecemos en este lugar, copiado literalmente de los partes oficiales que fueron trasmitidos desde la Habana al gobierno de Madrid.

Junio.....19.—Cuarenta voluntarios del escuadrón de Camajuaní se han pasado al enemigo con armas, monturas y municiones. El hecho ha causado sensación.

Idem.....21.—En Santa Clara se ha levantado una partida de 30 hombres. El general Navarro batió las partidas que encontró en Tenorio, haciéndoles muchas bajas y un prisionero. Los nuestros sin novedad.—Arderíus.

Idem.....22.—Habiendo desertado 16 voluntarios del regimiento de Camajuaní, que había tenido ya hace días otras deserciones, y el teniente coronel Piñero se ha suicidado.—Arderíus.

Idem.....24.—En la madrugada de hoy llegué á la Habana. En el encuentro de San José, el enemigo tuvo 24 bajas y fué muerto el cabecilla Casayas, procedente de Camajuaní, y otros dos, habiéndose presentado nueve.—Campos.

Idem.....27.—El general Navarro acaba de llegar de operaciones, invirtiendo trece días, batiendo al enemigo varias veces, haciéndole 12 muertos, muchos heridos, cogiéndole caballos, municiones y armamentos. Nosotros siete heridos.—Campos.

Julio .....12.—Encuentro Seborucal, jurisdicción de Remedios, desalojado enemigo posiciones: muerto capitán infantería Juan González, que mandaba vanguardia, y un sargento; noche impidió persecución.—Arderíus.

Idem.....15.—Comandante Armiñán, guardia civil, con 50 caballos, 50 infantes y voluntarios, encontró ingenio Vista Hermosa (Sancti Spíritus) partidas Zayas, Libori, Toledo, con 500 hombres que le atacaron. Cargó y rechazó enemigo, que desapareció después de hora y media de fuego, haciéndole dos muertos y dos heridos.—Arderíus..

Julio.....15.—Partida 400 hombres, perseguida por América, penetró provincia Santa Clara, intentando quemar puesto de guardia civil, donde siete hombres defendieron valerosamente; quemado poblado y propagado fuego cuartel, salieron bayoneta, defendiéndose en otra casa hasta retirada del enemigo, que tuvo 10 muertos.—Arderíus.

Agosto.....3.—General Luque confirma las noticias recibidas de desembarco efectuado en Santa Clara, y dice que hacia Salinas desembarcaron 50 hombres mandados por Serafín Sánchez. El general Prats dice que Matagás con doscientos hombres se llevó del ingenio Indio (Cienfuegos) varios caballos y municiones. Añade que fuerzas guerrilla local batieron en el monte Santo Domingo una partida que procedente de Villas había penetrado cerca de Matanzas.—Arderíus.

Agosto.....10.—En Cruces se ha levantado una partida de treinta hombres, la cual es perseguida por voluntarios y guardia civil.—Campos.

Idem.....14.—Salgo para Villa-Clara (Santa Clara). Agradezco el rápido envío de fuerzas que son en mayor número de las que necesito.—Campos.

Idem.....20.—Teniente coronel Palanca ha tenido un encuentro al Norte de Sancti Spíritus con partidas Roloff y Serafín Sánchez, batiéndolas, causándoles más de 60 bajas y persiguiéndolas hasta provincia Puerto Príncipe.—Campos.

Idem.....28.—El Teniente Cobo, con 22 hombres del regimiento de Extramadura, guardaba el fortín de Mata, estación de la línea férrea de Sagua. Viendo que la partida mandada por el cabecilla Bermúdez, compuesta de 200 hombres, incendiaba el ingenio Macagua, creyó el teniente Cobo que debía prestar auxilio á las personas que en dicho ingenio iban á ser víctimas de los rebeldes, y acudió en su auxilio. Dejó en el fortín cinco soldados, y fué con los 17 restantes á

atacar al enemigo. La lucha fué desesperada, horrible, tres soldados que pudieron huír fueron á pedir refuerzos. Cuando llegaron tropas del batallón de San Quintín para auxiliar á los valientes que habían acometido á un enemigo infinitamente superior en fuerzas, el cabecilla Bermúdez y su gente habían huído. En el campo fueron hallados los cadáveres del teniente y de 14 soldados, macheteados.

Agosto.....29.—200 insurrectos atacaron el fortín de Mordazo, en línea férrea de Santa Clara. Custodiábanlo guardia civil y voluntarios: la puerta del fortín fué abierta por éstos y mataron á dos guardias y á un voluntario. Hirieron gravemente al sargento, al cabo y á cuatro guardias.

Septiembre...6.—La columna del coronel Oliver encontró una numerosa partida de insurrectos en Sitio Grande. A los pocos disparos, los de una y otra parte acometían con tal brío y se encontraban tan cerca, que la lucha fué cuerpo á cuerpo y á machete. La victoria se pronunció muy pronto en favor de nuestras tropas, y el enemigo huyó en completa dispersión.

Idem.....15.—Los rebeldes continúan cometiendo todo género de atropellos y salvajadas.

Idem.....16.—El teniente Jiménez, con 25 soldados de la primera compañía de Burgos, dirigíase á relevar el destacamento del ingenio Guadalupe. Con intento de coparlos, emboscáronse al efecto las partidas de Castillo, Carrillo y Cantero, en número de 600 hombres. El cabecilla Castillo dió orden de atacar al machete. La lucha fué terrible. El teniente Jiménez consiguió que se retiraran los rebeldes. Dejó el enemigo en el campo 14 cadáveres, entre ellos, el cabecilla Cantero. Nosotros tuvimos cinco soldados muertos y tres heridos.

Septiembre..23.—General Luque después de dos días pequeños encuentros con enemigo apoderándose campamentos que éste abandonaba, sorprendió el 21 hospital sangre, después de resistencia, dando por resultado 34 muertos encontrados en reconocimientos, pues según prisionero pasan de 100, cogiendo muchos caballos con monturas. Nuestras bajas, dos capitanes y un oficial heridos, un soldado muerto y cinco heridos, cuyos nombres comunicaré.—Arderíus.

Idem.....24.—El capitán de la guardia civil Sr. Riestra, con 19 guardias y 17 voluntarios de Guamutas, se vió sorprendido por más de 600 insurrectos que procuraron envolver á nuestros soldados. No obstante, pudo hacer una retirada con 16 guardias hasta el ingenio San Lino. Se supone que el resto de la pequeña columna pereció en el combate. El hecho ocurrió en Palma Sola, jurisdicción de Sagua.

Octubre.....1º—Ayer teniente coronel Rubín con 700 hombres y 50 caballos batió partidas Roloff, Serafín Sánchez, Castillo, Reyes, Legón y otras, en número de 2,500 insurrectos, en el camino de San Antonio Manacas, sitio denominado Limpios. Tuvimos 14 heridos, entre ellos jefe columna, siendo numerosas las del enemigo.—Arderíus.

Idem.....2.—800 hombres mandados por Bermúdez, Matagás y otros atacaron un destacamento, siendo rechazados con dos muertos vistos y varios heridos. Por nuestra parte un soldado muerto, dos heridos, tres extraviados.

Idem.....10.—Una partida de insurrectos, apostada cerca de la vía férrea, entre Placetas y Camajuaní arrojó sobre el tren una bomba de dinamita.

Octubre.....16.—En Cien Rosas hallábanse emboscados unos 600 rebeldes esperando el paso de nuestras tropas para sorprenderlas, y suponiendo que habían de arrojarlas porque contaban con la superioridad del número. Las fuerzas nuestras iban mandadas por el coronel Oliver, y el enemigo fué rechazado, dejando en el campo 30 muertos y muchos heridos.

Idem.....25.—Acabo de llegar de Cienfuegos sin novedad. Salí el 18 de Agosto de Ciego de Avila para Sancti Spíritus, á donde llegué el 23 con dos días de copiosas lluvias, consecuencia ciclón sentido. En la marcha con columna 400 hombres fuí hostilizado por numerosas emboscadas, que me hicieron 4 heridos graves, teniendo varios el enemigo.—Campos.

Noviembre...1º—El cabo Llanes con nueve voluntarios entregó el fuerte del Vigía, situado en el camino real de Santa Clara, á siete kilómetros de Camajuaní. Llanes debía 500 pesos al cabecilla Leoncio Vidal, y le entregó el fuerte con armas y pertrechos, para que Vidal le perdonara el débito.

Idem.....2.—Mil doscientos insurrectos mandados por el cabecilla Rego, que se consideraban dueños del campo, realizaron un violentísimo ataque contra sesenta valerosos infantes del regimiento Canarias. La defensa de aquel puñado de valientes que formaron el cuadro, fué heroica. El enemigo tuvo multitud de heridos y varios muertos, además de los siete que dejó en el campo. Parece que son más de doce los heridos que tuvo el batallón. El capitán que mandaba la fuerza, D. Antonio Valenzuela está gravísimo. Ha producido un admirable efecto en esta capital el brillante hecho de armas que tanto honor hace al ejército español. El suceso ocurrió en Ojo de Agua.

Noviembre...4.—El cabecilla Rego entregó ayer en Cumanayagua, pueblo de la jurisdicción de Cienfuegos, situado cerca del río Arimao, á los 15 soldados de Canarias y al práctico de la columna que habían sido hechos prisioneros en el combate. Recibiólos una comisión compuesta del coronel Sr. Valle, del comandante Sr. Sánchez y de los capitanes Sres. Navarro y Río. En el acto de la entrega, el cabecilla Rego enalteció el valor de los soldados, la mayor parte de los cuales estaban heridos. El coronel Valle levantó acta de todos estos pormenores.

Noviembre..21.—Acaba de recibirse en esta capital una grave noticia de Santa Clara.

Las partidas que pueblan aquella provincia, al mando de Máximo Gómez, han tomado un poblado y un fuerte próximos á Sancti Spíritus; Máximo Gómez, mandando mil rebeldes, atacó el poblado y voló el fuerte Pelayo con dinamita.

Guardaban el fuerte de 40 á 50 hombres al mando de un oficial.

Se desconoce el cuerpo á que pertenecía esta fuerza.

Después de la voladura, diez ó doce hombres del destacamento y el oficial tuvieron que rendirse ante la enorme superioridad del enemigo, y por haber quedado desamparado de toda defensa.

No se sabe qué ha sido de los demás soldados del destacamento. Se supone que han fallecido al derrumbarse los muros en que se guarecían.

El oficial y los diez ó doce soldados de quienes se tiene noticia, fueron puestos en libertad por Máximo Gómez, después de desarmados, y se han presentado en Sancti Spíritus.

Idem.....21.—Entre las estaciones de Hicotea y Esperanza, en el sitio donde cruza la alcantarilla del ramal del ingenio Santa Rita, línea férrea de Cárdenas y Júcaro, la partida rebelde que manda el

cabecilla Bermúdez había colocado un cartucho de dinamita, que reventó hoy, á la una de la tarde, al pasar un tren militar compuesto del material de la empresa de Cienfuegos y Santa Clara.

En este tren regresaba á Santa Clara el general Suárez Valdés con su Estado Mayor y su escolta.

Por efecto de la explosión han resultado heridos 10 soldados, tres de ellos graves.

También ha resultado lesionado en una pierna el hijo del general Valdés, y en una mano el director de El Nacional de Santa Clara, señor Cancio.

Noviembre...23.—El pueblo de Güira de Miranda ha sido quemado por los rebeldes. El cabecilla Roloff, con 2,500 hombres, atacó dicho pueblo, que se halla situado á seis leguas de Siguanea.

Los insurrectos pusieron fuego al caserío, y el incendio se propagó rápidamente.

Los habitantes, en número de cuatro mil quinientos, llenos de terror, y no pudiendo defenderse de los salvajes incendiarios, huyeron al monte inmediato.

Idem.....29.—El General en Jefe comunicó ayer desde Santa Clara que continúan los chubascos fuertes, los cuales dificultan, pero no impiden, las operaciones militares.

La línea férrea de Remedios á Caibarién está interrumpida. Los rebeldes han hecho volar un puente y una alcantarilla.

Idem.....30.—Se ha verificado con gran éxito la operación militar ordenada por Martínez Campos, y dirigida por éste, y por el general Suárez Valdés, en los límites de Las Villas y Camagüey.

Las columnas han perseguido durante 10 días á los rebeldes que iban mandados por el generalísimo Máximo Gómez y por los cabecillas Castillo y Guerra. Las fuerzas insurrectas fueron ba-

tidas en Jíquimas, Arroyo Blanco, Ramones, Peña Blanca, Delicias, Bellamota, Alameda y Remate.

El enemigo dejó en el campo 24 muertos y muchos heridos, la mayor parte de los cuales pudieron ser recogidos por los suyos.

Abandonaron en la fuga 30 caballos, y murieron 20 de éstos bajo el fuego de los soldados.

Se les tomó un campamento y una enfermería. Los rebeldes huyeron á la desbandada, abandonando armas, municiones y víveres.

Tres días después de estos imaginarios triunfos se reunían Gómez y Maceo en uno de sus campamentos ocupados por los batallones del caudillo español, para emprender juntos la campaña de Las Villas.

Como jornada preliminar, de indispensable ejecución para el logro del objetivo esencial de la campaña, nuestro paso por el departamento de Las Villas había sido altamente provechoso para los intereses de la revolución en la localidad, y sólo en este sentido, como empresa militar, de gran trascendencia, cabe decir que fué la invasión la sólida base que aseguró allí el edificio revolucionario; pero no debe entenderse que infundiera vigor ni mayores energías al soldado villareño: no necesitaba éste de estímulos. Con la invasión y sin ella, el carácter batallador de los naturales de esta región, su amor á la patria y su entusiasmo ardiente por la libertad, se hubieran expuesto del mismo modo. Una vez enarbolada la bandera de la independencia, no era posible que el villareño la plegara por un acto espontáneo de su voluntad; pocos ó muchos, mientras alentara un corazón patriota, mientras no sucumbieran todos, flamearía el pabellón de Cuba libre sobre las crestas del Escambray.

Y al despedirnos ahora de esta región indomable, revestida con todo el brillo de la juventud y de la gloria, para volver á admirarla en días menos venturosos ¡en los días tristes que nos tenía reservado lo porvenir! nos asiste la convicción profunda de que jamás se entibiará la fe en el alma de los verdaderos patriotas, y si alguna vez hemos de hacer otro esfuerzo formal para conquistar la independencia de Cuba, no serán los villareños quienes dejen de militar en la vanguardia de honor.

XXI

MATANZAS

Los dominios de España.—Carácter de la guerra en esta región.—Admirable patriotismo de los matanceros.—El problema estratégico.

No eran muy halagüeñas las noticias que se tenían de Matanzas. El rumor público decía que las masas populares no simpatizaban con la revolución; que en ellas, precisamente, hallaríamos la más sólida é insuperable barrera; que á la ofensiva tenaz de los batallones regulares, se uniría la hostilidad del paisanaje, territorio además muy poblado, cruzado todo él de líneas férreas, centro de la riqueza agrícola del país, en cada finca un destacamento, en cada pueblo una fuerte guarnición, trenes blindados transportando columnas de un punto á otro, para aprisionarnos en sus mallas de acero, y el firme propósito del general Martínez Campos de que fuera Matanzas la sepultura de las huestes rebeldes, ya que no pudo lograrlo en Las Villas occidentales; tantos obstáculos reunidos eran capaces de arredrar al capitán más experto y valeroso.

Sofocadas las primeras chispas de la rebelión al darse la señal para el levantamiento del país, extinguido el foco principal de la insurrección, disueltos los grupos armados y cogidos los promotores de la revuelta á los pocos días de haberse lanzado al campo, tan funestos preliminares tenían forzosamente que ocasionar un retraso sensible en la marcha general de la guerra. El tronco colonial, más arraigado allí que en las regiones de Levante, ostentaba el aplomo de un poder secular que, seguro de sus cimientos, desafía las iras del huracán; se mantenía firme, aun en medio de las ráfagas que soplaban amenazadoras, sin inquietarse por la furiosa tempestad que descargaba por aquellos contornos, sin temor al meteoro que podía cogerlo de lleno y dejarlo sin pompa y sin fruto.

Causas de índole diversa, cuyo examen llenaría algunas páginas, y que por lo mismo no hemos de señalar en este relato, contribuyeron al predominio de los elementos españoles sobre los naturales del país, en su mayor parte relegados á la condición de ilotas, aun después de abolida la esclavitud. Difícil era, por lo tanto, que un alzamiento popular hallara eco entre las clases proletarias, maleadas con pérfida intención por los representantes de la iniquidad española. Verdad es que esa influencia maligna no logró contagiar á la sociedad culta, que siempre se mantuvo ilesa en la línea del decoro cubano, procurando alimentar el fuego del patriotismo, ya por medio de la literatura, en sus diversas manifestaciones, ya por medio de la asociación política y de la enseñanza escolar. Pero de cualquier modo, existía una masa del pueblo que no era adicta á los principios revolucionarios y, sí, dócil al yugo de la tiranía española, de la cual sabría aprovecharse el sagaz dominador para meterla en la vanguardia de las columnas perseguidoras. Bajo estas condiciones, todas ellas favorables para el partido español, la lucha tenía que ser terrible para el cubano que guerrease en este territorio, porque si el valor no menguaba ante los reveses y el heroísmo no desfallecía ante el cuadro horrendo de las inmolaciones, nada hay entonces que sobrepuje al esfuerzo del soldado libertador que batallaba en aquel campo de desolación y de muerte.

Si es de admirar el patriotismo de los matanceros que, después del fracaso de Ibarra, se lanzaron resueltamente á la lid para reiterarla con ardor y tenacidad; si es de aplaudir la gallardía de aquella juventud que se expatrió voluntariamente para volver al suelo natal con el arma del soldado, tan pronto como se equipó la primera expedición, pasando antes por el vía crucis del destierro en un islote inhospitalario; si los recuerdos de tan nobles episodios despiertan emoción profunda, las sombras espantosas que arroja después el cuadro de la tragedia, el río de sangre que inunda las llanuras de Matanzas, el espectáculo permanente de los suplicios, la carnicería diaria, cada vez más enorme, de los enfurecidos españoles, sin que el heroísmo sucumba, sin que la Providencia se apiade de los hombres, la sola memoria de una lucha así, tan tremenda y continuada no

causa ya asombro ni efectos deslumbradores: produce consternación.

Al gran ascendiente del partido integrista que exigía espectáculos sangrientos con que satisfacer sus instintos de crueldad, debióse indudablemente el carácter feroz que tomó la guerra en Matanzas desde los primeros días de haberse renovado las hostilidades, á lo que hubo de ceder el mismo Martínez Campos, á pesar de su proverbial hidalguía—que habremos de poner en tela de juicio—y de sus honorables declaraciones, consignadas en letras de molde, de que él no mataba á los prisioneros de guerra (1). Empezó por fusilar á Domingo Mujica, al que siguieron los suplicios de José Acebo (asturiano) y de Gil González, fusilados á raíz de la devolución de los prisioneros que hizo Alfredo Rego en el combate de Ojo de Agua, y tampoco puso coto á las crueldades de algunos de sus subalternos, entre ellos, el coronel Molina—que ya empezaba á descollar como facineroso en el teatro de la matanza.

En la expedición del general Roloff vinieron algunos jóvenes de esta provincia que, acudiendo diligentes al suelo nativo, ganosos de alcanzar la victoria con el precio de su sangre, levantaron el espíritu revolucionario con la fogosidad de su palabra y su conducta ejemplar. Esparcidos por todo el territorio, propagando activamente el fuego del entusiasmo, volviendo á sembrar la semilla, su misión heroica obtuvo al fin la recompensa del triunfo moral y los hermosos laureles de la gloria militar, alcanzados en la disputada acción de Cayo Espino: una página épica, escrita con la sangre de nuestra juventud. Fué el combate de Cayo Espino uno de los más encarnizados; en él se peleó cuerpo á cuerpo, las bayonetas se cruzaron con los machetes, se prodigó el valor y hubo episodios hazañosos (2).

---

(1) "Yo no considero á los insurrectos como bandidos, ni me propongo tratarlos como si lo fueran. He dado órdenes para que los prisioneros fueran tratados con benignidad y se cuide bien á los heridos insurrectos que caigan en poder de las tropas. Yo no mato á los insurrectos".—Declaración de Martínez Campos á un corresponsal del "World", de New York.

(2) Aunque el combate de "Cayo Espino" se ventiló en terrenos de Las Villas, pero muy inmediato á Matanzas, hay que comprenderlo entre los que se dieron en esta región por pertenecer á ella la mayor parte de los combatientes, así jefes como soldados. Los españoles tuvieron que confesar pérdidas sensibles y en buen número: 11 muertos, entre

No habían sido, pues, infructuosos los desvelos del patriotismo en su afán de pertubar la región más dominada por los españoles, así como la más hostil á la causa de la libertad; pero no era bastante el prodigio realizado por el amor patrio, dentro de la esfera real de la campaña, ni ello podía dar seguridad á las huestes invasoras para proseguir la incierta y desconocida ruta de Occidente. No existían en Matanzas verdaderos núcleos de resistencia que pudieran hacer frente á columnas bien organizadas, en más de dos encuentros seguidos, y las pocas fuerzas armadas que constituían la 1ª División del 5º cuerpo (en embrión), no habían extendido el radio de sus operaciones más allá del término de Jagüey, y por lo tanto, el espacio más considerable del país, el centro de Matanzas, con su red ferroviaria y sus triángulos estratégicos, estaba sin explorar: era un telón impenetrable.

Abarcando de una sola ojeada la superficie y configuración del escenario, teníamos á nuestra izquierda los Países Bajos de Cuba, la gran ciénaga de Zapata, extendiéndose hacia Poniente, inundada casi siempre por el mar, sitio todo él pantanoso y en muchos parajes empedrado por el *diente de perro;* á nuestra derecha la rica zona de cultivo, la feraz campiña de color esmeralda, con las fábricas de azúcar luciendo sus chimeneas airosas y sus cúpulas de zinc; y el por el frente hasta perderse de vista, una sucesión interminable de pueblos, de villas y ciudades guarnecidas, ostentado la bandera de España en las flechas de los campanarios. Al través de esa superficie temible, recorriéndola en todas direcciones, de Norte á Sur, de Este á Oeste, por el frente y por los costados, la red de hierro, al pólipo enorme que habría de aprisionar entre sus tentáculos al audaz invasor que se atreviera á cruzar el tablero estratégico de Colón. El conjunto venía á ser algo así como una ciudadela formidable, de

---

ellos dos oficiales, 12 heridos y varios soldados contusos, y declararon que algunos fueron macheteados. "Los insurrectos—agregaba el parte oficial—han logrado el propósito que abrigaban antes de librarse la acción de "Cayo Espino", que era invadir la provincia de Matanzas. Dícese que el cabecilla Periquito Pérez ha penetrado en dicha provincia con su partida, mientras las de Lacret, los hermanos Núñez, Lino y Panchito Pérez se batían con la columna del coronel Molina. Periquito Pérez logró pasar desde Guantánamo á Matanzas atravesando el río Hanábana". Publicamos estos datos para que la opinión forme exacto juicio sobre los informes oficiales de los españoles. Periquito Pérez no se movió de Santiago de Cuba en toda la guerra.

la cual las orillas del río Hanábana eran el glacis, y su cauce el primer foso.

Apercibido Martínez Campos contra nuestros primeros intentos, y con la convicción de que Gómez y Maceo llevarían su audacia hasta el extremo de penetrar en el territorio de Matanzas, y que aun se arrestarían á meterse por las líneas mejor defendidas, para dar testimonio solemne de su arrojo, pero también de su ignorancia militar (en el sentido científico del vocablo), era de suponerse que el jefe del ejército español pusiera en planta todos los resortes de la ciencia guerrera, á fin de destruír las huestes invasoras de una vez y para siempre, por medio de una derrota sonada y ejemplarísima que satisficiera á la opinión pública, allende y aquende, y sobre todo que hiciera recobrar el lustre de caudillo al antiguo Pacificador de Cuba, cuyos laureles no se mantenían verdes. Al efecto, Martínez Campos se daba prisa en disponer el cuadro de los batallones que habrían de disputarnos el paso sobre la margen occidental del Hanábana, situaba la segunda línea sobre Colón, poniéndose él en persona al frente del ejército, llamaba á sus lugartenientes para comunicarles las instrucciones necesarias, y hacia Matanzas afluían casi todas las columnas que operaban en el departamento Central, para formar un nuevo muro de bayonetas en torno de nuestra caballería, cercarla en un momento dado, y aplastarla de un golpe.

Tales eran los designios de Martínez Campos ante el problema militar cuya solución le estaba encomendada, porque de ella dependía, no ya la suerte final de la campaña, sino la suya propia: el encumbramiento, si salía vencedor; la perdición, en caso contrario. El lance, era pues, de vida ó muerte.

XXII

A orillas del Hanábana.

El vado del Rubicón.—Combate de Colmena.—El desquite.—La tierra colorada.

(20 de Diciembre)

Los dos escuadrones de Matanzas que por orden del Cuartel General salieron á provocar al enemigo, alojado en las fábricas de Lequeitio y de Lagunitas, no habían regresado de su excursión al emprender marcha nuestra columna á las siete de la mañana del día 20; hora en que se oía fuego de fusilería por aquel rumbo. Evidentemente, los españoles estaban prevenidos, y no era falso el rumor, propalado con insistencia por el paisanaje, de que iban á maniobrar sin dilación contra el grueso insurrecto para que no penetrara impunemente en el distrito de Matanzas. Aunque las fuentes de donde partían dichos informes, no eran bastante autorizadas para infundir la convicción de que los españoles se resolvieran desde aquellos momentos á tomar una ofensiva enérgica, la conjetura, por lo menos, quedaba en pie, corroborada por las primeras escaramuzas.

Parecía natural que no estando lejos el río peligroso, se abreviara el paso para atravesarlo y ganar terreno sobre la orilla opuesta, de no hallarse ocupada por fuerzas españolas; pero la irresistible tentación que deparó en nuestro caudillo el aspecto de una llanura, á propósito para una galopada al machete, hizo retrasar la marcha y le brindó al enemigo la doble oportunidad de orientarse mejor y de resolver con éxito la operación iniciada. No dejándose ver por aquellos contornos, y habiendo cesado el tiroteo de nuestros escuadrones en sus escaramuzas con la tropa que salió de Lagunitas, volvimos á continuar la marcha al paso regular de la caballería y cruzamos el río Hanábana, sin contratiempo alguno. El cruce se efectuó por

el sitio llamado *Habanilla* de muy fácil logro en la temporada de la seca, pero que en el período de las aguas se pone infernal, como todo el territorio que recorre el Hanábana, allí riachuelo de poco cauce y mísera corriente. Sus aguas son turbias y el terreno que fertilizan ofrece escaso fruto; la vegetación es pobre y de aspecto sombrío, que no bastan á desvanecer los adornos tropicales de las palmas regias. En estos lugares, la noche es doblemente triste y misteriosa, cualquier ruido amedrenta al viajero que ande solo, y si los abanicos del yarey se agitan, heridos por el viento, entonces parece que suenan descargas ó que galopan patrullas en todas direcciones para echarse encima del caminante.

A nuestra derecha se extendían las grandes plantaciones de azúcar luciendo sus plumeros de gala, mientras las máquinas de los ingenios movían el trapiche estrujador; pero debajo de las cepas estaban los colchones de combustible.

A las tres horas de camino hicimos alto en una finca llamada la Colmena, con objeto de aguardar al coronel Pérez, de quien no se tenían noticias concretas desde que empezó el combate en las inmediaciones de Lagunitas. Eran las dos de la tarde y acababa de incorporarse la caballería de Matanzas con su jefe herido, aunque no de gravedad, trayendo la noticia de que los españoles no estaban lejos, sin poder precisar si era la misma tropa con la que había sostenido refriega en las primeras horas de la mañana. Al disponer el general Maceo que la infantería fuese al encuentro de los españoles, un vivo tiroteo en las avanzadas del rastro anunció su presencia; la columna venía, pues, por el sendero trillado, barriendo á descargas cerradas los obstáculos que le hacían estorbo. Para detener su impulso bastaba el paso del río la Colmena, que presentaba un repecho escarpado y resbaladizo por el lado donde se hallaban nuestras fuerzas, y abajo sobre el lugar de la cruzada existía un trampal de muy feo cariz para que se arriesgara á reconocerlo con las culatas de los fusiles. Toda nuestra división había pasado por allí pocas horas antes, y la vía estaba ya intransitable. Pero este inconveniente para la tropa española, éralo asimismo para la nuestra, puesto que imposibilitaba un rebato de caballería en cualquier momento de la acción. Atendiendo á esta circunstancia, se situaron 150 tiradores sobre los barrancos del río, y toda la masa

de caballería se corrió hacia la izquierda del camino, sobre una explanada desprovista de arboleda, no lejos del río, pero de poco espacio por el frente. No existía, sin embargo, otra posición más ventajosa en aquel lugar: los demás trechos de planicie, ó eran menos amplios, ó más cerrados por la manigua. El general Gómez, recorriendo la línea de formación, dijo imperativamente que sólo se haría uso del arma blanca.

Entretanto, el combate se había empeñado con calor entre nuestros tiradores y la vanguardia enemiga. El paso del riachuelo infundía respeto á los españoles, toda vez que no se arriesgaban á cruzarlo ni bajo el amparo de la metralla, con la que intentaron desbaratar la línea de nuestra infantería. Largo rato se sostuvieron unos y otros en las mismas posiciones, hasta que el enemigo avisó, con fuego enfilado, que empezaba á flanquear por la derecha. Sin duda, guiado por buenos prácticos halló un sitio accesible, y por él treparon dos ó tres secciones del centro de la columna, disponiéndose probablemente á efectuarlo la vanguardia que seguía haciendo disparos de cañón y fusilería, aunque con menor intensidad. La impaciencia de los nuestros determinó la carga de caballería al divisarse los primeros grupos de soldados, y como 900 jinetes, divididos en dos brazos, se lanzaron impetuosamente sobre ellos para envolverlos y acuchillarlos; pero amedrentados, y con razón de sobra para no esperar á pie firme la chapea al por mayor, se refugiaron en unos espesos matorrales que les dieron seguro abrigo; fueron alcanzados algunos al tratar de ganar el barranco del río.

Volvió nuestra caballería á ocupar la planicie, y permaneció clavada allí por espacio de una hora, en espera de otra evolución de los españoles, para cogerlos entonces por el flanco izquierdo; pero la columna hacía fuego en retirada, al que nuestros tiradores no podían ya contestar sin hacer derroche inútil de cartuchos. Afortunadamente para el jefe de la columna y sus soldados, el ataque impetuoso que habían emprendido contra nuestras avanzadas y poco antes contra los dos escuadrones del coronel Pérez, hubo de contenerse ante el obstáculo material del arroyo; de no haber mediado esta circunstancia, es de suponer que se hubieran lanzado con la misma furia hasta la explanada que servía de campo táctico á nuestra caballería, y es ocioso decir lo que allí hubiera acontecido.

Nuestras bajas se redujeron á doce, entre muertos y heridos. La pelea que sostuvo por la mañana el coronel Pérez le costó cinco hombres (1).

Por la lentitud y el orden con que la tropa española ejecutaba la retirada, después de la momentánea confusión que introdujo en sus filas el acometimiento de nuestra caballería, era de presumir que volvería sobre sus pasos, ya para atacar nuestra retaguardia, ú hostigarla al menos hasta que cerrara la noche, ya para maniobrar sobre nuestro flanco derecho, si la operación iniciada con notable ardimiento obedecía á un plan general, prescrito y desarrollado por la jefatura del ejército español, con la concurrencia de otros factores tácticos cuyos movimientos no podían precisarse en aquel terreno, confuso para nosotros, y en el que una exploración eficaz sólo se practicaba á tiro limpio, sobre los retenes del adversario. Una y otra suposición eran lógicas, y á cualquiera de las dos le daba mayor fuerza la pequeñez relativa de la columna que iba en retirada,

(1) El parte oficial que dieron los españoles, decía así:

"Colón 22.—Ayer, fuerzas de Asturias, con un contingente de artilleros, formando entre todos un contingente de 400 hombres, tuvieron un combate con Máximo Gómez, que mandaba 4,000 insurrectos, junto al río "Colmena", que está en la provincia de Matanzas, tocando en los límites de Santa Clara (un par de kilómteros).

"La acción duró dos horas.

"Los rebeldes ocupaban una posición muy ventajosa, que dominaba los alrededores.

"Atacaron desde ella ocho veces con machete, siendo rechazados otras tantas y no pudiendo romper nuestras filas.

"Nuestras tropas contestaban al verles venir ¡Viva España! y resistían con un denuedo heroico.

"Los artilleros hicieron uso de los cañones con tiros tan certeros que barrían las posiciones del enemigo.

"Se pronunciaron en huída.

"Los leales avanzan entonces y ocupan las posiciones encontrando en el campo 100 muertos del enemigo, muchas monturas, caballos y haciendo prisioneros.

"Los heridos han dicho que venían 9,000 hombres para invadir á Matanzas é ir á la jurisdicción de Cárdenas".

Ese parte es uno de los más estrafalarios que se han publicado, así por su redacción embrollada é incomprensible, como por las falsedades que contiene. No pensamos refutarlo; sólo haremos notar el dato de que la acción se efectuó el día 20, y el documento oficial de los españoles participa que fué el 21. Con esto, está dicho todo.

Las "Crónicas de la guerra" que publicó un periódico de la Habana, al hablar de la acción del río Colmena, nos asigna únicamente 30 muertos, en lugar del centenar que nos aplicó el parte oficial. Agrega que la columna de Asturias enterró sus muertos y siguió con los heridos á Santo Domingo de la Calzada. El batallón se ganó la corbata de San Fernando.

puesto que el número de sus componentes no llegaba con mucho al de nuestra División: su guarismo total no excedía de quinientos hombres. Su infantería acababa de pelear con singular denuedo; la misma tenacidad que había demostrado su jefe en los diferentes ataques, contribuía á robustecer la hipótesis de la renovación inmediata de hostilidades con la concurrencia de otros elementos, y bajo estas conjeturas se demoró la marcha, replegando los tiradores que defendían el paso del arroyo y ocultando todo lo posible las masas de caballería, sin cambiar el orden de formación; agachados los jinetes sobre las monturas, con los sombreros quitados, ojo avizor y con el acero desnudo. Eran dos alas formidables: el caballo blanco de Maceo servía de punto de mira á una de ellas, y el machete de Gómez era el jalón inflexible que alineaba la otra.

Pero el día tocaba á su fin, moría la tarde melancólicamente entre celajes de color gris, anunciando una noche muy cruda; los españoles despedían el duelo con las descargas de ordenanza, marchando de prisa á sus alojamientos; y por nuestra parte era ya hora de romper filas para buscar algún sitio abrigado en el que pudiéramos espantar la aspereza al arrimo del fogón. ¡Buena noche nos esperaba!

En retirada definitiva los españoles y con rumbo completamente distinto del que nosotros presumíamos, quedaba destruída la verosimilitud de cualquier otro ataque en aquel lugar, así como la sospecha de una operación combinada en la que entrara por facto dicha columna (1). El sitio de la Colmena, ó cualquier otro inmediato brindaba, pues, seguridad para vivaquear esa noche, aunque fuera sin vituallas; pero el general Maceo, siempre firme en sus propósitos, tenaz é incansable, acariciaba la idea de sorprender á Martínez Campos en el centro de Colón, y

(1) A vuela pluma escribimos estas notas al terminar el combate de la Colmena: "Los españoles acaban de retirarse (5 de la tarde próximamente). Han peleado con mucho denuedo, á pesar de la inferioridad de sus fuerzas en comparación con las de nuestra columna, y no obstante el conocimiento que tenía el jefe de ellos de que era el ejército invasor el que se hallaba acampado en este sitio. Según los prácticos, la columna española se dirige hacia Amarillas, rumbo opuesto al que nosotros vamos á llevar. Por lo visto, la nueva combinación de columnas ha fracasado esta vez, y se repite el hecho de que solamente toman la ofensiva los núcleos pequeños, las unidades de batallón ó de regimiento, mientras que las brigadas completas y las divisiones hacen derroche de metralla: simulacros á lo Suárez Valdés".

hacia allí enderezó los pasos, con toda la gente, en una marcha de siete horas continuadas, por caminos inexplorados, donde el menor extravío podía ocasionar un grave trastorno; y acampamos, al fin, á media noche, en el lugar llamado el Desquite, ya en la tierra colorada de Matanzas.

El Desquite—hay nombres que parecen encerrar las cifras misteriosas de un horóscopo—era una heredad de cultivo, perteneciente al término de Palmillas. Los dueños ó arrendatarios que allí residían nos dieron informes bastante concretos sobre la situación del ejército enemigo, no sin mostrarse sumamente alarmados al convencerse de que ya tenían la invasión encima, y que no eran fantasmas, sino auténticos orientales los que acampaban á deshora por la heredad, metiéndole el machete al cañaveral para endulzar á sorbos la vida amarga del soldado. Nos dijeron que el Cuartel General de los españoles estaba situado en la villa de Colón, en donde se hallaban con Martínez Campos algunos miles de soldados y dos ó tres generales más, García Navarro, entre ellos. Oyendo el interesante relato de aquella familia, amenizado á intervalos con la lectura de los periódicos de la capital, llenos de noticias espeluznantes para nosotros, transcurrió casi toda la noche, muy entretenida, no sin que dejáramos de considerar lo inminente de la situación, la gravedad del problema estratégico, los serios peligros que encerraba dentro de un plazo brevísimo, de los cuales no podíamos salir vencedores á menos que nuestro capitán no fuera el hijo predilecto de la fortuna.

No bastaba contar con el empuje de nuestras armas ni con los errores y descuidos del adversario; no era suficiente tampoco la pericia de nuestros caudillos para romper el formidable valladar que se alzaba ante nosotros: había que contar con la suerte, con el hado feliz, con el sino venturoso. De aquella tierra colorada ¿brotaría otro *Peralejo?*

XXIII

Colón

Heroísmo de un destacamento español.—Asedio del fuerte La Antilla.—Escaramuzas con la columna de García Navarro.—Marcha de flanco por Colón.—Grave trastorno dentro de las líneas enemigas.

(21 de Diciembre)

La jornada del día anterior había sido de doce leguas, en lo que respecta á la distancia recorrida de uno á otro campamento, pero las horas de faena, entre las empleadas en la función militar y en el camino, llegaban á quince cabales; de esta manera: cinco horas por la mañana, dos de descanso en la finca la Colmena antes de empezar el debate formal, y diez continuadas después, repartidas entre el campo de la acción y la marcha de noche hasta el Desquite; ruda jornada, en verdad, pero que sólo era el prólogo de las violentas y reñidas que nos esperaban en el territorio de Matanzas.

Al clarear el nuevo día (21 de Diciembre), mientras se organizaba la formación bajo el orden prescrito por el Cuartel General, para en seguida despachar el cuerpo de vanguardia, un grupo de soldados españoles se metió de improviso en el campamento, tratando de alcanzar á otro de los nuestros que salió por las inmediaciones en busca de caballos y comestibles sin la autorización correspondiente. Como en aquellos instantes se retiraban los puestos avanzados, aparte de que el campamento no estaba del todo vigilado, fácil les fué á los perseguidores penetrar por una de sus avenidas y romper un fuego violentísimo al encararse con los primeros grupos que acudían á la formación. Al pronto, pudo creerse que se trataba de fuerzas considerables, de toda una columna que entrara á paso de ataque—tan nutrido era el tiroteo—por lo que el clarín tocó a degüello y el machete dió cuenta de los catorce españoles que se arriesgaron á atacar una masa de dos mil hombres armados, aun cuando lo hicieron

bajo la convicción de que iban á batir un corto número de insurrectos. Se defendieron heroicamente, de un modo tal, que admirados los cubanos de su arrojo les brindaron la vida que iban á perder, considerando lo inútil de su resistencia; pero fué en vano: ¡murieron disparando sus fusiles! Replegados en un espeso palmar, contiguo á las casas del Desquite, agotaron las municiones. El último de ellos, apoyándose en el tronco de una palma, disparaba el maüser con la furia de una ametralladora. Nunca el follaje que simboliza la gloria, cubrió con más galanura el cuerpo de un héroe que al caer desplomado aquel gladiador debajo de la palma que le servía de escudo (1).

Poco después se hicieron dos prisioneros, que voluntariamente ingresaron en nuestras filas. El fuego mortífero de los catorce soldados nos ocasionó 8 bajas. Los dos prisioneros nos manifestaron que todo el grupo pertenecía al destacamento de Jacán. Se dictó en seguida una orden terminante prohibiendo en absoluto la salida de los campamentos sin la autorización expresa del Cuartel General, pues se indagó que el suceso precedente que había dado margen á la acometida de los españoles, con éxito fatal para ellos, pero también desgraciado para nosotros, lo motivó la salida de un piquete de orientales que, yendo á merodear por su cuenta y razón, se metió en la cantina de un asiático, exigiéndole caballos y otras cosas más, el cual avisó al destacamentos de Jacán al marcharse los intempestivos viajeros.

Más de dos horas se retrasó la marcha de nuestra columna, porque hubo que curar los heridos, dos de ellos muy graves, y trasmitir á todos los cuerpos la orden que acaba de dictar el general Maceo, de cuyo cumplimiento se hacía responsable á los jefes de los batallones, á quienes se autorizaba para ejecutar sobre la marcha á cualquier individuo que infringiera dicha disposición.

Nos esperaba una jornada terrible; íbamos á cruzar por el centro del tablero estratégico, por las dilatadas llanuras de Colón, en donde el ejército enemigo tenía establecidas sus líneas más formidables, y dada la situación que éstos ocupaban, y co-

(1) Los partes españoles no hicieron mención de este hecho de armas, sin duda porque no acudió ningún jefe de alta graduación á restablecer el combate; pero la historia, siendo justa, debe perpetuar episodios tan heroicos.

nocidos los intentos del general Maceo, de pasar á tiro de fusil del observatorio de Colón, de mostrarle á Martínez Campos nuestra caballería desplegada, para dejarlo á retaguardia del invasor y llevarlo á remolque por las llanuras de Matanzas; dados estos antecedentes, decimos, la marcha iba á ser de flanco y por consiguiente, la más expuesta, la más peligrosa, la que mayor tino y vigilancia requería, aun cuando de ella no surgieran lances imprevistos, de carácter violento, que provocaran una situación alarmante, ó una crisis tremenda que pusiera en peligro la vida del ejército.

Dos líneas férreas que partían de Colón, facilitaban cualquier operación ofensiva en aquellas despejadas sabanas: la de Colón á Macagua, y la de Colón á Sabanilla, ambas corrientes y vigiladas por el ejército de Martínez Campos. Teníamos que atravesar irremisiblemente por una de esas dos líneas, ó demostrar á la faz del mundo nuestra impotencia. Organizóse la columna en cuatro fracciones, no sólo para reducir todo lo posible su profundidad, sino para rechazar la agresión que se esperaba: tres fracciones marchaban á corta distancia, la una de la otra, paralelamente, y la última á unos mil quinientos metros, con fuertes patrullas de exploración; la impedimenta, que era numerosa, entre la segunda y tercera línea. Durante la mañana, el ataque era de temerse por el flanco derecho, por hallarse á este lado la vía férrea de la Macagua y más próxima á nosotros; después de cruzada esa línea, la acometida era de esperarse por el flanco izquierdo; y más recia que la primera, por nuestra proximidad entonces al Cuartel General de Martínez Campos.

El sol caía á plomo; llevábamos caminadas tres leguas, y toda la columna seguía marchando con regularidad por una sabana que tenía aspecto de pradera, en la que se divisaban algunas plantaciones de caña en medio de un arbolado delicioso. El sitio brindaba para echar pie á tierra y descansar media hora. Pero los exploradores de nuestro flanco izquierdo señalaron una casa de mampostería, y salieron á reconocerla con demasiado interés y aparato marcial, para que los prácticos no tuvieran la sospecha de que allí podía refugiarse tropa española. Efectivamente, fueron recibidos á balazos. Armada la refriega, y creyendo el general Maceo que se trataba de una

columna parapetada en aquel edificio, con la que hubiera sido de necesidad trabar combate, ó variar el itinerario, corrió en auxilio de los exploradores con el regimiento Céspedes, su escolta, los escuadrones de Bayamo y alguna tropa de Matanzas, y llegó hasta el mismo patio de donde partían los disparos; mientras el general Gómez con el resto de la división cerraba el camino para defender la impedimenta de cualquier agresión por el flanco derecho. Los que fueron al asalto con Maceo sufrieron los disparos á quemarropa de los defensores del reducto; el ataque nos costó tres muertos y catorce heridos.

Quedaron allí algunos grupos, y para socorrer á éstos, en previsión de que pudiera acudir la columna de García Navarro, se situaron dos escuadrones de Las Villas en paraje conveniente, los cuales, á su vez, podían ser reforzados por toda la retaguardia que mandaba ese día el general Sánchez; y adelantóse el centro y la vanguardia por la llanura de Colón para repeler á Martínez Campos, ó decidir allí la suerte de la campaña invasora si el enemigo lograba el intento de aprisionarnos entre las dos líneas férreas.

El destacamento de la Antilla—que así se llamaba aquella colonia—se defendió con tesón por espacio de una hora, pero los nuestros, con no poco riesgo, dirigidos por Angel Guerra, Dionisio Gil, Silverio Sánchez y algunos oficiales del Estado Mayor del general Maceo, lograron pegar fuego á una caballeriza contigua á la trinchera y á la casa de vivienda, de la que habían partido algunos disparos poco antes de prender el combustible. Los sitiados, escaseándoles las municiones, no todos ilesos, viendo el inminente peligro que corrían de persistir en su actitud, resolvieron rendirse, y pidieron parlamento; pero al ir á pactarse la capitulación, apareció por uno de los caminos transversales (seguramente el camino de la finca al pueblo de Colón), una columna auxiliadora que obligó á los nuestros á levantar el sitio, y salvó á los suyos de una capitulación, de cualquier modo honrosa para ellos, puesto que habían agotado el último cartucho y se hallaban envueltos por las llamas (1).

(1) Se ha dicho que García Navarro fué la providencia para los soldados que defendían "La Antilla", porque les evitó una muerte segura y horrible. Les evitó la capitulación, no la muerte. Al frente del último grupo de los sitiadores estaba el autor de estas Crónicas, con

Los dos escuadrones del regimiento Honorato que estaban aguardando en sitio próximo la incorporación de los grupos que asediaban el fuerte, hallábanse prevenidos para rechazar el ataque de las guerrillas españolas, las que siguieron en pos de los sitiadores. Las guerrillas, algo envalentonadas, y no creyendo encontrar un núcleo vigoroso, se echaron por la guardarraya de uno de los cañaverales en persecución del último grupo insurrecto, que no excedía de veinte hombres; pero tuvieron que cejar, con evidente precipitación, al ser acometidas por los escuadrones de Honorato que cerraron con ellas de improviso, y obligaron al jefe de la columna á desplegar sus batallones por el frente de la Antilla, de donde no salió García Navarro sino para practicar un reconocimiento dentro del radio de sus tiradores. El general Serafín Sánchez, que mandaba la retaguardia, acudiendo oportunamente, con una rápida evolución, contuvo el avance de la infantería española y socorrió á los dos escuadrones de Las Villas, al replegarse éstos sobre la primera división.

Este último lance nos costó 6 hombres: el total de las bajas en las tres acciones del día fué de 5 muertos y 26 heridos ¡jornada desdichada! y registramos además la baja de un hombre, al que se dió por muerto ó prisionero porque no concurrió á la lista del día siguiente (1).

---

quien se habían entablado las negociaciones para la capitulación, en prueba de lo cual no permitió que le tirasen á un soldado que salió del reducto para ir á buscar agua para los heridos: el soldado hubiera caído redondo, pues á una distancia de diez metros, un gran tirador le tenía encarada la carabina. Aunque el hecho es insignificante, siempre es grato dar á cada uno lo que le pertenece. El estrago que nos habían causado los valientes defensores de "La Antilla", no habría sido jamás motivo para que no fuesen respetados al rendirse á discreción.

(1) Un año después del suceso ¡en día, por cierto, memorable! estando acampados en las inmediaciones del Mariel (5 de Diciembre de 1896), dos días antes de la catástrofe de Punta Brava, un joven español llamado Vázquez, el primero que acudió á nuestro campamento, contando su vida militar al general Maceo, le refirió, entre otros episodios interesantes, que él había combatido contra nosotros durante la Invasión, en uno de los batallones de García Navarro y asistido al combate que se efectuó en "La Antilla", habiendo presenciado el hecho asombroso de haber sido atacada la guerrilla, que servía de escolta al general García Navarro, por un negro que salió de improviso de un cañaveral, blandiendo el machete y que descargó sobre uno de los guerrilleros. El insurrecto murió á balazos. ¿Sería el individuo desaparecido? ¿Cómo se llamaba? Unicamente hemos podido indagar que el desaparecido era

Por lo visto, el jefe de la columna española no tenía mayor empeño en formalizar el debate, puesto que optó por quedarse en la Antilla cuando el sol fulguraba en el firmamento y nuestra huella era clara, evidentísima. De haberse seguido por el derrotero que tenía ante sus ojos, luchando á ratos con nuestra retaguardia, sosteniendo sus acometidas con los batallones de cazadores que formaban el elemento sólido de su brigada, es más que verosímil, es seguro y evidente que antes de ponerse el sol se hubiera ventilado un formidable combate.

Organizada la columna en el mismo orden antes determinado, en cuatro fracciones, casi paralelas, bien cerradas las filas, pero más nutrido el flanco izquierdo, se continuó la marcha por las llanuras de Colón tan pronto regresaron de la Antilla los últimos grupos que asediaban el destacamento. La retaguardia, toda unida, se aproximó algo más al centro de la columna para servir de escudo á la impedimenta, custodiada á la vez por dos hileras de infantes, con la orden estricta de coger las acémilas al primer conato de alarma y hacer fuego sobre el enemigo, montados á la grupa. La impedimenta, en este caso, se correría por la derecha, pero desplegada en línea y bajo el amparo de los escuadrones de Las Villas, que acometerían de frente tan pronto aquella caballería improvisada hubiese salvado la distancia oportuna. El intento de nuestros caudillos era presentarle á Martínez Campos una masa enorme de caballería en función impetuosa, amenazando todos los cuadros que aquél pudiera formar con sus batallones, y si no era posible romperlos, desfilar entonces por las espaldas del ejército enemigo forzando la línea de Sabanilla. El ataque sobre nuestra derecha y retaguardia estaba ya eliminado de la combinación general, cualquiera que ésta fuese, desde el momento en que García Navarro optó por acampar en la Antilla. Solamente podíamos ser desmembrados por el flanco izquierdo. Como medida previsora se diseminaron pequeños grupos por todo el trayecto que reco-

---

bayamés. Si hay otra vida superior y en ella las almas heroicas comulgan en los altares de la inmortalidad y del amor, cualquiera que haya sido su existencia acá en la tierra, aunque hayan militado en distintos bandos, el espíritu de ese soldado debe fraternizar con el de su contrincante del "Desquite", el español que cayó debajo de la palma, puesto que los dos fueron igualmente intrépidos, igualmente grandes, y renunciaron á la vida para sacrificarla en aras de lo que creían justo y meritorio.

rría nuestra columna, para que rompieran las escaramuzas al asomar el enemigo por cualquier paraje: la ocultación allí no era posible. En la forma dispuesta, tan bien combinada como obedecida, todo el mundo prevenido, cruzamos la línea por las inmediaciones de Agüica, sin tener el menor tropiezo. Como un buque que dobla un cabo proceloso, batiéndole el mar de costado, pero con las alas desplegadas y la tripulación alerta, así bordeamos el punto temible, lamiendo los arrecifes; pasamos á dos kilómetros de distancia del observatorio de Martínez Campos.

El sol iba al ocaso cuando perdíamos de vista la silueta de Colón. En el ingenio Flor de Cuba (si los prácticos no equivocaron el nombre del sitio) hizo alto toda la columna con el intento de pernoctar allí, y ver la manera de orientarnos para la ruta del día siguiente, y adquirir informes sobre la situación de las fuerzas enemigas; pero los silbatos de una locomotora, que en aquellos momentos llegaba á la estación más inmediata al lugar, avisando la proximidad de los españoles, ó indicando al menos un rumbo probable, nos hicieron desistir de aquel propósito, en mala hora por cierto, porque ello fué causa poco después de un grave trastorno que pudo traernos fatales consecuencias. La segunda línea férrea, o sea la que parte de Colón á Cárdenas, tocando en Retamal y Altamisal, no estaba lejos del sitio donde se hizo alto; y Maceo, en vista de los informes que le dieron los prácticos, se determinó á cruzarla, pero reconociendo antes el paradero del ferrocarril en el que había sonado dicha locomotora; reconocimiento que efectuó personalmente, acompañado de algunos oficiales. Con la obscuridad de la noche y las interrupciones sufridas á uno y otro lado de la vía férrea, nuestra columna quedó partida, y de tal modo, que al volver el general Maceo mandando seguir marcha, una de las dos fracciones tomó por camino distinto, á lo cual contribuyó indudablemente el cansancio de la tropa que durante la espera se quedó dormida, y tal vez el natural temor de algunos oficiales que por no oír una reprensión de Maceo (conociendo su temperamento, en ocasiones demasiado desabrido para con sus ayudantes), no trataron de indagar la situación en que quedaba la retaguardia y una parte del centro, limitándose á repetir la orden de Maceo: *¡Silencio y siga la marcha!* El percance no

vino á notarse sino dos horas más tarde, casi al tiempo de acampar, en que se vió que faltaban el General en Jefe, su Estado Mayor y escolta, algunos ayudantes de Maceo, toda la retaguardia y parte de las fuerzas que constituían el centro de la columna. El contratiempo no era, sin embargo, de carácter alarmante, desde el momento que se indagó que al frente de las fuerzas que equivocaron el camino se hallaba el general Gómez, pero este dato lo supimos ya muy adelantada la noche, después de no pocas pesquisas, y únicamente al apuntar el alba del nuevo día pudo indagarse el paradero de aquellas fuerzas. Habían acampado en terrenos del ingenio España, y Maceo lo efectuó en otro ingenio llamado Santa Elena: ambas fincas enclavadas en la zona más rica de Matanzas y dentro de un triángulo estratégico, cuyos vértices eran Colón, Cárdenas y Jovellanos. Aunque el grueso enemigo nos quedaba á retaguardia, de todos modos parecía inevitable un rudo encuentro con uno de los dos trozos de la columna, y si el choque se efectuaba en las primeras horas de la mañana nos sería muy difícil restablecer el contacto. Las líneas férreas estaban expeditas, las tropas de Martínez Campos podían ser transportadas en un momento á cualquier punto del itinerario y maniobrar con toda velocidad sobre el eje principal de las operaciones, como un cañón de tiro rápido montado sobre una plataforma movida por resortes. Los pitazos de los trenes ascendentes y descendentes, que corrían y se llamaban por aquellas paralelas, penetraban en nuestro vivac, anunciando tremendos choques para el nuevo día. La jornada había sido de quince horas, como la anterior.

XXIV

Jovellanos

Por el Centro de Colón.—Destrucción de la zona agrícola.—Nueva y atrevida marcha de flanco por Jovellanos.—De un percance grave resulta una bella combinación.—El enemigo otra vez á retaguardia.

(22 de Diciembre)

Con todas las precauciones necesarias, porque se esperaba un ataque decisivo sobre una de las dos columnas invasoras, la que acaudillaba Maceo se puso en camino á las ocho de la mañana. Esta columna era más consistente que la dirigida por Gómez, pues el efectivo armado que siguió al General en Jefe al partirse la hueste invasora, no llegaba á 700 hombres; pero, en cambio, era mayor su impedimenta, así como el número de heridos graves (algunos de ellos iban en camillas), circunstancias que aumentaban las dificultades en la marcha amén de los peligros. Según se ha dicho, el campamento de Santa Elena estaba situado dentro de un triángulo formado por líneas férreas, expeditas todas ellas, y era indispensable atravesar una de esas vías para dirigirnos al Norte de la provincia, hacia la jurisdicción de Cárdenas, objetivo determinado por Gómez y Maceo para ostentar de un modo indubitable el vigor de nuestras armas, y sembrar el pánico en las clases pudientes del país por medio de la destrucción de la cosecha de azúcar, quemando los cañaverales de todos los ingenios de Colón, Jovellanos y Cárdenas para que el conflicto fuese grande y aterrador. Las humaredas del siniestro ocasionado por la columna de Maceo, señalarían á Gómez nuestra ruta, y á la inversa; las columnas de humo que éste levantara á su paso nos advertirían su derrotero.

No lejos de Santa Elena se hallaba España, con los hornos ya encendidos y con un destacamento para su custodia; y el

pueblo de Cervantes, en los lindes de la finca de Romero Robledo, era de suponerse que contara también con guarnición. Más allá, hacia el Noroeste, se hallaba Jovellanos, punto de enlace de cuatro vías férreas. España, la España auténtica había derramado allí casi toda la pila bautismal de sus legendarias estirpes, para que el fuego de la Revolución redujera á pavesas sus ridículos blasones.

Nuestra vanguardia, cumpliendo las órdenes del Cuartel General, aproximóse á los caseríos para repeler cualquiera agresión de sus destacamentos, mientras el centro de la columna se dirigía al ingenio España, cuyos cañaverales incendió á la vista de los soldados que guardaban el patrimonio ultramarino de aquel célebre ministro de Ultramar, que tanto colaboró en la obra revolucionaria de Cuba con sus desafueros y disparates legales. El administrador de la finca ofreció pagar una fuerte contribución si le libraban de la quema; se le contestó que la medida era general y de carácter irrevocable: España ardió. Sucesivamente fueron pasto de las llamas todos los grandes y pequeños ingenios de aquella zona de cultivo, no destruyéndose las fábricas, no obstante de que algunos centrales se estaban ensayando para la molienda, y se les previno que cualquiera infracción en lo decretado por el gobierno de la República que prohibía en absoluto la zafra en el territorio de Cuba, sería castigada con la destrucción total de los establecimientos y maquinaria. El general Gómez, ya en camino cuando nuestra columna llegó al ingenio España, aplicó también la tea á todas las fincas azucareras que encontró á su paso, al Sur de la línea férrea, en el trayecto comprendido entre Jovellanos y Colón, y dando vista al pueblo del Roque entró en él triunfalmente. El sol aparecía eclipsado, el cielo opaco en toda la amplitud de aquellos dilatados horizontes, y las chispas del incendio caían sobre Jovellanos, á donde se encaminaban las fuerzas españolas que dejamos á nuestra retaguardia, con el claro intento de situársenos delante.

Si por las razones que dejamos indicadas, era de interés capital en la jornada de ese día rehuír encuentros serios, aparentando, sin embargo, un móvil completamente distinto por medio de demostraciones ruidosas, contra todo lo previsto y con anticipación juzgado de desfavorable para nuestras armas, no

se ventiló la menor contienda, no hubo una sola escaramuza; dato que merece especial mención entre las efemérides de la campaña invasora, porque aun cuando no señala un triunfo adquirido en la arena del debate, es testimonio elocuente de la pericia y habilidad de nuestros caudillos que supieron sortear las dificultades en un territorio erizado de peligros, esquivar los choques que parecían inevitables, haciéndole ver al adversario que deseaban ir á las manos, con tales apariencias de verdad que le cogió pavor á la situación, ó por lo menos lo mantuvo indeciso durante el período de nuestra crisis.

Si la operación de Maceo fué atrevida y peligrosa, la realizada por Gómez merece el concepto de osada y arriesgadísima: el primero remontándose al Norte de la provincia, pero siempre dentro del triángulo de hierro, logra situarse al Oeste de Jovellanos, cuartel general del ejército español: el segundo dirigiéndose al Sur, después de cruzar la línea férrea de Colón á Jovellanos, entra en el pueblo de Roque (por casualidad desguarnecido), para orientarse sobre el rumbo que habría de seguir al día siguiente, pero con ello completa el cuadro deslumbrador de la ficción, dándole el tono de una jornada ofensiva, sabiamente combinada. En resumidas cuentas: Gómez no sabe de Maceo, ni éste conoce el territorio que aquél ocupa; todo lo más podrán colegir sus respectivos derroteros por los estragos de la devastación, por las humaredas de los cañaverales que incendian á su paso. Véase, pues, por qué raro concurso de circunstancias, de un contratiempo que pudo sernos fatal, resultó una operación fructífera, cuyos mejores laureles recogeríamos al siguiente día en la gran función de Coliseo.

No ya la gente profana, sino los militares más aventajados del ejército español que operaban en Matanzas, el mismo General en Jefe y sus lugartenientes, habrían de creer que el movimiento iniciado por Gómez al Sur de la línea férrea de Colón, obedecía á un plan estratégico, concebido y madurado por los dos caudillos de la invasión, para distraer fuerzas enemigas sobre aquella zona, en tanto que Maceo avanzaba por el Norte de la provincia; incursión que hacía evidente la ola de fuego que chispeaba sobre el nuevo observatorio de Martínez Campos. Tanta osadía no podía ser obra de la casualidad, ni mucho menos consecuencia forzosa del extravío nocturno—que esto lo ignoraban

hasta hoy muchos de los nuestros—sino desarrollo de un proyecto militar, cuyo objetivo verdadero permanecía aún indescifrable y que lo mismo podía resolverse en un golpe de mano sobre la ciudad de Cárdenas que sobre la villa de Colón. Los lentes de campaña y los simples ojos percibían solamente dos grandes humaredas: una hacia el Norte y la otra hacia el Sur, abrazando una extensión inmensa de terreno; subiendo en espirales tenebrosas, formaban dos nubes terribles, igualmente preñadas, que lo mismo podían descargar sobre Poniente que sobre Levante: á intervalos el viento caprichoso las esparcía en todas direcciones, aumentando la perplejidad de todo un ejército convertido en atalaya. Seguramente que la opinión de los más doctos en la materia, provistos del catalejo, aquellas columnas voladoras al esparcirse por el ambiente, eran el rastro de la caballería insurrecta con sus alas desplegadas y á galope tendido. Mientras el ejército español hacía observaciones tan profundas, extático en presencia de las nubes amenazadoras, la fracción que acaudillaba Maceo penetraba en la zona de Cárdenas, arrasando impunemente el territorio; la que iba al mando de Gómez se disponía á cruzar la segunda línea de los españoles, desfilando por las espaldas de su Cuartel General, para reunirse los dos, al día siguiente, en los umbrales de Coliseo, como si fuera el punto de cita de antemano señalado (1).

---

(1) Como comprobación del error en que han estado los españoles respecto á los movimientos de Maceo y Gómez en las jornadas que precedieron á las de Coliseo, insertamos este pasaje de una publicación española. "Cuando se hacían conjeturas acerca de su rumbo Máximo Gó-"mez, con dos mil hombres, se presentó en el pueblo del Roque el día 23 "de Diciembre, sin encontrar resistencia de ninguna clase, por hallarse "desguarnecido. Al fijarse en un fuerte que acaba de ser construído, "ordenó darle fuego. Los individuos de su partida se pasearon por el "pueblo con una bandera, tomaron efectos en las tiendas, pagando con "centenes en algunas de ellas y saqueando otras, y al marcharse de-"jaron tres heridos en poder del Alcalde Municipal. Del Roque, partió "Gómez para Quintana y Jovellanos. Su rastro era el de la "caña que-"mada", siendo innumerables los ingenios que ardían al paso de su "gente. El general Martínez Campos salió de Colón hacia Jovellanos "con 1,500 hombres para batir personalmente el grueso de la invasión. "Pero los rebeldes, en tres grupos, hicieron un movimiento sobre Co-"liseo, en la forma siguiente: Núñez atravesó la línea férrea subdivi-"diendo su gente entre Cárdenas y Contreras y entre Contreras y Cima-"rrones; Maceo pasó un poco al Norte de este lugar, y Gómez más al "Sur, entre Cimarrones y Jovellanos. El Pacificador fué á Zenea por "Ferrocarril y desde allí á Coliseo, siendo su situación bastante seria, "etc....."

Se ve, pues, por este relato, que Gómez y Maceo estaban juntos en las operaciones del día 22, puesto que el narrador poco antes los había batido juntos, y se colige asimismo que el movimiento de los insurrectos sobre Coliseo obedecía á un plan estratégico de Gómez, combinado con anterioridad. De ello se deduce que Martínez Campos no conocía la situación de las fuerzas invasoras el día 22, que lo pasó por entero haciendo observaciones astronómicas, y que si se resolvió á dar la batalla el 23, fué guiado únicamente por una de las tantas columnas de humo que se cernían sobre el firmamento, bien ajeno de que ellas habrían de eclipsar el astro de su fortuna.

XXV

Coliseo

Preliminares de la acción.—El campo de Coliseo.—Escasa importancia del combate.—Martínez Campos se considera derrotado.—Diferentes testimonios que lo corroboran.

(23 de Diciembre)

Era indudable que Martínez Campos al decidirse á operar personalmente contra el grueso de la insurrección, lo hiciera con el mayor número posible de elementos tácticos, no sólo para darle solidez al cuerpo de ejército que bajo su mando personal iba á tomar la ofensiva, sino para consolidar la victoria con la persecución de las pequeñas fracciones que quedaran diseminadas por el territorio, después del quebranto que sufriera el núcleo invasor. Ignorando el día 23 lo ocurrido en el pueblo del Roque y fijándose únicamente en el rumbo que podía llevar la invasión en la tarde del día anterior, es de suponerse que dictara las órdenes necesarias para que concurrieran á la operación las columnas de Prats, García Navarro, Aldecoa, Luque y Suárez Valdés, señalándoles como punto de reunión el mismo Cuartel General de Jovellanos. La jornada no era ruda ni mucho menos, puesto que las distancias en aquella zona son relativamente cortas, podían además minorarse con los ferrocarriles, y el tiempo era inmejorable: los caminos estaban en polvo. Dichas columnas moviéndose con actividad en la mañana del 23, podían muy bien al mediodía hallarse en Jovellanos, ó en Coliseo á las cuatro de la tarde, y es seguro que alguna de ellas se hubiera encontrado con Gómez al dirigirse éste hacia el Norte de la provincia en busca de Maceo. Hasta el 24 no concurrieron al campo de la acción, ya ventilada, para practicar entonces inútiles pesquisas.

No conociendo Maceo la situación de Gómez, y algo inquieto

por la carencia de noticias oficiales, pues si algunas circulaban eran de origen sospechoso, montó á caballo desde muy temprano para indagar con exactitud el rumbo del general en jefe y ver la manera de unirse á él en todo el día. Para ello se dirigió sobre la línea de Jovellanos á Matanzas, resuelto á cruzarla, y á contramarchar después por el Sur de esa línea, si antes no adquiría informes fidedignos del general Gómez; pero coligiendo que éste iría remontándose hacia la jurisdicción de Cárdenas, á menos que obstáculos insuperables no se lo impidieran de momento; esos obstáculos no habrían de ser otros que un choque con alguna de las divisiones de Martínez Campos, y en ese caso los truenos avisarían la dirección de nuestra caudillo. Soplaba el viento de la fortuna de un modo muy pronunciado para nuestras armas, y él despejaría en breve el mal cariz de los acontecimientos, á la manera que se dispersan las brumas de la mañana cuando el sol las bate en firme.

Con efecto, poco antes del mediodía, los dos campeones hallábanse ya reunidos en los umbrales de Coliseo, como si el punto de cita y la hora hubiesen sido objeto de previa determinación entre dos hombres acostumbrados á la puntualidad militar. Madrugando Maceo, para dar cima á su intento de unirse á Gómez, había atravesado la línea férrea de Jovellanos á Cárdenas, dejando huellas inequívocas de su paso y dirigiéndose después sobre la línea de Matanzas la cruzó sin hostilidad, en el trayecto comprendido entre las estaciones de Tosca y Madan, en los momentos en que Martínez Campos salía de Jovellanos. Gómez, por su parte, emprendiendo una marcha forzada hacia el Norte, encontró las huellas de Maceo y acortó entonces la distancia por el camino más recto, aunque no el menos peligroso, puesto que durante su travesía, cubriendo uno de los flancos de la división de Maceo sin que éste lo supiera, podía ser flanqueado á su vez por las vanguardias de Martínez Campos que se hallaban sobre la línea de Jovellanos, arreglando la vía ferroviaria. Tal vez de ese auxilio material, que trató de utilizar el jefe del ejército español para marchar más de prisa, dependió el éxito de la acción de Coliseo, porque de no haberse detenido allí el general Martínez Campos hubiera emprendido la jornada en regla, esto es, con los batallones en columna cerrada, precedidos por la descubierta de caballería, y es indudable que choca en-

tonces con la división de Gómez, al cortar éste perpendicularmente el camino para unirse á Maceo.

Pero de la operación que iba á emprender Martínez Campos no teníamos más que rumores confusos y contradictorios; ninguna noticia concreta. En aquella baraúnda de localidades extrañas, de ingenios destruídos, de gentes dominadas por el pánico ó por sentimientos hostiles, era muy aventurado resolver un problema militar con sólo los datos que suministrara la voz pública, era mucho más cuerdo basarse en las propias conjeturas y afrontar los lances á medida que surgieran sobre el terreno. Unicamente supimos, ya en marcha para Coliseo, que Martínez Campos se disponía á salir de Jovellanos con rumbo á Limonar, para situarse á nuestra vanguardia. Cuando se nos comunicaba esa noticia, Martínez Campos seguía por el rastro de la caña quemada, porque supo que el maderaje de algunas alcantarillas estaba ardiendo, y por lo tanto, interrumpida la vía. El telégrafo tampoco funcionaba: sus aparatos habían volado, junto con las estaciones del ferrocarril. La candela seguía brava é imponente.

Nuestra vanguardia dió vista, á eso de las tres de la tarde, al pueblo de Coliseo, y al avanzar sobre el caserío para intimidar la rendición, sonaron algunos tiros disparados por el destacamento que lo guarnecía, por lo que Maceo dispuso el ataque incontinenti, operación que realizó la caballería oriental con suma rapidez, incendiando una gran parte del pueblo y la estación del ferrocarril. Los defensores hicieron débil resistencia.

Mientras la caballería oriental se apoderaba de Coliseo, asomaron grupos enemigos por nuestra retaguardia, los cuales se extendieron rápidamente por una sabana contigua á los cañaverales del ingenio Audaz, todavía intactos. El general Maceo se encontraba en las inmediaciones del caserío, atareado en hacer salir la gente, afanosa de botín, y el general en jefe en el centro de la columna, pero con escasa tropa, por haber reforzado las líneas de vanguardia en previsión de que el ataque fuese más costoso. Al mismo tiempo, un campesino participaba á Gómez que numerosas fuerzas españolas se dirigían á Coliseo, siguiendo nuestra huella, y á esa noticia, corroborada por los grupos de soldados que tomaban posición enfrente de nuestra

retaguardia despachó Gómez un ayudante para decirle á Maceo que era conveniente retroceder con todas las fuerzas disponibles; y entretanto ordenó á la retaguardia que ocupara los muros del ingenio Audaz mientras él marchaba de flanco sobre el enemigo, que empezaba á desplegarse.

Al acudir Maceo con sólo algunos jinetes y parte de su escolta al sitio donde se hallaba Gómez, para manifestarle que no era posible trabar combate serio á causa de la confusión que reinaba dentro del poblado, los españoles, con tiempo de sobra para adoptar el orden de batalla que mejor les conviniese, rompieron el fuego contra la caballería que iba á ocupar el baluarte del Audaz y sobre los grupos que se destacaban por el frente de la sabana, entre los cuales se encontraban Gómez y Maceo, é hicieron apresurar el paso á la impedimenta, que ofrecía blanco seguro á los fusiles de los españoles. La primera descarga fué estrepitosa, formidable: retembló el campo de Coliseo. Dos batallones, por lo menos, abiertos en forma de escuadra habían disparado de un golpe, sin discrepar en un segundo, y no se hizo esperar la repetición ni el copioso aguacero de proyectiles. Era aviso elocuente de que íbamos á sostener encarnizada lucha, si nó en aquel lugar, ya dominado por el enemigo, en otro campo inmediato que ofreciera oportunidad de aceptar la pelea en mejores condiciones. Para el efecto se enviaron órdenes terminantes al brigadier Tamayo, al coronel Zayas y otros oficiales que se hallaban aún dentro del caserío, para que ocuparan con la caballería la posición más adecuada á la izquierda de Coliseo, y que la infantería se apostara en las aceras contiguas; pero llevados nuestros caudillos de su natural arrojo, al mismo tiempo que daban esas órdenes, se lanzaban por el frente del enemigo con un centenar de jinetes, viéndose obligados á ponerse en cobro, no sin sufrir el quebranto consiguiente al querer romper una de las líneas más sólidas de la infantería española. Rodó el caballo que montaba Maceo, muerto á balazos; fueron heridos algunos oficiales al pie del general, entre ellos, el auditor de guerra Francisco Frexes, y la rociada de plomo alcanzó también á los escuadrones de retaguardia que se apoderaban en aquellos momentos de los muros del Audaz. Esta fase de la acción, la única violenta, sólo duró diez minutos.

Corriéndose Gómez por la izquierda, mientras Maceo cambiaba de caballo, logró empujar la impedimenta hacia adelante y ponerla á resguardo de los proyectiles, por el camino real de Coliseo que cruza por el pie de unas lomas agrias, pero pintorescas en su conjunto. Esa evolución, ejecutada admirablemente por los acemileros y reclutas, debió causar efecto espasmódico en el ánimo de Martínez Campos, toda vez que replegó una de sus líneas de tiradores é hizo sonar el cañón para defenderse de aquella balumba que desfilaba por uno de los flancos, alejándose de la borrasca, pero que por los accidentes naturales del terreno, el camino sinuoso de Coliseo, y otras razones de orden moral—que no son de este lugar—tomó á los ojos de Martínez Campos el aspecto formidable de la caballería que le buscaba el blanco en las sabanas de Peralejo.

Quedaba únicamente nuestra retaguardia, sosteniéndose con vigor en el ingenio Audaz. No había oído el toque de retirada y continuaba firme en su puesto. Viendo el general Maceo comprometida la situación de aquellos escuadrones, sobre quienes toda la columna española iba á dirigir sus ataques, mandó á escape cuatro oficiales, uno tras otro, para que alguno llegara vivo y pudiera trasmitir la orden de retirada. Llegaron ilesos á prodigio.

Eran las cuatro de la tarde.

Un grupo de los nuestros contuvo el avance que iniciaban los españoles sobre nuestra retaguardia, al dejar éstos los muros del Audaz. No hubo más tiros.

A corta distancia de Coliseo esperamos á los españoles hasta que vino el crepúsculo de la noche, en que emprendimos la marcha para Sumidero, lugar inmediato á Coliseo, y que también sufrió los estragos del combustible. El incendio lo vería admirablemente Martínez Campos desde su vivac.

Tal fué Coliseo.

Para nosotros una escaramuza, algo empeñada en los primeros momentos, pero que bajo ningún concepto merece el nombre de acción formal: para Martínez Campos fué una derrota completa, decisiva, irreparable, porque no halló modo de ir al desquite, aun cuando haya declarado, y con mucha verdad, que él quedó dueño del campo.

¡Pero de qué campo! . . . De un montón de ruinas humean-

tes, que le muestran al vencedor de una manera elocuentísima la esterilidad de sus esfuerzos y lo infecundo de su victoria. Hay más: le detienen el paso, lo sujetan durante la noche, para hacerle tomar una resolución al rayar el nuevo día que sólo comprueba el abatimiento de su ánimo. Abandona el ejército sin saberse por qué causa, y cuando el adversario se dispone para el desquite, le sorprende la inaudita novedad de que el vencedor de Coliseo ha ido á la capital por la vía más rápida en solicitud de laureles políticos como si se tratara de debates parlamentarios. En vez de continuar al frente del ejército para conducirlo nuevamente á la victoria, único modo de que se conserven lozanos los laureles adquiridos, se embarca precipitadamente teniendo el contrincante á tiro de fusil, y ofrece al país, que lo contempla atónito, el espectáculo risible de una mojiganga nacional en la que figuran los tres partidos legales.

En presencia de tan rara conducta, los hombres serios del partido español pudieron ya prever el triste resultado de la campaña de Cuba y formar exacto juicio sobre las virtudes militares de un general en jefe que dejaba la vida ruda del soldado por la frívola y bullanguera del histrión político. El hecho se repetía con demasiada frecuencia para que dejara de ser un achaque en el caudillo español. Por el pronto le faltaba á Martínez Campos una de las dotes esenciales que constituyen el carácter militar: la perseverancia, sin la cual, la competencia y el valor no obtendrán jamás el brillo que pueden alcanzar asociados con aquella virtud; y con respecto á su capacidad estratégica, el fallo de la crítica imparcial, reuniendo todos los antecedentes históricos más favorables, sólo le concede el concepto de mediocre. Su última salida, sobre todo, no tenía otro aspecto que el de una evasión enfrente del adversario. Casi simultáneamente con sólo veinte y cuatro horas de diferencia, había expedido al gobierno de Madrid dos notas telegráficas que daban la clave de su anómala conducta, y eran á la vez confesión paladina de su fracaso en la campaña y de su derrota en los campos de Coliseo. Decía el primero: "Considerándolo conveniente para dirigir por ahora las operaciones, acabo de llegar á la Habana;" y al dar cuenta de la manifestación celebrada en su honor para conmemorar dignamente la victoria de Coliseo, decía con el mismo laconismo: "Realizada esta no-

che grandiosa manifestación de los tres partidos, unidos en unánimes sentimientos en pro de la patria y de Cuba española".

Pero sobre esta manifestación de los tres partidos, la prensa oficiosa de la Habana escribía *cálamo currente*.

"Magnífico ha sido el espectáculo dado por este pueblo en la noche de ayer.

"Todo el vecindario ha acudido á la capitanía general para expresar su adhesión y simpatías al general Martínez Campos.

"Una comisión numerosísima, en que estaban representados los tres partidos, constitucional, reformista y autonomista, subió á saludar al general victorioso.

"El Sr. D. Santos Guzmán, en nombre de los constitucionales, expresó á Martínez Campos la decisión de todos de ayudarle en su penosa campaña.

"El general en jefe contestó á estos discursos con frases de suma modestia y agradecimiento.

"Después la muchedumbre, apiñada ante el palacio, pidió que Martínez Campos saliese al balcón.

"Hízolo así el general, pronunciando una elocuente arenga, en la que campeaba la mayor sinceridad.

"Dijo que había tenido temores de ser mal recibido en la Habana al regresar de Jovellanos y Matanzas, por no haber conseguido el propósito que le llevó á aquella provincia.

"Añadió que le era imposible dimitir ante el enemigo; pero que el gobierno podía relevarlo, sin que él se enojara.

"Ante la confianza que el gobierno me renueva—agregó—ante la manifestación hermosísima que está celebrándose, creo que es mi deber, y será mi deseo más vivo, trabajar sin descanso para aniquilar al enemigo y mejorar la situación presente, que es difícil, pero más grave en la apariencia que en la realidad".

De dos maneras distintas confesaba Martínez Campos su derrota: declarando ante la muchedumbre que no había conseguido el propósito que le llevó á dirigir personalmente las operaciones en Matanzas, y noticiando al Ministro de la Guerra que se situaba en la capital para dirigir desde allí la campaña; de suerte que no solamente había perdido la oportunidad de

batir á los insurrectos, sino que la invasión amenazaba ya la provincia de la Habana (1).

Aun sin estos términos de plena convicción, deja de ser menos patente el fracaso de Martínez Campos. Sin movernos de Coliseo, y otorgándole la victoria de las armas, resulta ésta tan efímera, tan frágil y de tan escaso valor, que sólo subsiste durante los contados minutos de la pelea y dentro del radio limitado que ocupan sus batallones, cuyas líneas no ha podido romper nuestra caballería. Pero á menos de dos kilómetros de distancia, á un paso del ingenio Audaz, donde se ha ventilado el lance, la victoria es ya para las armas cubanas: el pueblo de Coliseo es atacado por nuestra tropa, ocupado totalmente y reducido á escombros, triple operación realizada á la vista del general en jefe del ejército español, que, con sus aguerridos batallones y su excelente artillería, no puede evitar la catástrofe. Tampoco ha podido evitar la destrucción de Sumidero, caserío inmediato, de cuatro estaciones del ferrocarril de Jovellanos y de los campos de caña de catorce ingenios que han ardido furiosos durante las horas de sol, y cuyas siniestras llamaradas son las únicas antorchas que solemnizan el triunfo de Martínez Campos en la triste noche de Coliseo.

---

(1) En corroboración de los temores que abrigaba Martínez Campos y su lugarteniente más adicto, el general Arderíus, véase lo que éste telegrafiaba el día 25 al Ministro de la Guerra:

"En la Habana, como dije á V. E. al participarle la presentación de coroneles voluntarios, espíritu excelente, guarnición muy escasa, pero cuento con los 14 batallones de voluntarios.

"Aquí no hay temor alguno. Voluntarios Habana cubren destacamentos de villas é ingenios en Matanzas, en número de más de 2,000, prestando excelentes servicios. Lo mismo puede decirse de los de la provincia, movilizados también.

"En Matanzas, como dije á V. E. hay entre tropas y voluntarios algo más de 1,000 y artillería municionada. La creo al abrigo de un golpe de mano.—Arderíus".

Esos telegramas causaron en Madrid profunda impresión. Por ellos se inducía que las autoridades militares de la Isla, abrigaban temores por la seguridad de Matanzas y aun de la misma capital. Un periódico de gran circulación, los comentó en estos términos:

"Al saberse que el general Martínez Campos había llegado á la Habana subió de nuevo la negra ola del pesimismo. La explicación dada á este repentino viaje llegó con esa marea. El general en jefe acudía á la capital de la Isla, porque la provincia de la Habana se hallaba amenazada de una irrupción de las hordas de Maceo y Máximo Gómez. Las comarcas más ricas de Cuba iban á experimentar los estragos del pillaje y del incendio. Los insurrectos avanzaban siempre con más audacia que nunca".

Ni siquiera ha hecho adelantar su vanguardia más allá de los muros calcinados del pueblo, para saber en definitiva si le será preciso dar una nueva acción antes de que venga la noche (quedaba aún más de una hora de sol y el ligero chubasco que cayó no había de ser estorbo para las sufridas tropas españolas), ó si se trata únicamente de perseguir á fracciones dispersas: el encuentro de las dos vanguardias le hubiera anunciado en seguida que se trataba de lo primero. En esa misma actitud del caudillo español, que no revela por cierto la proverbial actividad que han querido concederle los cantores de sus hazañas como un don extraordinario de su carácter militar, pero que, diciéndolo sin acrimonia, sólo se manifestó bajo el torbellino de los viajes en vapor y en ferrocarril, no en el teatro real de las operaciones: en esa lentitud, decimos, en esa inacción, delante de un adversario que lo provoca á nuevos lances y le repite el segundo acto de Peralejo, el observador juicioso hallará un testimonio más de la derrota de Martínez Campos y de su escasa capacidad para el mando del ejército.

Obligado a pernoctar entre las ruinas humeantes de Coliseo, detenido allí por una impresión de terror y viendo en todo lo sucedido un gran revés de la fortuna, que ha cesado ya de sonreírle, Martínez Campos representa la imagen cabal del abatimiento, y su infortunio inspira momentánea piedad. Pero al verle correr hacia la Habana en busca de manifestaciones ruidosas que lo indemnicen del desastre, en solicitud de la adhesión de los bandos políticos, rivales entre sí y rastreros por igual, para formar causa común con ellos, alentando á las furias del integrismo, haciendo también gala de crueldad, sintiéndose con valor para aniquilar á los que luchan en el campo de batalla por un ideal noble y santo, á quienes denigra con el epíteto de bandoleros y llama cobardes, cuando él no piensa volver al terreno del desafío; tal actitud, propia del valentón y no de un militar serio y pundonoroso, coloca á Martínez Campos en la galería de los españoles impenitentes, tan dañinos para Cuba como funestos para su propio país.

Deben grabarse aquí las frases todas que pronunció Martínez Campos ante aquella congregación singular de los tres partidos españoles, para que los que no las conozcan, las lean

ahora, y juzguen por ellas el mezquino criterio del caudillo español:

"Hondamente me han conmovido, señores, las palabras elocuentísimas que acaba de dirigirme el Sr. Santos Guzmán, no en nombre de su partido, sino como representante de una manifestación solemne en que figuran todos los defensores de la nación española.

"Yo, señores, me felicito en el alma de esta consoladora unión entre los partidos y les ruego que no olviden jamás estos solemnes momentos, y que se inspiren en esta misma línea de conducta para lo sucesivo. Yo les ruego á todos encarecidamente que ante el peligro de la patria, peligro que por fortuna no existe sino en apariencia, continúen unidos como ahora, inspirándose en las firmes decisiones del pueblo cubano y manteniendo enhiesta la bandera gualda y roja, esa bandera que cobijaba á los descubridores del nuevo mundo.

"Yo, señores, estoy firmemente convencido de la necesidad de que, sin perjuicio de que cada partido siga manteniendo sus aspiraciones políticas respectivas, continúen todos unidos ante la suprema consideración del amor á España, para que sepan aquí y fuera de aquí que todos estamos en nuestro puesto como un solo hombre y unidos en el alto pensamiento del amor á la patria. (Aplausos atronadores. Vivas á España y al general Martínez Campos).

"Ha dicho el señor Santos Guzmán, con toda verdad, con elocuencia, que las circunstancias actuales son, al parecer, difíciles; y, en efecto, señores, son más aparatosas que terribles. Yo no he de negar, señores, que mi corazón estaba oprimido, mi mente abrumada, afligida mi alma, cuando al recorrer los campos florecientes de la provincia de Matanzas, por delante, por los costados, bajo los pies de mi caballo salían llamas; cuando veía el encono de los esfuerzos del bandolerismo para destruir esa riqueza que ha dado á Cuba el nombre de florón de la corona de España... (Aplausos y vivas que interrumpen el discurso).

"Yo me sentía abrumado de pesar al ver tanta pérdida, tanta devastación, tanta ruina; pero, señores, todavía lo comprendía. Pero cuando entraba en aquellos pobres poblados y veía las casas

abrasadas y las familias sin ropas que ponerse, el horror que sentí fué grande, y si entonces, si en aquellos momentos yo me hubiera encontrado con un enemigo que me hubiera hecho una resistencia tenaz, señores, me sentía cruel, no hubiera podido dominar la pasión de mi ánimo... (Aplausos atronadores).

"Yo, señores, he venido á la Habana para organizar las operaciones, pero bajo la impresión de que, tal vez por culpa mía hubiera desmerecido ante vosotros. (Vivas y aclamaciones: ¡Nunca! ¡Nunca!). Yo he visto que no, con vivísimo agradecimiento. El recibimiento que me hicisteis cuando llegué, á mucho me obliga; más me obliga aún la solemne manifestación de esta noche, y me obliga más que nada la representación de España; pero ¿á qué no obligará el agradecimiento ante lo que estáis haciendo ahora y al ver que cuando no lo he hecho bien todavía me apoyáis?

"Quisiera tener la elocuente palabra del Sr. Santos Guzmán, para exponer debidamente toda la gratitud que siento.

"Os debo hacer una advertencia, señores; yo no he pensado en presentar la dimisión, no. (Aclamaciones: —¡Nunca!) Si por no haber obtenido todos los resultados que deseaba, podía mi personalidad ser un obstáculo, yo me resignaba á que el gobierno de S. M. me separara. Pero, mientras dure la guerra, por cuenta propia yo no me puedo separar de la Isla de Cuba. Yo mientras me honréis con vuestra confianza, ¿cómo he de separarme? (Vivas entusiastas).

"Ahora lo que os ruego es que, si alguna vez pierdo vuestra confianza, vengáis á decírmelo, porque yo no soy más que un soldado cuyos estímulos de amor propio quedan muy por debajo de los altos intereses de la patria. Os agradezco en el alma lo que habéis hecho y termino diciéndoos que espero y deseo seguir contando con vuestra unión y vuestro apoyo. (Ovación indescriptible que se prolongó largo rato)."

También los insurrectos hubimos de agradecerle á Martínez Campos sus frases de rencor, porque no faltaban entre nosotros algunos corazones cándidos que creyeran en el próximo fin de la guerra, contando para ello con una noble corazonada del caudillo español, á quien tenían por un hombre excepcional. Su arenga de soldado vulgar, vino á demostrar á los insurrectos

ilusos que la libertad de Cuba sólo podía conquistarse con el hierro y con el fuego (1).

(1) El primer parte oficial de la acción de Coliseo que se trasmitió á Madrid estaba concebido en estos términos:

"Habana 24.—Acabo de conferenciar por telégrafo con el general en Jefe; desde Limonar sostuvo ayer tarde combate honroso, entre llamas de cañaverales, con fuerzas Gómez, rechazándole cerca de Coliseo; tuvo 12 heridos que mandó á Matanzas, él sale para Guanábana, donde dormirá.

General Valdés se sitúa en Sabanilla del Comendador y Luque en la Cidra. Batallón llegado Batabanó, va en vez Matanzas á Unión de Reyes, todos van á vanguardia enemigos.—Arderíus".

Los telegramas particulares, revisados por la censura, añadían lo siguiente:

"En los caminos hallamos algunos hombres sospechosos que fueron llevados á Coliseo; dijeron que habíamos hecho al enemigo 40 heridos y muchos muertos, y entre ellos algunos cabecillas. Añadieron que Maceo y Gómez van en dos grupos; que entre ambos componen 9.000 hombres".

El día anterior el general segundo cabo había dirigido al gobierno de Madrid este singularísimo despacho:

"Las fuerzas rebeldes mandadas por Máximo Gómez y Maceo, "culebrean" en Matanzas, esquivando encuentros con las tropas, á pesar de lo cual se han verificado varios hechos favorables á nuestras armas. El general en jefe ha llegado á Jovellanos.—Arderíus".

Descripción de la batalla de Coliseo por un cronista español:

"La proximidad de los contendientes trajo como consecuencia un choque que tuvo efecto en el ingenio "Audaz" la tarde del 23 de Diciembre y que, en realidad, no fué decisivo, aunque revcló, como en Peralejo, el arrojo del general Martínez Campos.

A las siete de la mañana del referido día, salió el general Martínez Campos en unión del coronel Molina y unos 1,500 infantes con dirección á Cimarrones, donde se decía que estaba el grueso de las partidas rebeldes. Como avanzada de la columna iban veinte caballos de la guerrilla movilizada de Sancti Spíritus, al mando de su capitán D. Rosendo Espina; además llevaban los expedicionarios una pieza de artillería.

No tardaron en divisar al enemigo, dándole alcance como á las cuatro de la tarde en los terrenos del demolido ingenio "Audaz".

El general en jefe ordenó que no se hiciese fuego sobre las avanzadas, las cuales van prendiendo fuego á los cañaverales, para no ahuyentarlos, y que la columna avanzara ligeramente en dirección del grueso de la fuerza enemiga, mientras una compañía quedaba como de sostén en el punto en que se había divisado el enemigo.

La fuerza de infantería, desplegada en guerrillas, entró por la izquierda, formando en el llano ó sabana del citado ingenio un ángulo recto por la izquierda; en el lado perpendicular á la finca se colocó la pieza de artillería.

Ya en esta posición la tropa, dispuso el general romper el fuego en toda la línea. Las fuerzas insurrectas que iban bordeando unas lomas situadas al frente del lugar en que se encontraba la columna, al sentirse atacadas se precipitaron sobre el flanco derecho con objeto de parapetarse detrás de unas ruinas y cercas de piedras que allí existían y que les eran favorables, para utilizarlas como trincheras, desde donde podían hostilizar desembarazadamente á la tropa. Comprendiéndolo así el capitán Espina, acudió con sus jinetes á impedirlo, lo que consiguió no sin perder en la refriega dos de los caballos que montaba, y ser herido, aunque levemente en un pie.

Mientras esto ocurría, una parte bastante numerosa de los insurrectos se internaba en unos maniguales existentes hacia la izquierda, desde donde bloqueaba á la columna. En vista de ello, se ordenó un avance de la infantería, con lo cual y con algunos certeros disparos de artillería, se hizo abandonar á los rebeldes sus posiciones.

Todavía intentaron ellos un movimiento envolvente con el fin de apoderarse de la impedimenta de la columna.

Comprendido por el general Martínez Campos, mandó que la impedimenta, entrara en seguida en el campo y que avanzara la compañía que había quedado de sostén.

En esta disposición, la compañía formando tres flancos, se rompió el fuego avanzando, logrando romper á la columna enemiga con una granada acertadamente dirigida al centro donde iba la impedimenta de los rebeldes. Una parte de éstos tomó en dirección á Coliseo, y la otra por el camino que traían, atacando á ambas la columna un buen espacio de tiempo, hasta que viendo el general que se acercaba la noche, mandó tocar "alto el fuego", y contramarchar.

Las bajas de los insurrectos se calculan en unos cien... etc."

Los apologistas de Martínez Campos se cuidaron de hacer circular la siguiente frase, vertida por el "héroe" de Coliseo:

"Si me da una bala, se resuelve el problema y se despeja una nebulosa".

Como casi siempre resulta, la torpe adulación causó más daño al General fracasado que la crítica más sangrienta de sus opositores.

XXVI

Crimea

El ejército invasor se dirige al sur de la provincia.—Devastación del territorio.—La ola de fuego.—El enemigo se desconcierta.

(23 y 24 de Diciembre)

REALIZADA la atrevida incursión por el Norte de Matanzas con el asombroso éxito que hemos visto en la crónica precedente, no era ya temerario propósito arrostrar los obstáculos de otra incursión análoga por el centro de la provincia, como complemento de nuestra marcha triunfal por un territorio militarmente ocupado por las fuerzas españolas, con lo cual no sólo se acreditaría una vez más el empuje de nuestras armas, sino que, de llevarse á cima la nueva excursión con la brillante fortuna que las anteriores, se traería á remolque el ejército de Martínez Campos, aun cuando utilizara los medios de transportes más rápidos para tratar de ganarnos la delantera, porque la práctica iba enseñando que no era la velocidad del ferrocarril lo que apresuraba las marchas, sino el valor que al tiempo sabían darle nuestros caudillos para quienes el descanso era el pretexto que alegaban los perezosos.

Habiendo pernoctado en Coliseo la división que dirigía personalmente el general Martínez Campos, era lógico presumir que tomara el camino de Sumidero para indagar con toda exactitud nuestro rumbo, siempre bajo la suposición de que pudiéramos aproximarnos á la capital de la provincia é intentar allí un golpe de mano. La ciudad de Matanzas no contaba con medios bastantes de defensa para librarse de una acometida, y eso aparte, el recelo de los españoles que abultaba extraordinariamente el valor real de los sucesos en la gran ansiedad de aquellos días, les hacía ver en todas partes la mano del laborantismo distribuyendo proclamas incendiarias y cartuchos de

dinamita, y como es consiguiente, á la población amenazada de una catástrofe, si los insurrectos se corrían por los alrededores. Pero sobre ninguna de esas eventualidades debía basarse una operación ofensiva del ejército invasor; eran sólo datos ó antecedentes para encaminar el adversario á su objetivo determinado, así como tampoco podía darse asentimiento al rumor de que el general en jefe del ejército español se dirigía á la ciudad á raíz de la acción de Coliseo, temeroso de que los partidos políticos lo sometieran á un consejo de guerra.

Al partir de Sumidero, nuestra columna se dirigió en línea recta hacia el Sur, cruzando por las lomas del Hatillo, raros promontorios en aquellas planicies cubiertas totalmente de caña, desde las cuales pudimos explorar la línea férrea de Sabanilla por donde marchaban pausadamente cinco trenes con rumbo al lugar designado por el jefe del ejército español para la combinación del día anterior, y que tal vez sería la Guanábana, por ser estación de empalme de dos vías, la de Matanzas á Jovellanos y la de Matanzas á Unión de Reyes, cubiertas literalmente de soldados de las divisiones de Suárez Valdés, Aldecoa, Prats y Luque, que eran sin duda las destinadas á cerrarnos el paso por el Norte de la provincia si se hubieran dado más prisa en concurrir al sitio de la operación (1). Ya no era de esperar una jornada sangrienta; aunque nos hallábamos cerca del enemigo, pronto íbamos á dejarlo á retaguardia y con pocos deseos de seguirnos por la huella. Generales tan cachazudos como Suárez Valdés y Luque, que ni con el auxilio de la locomotora llegaban á tiempo, no era fácil que á la peonza se encontraran cara á cara con la invasión.

Pero si la jornada no fué belicosa, en cambio fué terrible para las fincas azucareras del centro de Matanzas, que con-

(1) El general Martínez Campos queriendo disculpar á sus subalternos ó tal vez engañado por éstos—porque todo es posible cuando reina el desorden en las altas esferas oficiales,—envió al Ministro de la Guerra el siguiente telegrama:

"Habiendo dicho prensa que generales Valdés, Luque y Aldecoa no habían asistido á la acción de Coliseo, debo manifestar que la interrupción de las vías férreas hizo quedaran retrasados generales, y por eso me adelanté sobre el enemigo.

Generales, con gran trabajo, se pusieron al día siguiente á mi altura".

fiando en la actividad de las columnas españolas y en las ofertas del general Martínez Campos, habían renovado las faenas de la molienda. Todos los ingenios situados dentro del perímetro que forman las líneas de Matanzas, Sabanilla, Bolondrón, Corralfalso y Jovellanos, fueron destruídos, salvándose únicamente las fábricas y los aparatos. El central Diana fué sorprendido en las tareas de la zafra y capturado el destacamento que lo defendía, en número de 18 soldados y un oficial: se les puso en libertad porque no hicieron resistencia. Igual operación se realizó en el ingenio Socorro, cuya guarnición, casi en su totalidad, ingresó voluntariamente en nuestras filas. En todas las fincas se recogieron armas y pertrechos. Para que la correría surtiera mayor efecto, se destacaron guerrillas en todas direcciones que llevaban la alarma á los pueblos comarcanos y extendían á la vez el incendio por la feraz campiña. Imponiendo á sus moradores el tributo de guerra—el caballo y el fusil—les obligaban á reconocer la autoridad de la invasión.

Se cruzó la línea férrea de Sabanilla, y á nuestro paso por la estación de la Isabel se destruyó el edificio, un tramo además de la vía y el material rodante con su locomotora; despedido á todo vapor, envuelto en llamas, parecía un tren de artillería vomitando fuego á derecha é izquierda. Las tropas españolas se habían encaminado hacia el Norte, pues encontramos la línea despejada y aquel tren estaba vacío.

La candela fué aún más tremenda que en la jornada de Coliseo; ardieron mayor número de cañaverales y se propagó con mayor intensidad el siniestro al soplo de un viento propicio, que no dejó de reinar en todo el día. Los colchones de paja, formados por la hoja de la caña en sazón, prendían como regueros de pólvora. La tala devoradora había dado comienzo á las nueve de la mañana, cuando el sol empezó á calentar la tierra, y únicamente finalizó porque el frío de la noche puso húmeda la yesca. Es incalculable el capital que desapareció en pocas horas.

En medio de aquella baraúnda de localidades extrañas, de ingenios destruídos, de líneas férreas atestadas de material rodante, de gente dominada por el terror, ó por sentimientos hostiles, sin que el telégrafo funcionara porque habían volado

los aparatos junto con las estaciones, era muy aventurado resolver un problema militar con sólo los antecedentes que noticiara la voz pública, ó guiándose por el plano topográfico de la región, que, sobre el papel señalaba un barrio rural, y había desaparecido totalmente, ó indicaba una línea ferroviaria, y las humaredas de la horrible combustión echaban su negrura sobre el terraplén de la vía en un trayecto de dos y tres leguas, de muchas más, puesto que el horno colosal brotaba de la misma tierra henchida de colchones de paja, y no daba lugar al esparcimiento del nublado por falta de combustible. Cuando no ardía el maderaje de los puentes, las fogatas en procesión de las cercas contiguas, arrojaban tizones y materias peligrosas al centro de la línea industrial, haciendo crujir los atravesaños de júcaros bajo el estrago de la candela, con la amenaza de prender en los mismos vagones del convoy; allí detenido por la lava. El sol guía de ejércitos que no saben marchar por las tinieblas, estaba como eclipsado. No había perspectivas, dominio visual, colores risueños, ni firmamento: los horizontes parecían tocarse con las manos. Lo que tenía aspecto de muralla fornida, lo derribaba el pecho del caballo. Nuestros bridones, ligeros como las llamas que prendían á su paso, olían á fuego, á epidermis quemada, y pudiera decirse que se alimentaban de humo. El semblante de nuestros soldados era una máscara siniestra, y todo el vestuario de la tropa despedía el vaho peculiar del tizón del bosque, que aun apagado y consumido, impregna las ropas del leñador. ¿Qué podía hacer el aturdido general Martínez Campos en medio de aquel mar de llamas? ¡Si allí, las combinaciones estratégicas y los cálculos más felices se convertían en pavesas ante la magnitud de la conflagración! ¡si no había un palmo de tierra donde poder maniobrar en orden de batalla! ¡si el estruendo de los cañaverales apagaba los estampidos de la artillería; si todo era casual y todo raro, menos la fe y el fuego purificador!

Acampamos en una finca llamada Crimea, casi en los lindes de Jagüey Grande, al Sur de la provincia. Catorce horas contínuas de marcha, bajo el calor terrible de los cañaverales en combustión, medio asfixiados por las humaredas, y por toda ración el zumo de la planta tropical, en verdad que aquellas tropas que iban en ferrocarril y no llegaban á tiempo, y aque-

llos generales que á los tres días de campaña necesitaban restaurar las pérdidas de la economía, no tenían porqué envidiar el patriotismo, la abnegación y la sobriedad de nuestros soldados, ni mucho menos su mísero aguinaldo de Noche Buena, puesto que acampaban á la intemperie y sin vituallas.

Al apuntar el alba ya estaban otra vez en camino nuestras incansables tropas, cual si la correría del día anterior hubiese sido ligera diversión. El coronel Zayas, encargado del flanqueo de vanguardia, se apoderó del caserío de Carvallo haciendo rendir el destacamento de tropa que lo guarnecía, el cual abrazó la bandera de la república cubana al ofrecerle el bizarro coronel un puesto honroso en las filas del ejército libertador. Pasamos por las inmediaciones de Jagüey Grande, población situada al Sudeste de la provincia; dos escuadrones al mando del coronel Pérez, anduvieron á tiros con la tropa de la guarnición, no sin penetrar en los arrabales del pueblo. Durante el trayecto se hizo abundante requisa de caballos y los soldados se proveyeron de vestuario y municiones de boca en algunos establecimientos de comercio, que fueron saqueados por pertenecer á individuos de reconocida hostilidad á nuestra bandera. En previsión de que la jefatura del ejército español, una vez indagado nuestro rumbo, pudiera acumular elementos sobre las márgenes del Hanábana, se dispuso que el coronel Pérez se situara por Amarillas y destruyera la vía férrea que penetra por allí en la comarca de Cienfuegos. Ese déa (25 de Diciembre), acampamos en las colonias de Galdós, término de Jagüey Grande.

Las diferentes columnas que operaban en combinación desde nuestra entrada en la provincia de Matanzas, con las marchas estratégicas del 24 y 25, quedaban burladas, ó poco menos, y acaso detenidas en la zona de Cárdenas por no saber con certeza el itinerario de la hueste invasora; ni las humaredas que se levantaban á nuestro paso podían ya servirles de indicio, porque el siniestro abrazaba muchas leguas de extensión, y aun cabe decir que Matanzas desaparecía bajo un cielo tenebroso.

Mientras el núcleo del ejército invasor arrasaba el territorio por el centro y por el Sur, el brigadier Lacret, con buen número de fuerzas, lo efectuaba por el Norte de la región y ardían los campos del valle de Guamacaro, al propio tiempo que era amenazada la población de Cárdenas.

El jefe del ejército debió, pues, encontrarse perplejo, sin saber á donde encaminar sus huestes, desconcertado en sus planes é ignorando por completo los del enemigo que, diariamente, ofrecían nuevas sorpresas.

XXVII

La Ciénaga

Falsa retirada hasta Las Villas.—Escaramuzas con un destacamento.—Marcha penosa por la orilla de la Ciénaga.—Movimiento de avance.

(26, 27 y 28 de Diciembre)

Los heridos que nos habían causado las tropas españolas en la zona de Colón y en el combate de Coliseo, venían aún en nuestra columna porque no se creyó prudente dejarlos en los territorios recorridos hasta entonces, en atención á que el enemigo no respetaba nuestros hospitales de sangre contra todas las leyes humanitarias, siempre en cambio cumplidas por el ejército cubano: una y otra declaración serán plenamente demostradas en lugar oportuno. Ahora sólo citaremos el hecho de que el general Maceo devolvió á Martínez Campos 22 soldados heridos, abandonados por el caudillo español en el campo de Peralejo, y en contraste con este acto generoso, hacemos mención de los asesinatos cometidos por el general Canellas en la zona de Ramón de las Yaguas, á raíz del combate de Sao del Indio. Los horrores perpetrados por el coronel Molina en Matanzas, los expondremos al publicar el largo catálogo de los crímenes que autorizó el sucesor de Martínez Campos, por más que el aludido Molina, se distinguía ya como veterano en la infame carrera que inmortalizó a Wéyler.

La conducción de las camillas era un entorpecimiento para nuestra división, sobre todo, en las largas marchas de diez y doce horas continuadas que comúnmente se hacían. Este fué uno de los motivos que nos obligó á emprender el camino de la Ciénaga, con objeto de establecer en punto conveniente el hospital de sangre, derrotero que por otra parte no entorpecía el objetivo de la operación, que era simular una retirada con todas

las apariencias de definitiva, para luego proseguir el avance con mayor empuje. Encerrado Maceo en una reserva absoluta, á nadie le comunicó el móvil verdadero de aquella marcha retrógrada, que para todos nosotros tenía el aspecto del último acto de la campaña de invasión. En muchos corazones despertaba júbilo inmenso; especialmente los orientales, al verse caminantes de cara al sol durante las primeras horas del día, se entregaban á las más risueñas esperanzas creyendo que muy pronto volverían á recorrer el país natal, la tierra encantadora de Oriente, donde habían dejado la mitad de su existencia: los amores de la juventud, los lazos de la familia, las prendas del alma, y el hogar con sus dulces atractivos; ¡cuán lejos estaba el retorno, y qué de vicisitudes nos reservaba el misterioso porvenir!

Ya en la margen del río Hanábana (día 26), nuestra retaguardia hubo de repeler la acometida de un destacamento de tropa y voluntarios, que salió al encuentro de las parejas que se hallaban de vigilancia en uno de los senderos próximos al poblado del Caimito, mientras que nuestra columna cruzaba por el camino real de Calimete. La refriega fué muy porfiada, debido á que los españoles después del ataque, se guarecieron en una cerca viva, de donde trató de desalojarlos el intrépido oficial que mandaba la sección de nuestra retaguardia. El enemigo no salió de sus parapetos, pero su fuego certero nos ocasionó siete bajas, entre ellas, el oficial mencionado y un ayudante del jefe de Estado Mayor, capitán Jaime Muñoz, que recibió á boca de jarro una herida gravísima. De todos modos, aceptando el lance en aquel sitio peligroso se evitaron más graves resultados, porque prevenido como se hallaba el destacamento y auxiliado por el paisanaje del lugar, nos hubiera arcabuceado á mansalva al salir nuestra gente de los senderos contiguos para tomar el camino real. El número de nuestros soldados que repelió la agresión de los españoles no llegaba á cuarenta, y es de presumir que sería aún menor el de los contrincantes: los pequeños encuentros eran siempre los más peleados y los más mortíferos para nuestras armas.

En una finca llamada el Blanquizal, cerca del río Hanábana, se dejaron algunos heridos, los de mayor gravedad, al cuidado del doctor Alfonso, y en otro punto nombrado Sabanetón, ya dentro de la Ciénaga, quedaron los demás y algunos enfermos,

que no era posible que continuaran en las filas. Entre los dos hospitales se distribuyeron 18 heridos: ninguno quería quedarse, prefiriendo los sobresaltos de la ambulancia, los peligros á ella anexos y los padecimientos exacerbados por el incesante andar, al sosiego y relativas comodidades de una instalación más estable. Le tenían horror al hospital de sangre, como si ya presintieran la horrible carnicería que sobre hombres indefensos y mutilados por el plomo de los combates habrían de ejecutar las hordas de facinerosos que acaudillaba el sanguinario Molina. Fué necesario que Maceo impusiera toda su autoridad para que algunos inválidos aceptaran la boleta de baja.

El día 26 acampamos en Sabanetón, después de una marcha muy penosa por los vericuetos de la Ciénaga de Zapata. La jornada del 27 no fué ni con mucho tan ruda: como cosa extraordinaria, como día de asueto ó de gran solemnidad, sólo anduvimos cinco leguas, desde Sabanetón hasta el ingenio Indio, enclavado en el distrito de Cienfuegos, y logramos, al fin, después de muchos días de acampar á deshora de la noche, echar pie á tierra con el sol en el firmamento; sin embargo, se nos ponía de cara: íbamos, pues, otra vez hacia Occidente, y la mágica visión oriental se desvanecía en el ocaso abrumador de la realidad.

Iniciado el 28 el movimiento de avance, hubimos de cruzar el río temible, con huellas recientes de considerables fuerzas enemigas y otros vestigios que comprobaban que pocas horas antes habían levantado el campo los españoles. Nuestra marcha continuó sin tropiezo después de practicados los reconocimientos indispensables, dentro de los carriles de la línea de Cumanayagua durante un trecho de seis kilómetros.

No encontrándose en ese lugar el coronel Pérez, que tenía la orden de esperar en el paso del Hanábana un mensaje del Cuartel General, y que probablemente no pudo esperarlo á causa de la tropa que allí acampó, fué necesario adquirir informes entre el vecindario de aquellos contornos sobre la dirección que habían tomado los españoles, y por ellos pudimos inducir que, fraccionados en tres columnas, se encaminaban á Aguada de Pasajeros.

En espera de otras noticias y del resultado de las exploraciones que se practicaron sobre varios puntos, pero infructuosa-

mente, transcurrió casi toda la tarde, para volver á tomar el camino poniéndose el sol, y en otra marcha de cinco horas, alumbrados á trechos por los resplandores del incendio, venir á situarnos al pie de Calimete: lugar memorable, porque en él se ventiló, al quebrar el nuevo día, la jornada más sangrienta de la invasión.

Indudablemente que las columnas españolas que quedaron en la zona de Cárdenas á raíz del combate de Coliseo, empezaban á moverse hacia el Sur de la provincia, transportadas por las vías férreas, que por falta de dinamita y de herramientas adecuadas, no pudieron destruírse eficazmente. Tal inducción estaba comprobada por el campamento atrincherado que acababan de dejar las tropas españolas, aparte de la natural previsión que debía suponérsele al general Martínez Campos, y á cualquiera de sus subalternos, de defender los pasos del río Hanábana, ya para disputarnos el nuevo acceso, en la suposición de que lo hubiéramos cruzado, ya para indagar con certeza nuestro rumbo, ya para pregonar ruidosamente la victoria de las armas españolas, si los caudillos de la invasión hubiesen desistido de su empeño después de la correría realizada por el centro del territorio. Nuestro último choque con las columnas españolas fué el 23, en Coliseo; habían transcurrido cinco días cabales, tiempo más que suficiente para mover todos los batallones que operaban en Matanzas y situarlos en cualquier punto de la provincia; creer lo contrario era solemne desatino: tanto valía entonces incapacitar de una sola plumada á toda la oficialidad del ejército español.

Entre las diferentes conjeturas que podían deducirse del movimiento retrógrado efectuado por las columnas que vigilaban los pasos del Hanábana, la que tenía más visos de certidumbre en aquellos momentos, era la de que obedecía á nuestro simulacro de retirada que, con sus apariencias de contramarcha definitiva, disipó la idea de cualquier otro conato de invasión en el ánimo de los españoles, al extremo de que se alejaron de los lugares más estratégicos para ir á pernoctar en las poblaciones más inmediatas. Un general español, que tenía fama de muy ilustre, y cuyos informes sobre el estado de la guerra de Cuba se consideraban axiomáticos, allende y aquende, había dicho al aceptar el mando de uno de los departamentos militares: "Me

propongo imprimir toda la actividad posible á las operaciones en el departamento Oriental, donde afluirán en breve plazo todas las fuerzas insurrectas de la llamada invasión de Occidente (1).

En opinión de muchos militares españoles, las correrías de los insurrectos sólo obedecían al móvil inicuo de devastar la riqueza agrícola, para proporcionarse, con el cuadro de la ruina del país, el infame deleite de la venganza; porque la insurrección, en conjunto y parcialmente, no era más que una horda de vándalos, tan implacable para con el indefenso propietario que tenía su capital en bienes raíces, como débil y medrosa enfrente de las columnas encargadas de su persecución; y por lo tanto, realizada la más audaz de sus correrías con impunidad completa y saciados de pillaje sus autores, no era de esperarse que volvieran sobre las huellas ennegrecidas por el incendio, ni que pretendieran hacer nueva rapiña en un país totalmente depauperado. De suerte, que la invasión de los orientales habiendo llegado más allá de los límites señalados por la osadía de sus caudillos, iba de retorno para sus madrigueras, á modo de esas tribus berberiscas que asaltan las caravanas del sultán y se retiran para sus ignorados alojamientos á repartirse los frutos del botín. No hay exageración en la imagen que hemos elegido de modelo, ni está fuera de lugar, puesto que todos los periódicos españoles de aquella época abundan en comparaciones pintorescas de ese tenor, y el mismo dicho del general Pando, que fué tan celebrado por la opinión, no es más que el boceto de una horda de beduínos en camino de retorno.

Es indudable, pues, que la jornada de Calimete pudo haberse evitado con sólo demorar dos ó tres días más nuestro movimiento de avance, porque se daba, de esa manera, forma más verídica á nuestro simulacro de retirada. Pero nuestro caudillo se sentía impaciente; espoleado por el deseo de hallarse en la provincia de la Habana al alborear el año 1896, siendo tan corto el plazo de tres días (y tan largo, en cambio, el

(1) El general Pando: que no realizó ninguna heroicidad en las dos épocas que estuvo en Cuba, durante la última guerra, y que para colmo de quijotismo, después de asegurar que él acabaría con el poder de los Estados Unidos, se pasó la temporada brava en el extranjero, desempeñando comisiones "técnicas" especiales.

trayecto que tendríamos que andar para asistir puntuales á la inauguración concebida por el genio de nuestro capitán), la demora era para él inquietud, desazón, peso enorme, que únicamente se disiparía en aquel temperamento batallador al correr el campo enemigo de Occidente, para una vez allí vislumbrar otros horizontes tempestuosos, hacer rumbo al temporal, y no sentirse jamás seducido por la victoria ni amilanado por los contratiempos.

Al acampar en las inmediaciones de Calimete (diez de la noche del 28), tampoco pudimos adquirir datos concretos sobre la situación de las columnas que poco antes vigilaban las riberas del río. Los colonos del ingenio Godínez, punto donde se estableció el campamento, sólo confirmaban el rumor de que todo aquel territorio estaba lleno de tropas. Calimete contaba con una guarnición perenne, era punto de etapa de casi todas las fuerzas que operaban al Sudeste de Matanzas, estación además intermedia entre las dos provincias (Santa Clara y Matanzas), y era casi seguro que hubiera pernoctado allí alguna columna.

Encendidas las fogatas de nuestro campo, los centinelas de Calimete debieron divisarlas con bastante claridad, para no confundirlas con cualquiera otra lumbre del vecindario, y aun calcular que vivaqueaban allí fuerzas numerosas. La noche era muy fría.

XXVIII

Calimete

(29 de Diciembre)

Nos toca describir una de las jornadas más serias de la invasión, la más cruenta, al menos, para nuestras armas, en la que si la victoria se mantuvo indecisa, la cuantía de las pérdidas sufridas, su número y su calidad nos colocó al borde de un verdadero desastre, del cual nos salvamos á prodigio; tal vez por los efectos mismos de la impresión del peligro inminente al que nos vimos abocados, y que nos obligó á redoblar la vigilancia, el esfuerzo, la actividad y el valor para resolver rápidamente la crisis, y no ceder al enemigo el terreno conquistado con la sangre de nuestros heroicos soldados.

Aunque la hora en que terminó la jornada del día anterior, no era la más oportuna para examinar la situación topográfica del campamento, por previsión, el general Maceo adoptó todas las precauciones necesarias para colocar el vivac al abrigo de una sorpresa; inspeccionó personalmente los retenes y puestos avanzados para tener la convicción de que se habían cumplido en absoluto sus postreras instrucciones. Casi toda la noche se la pasó en vela, conferenciando á ratos con el General en jefe, con el general Serafín Sánchez y otros oficiales de alta graduación sobre los graves problemas que en aquellos momentos embargaban la atención del ejército, pues el presagio de que nos hallábamos en vísperas de una jornada decisiva había cundido rápidamente en las filas, y ese estado de ánimo, tantas veces precursor de terribles sacudimientos, se exteriorizaba en todas las conversaciones y en el semblante mismo de los soldados más valerosos. Con efecto, recorriendo el extenso vivac á altas horas de la noche, se percibía el sordo rumor de la gente desvelada y

previsora, que, bajo el pretexto de espantar el frío, cuchicheaba al pie del fogón sobre la proximidad de la tormenta. Pero de este estado de vigilia supo aprovecharse Maceo, haciendo que las tropas tomaran las armas al apuntar el día; colocó la vanguardia en actitud de abrir el fuego, si el ataque del enemigo se iniciaba á aquella hora. Esta precaución, tan atinada, produjo el resultado eficaz de toda medida bien dispuesta, porque los españoles hallábanse ya preparados para el combate desde el amanecer y sólo esperaban que se despejara la neblina para atacar de frente y con vigor nuestro campamento, como así lo intentaron; pero su primera línea de tiradores, al romper el fuego sobre la guardia que vigilaba el camino de Calimete, se encontró con otra resistencia más sólida que contuvo de momento la impetuosa acometida de aquella fracción. Al espectáculo imponente de la batalla, precedió un episodio tétrico y repulsivo.

Dentro del batey del ingenio Godínez se estaba celebrando un consejo de guerra verbal para juzgar á un individuo de nuestras filas que la víspera había cometido un atentado contra el honor de una mujer; el cual fué ejecutado allí mismo al empezar el tiroteo de los españoles. Algunos proyectiles llegaban al sitio donde funcionaba el tribunal, y poco después acribillaban el cadáver rígido del delincuente, colgado de un árbol. Los generales Gómez y Maceo, que se encontraban en el batey, oyendo el dictamen del auditor de guerra, para disponer inmediatamente la ejecución del fallo que pronunciara el tribunal, hubieron de arrostrar á pie firme las certeras descargas de los españoles mientras se llenaban los requisitos legales, por entender que aquella sanción penal necesitaba revestirse de las formas más severas, aun corriendo el riesgo de ser ellos blanco de los fusilazos de la columna española, que afinaba la puntería contra los grupos espectadores.

Los muros de la casa de máquinas, los almacenes, ciudadelas y demás edificios de mampostería, ofrecían inexpugnable posición para nosotros, si sólo se hubiese tratado de defender el campamento; pero como entraba en los planes del cuartel general proseguir el avance ese mismo día, y efectuarlo con la mayor brevedad, todo interés de la operación estribaba en limpiar de obstáculos el camino, rechazando primeramente el ataque de

aquella columna que, con toda evidencia pretendía obstruírnos el paso; y no era de pensar que lo hiciera aislada, sino con el concurso de otros factores, más considerables tal vez en efectivo armado, y ya dispuestos á entrar en acción desde que sonó el primer estampido. Todo indicaba positivamente que íbamos á sostener un combate muy encarnizado.

Despejada la niebla que poco há cubría un gran espacio de la llanura, el sol naciente, dejando ver de golpe el cuadro formidable de la infantería española, infundió al mismo tiempo la convicción de que únicamente por un acto de temerario arrojo ó por un favor inesperado de la fortuna, podrían desbaratarse las sólidas bases de la ciudadela viva que nos cerraba el paso. Formada en dos líneas, una de ellas más abierta que la otra, desplegada en la guardarraya de un cañaveral y precedida por un enjambre de tiradores que disparaban al ras del suelo, enfilaba nuestra posición de la derecha; mientras la segunda línea, más reducida y apoyándose en el codo del camino de Calimete, barría un espacio considerable de nuestro frente: esta nube de plomo era amenazadora para nuestra caballería y había causado ya algún estrago en el Estado Mayor y escolta del general Maceo durante las deliberaciones del consejo de guerra. Era indudable que el enemigo trataba de forzar nuestra derecha, y por medio de una vigorosa tentativa apoderarse de alguno de los edificios del batey, para, una vez allí, arrojarnos sobre su flanco izquierdo, y que la segunda línea decidiera entonces la acción, completando nuestra derrota.

Resueltos nuestros caudillos á repeler la agresión de los españoles en campo raso, lanzaron toda la caballería disponible contra el flanco derecho del adversario, y para contrarrestar el ataque que éste á su vez iniciaba sobre nuestra derecha, se reforzó este lado con la infantería que se hallaba formada en el batey de la finca, situándola lo más oculta posible entre las cepas de los cañaverales, oponiendo de esa manera, al enjambre de aquellos cazadores, otro avispero parecido. Al frente de la caballería que acometió la segunda línea de los españoles, iba el general Serafín Sánchez, que, con su heroico continente, infundió á la tropa todo el ánimo que necesitaba para cruzar la llanura de Calimete bajo una granizada de proyectiles. El fuego de los españoles es ahora espantoso; la nube de plomo descarga

cada vez con más furia y á todos alcanza la rociada: jinetes, caballos, fornituras, armamentos, son blancos de las descargas de aquella infantería inmóvil, que ha cambiado rápidamente el orden táctico al verse acometida casi de repente, y se dispone á recibir con las bayonetas á los que intenten asaltar el cuadro. Pero no se arredran tampoco los nuestros—que los bravos que han llegado hasta allí no han de rehuír la lucha cuerpo á cuerpo—y aunque algunos caen, mortalmente heridos, al pie de la muralla de acero, un hombre sólo, espoleando con furia el caballo y esgrimiendo con coraje el machete, abre el ojal que se necesita para que entre el escuadrón de Céspedes y que se renueve con cabal exactitud uno de los episodios de Mal Tiempo. Para que la página heroica de Calimete sea copia fiel de la original, no lo ha hecho sin costo el osado campeón que ha grabado los primeros caracteres: le ha impreso el sello de su propia vida: ha caído exánime debajo de los muros, cuarteados con su machete (1).

Pero el titánico esfuerzo de nuestra caballería sólo nos ha reportado un triunfo parcial y muy costoso, porque habiendo quedado en pie otros núcleos enemigos, han hecho alarde de su heroica serenidad, oponiendo á todos los ataques de nuestro escuadrón una resistencia invencible: replegándose sobre el camino de Calimete, bajo el amparo de las trincheras, han renovado sus fuegos mortíferos, haciendo infructuosa cualquiera otra carga de nuestra caballería. Comprendiéndolo así el general Sánchez, que ha prodigado su valor en los choques más rudos, ordena la retirada de los escuadrones en medio del terrible aguacero que descarga sobre la llanura y que azota nuevamente á tan sufridos soldados.

---

(1) Este bravo oficial se llamaba Andrés Fernández, conocido por el "Gallego". Había nacido en España, pero cubano de corazón, fué uno de los primeros en levantarse en armas cuando el movimiento de Baire. Por su arrojo alcanzó el grado de teniente coronel. Mandaba uno de los escuadrones del regimiento Céspedes en la invasión. Su cadáver fué recogido por algunos compañeros que llegaron con él al asalto del cuadro en la acción de Calimete, entre ellos el coronel Pedro Ramos y el teniente coronel Sartorio, que le dieron honrosa sepultura cerca del lugar donde cayó gloriosamente. Su muerte fué muy deplorada por el general Maceo, que tantas veces había tenido ocasión de admirar el valor extraordinario de Fernández, así como sus cualidades de soldado inteligente y pundonoroso.

No ha terminado aún la pelea. Continúa con gran calor en nuestro flanco derecho, posición que han pretendido forzar primeramente los españoles; nuestros caudillos se ven en la necesidad de acudir allí con sus escoltas y la mayor parte de la infantería para anular los esfuerzos del enemigo, encaminados á apoderarse de alguno de los murallones del batey de Godínez. No ha podido lograrlo por los medios ensayados hasta ahora, tal vez porque la hostilidad de nuestros tiradores ha sido muy eficaz; mas no por eso ceden en la porfía, sino que, con mayor audacia, se aventuran á dar un ataque de frente dirigido contra la casa de máquinas de la finca, cuya ocupación les interesa sobremanera, porque ella los hará dueños del campo, aunque el resto de la columna se vea obligada á permanecer dentro del recinto de la población mientras dure el combate. Las fuerzas cubanas no han de intentar el bloqueo.

Los españoles, en su exagerado ardimiento, trataron de ganar el edificio de una sola embestida, creyendo que se hallaba poco menos que desierto; pero ya nuestra infantería, corriéndose precipitadamente desde los cañaverales contiguos hasta los hornos de la fábrica, y al amparo del blindaje de los aparatos, detrás de los cilindros, sobre los escalones de los muros, en torno de la chimenea, dentro de los tanques de hierro, reductos inmejorables, hizo fracasar con certeros disparos el nuevo intento de la tropa española, que, tan agobiada como nosotros, calmó al fin sus ímpetus enfrente de la ciudadela blindada; tregua que supo aprovechar el general Maceo para organizar la columna y ponerla en marcha: ¡tarea abrumadora!

Entonces pudo apreciarse en toda su magnitud el estrago causado en nuestras filas. El cuerpo de Sanidad acababa de practicar la primera cura al comandante Fournier, que recibió dos balazos al terminarse el combate, y uno de los médicos, el doctor Alberdi, nos dijo que Fournier completaba el número 64, ¡por ahora! Faltaban por curar algunos, que negaban estar heridos, y quedaban enterrados 16 hombres, en su mayor parte oficiales de mérito.

En marcha ya nuestra división, después de dar sepultura á los muertos, de instalados los heridos de mayor gravedad en las literas de nuestro ejército (las hamacas de uso) y de haberse distribuído los 50 armamentos que se cogieron á los españoles,

el estampido de un cañonazo anunció súbitamente la presencia de nuevas fuerzas enemigas. Al cañonazo siguieron nutridas descargas de maüser, que pusieron en grave riesgo á la ambulancia, detenida en aquellos instantes para hacer el relevo de los conductores de las camillas: éstas eran 36, y formaban largo cordón. Por el lado más débil había atacado el enemigo, y sus primeros disparos, cruzando por donde se hallaban detenidas las literas, produjeron la confusión y alarma consiguientes. Los heridos pudieron salvarse, á pesar del pánico, corriéndose el peonaje que los conducía en hombros hacia la derecha del campo y tomando al azar por la guardarraya de unos cañaverales muy espesos, pero desviándose demasiado, sin práctico que les sirviera de guía, fueron á parar á muy corta distancia de una estación de ferrocarril (la del Manguito), en momentos en que llegaba un tren cargado de tropas. Las fuerzas de vanguardia, en las que iba el general Gómez, llegando poco después al lugar, sirvieron de escudo á los 36 heridos, cuya situación momentos antes era terrible, puesto que ya no les quedaba otro recurso que esperar allí la muerte ó ser prisioneros de los españoles. Empezó en la estación del Manguito el desembarco de la tropa, pero—¡cosa incomprensible!—aquella tropa permaneció quieta, y al poco rato volvió a meterse en el tren, y siguió viaje.

Entretanto, la columna que había roto el fuego sobre nuestra ambulancia desde el batey de un ingenio (el central María), continuaba esparciendo balas por el centro y costados, aunque sin moverse de sus magníficos parapetos. Acudió Maceo con alguna tropa de caballería para retar al jefe de la columna que daba tan gallarda muestra de prudencia; y situó toda la infantería dentro de una zanja antigua que se halló al paso, para que repelieran la agresión de los artilleros si salían al limpio. La manera de abrir el fuego, á cañonazos, y la continuación del mismo ejercicio, indicaba el propósito de aquel antagonista, de permanecer allí: hecho comprobado en distintas ocasiones. Este segundo combate, que sostuvo principalmente nuestra infantería, nos ocasionó cinco bajas; es de presumir que el adversario saliera ileso.

Faltaba por averiguar el rumbo de la tropa española que se había dejado ver por el Manguito, desapareciendo de un modo tan raro á la vista de nuestra vanguardia, y desperdiciando al

mismo tiempo la mejor oportunidad de descargar con éxito sus fusiles; y para ello se adelantó el general Maceo con su Estado Mayor y algunos pelotones de caballería además de su escolta, hacia los campos de Manguito, reconociendo después las colonias del Caney sin hallar huellas de los españoles en todo el trayecto; pero habiendo hecho un ligero alto en una finca llamada el Rocío, en momentos en que se practicaba la primera cura al comandante Nodarse, herido en Calimete, asomaron grupos enemigos en un cañaveral próximo al lugar y que nuestros exploradores anunciaron como simple guerrilla ó puesto más avanzado de alguna columna. Salió Maceo á batirla, en la convicción de que sólo se trataba de una patrulla de exploradores, pero las nutridas descargas que partieron de un palmar, interpoladas con algunos cañonazos, le hicieron entender que tenía que habérselas con toda una división, con elementos de las tres armas, lance demasiado comprometido para la mermada tropa que iba con Maceo. Nuestra gente disparó algunos tiros, mientras la columna española hacía derroche de cartuchos que desmocharon el follaje del cañaveral y algunas cepas de plátanos. Aquel simulacro de batalla temible nos hizo sospechar quién fuera el general gallardo que así gastaba las municiones de guerra: los partes oficiales de la acción de Calimete confirmaban á los pocos días nuestra conjetura (el épico Suárez Valdés).

Continuando la marcha, ya incorporadas todas las fracciones, llevando en el centro de la columna el largo y triste cordón de la ambulancia, al atravesar por la planicie del central Baró nos dispararon algunos cañonazos, que tal vez serían señal convenida para avisar á las diferentes columnas el derrotero que seguía la invasión.

La jornada terminó á las nueve de la noche, en un sitio llamado Reglita, colonia de caña, como la mayor parte de las fincas de aquel territorio, y donde encontramos algunas almas caritativas que hicieron cuanto les fué posible para remediar nuestra situación. El cuadro era triste, desgarrador. En la casa donde se alojó el Cuartel General, bastante espaciosa, se colocaron los moribundos. Durante la noche, un viejo soldado de la escolta de Gómez exhaló el último suspiro; tres más le siguieron al romper los claros del día. La sanidad no cesó un momento en la obra benéfica de aliviar el dolor y de consolar el

infortunio. Si en el campo de Calimete se había multiplicado para que á ningún herido le faltara el primer vendaje, en el vivac de esta noche permaneció solícita al pie de los pacientes, cambiando los apósitos, extrayendo pedazos de plomo, ligando arterias, examinando minuciosamente cada uno de los casos: ¡qué clínica más instructiva! y considerado bajo el carácter más elevado de sacerdocio ¡qué abnegación la de esa juventud ilustrada que pelea por un ideal y mitiga el dolor de la víctima!

Nuestras bajas ascendieron á 85: 16 muertos y 69 heridos, algunos de éstos aumentaron después la cifra de los primeros. Del Estado Mayor de Maceo, salieron heridos el teniente coronel Mariano Sánchez y el capitán Gustavo Alberty, los oficiales Bacardí, Pérez y Carulla, y el comandante Nodarse. Muertos, el segundo jefe del regimiento Céspedes, teniente coronel Andrés Fernández, los comandantes Vicente Torres y José Murgada y el oficial Cruz Olivera, ayudante del general Gómez. De la escolta del general Maceo, herido el jefe, comandante Braulio Pérez, y muertos dos oficiales. De la infantería, herido el teniente coronel Martínez y el comandante Fournier. Además, salieron con heridas menos graves, el teniente coronel Sartorio, y los comandantes Chacón y Fornaris, de la caballería de Oriente. El número y la calidad de las bajas comprueban de un modo bien elocuente lo encarnizado de la pelea.

Es indudable que nuestro descalabro hubiera sido inmenso si la columna que nos atacó por el flanco más débil, parapetada en los muros del central María, y la que asomó poco después por el Manguito, hubiesen imitado la conducta de la que peleó en el campo de Calimete, cosa que, sin mayor esfuerzo, sin gran exposición, hubieran podido realizar; y al ser enorme nuestro quebranto, la hueste invasora queda detenida en las fronteras de Occidente, como buque desarbolado ó que por falta de tripulación no puede seguir la ruta.

Las fuerzas españolas del central María estaban mandadas por García Navarro; las que se dejaron ver por el Manguito, y un poco más tarde reconocieron la colonia del Caney, iban dirigidas por Suárez Valdés: una brigada y una división, mientras que la columna que bregó en Calimete con heroísmo incomparable, estaba constituída por un batallón y algunas secciones de caballería, bajo el mando de un teniente coronel, subalterno de

Suárez Valdés, pero á quien le cabían mejor que á éste los entorchados de general (1).

El parte oficial decía así:

"Habana 31.—El teniente coronel Perera con el batallón de Navarra, compuesto de 850 hombres, encontró ayer el grueso de las fuerzas enemigas, mandadas por Máximo Gómez y Maceo, que efectuaban un movimiento de retroceso hacia Las Villas, en un sitio próximo al pueblo de Calimete.

"El enemigo era muy superior al de nuestras fuerzas y había tomado posiciones en varias casas de campo y detrás de los paredones del ingenio derruído de Godínez.

"La situación de nuestras fuerzas era difícil y comprometida porque luchaban á campo descubierto, mientras los insurrectos estaban parapetados.

"Con gran oportunidad llegó la brigada del general García Navarro.

"Esta atacó por uno de los flancos, consiguiendo dividir al enemigo, y obligándole á que se dispersara y emprendiera la fuga.

"Poco más tarde llegó la columna del general Suárez Valdés, que encontró al enemigo en retirada, y lo atacó haciéndole nuevas bajas.

"Nuestras fuerzas tuvieron dos oficiales, un sargento, un cabo y 15 soldados muertos; un oficial, dos sargentos, cuatro cabos y 57 soldados heridos".

El jefe del batallón de Navarra y los bizarros soldados que con tanto denuedo lucharon en Calimete, poco en verdad habrán tenido que agradecerle á Martínez Campos, que no tuvo para ellos las frases de elogio que se merecían, y más de una vez, seguramente, al leer el parte oficial de la acción, habrán deplorado la llegada "oportuna" del general García Navarro y un poco más tarde la de Suárez Valdés, á quienes los soldados de Navarra no vieron en el campo de Calimete, pero que, como jefes al fin, como generales que llevaban la dirección del negocio, se orlaron con los laureles de la jornada, y quien sabe si pretendieron alguna recompensa!

XXIX

Iberia

Continúa el avance hacia Occidente.—Nuevos encuentros con el enemigo.—Disposiciones del Cuartel General.—El esfuerzo de España.—Termina el año 1895.

AMANECIÓ el día 30 de Diciembre con no muy agradable faz para el ejército invasor, roto de fatiga y mermado por el plomo. Bajo tristes augurios terminaba el primer año de la Revolución, en medio de un cuadro fúnebre y dolorosamente instructivo; junto al lecho de muerte de soldados heroicos que se despedían para siempre del mundo y de la patria amada, sin llevarse el consuelo de verla feliz, la luctuosa procesión de los heridos en andas, como larga hilera de féretros que va en camino del cementerio. El torvo semblante de la fortuna parecía anunciarnos los funerales de la invasión.

Abarcando nuestros caudillos de una sola ojeada la gravedad de los sucesos, se dispusieron á hacerle frente, con ánimo valeroso y resolución inquebrantable, sin desistir del objetivo principal de la campaña, sin demostrar flaqueza ante nuestros soldados, ni mucho menos ante el enemigo á quien presentarían la cara cuantas veces fuera menester, aun en aquellas circunstancias excepcionales, tan críticas para nuestro ejército: no se iría, pues, á buscarlo en sus campamentos mientras no tuvieran refugio los heridos que, por su estado de gravedad, no podían montar á caballo, pero no se rehuiría la provocación al lance en ningún terreno. La experiencia de la lucha había demostrado que hacer alto para combatir, era menos peligroso que sufrir por la espalda la agresión del adversario, por aflictiva que fuese la situación propia. El general Maceo dejó entrever su pensamiento de saludar el año nuevo en la provincia de la Habana, para dar ánimo á la tropa ilesa; y ello bastó á disipar la negra

pesadumbre que se había apoderado de los corazones. La penetrante mirada del caudillo, recorriendo de un golpe la formación y escudriñando el interior de todos, vino á ser el rayo de sol que aclara los horizontes plomizos de una mañana tempestuosa: ¡tanta era la fe que se tenía en aquel hombre extraordinario!

El corneta de órdenes tocó marcha, que prometía ser tan agitada y penosa como la del día anterior, pero al fulgor de aquellos ojos y al ímpetu irresistible de su gallardo continente, todo el mundo se dió prisa, y empezó á desfilar la vanguardia con la marcialidad de una tropa que sale del cuartel después de largo descanso. Ya en camino, hubo que destacar varios grupos de infantería para contener á los españoles, que, según noticias de buena fuente, desde el central Baró se encaminaban á nuestro campamento de Reglita, en donde sólo quedaba la extrema retaguardia que sostuvo ligeros tiroteos con los exploradores de Suárez Valdés (1). Al cruzar la línea férrea de Sabanilla, por las inmediaciones de la Isabel (entre Corral-falso y Cuevitas), los pitazos de alarma de una locomotora anunciaron el enemigo sobre nuestro flanco izquierdo; el lado más débil, como en la segunda acción de Calimete, y con las camillas también detenidas por el obstáculo de algunos cercados de piedras, en los que era necesario abrir portillos para que pudiera cruzar toda la ambulancia. El tren se desvió al ocupar nuestra vanguardia la línea mencionada, dirigiéndose por uno de los ramales al ingenio Unión, y con esa maniobra se situó mucho más cerca de las camillas; éstas no podían abreviar el paso. El terreno no ofrecía

(1) A este hecho de armas debe referirse el parte oficial que dirigió Martínez Campos el día 31 de Diciembre al Ministro de la Guerra, y que publicaron los periódicos de Madrid:

"Habana 31.—Suárez Valdés alcanzó ayer retaguardia enemiga y le causó dos bajas. Enemigo no esperó y se fraccionó al Norte de Cuevitas, tomando unos dirección Tabaco y otros Corral Falso.—Campos".

Esta es la única vez en que Suárez Valdés declaró la verdad en lo que respecta al número de los muertos vistos; puesto que, al llegar á la colonia de Reglita, encontraría dos soldados moribundos, ó quizás ya exánimes, que nos vimos obligados á dejar allí porque el cuerpo de Sanidad manifestó que sus minutos estaban contados. El jefe de Estado Mayor del general Maceo (el autor de estas Crónicas) los dejó al cuidado del dueño de la casa, con un papel escrito y firmado, en el que hizo constar el nombre de los moribundos y las circunstancias en que quedaban; diciéndole al buen señor aquél que los enterrara, si morían antes de que llegara la primera columna, y de no, que exhibiera el documento y el cuadro al jefe de los españoles. No serían otros los muertos que nos hizo el general Valdés.

quebrada alguna, era liso, sin arboleda y con los valladares de cascajo que allí se utilizan para determinar las lindes de cualquier paño de tierra: la situación era otra vez crítica, amenazadora. Los españoles avanzaron de frente, por dos guardarrayas, aunque sin romper el fuego, no obstante la proximidad del enemigo. Gritaban ¡viva España! y hacían flamear una bandera, probablemente la del batallón ó regimiento á que pertenecían. Casi ya tocándose unos y otros combatientes, se rompió el fuego: los españoles desde la guardarraya de un cañaveral, y los nuestros desde el campo raso; las camillas acababan de cruzar por allí. Nuestra infantería tomó entonces uno de los vallados y sostuvo durante un cuarto de hora la pelea, mientras las fuerzas de vanguardia hostilizaban la reserva de los españoles que se apoyaban en el mismo tren. Este combate no revistió mayor importancia: sólo tuvimos cuatro bajas. Aunque las fuerzas enemigas no eran numerosas, pudieron ocasionarnos muchas y sensibles pérdidas si inician el combate con anticipación, al pasar las camillas por el lugar más próximo al ingenio. Nuestra opinión—que á fuer de enemigos leales consignamos aquí—es que el jefe español respetó nuestra ambulancia; á cada cual lo suyo. Unico hecho de esta naturaleza que hemos presenciado en toda la campaña.

Contra todo lo que se esperaba, no tuvimos nuevos encuentros en la jornada del 30 de Diciembre. La columna que intentaba seguirnos por la huella, se detuvo algunas horas en Reglita, escudriñando las tiendas de nuestro vivac, desierto de tropas cubanas, y las que operaban en combinación con el general Suárez Valdés, ó permanecieron quietas ó tomaron rumbo distinto al de la hueste invasora. Pernoctamos en el ingenio Nueva Empresa, donde obtuvimos cómodo alojamiento y abundancia de vituallas.

El día 31 nos dirigimos hacia Manjuarí, Sur de Matanzas, con objeto de dejar los heridos de gravedad, que transportados en hombros de nuestros soldados y del paisanaje de los contornos, dificultaba los movimientos de la columna y constituía un serio peligro, ya varias veces arrostrado para que pudiera arriesgarse en lo sucesivo. Los heridos de la acción de Calimete, y algunos más, de otros combates anteriores que se evadieron de causar baja en la Ciénaga, quedaron en Manjuarí,

costa también de la misma Ciénaga memorable, y en donde habrían de padecer doble persecución y mayores infortunios. Realizada que fué esta delicada operación, y sin embarazo el ejército libertador, continuó la marcha hacia Occidente, y logró situarse casi en los límites de la provincia antes de que terminara el último día del año, pues no era aún media noche cuando se hizo alto para acampar en el sitio del Estante; de nuestro campamento á las fronteras de la Habana no había más que una jornada corta (de la tropa insurrecta). Los propósitos de nuestro caudillo estaban ya al cumplirse de un modo lisonjero, y todo indicaba que la fortuna, poco há huraña con nosotros, volvía a mostrarse risueña y liberal.

Ruda había sido la jornada del día 31 (catorce leguas de incesante andar); pero nuestras tropas despidieron el año 1895 con demostraciones de júbilo y entusiasmo, y vivaquearon alegremente con el espléndido botín adquirido en el trayecto.

En el mismo campamento del Estante se dictaron por el general Maceo, y se transmitieron por el Estado Mayor, las órdenes oportunas para que el general Serafín Sánchez, jefe del cuarto cuerpo, regresara al departamento de Las Villas, á quien sustituyó el general de brigada Angel Guerra en el mando de la caballería villareña, que formaba parte de la tropa expedicionaria. Estas modificaciones obedecían al plan general de organización que la jefatura del ejército se proponía llevar á cabo en los tres cuerpos del departamento occidental, dos de los cuales estaban ya creados, aunque uno de ellos, el 5º, necesitaba de mayores reformas, y sobre todo, elementos armados, pues sólo existía una división y no completa; aparte de que el arribo á las playas de Cuba de algunos jefes conocidos, de la guerra de 1868, hacía también indispensable la creación de cuatro ó cinco brigadas más, para que tuvieran puesto aquellos oficiales veteranos, en armonía con el grado militar que alcanzaron en la campaña de los diez años. Se sabía que habían desembarcado en las costas de Santiago de Cuba, entre otros jefes, el mayor general Carrillo y el brigadier José Mª Aguirre. Era, pues, de esperarse que ambos jefes estuvieran ya en marcha hacia Occidente y que á su paso fueran levantando nuevos parciales. Al general Carrillo había que darle un puesto importante en Las Villas, y al brigadier Aguirre reservarle el mando

de la primera división de caballería que se organizase en la Habana.

En otro lugar de estas crónicas hemos hecho mención del nombramiento del mayor general José Mª Rodríguez, jefe entonces del tercer cuerpo, para el mando del 5º cuerpo, que habría de constituírse con las fuerzas de la Habana y Matanzas, á quien se le previno nuevamente que emprendiera marcha sin dilación con 200 hombres escogidos.

Pudiéndose ya dar por un hecho que dentro de pocas horas el cuerpo invasor penetraría en el territorio de la Habana, se comunicaron órdenes precisas al coronel Roberto Bermúdez para que nos precediera en una jornada en la operación que iba á iniciarse al día siguiente. Se le entregó una nota del cuadro de marchas para que le sirviera de guía durante nuestro paso por la provincia, con instrucciones muy concretas respecto á la conducta que debían observar él y sus tropas con los elementos pacíficos del territorio de la Habana, á quienes había que atraer á la causa de la revolución, y en manera alguna deprimir con actos de violencia, á menos que no hicieran armas contra los libertadores. Hombre rudo y de escasas luces el coronel Bermúdez, no podían concedérsele facultades omnímodas para que obrara conforme á su discernimiento, pero asesorado por un buen oficial de Estado Mayor que le hiciera comprender el móvil verdadero en que se inspiraba el Cuartel general al confiarle una comisión tan seria y comprometida, podía dar magníficos resultados, porque era hombre de riñón, amigo de lances bravos y de correrías impetuosas, capaz de armar un jaleo dentro de las calles de la gran ciudad si á ello se le instigaba, y en ese concepto, pues, el jefe de vanguardia más á propósito para anunciar á los españoles de Occidente que ya tenían la invasión encima. Bermúdez iba á meterse como un vendaval por la fértil campiña que riega el Almendares.

El contingente armado que se distraía de la columna invasora para las escoltas del general Sánchez y brigadier Feria, y para la operación encomendada al coronel Bermúdez, quedaba suplido con otro número casi igual, procedente de las fuerzas de Matanzas, que hasta nueva disposición seguirían en el cuerpo invasor. Recientemente se había incorporado el coronel José Roque, con dos escuadrones bien equipados. Además, nues-

tra excursión por el territorio había sido altamente fructífera, y como resultado de ella, teníamos el 31 de Diciembre un aumento de 500 hombres en la sola columna invasora; hombres armados, se entiende; armamentos que procedían de las fincas, caseríos y destacamentos ocupados por nuestras tropas durante la excursión y del ingreso de los pequeños grupos que salían de las poblaciones enemigas.

Nos concretamos tan sólo á la división expedicionaria, al cuerpo destinado á la invasión, y prescindimos por lo tanto, del aumento prodigioso que tuvieron las fuerzas que acaudillaba el jefe del distrito, el coronel Lacret, en las atrevidas excursiones por el territorio de su mando, á las que consagró el valor proverbial de su carácter y de su brillante historia. Por el Norte de la provincia, en la jurisdicción de Cárdenas, sobre todo, la revolución había tomado vuelo considerable con el ingreso en nuestras filas de personalidades importantes, que lo hicieron provistas de fusil y con la canana repleta. El contingente armado, al finalizar el año 1895, era de 2.800 hombres: de ellos, 400 pertenecían á la brigada de infantería con armamentos excelentes (maüser y rémington), cogidos á los españoles en su mayor número, y con un personal inmejorable: gente fornida, ágil, sobria y bien instruída, hacía honor á la oficialidad que la mandaba. De la división de caballería no podía decirse que su armamento fuese uniforme, sino irregular y vario, puesto que abundaban los rifles relámpagos, las carabinas recortadas *ex profeso*, y figuraban en menos proporción las tercerolas, propiamente dichas; pero la tropa, no tan bien organizada como la de infantería, por razones que son fáciles de colegir, era igualmente valerosa, tan sufrida como la que más lo haya sido en el mundo, y el ganado reunía las cualidades excelentes de la raza criolla, de resistencia, fogosidad y buen andar: llevaba en su sangre todo el ardor de las patrias dehesas. Intactas como se hallaban las ganaderías de Colón y en los pesebres de los ingenios lo más florido de la última remonta, hubo de sobra donde escoger alazanes de brío en aquella gran feria de Matanzas (1).

(1) El general Martínez Campos acababa de ordenar que las caballerías que hubiese en la provincia fuesen recogidas por las autoridades militares, abonándose á sus dueños la suma de 34 pesos por los caballos

Pero hora es ya de considerar el asombroso esfuerzo de España en su tenaz empeño de extinguir la rebelión separatista; esfuerzo colosal nunca imaginado por los hombres que conocían el estado de penuria de la nación española, su decadencia irremediable, ocasionada por múltiples causas históricas, congénitas y profundas, y el mísero cuadro de sus perturbaciones intestinas, que justificaban plenamente el mordaz concepto vertido por un escritor intencionado de que el Africa empezaba en los Pirineos. Con todo, el hecho inconcebible de haber puesto sobre las armas á 200.000 hombres en menos de un año, y de sacar recursos para el sostenimiento de la guerra de Cuba, revelaba una muestra de vitalidad de que nadie, nacionales ni extranjeros, creía capaz á España; y la cabal disposición de cumplir al pie de la letra el alarde patriótico del jefe del gobierno conservador, de que España agotaría la última gota de sangre y el último centavo antes de ceder un palmo de tierra de sus colonias. Pero no era vitalidad, ni exponente real de una legítima grandeza; era un alarde fanfarrón, propio del temperamento castellano, que á guisa de hombre rumboso y decrépito, dilapidaba los restos de su fortuna poco antes de declararse en quiebra. El sentimiento de un amor propio mal entendido, el llamado orgullo nacional con sus rasgos exagerados y la altanería de su origen, el carácter apasionado del pueblo español, la ferocidad é ignorancia de la gente plebeya, el rencor profundo que hacia nosotros sentían los hombres de más elevado rango, así los que aquí medraban, como los que allí vivían á expensas de las colonias, el militarismo jactancioso, ávido de preponderancia, trabajado por las revueltas de más de medio siglo, todo esto en fermentación, como las heces del vino, poniendo á España ebria de furor patriótico, trajo el alarde de vitalidad que pesó de un modo horrendo sobre las colonias sublevadas, para precipitar después en el abismo de la miseria y de la deshonra á la nación de Lepanto y del dos de Mayo.

El alma nacional—como han dado en llamar los apologistas españoles á sus propias flaquezas—tomaba vuelos, se remontaba

---

de más de seis cuartas y media, 25 por los de menos alzada y 15 por las yeguas. ¡A buena hora daba en el clavo el general en jefe del ejército español!; tan á desatiempo, que muy bien puede asegurarse que continuaba pegado á la herradura.

al impulso de la excitación patriótica, en vez de recogerse, para meditar sobre la realidad de las cosas; y las masas populares, heridas eléctricamente por las chispas del bélico entusiasmo, renovaban las escenas de las Carolinas y Melilla, con vistas al 2 de Mayo, pidiendo alistamientos de ejércitos, represalias, el exterminio de los traidores, el castigo de los culpables: en suma, el cumplimiento breve é inexcusable de todo el programa oficial, arreglado teatralmente por media docena de periódicos matritenses.

Otra nación, después del fracaso de Martínez Campos—tan evidente al finalizar el año 1895—y de los nuevos esfuerzos que exigía el estado de la guerra separatista, ¡40.000 soldados más y cien millones de pesos!, cifras espantosas que representaban la ruina y el desangramiento de España; otra nación, decimos, hubiera procurado por todos los medios asequibles poner término al conflicto, al reflexionar con acierto de que aun en la hipótesis de obtener el triunfo por la sola intervención de las armas, aun en el supuesto de dejar bien sentado el pabellón nacional con el completo exterminio de los rebeldes, había que contar para lo porvenir con una nueva calamidad, la de la guerra, que se renovaría periódicamente, como el vómito mortífero, acrecentando el cuadro de la muerte y haciendo imposible toda tentativa de reconciliación entre cubanos y españoles. Pero esos saludables propósitos, recomendados por el propio egoísmo, ya que no sentidos por humanidad, en España... en esa nación, hidalga y católica por excelencia, se tendrían por herejías si alguien se atreviese á proclamarlos.

Los españoles, desde antiquísimo origen, han dado en la tema, extremada en días de crisis nacional, de que ellos son los más valientes del mundo, los más esforzados campeones, los capaces de mayores heroísmos, y preciso es reconocer que llevados de ese espíritu de fanfarria, característica expresión de su clásico valor, se lanzan á toda suerte de aventuras sin medir las consecuencias de la empresa, sirviéndoles de modelo siempre el mismo tipo: Don Quijote—que no escarmienta nunca.

Cada vez que surge un conflicto internacional, se provoca por el pueblo español el *casus belli* por medio de ruidosas manifestaciones al aire libre, con su complemento de pedradas a las legaciones extranjeras, silbidos, insultos á los cónsules, y en

huelga general señoritos y barrenderos, exhuman sus guerreros más ilustres (Pelayo el primero), cantan la jota aragonesa y los aires sevillanos, y con su Marcha de Cádiz se dirigen marcialmente al toril ó al Palacio Real para exigir incontinenti el rompimiento de las hostilidades. Toreros, chulos, manolas, estudiantes, milicianos, cigarreras, *golfos*, toda la comparsa heroica del Madrid callejero inunda la vía pública para declarar la guerra al moro ó al germano: siguen el ejemplo de la coronada villa las demás poblaciones bullangueras: Zaragoza, Valencia, Cádiz, Málaga, Jerez; arde España entera, como se dice, en fiebre patriótica, y por tales medios se organizan ejércitos, se decretan levas monstruosas, se agota el tesoro público y se envían miles de reclutas al matadero. Salen en procesión cívica los piqueros de Bailén, el General ¡No importa!, el Alcalde de Móstoles, el Tío del Arco de la Ceneja, como si el mismo Napoleón estuviera en Somosierra, camino de Madrid; y con el incentivo de esas mojigangas, el repiqueteo de las castañuelas, el pasacalle de las estudiantinas y otras vanas ostentaciones, se equipan cuerpos expedicionarios, se sacan recursos de donde no los hay, se estipulan empréstitos ruinosos cuando se han agotado los subsidios nacionales; y se llenan literalmente de inválidos los hospitales, visten de luto miles de familias, las crónicas fúnebres se hacen interminables: ¡No importa!—exclaman los patriotas; somos invencibles, ¡el mundo nos admira!—y vuelven á sonar las bandurrias de la comparsa heroica, se saca otra vez en procesión la mojiganga de las antiguallas, y el toreo, en último caso, disipa las tristezas ocasionadas por los desastres de la guerra.

Un pueblo que se entrega á tales locuras, bien puede decirse de él, que es capaz de suicidarse... épicamente.

El esfuerzo de España en hombres y dinero, arrojaba estas cifras al finalizar el año 1895, según datos oficiales del Ministerio de la Guerra:

SOLDADOS ENVIADOS A CUBA

Primera expedición (del 8 al 12 de Marzo): siete batallones peninsulares y reclutas para cubrir bajas	8,302

Segunda expedición (del primero al 19 de Abril): un batallón de infantería de marina, 900; para cubrir bajas, 6.352. Total.	7,252
Tercera expedición (del 24 de Abril al 8 de Mayo): dos batallones provinciales, 2,075; un batallón de infantería de marina, 900; para cubrir bajas, 856. Total.	3,801
Cuarta expedición (del 20 de Mayo al 10 de Junio): diez escuadrones de caballería, 1,600; un batallón de infantería de marina, 900; para cubrir bajas, 208. Total.	2,708
Quinta expedición (del 18 de Junio al 21 de Julio): diez batallones expedicionarios de infantería, 8.652; para cubrir bajas, 437. Total.	9,089
Sexta expedición (del 31 de Julio al 30 de Septiembre): veinte batallones de infantería, 19,311; ocho escuadrones de caballería, 1,280; un batallón de artillería de plaza, 767; dos batallones de artillería de montaña, 381; un batallón de ingenieros, 971; y para cubrir bajas, 2,083 hombres más. Total. . .	24,763
Séptima expedición (del 5 de Octubre al 30 de Noviembre): 21 batallones expedicionarios de infantería, 18,871; uno de infantería de marina, 835; y diversos para cubrir bajas, 3,873. Total.	23,579
Dos terceros batallones de infantería organizados en Cuba.	2,000
Dos batallones de cazadores, procedentes de Puerto Rico.	1,400
Dos idem peninsulares, organizados en Cuba. . . .	1,800
Guerrillas, sección de ordenanzas, brigada disciplinaria, compañías de voluntarios en activo y escuadrones de Santa Catalina.	5,325
Tres escuadrones de caballería, organizados en Cuba	393
Preparados para embarcar (reclutas del reemplazo de 1895).	8,000
Suman.	98,412

EXISTIAN ANTES DE ESTALLAR LA GUERRA:

Quince batallones de infantería, dos regimientos de caballería, un batallón de artillería de plaza, una batería de montaña, un batallón mixto de ingenieros, tres tercios de la guardia civil, un batallón de Orden Público, una brigada disciplinaria y varios cuerpos de milicias locales, con un total de hombres	20,874
Total general. . . .	119,286

Las fuerzas del instituto de voluntarios que existían en Diciembre de 1895, ascendían á. . . . . 63,000 hombres, y se habían movilizado unos 5,000 (1).

(1) Como nota adicional y curiosa, publicamos la lista de los generales que había en Cuba, en el mes de Diciembre de 1895.

Capitán general, general en jefe.—Arsenio Martínez Campos.

Tenientes generales.—Sabas Marín, Luis Pando y José Varela.

Generales de división.—José Arderíus (segundo cabo), José Lachambre, Pedro Mella, Alvaro Suárez Valdés, Pedro Pin, Andrés González Muñoz, José Jiménez Moreno y Adolfo Jiménez Castellanos.

Generales de Brigada.—Arsenio Linares, José Aizpurua, José Toral, Juan Godoy, Federico Gasco, Rafael Suero, Carlos Barraquer, Ramón Echagüe, Luis Prats, Nicolás del Rey, Emiliano Loño, Jorge Garrich, Agustín Luque, Julio Domínguez Bazán, Emilio Serrano, Francisco Obregón, José García Navarro, Braulio Ordóñez, José García Aldave, Juan Madan, Francisco Canella, José Oliver, Rafael Aldecoa, Pedro Cornell y Joaquín Albacete.

De marina.—Contralmirante José Navarro, y capitán de navío de primera clase José Gómez Imaz.

Asimilados á generales.—Intendente militar Victoriano Araujo.

Inspector de Sanidad.—Cesáreo Fernández.

Auditor de guerra.—Juan Romero y Maldonado.

TOTAL de generales.—Cuarenta y dos.

Por su parte, los españoles que residían en México, para dar una muestra relevante de su virilidad y patriotismo, concibieron el proyecto ideal de regalar á España una poderosa flota de acorazados por medio de una suscripción popular, mensual y obligatoria, entre los dos millones de españoles que moraban en las Américas. La sola concepción del proyecto revela el carácter español y su neurosis incurable.

Para conseguir los fondos supusieron, ó mejor dicho, dieron por hecho, que en toda América residían dos millones de peninsulares que, sometidos á una contribución de 75 centavos por cabeza, cuota mensual, producirían á los seis años la suma de 108 millones de pesos.

Deducidos los gastos generales en América y la conversión en oro y gastos de remesa de fondos, quedarían 53.750.000 pesos ó sea 1.750.000 más de lo calculado.

El producto de la recaudación se enviaría á Madrid, al Banco de España. Los autores del proyecto designaron la junta ó comisión direc-

GASTOS DE LA CAMPAÑA

	DUROS
Gasto del ejército de operaciones en Cuba.	40,000,000
Idem del armamento adquirido, del costo de los transportes, de la marina de guerra y de las comunicaciones.	10.000,000
Total de lo gastado en el año de guerra. . .	50.000,000

ORIGEN DE LOS RECURSOS

	DUROS
Del Banco de España	30.000,000
De la operación con el Banco de París.	10.000,000
De las operaciones sobre valores de Cuba.	20.000,000
De las ventas de valores de Cuba.	25.000,000
De los recursos de reserva.	15.000,000
Total de recursos autorizados por las Cámaras para afrontar los gastos de guerra. .	100,000,000

Con vista de estos datos oficiales, de estas cifras tan enormes, cualquier espíritu medianamente observador podía ya calcular cuál sería el estado de la Hacienda de España, así como el de su vitalidad física, con sólo un año más que durase la guerra de Cuba, y cuál no sería asimismo el cuadro de este país bajo el azote continuado de la devastación y de la matanza.

Mientras España ponía en pie de guerra un ejército de 150,000 hombres, dirigido por la flor de sus generales, sintiéndose otra vez grande y feliz por haber dado la muestra de virilidad de que nadie la creía capaz, la criminal rebelión de

---

tiva, compuesta del Marqués de Comillas, Emilio Castelar, José Echegaray, Benito Pérez Galdós y D. Segismundo Moret.

Por último, bautizaron los acorazados.

El primero se llamaba España, el segundo América. Y los veinte cruceros, África, Andalucía, Aragón, Asturias, (todo iba por riguroso alfabeto), Baleares, Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Canarias, Carolina, Cataluña, Cuba, Extremadura, Filipinas, Galicia, León, Murcia, Navarra, Puerto Rico, Valencia y Vascongadas.

campesinos, nacida en los bosques de Oriente y acaudillada por guerrilleros inexpertos, ostentaba sus pendones triunfantes á las puertas mismas de la populosa Habana; llenaba de pánico á los españoles que aquí residían, y ve'aban por la integridad del territorio, cubría de ridículo á las eminencias militares, concluía con la fama del ilustre Pacificador, y despertaba al mismo tiempo el interés de las naciones el carácter extraordinario de la aventura. El mundo comercial, siempre el más avisado, conocía la gravedad de los sucesos que se desarrollaban en Cuba y la verdadera importancia de la Invasión que, en su marcha procelosa y estupenda, había destruído la riqueza agrícola del país, mientras los cónsules de todas las naciones anunciaban á sus respectivos gobiernos el estado de la revolución cubana, ya amenaza terrible para la soberanía española. Sólo España, en su terquedad, en su ignorancia y en sus odios profundos hacia los colonos que peleaban por sus derechos, como antes pidieron amor y justicia, sólo España desconocía el verdadero empuje de la rebelión á la que continuaba llamando criminal intentona, nutrida por gentes de la peor calaña, por aventureros de oficio y bandidos de profesión; la cual no había sido exterminada por falta de rigor en el jefe del ejército español, por sus contemplaciones para con los laborantes y sus benevolencias para con los cómplices del separatismo, disfrazados de leales, aunque siempre conocidos. El fracaso militar era consecuencia lógica del fracaso político; se necesitaba una mano dura, inflexible, vengadora: ¡la mano de Wéyler!

España no podía concebir otro designio. ¡Wéyler! ¡Wéyler! era el hombre ideal, el emblema de la patria, el símbolo augusto, la encarnación viva de la rabia española!

Con esa fiera, ávida de sangre y concupiscencias, vendrían grandes refuerzos, vendrían los cien mil hombres que faltaban para completar la muestra de virilidad ibera, asombro del mundo, y se pondría á raya el atrevimiento de los Estados Unidos, cuyas intenciones empezaban á transparentarse. Se mataría para siempre la infame rebelión, ahorcándose á todos los pillos de la manigua, sin escapar ni uno solo de las ciudades, y se le daría un vapuleo al Tío Sam si persistía en su entrometimiento. Ese lenguaje, propio del valentón, era el lenguaje de toda España, iracunda y flamenca.

Se abriría otra vez la senda de los horrores y de las venganzas. Volverían los tiempos del terror, de las proscripciones, de los patíbulos; la negra boca de los calabozos estaría siempre dispuesta á recibir nuevas víctimas; se pondría en tortura al sospechoso; se remataría sin piedad al herido que cayera prisionero; el pudor de la mujer, apresada en los campos, lo expondrían al desnudo los soldados de Wéyler, renovándose las lúgubres noches de Cabaiguán donde el actual Marqués de Tenerife, entonces coronel, presidía los festines de la lujuria y de la crápula, para reservarse las primicias de la virginidad, cuyos despojos entregaba después á la soldadesca.

Cuando la guerra entrara en el período de languidez por extenuación de los victimarios y falta de víctimas que inmolar; cuando el pillaje cesara en su tarea por no haber ya ni hueso que roer; cuando Cuba sólo ostentara los harapos de su antiguo esplendor y fueran sus campos inmenso osario de españoles, y España se sintiera aniquilada, mas no arrepentida, entonces cambiaría de rumbo y de sistema, y en cómicos transportes de madre cariñosa ofrecería al mundo el espectáculo hipócrita de su generosidad. Ese día estaba aún lejano.

XXX

(1896)

HABANA

Acción del Estante.—Martínez Campos desprevenido y altanero.—El mensaje de Máximo Gómez.—La Acera del Louvre.—El general Sanguily.—Desaliento en la Habana.

La alborada la anunció la banda militar con el Himno invasor para que la tropa despertara festiva, y supiera por anticipado que la pólvora que iba á quemarse en ese día memorable, haría trepidar el suelo de la región Occidental.

Nuestro campamento se hallaba muy próximo al pueblo de Alacranes (entonces Alfonso XII), en donde había pernoctado una de las columnas que custodiaban la vía férrea de Unión de Reyes, punto éste de enlace de las líneas de Matanzas y Habana, y por consiguiente, base de operaciones del ejército español porque desde allí se vigilaban los límites de las dos provincias por el Sur, á la vez que importantes fincas azucareras, especialmente las Cañas y la Conchita, dos emporios de riqueza no descombrados aún por la tea niveladora. Los españoles, que oyeron perfectamente nuestra alborada musical, se dispusieron á ejecutar una de guerra antes que levantáramos el campo, puesto que al despuntar el sol se hallaban ya encima de nuestros centinelas, iniciando el debate con mucho calor. Pero no habían sorprendido el campamento, como tal vez hubieron de sospechar en los primeros instantes de aquella función parcial, porque nuestra tropa estaba sobre las armas desde muy temprano, y la vanguardia ya en camino, desfilando precisamente por las inmediaciones del poblado del Estante para ir á explorar el ramal que unía á Alacranes con uno de los ingenios mencionados. La columna española no llegó á divisar nuestra vanguardia, toda vez que no le opuso resistencia al acudir al sitio

de combate, ni pudo evitar que algunos pelotones se metieran en el caserío y cargaran con todo. Parapetada detrás de una cerca, y ganando terreno hasta situarse sobre una de nuestras alas, hizo fuego de fusilería muy nutrido, y evitó que los escuadrones que lanzó el general Gómez á la carga, desconcertaran su primera maniobra; pero nuestra infantaría, ocupando entonces uno de los caminos paralelos al baluarte que tenían los españoles, sostuvo con admirable tesón la polémica, dirigiendo descargas muy certeras por compañías y por secciones á la voz de mando de sus aguerridos oficiales, que supieron imprimir todo el carácter de un fuego ordenado y terrible á la línea de sus cazadores. Los hermanos Ducasse, que mandaban nuestra infantería, debieron sentirse orgullosos ante la elocuente muestra de instrucción militar que daban los soldados, firmes en su puesto, rodilla en tierra, imperturbables, y cada vez más activos en el manejo del fusil.

Bajo el amparo de tan sólido muro, nuestra impedimenta pudo colocarse en lugar abrigado sin experimentar el menor quebranto, así como toda la vanguardia, en la que iba el general Maceo, desandar el trecho de camino para acudir oportunamente al campo de la acción, tomar parte en ella y decidirla con éxito evidente para nuestras armas. Flanqueando por la derecha las posiciones del enemigo, logró desconcertar su línea de fuego por este lado, y con las llamas del caserío, en donde se metieron de sopetón algunos grupos á caballo, le advirtió que podía ser atacado por las espaldas. La caballería que siguió á Gómez en la primera acometida, no permaneció quieta después de aquel intento; corrióse hacia la izquierda, para impedir que el centro de la columna se interpusiera entre nuestra vanguardia y la infantería, y con esa maniobra, prescrita por el general en jefe con cabal precisión, no sólo se frustró el conato de los españoles, sino que pudieron darse la mano las dos alas de caballería, casi en el mismo lugar donde se abrió la pelea, y hacer retroceder al enemigo. Quedaban todavía en el campo los generales Sánchez y Feria, que iban en marcha para Las Villas, pero que no tuvieron necesidad de gastar cartuchos, por cuanto la columna española no intentó ningún otro reconocimiento, ni aun después de haber tomado nuestra división el camino de la Habana.

Este hecho de armas lo sostuvo principalmente nuestra infantería, que con su sólida instrucción supo ofender al adversario y escudarse á su vez contra sus ataques, doble hábito que únicamente se adquiere con la observancia de la disciplina, nervio y sostén de los ejércitos. Nuestra infantería experimentó relativamente muy pocas bajas, un muerto y diez heridos, á pesar de haber sostenido casi toda la acción con notable ardimiento (1).

No era ya probable que tuviéramos nuevos encuentros en la provincia de Matanzas, porque nos hallábamos en los límites del territorio, y aquella columna era el destacamento más avanzado del ejército español que operaba al Sur del distrito. No preparado Martínez Campos para hacer frente á la Invasión en la provincia de la Habana; no creyendo que los jefes de los rebeldes llevaran hasta allí su arrogancia, sobre todo, después del quebranto que acababan de sufrir en Calimete, cuyas noticias llegaron muy abultadas á la capitanía general, veríase obligado á establecer una nueva base de operaciones en el territorio de la Habana, y aunque el transporte de las tropas podía efectuarse con bastante rapidez, utilizando las vías férreas del Norte y centro de la provincia que empalman en Güines, de cualquier modo nuestra columna llevaba una jornada delantera. Pronto tendremos ocasión de considerar sobre el teatro de los sucesos la nueva y gravísima falta de previsión en que incurrió Martínez Campos, siempre tan iluso, y siempre incompetente para dirigir el complicado mecanismo de una campaña seria, para la cual se necesitaba actividad, aplicación y grandes energías. Los hechos que vamos á referir en breve, demostrarán de un modo incontrastable que el fracaso del caudillo español fué el resultado lógico de la falta de dichas cualidades, de las tres, en igual modo. Y no solamente el curso de esta narración comprobará que ese príncipe de la milicia española carecía de dotes para el mando de un ejército, de actividad, de pericia y de nervio para hacerse obedecer, sino que al verse fracasado, como él

(1) No tuvimos ocasión de leer el parte de los españoles; pero las Crónicas de la guerra que publicó El Fígaro, de la Habana, al citar el combate del Estante, dicen que la columna tuvo dos oficiales y cuatro soldados muertos y un oficial y 18 soldados heridos.
La columna española iba al mando del coronel Galbis.

mismo dijo, llevó la altanería de su carácter al extremo de acoger con desdén un mensaje del general Gómez, dando por toda respuesta que no había comprendido el texto de la carta, para que no hubiera ya términos de conciliación entre españoles y cubanos, y él pudiera desquitarse de sus desventuras con el cuadro de una guerra feroz, que habría de traer irremisiblemente el desastre del imperio colonial de España. Nos referimos á la carta que dirigió Máximo Gómez a Martínez Campos y que le fué entregada personalmente por el señor Pulido, hacendado de Vuelta Abajo; documento bastante conocido porque de él habló después Martínez Campos en las Cortes españolas y algunos periódicos lo insertaron, aunque no con cabal exactitud, esto es, tal como lo escribió el general Gómez, motivo por el cual creemos de oportunidad transcribirlo al pie de la letra:

Al general Arsenio Martínez Campos.

Ingenio San Antonio, Enero de 1896.

¿Por qué esta gran guerra nueva? Porque la ha provocado una dolorosa ingratitud vieja. Por una injusticia indiscutible.

Con esta consideración real é histórica, nos encontramos muchos hombres y grandes intereses, unos enfrente de otros.

La Isla de Cuba está perdida para España, como nación nueva y dominada. Cuba quiere erguirse como todas las demás de América; pero no creo que estará perdida para España, que es la que debe conceder y adquirir desde luego el noble y delicado derecho á su gratitud eterna.

No más sangre, General; no más tea! España es y será siempre la responsable de tantos desastres.

Puede hacer usted, hacer mucho en favor de ambos pueblos, porque es el único (que yo entiendo) que comprende la situación insostenible para Vd., tan honrado como patriota (no hablo del valor); y por lo tanto, de lo inútil que son sus esfuerzos y sacrificios combatiendo á las huestes libertadoras, resueltas á no cejar un punto hasta realizar sus propósitos.

Es un tiempo precioso de salvarse España en América, si piensa y concede; de lo contrario, fuego y sangre es lo que nos manda el decoro y el honor, y eso haremos.

El estilo, aunque rudo, pero sincero, del soldado, es el que

debe cuadrar al soldado, del cual se suscribe atento servidor,

Máximo Gómez.

Tal decía la carta que Martínez Campos acogió con olímpico desdén, dándole una respuesta ambigua que no recibió oportunamente el general Gómez.

El día primero de Enero acampaba nuestra hueste en las cercanías de Nueva Paz (territorio de la Habana). Bajo auspicios bien risueños alboreaba el año 1896 (¡su final sería triste y de eterna memoria para Cuba!).

Como en las grandes poblaciones es siempre más fácil concertar una conspiración, por mucha que sea la vigilancia de la policía, el comité revolucionario que funcionaba en la Isla desde que se iniciaron los trabajos separatistas, en la época de Martí, pudo allegar recursos de guerra y establecer ramificaciones por toda la región occidental, en atención á que la juventud habanera abrazó con fervor la causa de la independencia y puso al servicio de la junta todas sus energías y entusiasmos. Los jóvenes más elegantes é ilustrados, los que más brillaban por su linaje y posición social, conspiraban abiertamente en los sitios públicos y dondequiera que se reunían: en las salas de armas, en los casinos, en el claustro universitario, en las academias y en los salones aristocráticos. Casi todos ellos, junto al florete de la esgrima, tenían el machete de cruz y el relámpago de catorce tiros; al lado del smokin o del frac pulquérrimo, la tosca indumentaria del mambí. El entusiasmo era inmenso.

La Acera del Louvre era un hervidero á la salida de los teatros: allí se comentaban con gran calor los sucesos de actualidad; se cotizaban, por decirlo así, como los valores públicos en el bolsín, las últimas noticias del interior y del exterior, siempre favorables á la opinión de aquella juventud alegre, ansiosa de correr al campo de batalla. Cualquier comisionado de provincias que pasaba á la capital á cambiar impresiones con el comité director, era objeto de una investigación minuciosa por parte de los concurrentes á la Acera y se le colmaba de atenciones al conocerse la misión que le había traído á la ciudad. Sonaban á veces bofetadas y se concertaban duelos á muerte, motivados generalmente por cualquier frase epigramática, vertida en público por los voceros del partido español (que los había también bravos y espadachines), pero que nunca dejaron

sin escarmiento los gallardos jóvenes de la Acera, que habían convertido el elegante pasadizo en otro cuarto de banderas, donde se guarda, incólume, el honor de las armas. El *sport*, entonces muy en boga, la equitación, el gimnasio y la esgrima, era el aprendizaje para los hábitos más rudos de la profesión militar. Como es consiguiente, la histórica Acera llegó a transformarse en un sitio peligroso para los españoles netos, y más aún para los cubanos que se honraban con el dicterio de austriacantes, objeto de mayor encono. La policía estaba muy alerta, no para impedir los lances personales que allí surgían por cualquier *quid pro quo*, sino para tomar nota del motivo de la riña y de la filiación de los provocadores. En los últimos meses de 1894, cuando se conspiraba abiertamente, la Acera del Louvre era el verdadero foco de la fermentación separatista: se respiraba allí una atmósfera caldeada por el fuego de las pasiones políticas; los concurrentes ostentaban el aire del conjurado que, en espera de la consigna, revela en sus movimientos y en sus palabras la agitación interior y el deseo vehemente de apresurar la hora.

El general Julio Sanguily, jefe designado para el pronunciamiento de la Habana, podía arrastrar á los exaltados patriotas y dar con ellos un atrevido golpe de mano en la misma población. Presentándose en la Acera, en actitud marcial, todos los conspiradores se hubieran marchado en pos de él, á la manera que un regimiento seducido por la presencia del caudillo, se lanza á la calle para proclamar un nuevo orden de cosas. Sanguily gozaba de grandes prestigios en la Habana: era una bandera.

La prisión de este revolucionario el mismo día 24 de Febrero, fecha marcada por la junta para el alzamiento general, fué la ola fría que apagó el entusiasmo de los más fogosos, tanto más cuanto que coincidió con la detención de Aguirre, lugarteniente de dicho caudillo, y con el fracaso de Ibarra, en donde hubo de acogerse á indulto, para no perecer asesinado, el hombre que dirigía la conspiración en toda la Isla: Juan Gualberto Gómez. De ello supo aprovecharse el gobernante español, proclamando la ley de orden público y adoptando otras medidas de rigor. El golpe dado por el general Calleja no podía ser más certero: los jefes militares de la sublevación eran, en la Habana, Sanguily y Aguirre; encarcelados ambos, y con ellos, poco des-

pués, el delegado de Martí (Juan Gualberto Gómez), contra quien se extremaron á una conservadores y autonomistas, no hemos de culpar sino á la falta de experiencia de los conjurados que no se hubiesen lanzado al campo sin dilación en los momentos oportunos. Ello no resultaría ahora si estuviéramos en vísperas de otro pronunciamiento; cualquier subalterno, al faltar el jefe principal, tomaría el mando de la gente comprometida y la haría marchar con la prontitud de una tropa acostumbrada á todos los azares de la guerra. Al verse aislados los conspiradores, sin el capitán que debía conducirlos al terreno de la acción, ignorando los más de ellos los resortes ocultos de la labor revolucionaria, y desde luego las muchas ramificaciones que tenía en Occidente, se encontraron poco menos que sorprendidos por la mano de la desgracia; y bajo la terrible sospecha de que las autoridades españolas conocían toda la maquinación, sólo pensaron en ponerse á salvo de las pesquisas de la policía, que, como es consiguiente, desplegó todo el severo aparato que era de rigor en aquellas circunstancias. Vieron en aquel inopinado suceso un infortunio de carácter irremediable, no lo que era en realidad, uno de tantos accidentes frecuentísimos en las sublevaciones populares. Bajo la sombría desesperación que suelen ocasionar esos percances en los hombres no habituados á la lucha, algunos aceptaron la capitulación que les fué ofrecida por las autoridades españolas, como único recurso de salvar la existencia de asechanzas inevitables; otros, tomaron pasaporte para el extranjero con el deliberado propósito de volver á Cuba en la primera expedición que allí se organizara, y los demás permanecieron ocultos en espera de oportunidad propicia que les permitiera dar solemne testimonio de su fidelidad á la causa de la Revolución. Todos acudieron al campo del honor y de la lucha sangrienta, en donde emularon con los más valerosos soldados y escribieron páginas inmortales de constancia y heroísmo. Aquellos jóvenes que más brillaban en la sociedad habanera, los veremos, en el curso de esta verídica narración, trepar casi descalzos por las agrias cuestas del Pinar, con el fusil al hombro y el macuto vacío de provisiones; de soldados de Maceo. Los veremos en el teatro de Oriente combatiendo al lado de Calixto García, de Rabí y de Menocal; en Las Villas con José Miguel Gómez, en Matanzas con Lacret, en Camagüey con Lope

Recio, en la Habana con Aguirre; en todas partes con tesón y heroísmo insuperables. ¡Así sucumbieron, diseminados por todo el país!; éste en el camino de Bayamo, aquél en la calzada de Paso Real; ése en el Rubí, esotro en la Ciénaga; algunos en la ribera del Cauto, otros en las vertientes de Bahía Honda. No hay revelación más explícita que la de la muerte.

Por virtud de la medida dictada contra el general Sanguily, y que este caudillo no pudo evitar poniéndose á salvo, puesto que se habían tomado desde el día antes todas las precauciones del caso para que no se evadiera de la capital, el pronunciamiento de la Habana fracasó el 24 de Febrero, y por consecuencia de ello se propagó la ola del pesimismo á las regiones más occidentales de la Isla, en las que existían focos de conspiración con elementos bastantes para encender la discordia de la guerra y mantenerla con vigor. La provincia de Pinar del Río debía secundar el movimiento insurreccional, de igual suerte que el distrito de Matanzas. La revolución hubiera tomado sin duda gran incremento desde los primeros días con el concurso de las comarcas occidentales, porque extendida por todo el país la hostilidad contra el gobierno español y hallándose éste muy desprevenido en aquella fecha, no hubiera atinado dónde acudir primero á sofocar la rebelión, y no siéndole posible efectuarlo con éxito en las distintas regiones sublevadas, ocioso es indicar el auge y consistencia material que hubieran adquirido las armas insurgentes antes de que llegaran los refuerzos de la metrópoli. 'La historia tiene, pues, que consignar la falta de previsión en que incurrió el comité central revolucionario esperando la hora crítica para que salieran los jefes del movimiento, si es que se advertían señales de alarma en las esferas oficiales (que en ese caso la anticipación jamás producirá el funesto resultado que irrogan las dilaciones, ó la espera puntual de la hora determinada); pero la historia, siendo justa y sincera, tampoco ha de hacer responsable de la dilación al general Sanguily, porque ni él podía ya evitar el día 23 de Febrero que fuese reducido á prisión, ni como caudillo militar del pronunciamiento debía salir solo antes de la hora marcada por la junta, si con él no se salvaban los hombres más comprometidos. Entonces, la maledicencia se hubiera cebado en su reputación de otro modo distinto del que lo hizo, mancomunada con la calumnia, por

haber soportado valerosamente la adversidad implacable. Los poderosos enemigos que tenía este bizarro militar no habían de dar tregua á las armas de la difamación en ninguno de los dos casos, ni cabía esperar de la índole humana, siempre propensa á creer lo más inverosímil si redunda en daño del prójimo, que dejara de abandonar el campo de la maledicencia con algún pensamiento ruín ó pecaminoso; aun cuando el ilustre reo lo fuese también de muerte. El general Sanguily vivió, pues, desolado en estrecha prisión durante largos meses, que á él debieron parecerle siglos, y no pagó con la vida su firme adhesión á la causa de Cuba, por su condición de súbdito americano; de lo contrario, hubiera caído como tantos otros, dentro de los fosos de los Laureles, arcabuceado por los siniestros ejecutores de Wéyler. Condenado á cadena perpetua por el delito de rebelión, en el proceso que se le instruyó aparece probado que el día 22 de Febrero recibió la visita de Antonio López Coloma, el cual pasó á la Habana á recibir órdenes é instrucciones de Sanguily para el levantamiento del día 24; que preso López Coloma por fuerzas del ejército español, ya levantado en armas, se le encontró una carta de Sanguily al doctor Betancourt (el hoy general de este nombre), en la que le decía que se apresurase á conseguirle los 2,500 pesos ofrecidos, porque se hallaba en una situación muy precaria, al extremo de que tenía empeñados el revólver y el machete: resultó probado que Sanguily era uno de los principales promovedores del alzamiento y que como jefe militar otorgaba nombramientos de oficiales; que fué reducido á prisión en las primeras horas de la mañana del día 24, fecha señalada para el levantamiento, esmerándose, por lo tanto, en determinar la responsabilidad del procesado á fin de que no escapara á la pena inmediata á la de muerte, ya que ésta no pudieron aplicársela por la condición de su ciudadanía, y después en la época de Wéyler, por la vigilancia que ejerció el Cónsul general de los Estados Unidos para evitar un nuevo asesinato.

Con las medidas de precaución que adoptó la autoridad militar para impedir cualquier otro conato separatista, el desaliento se extendió por las dos regiones occidentales con la rapidez que se propagan las cosas tristes, y aunque algunos hombres animosos trataron de levantar la bandera de la insurrección, saliendo al campo á reclutar parciales, no hallaron eco en el país: los

más de ellos, al volver de su excursión desventurada, obtuvieron domicilio provisional en las fortalezas del Morro y más tarde en los presidios de Africa, con el carácter de perpetuo, no faltando alguno que pagara con la vida su temerario arrojo. Otras circunstancias contribuyeron á agravar el abatimiento en la opinión separatista, y fué la más principal, la notoria complicidad de la junta autonomista con los gobernantes españoles, á quienes ilustró con sus consejos. Durante algún tiempo el espíritu público de estas regiones aparece supeditado á la nociva influencia del directorio autonomista, que puso en juego todas las malas artes de su ingenio para matar la rebelión y ganarse de esa manera el valimiento oficial. Los hombres puros que aun quedan en el país, se ven obligados á renunciar á sus propósitos de sublevación en el territorio de Occidente, mientras dominen en las esferas oficiales los personajes funestos que tienen en sus manos la libertad y la vida de los conspiradores; dirigen sus miradas hacia Oriente, para que de allí venga la irrupción apetecida, el núcleo fuerte, el socorro eficaz y el castigo de los traidores.

Pero alborea el año 1896, y la Habana despierta con las bélicas notas del himno invasor; ya Maceo galopa por las riberas del Almendares.

XXXI

El Mayabeque

En marcha por la provincia de la Habana.—Extraña actitud de una columna.—Ocupación de Guara y Melena del Sur.—La provincia en estado de guerra.

(2 y 3 de Enero)

Si hasta ahora hemos presenciado episodios famosos, proezas insignes y jornadas militares de inmenso valor, que pocas veces repetirá la historia de ningún pueblo; sucesos, pues, extraordinarios, cuya narración ha causado asombro en el mismo cronista, del nuevo cuadro que nos toca describir pudiera decirse que era un invento caprichoso del narrador, una composición novelesca urdida con las patrañas de héroes apócrifos, si no fuera de una realidad histórica comprobada, y todo el relato rigurosamente auténtico. Porque, ¿cómo no ha de rayar en lo inconcebible la ejecución de una empresa militar bajo todos los aspectos irrealizable? ¿Cómo no ha de sorprender la realización de una obra que á todas luces parecía imposible de acometer? ¿Quién que conozca la provincia de la Habana, sus medios de defensa, la gran densidad de su población, y esté en antecedentes de los formidables recursos que tenía acumulados el jefe del ejército español, podrá creer que las huestes insurgentes se atrevieran á penetrar en ese territorio, atravesarlo de uno á otro confín, ocupar pueblos de importancia, desarmar guarniciones, amenazar la capital en son de burla y obligar a Martínez Campos á encastillarse en las fortalezas inexpugnables del Morro; y aumentando el desorden en aquella cabeza insegura, hacerle adoptar la resolución de emplazar baterías en las calles y ramblas de la ciudad para defender el palacio de la Capitanía General y las dependencias á él anexas? ¿No es un hecho inaudito, inconcebible, que la posteridad podía tener por novelesco, si la histo-

ria no se cuidara de narrarlo con todos los pormenores, y de comprobarlo además con todos los documentos oficiales del partido opositor? . . . El sencillo relato que vamos á exponer en estas páginas, no dará idea cabal de la empresa militar, pero, sí, fijará los hechos tal como sucedieron, y revelará algunos detalles interesantes, que acaso sirvan algún día al verdadero historiador de nuestras luchas por la independencia.

Las tropas insurrectas acamparon el día de Año Nuevo en Bagáez, cercanías de Nueva Paz. El día 2 pasaron á tiro de fusil de esta población, primera que se encuentra en la línea férrea de Güines á Matanzas. Contaba Nueva Paz con guarnición permanente, y en los momentos de cruzar la columna insurrecta por las inmediaciones del caserío, llegaba la brigada cachazuda de Aldecoa, procedente de la zona de Unión de Reyes. Aldecoa no disparó un solo proyectil. La vanguardia insurrecta reconoció el pueblo de San Nicolás y caseríos limítrofes, mientras la retaguardia y patrullas flanqueadoras atizaban la gloriosa candela. Todas las mieses estaban en sazón con sus plumeros de gala, los ingenios con las máquinas encendidas, las hornallas repletas de combustible, y pronto á maniobrar el trapiche estrujador; las carretas listas, uncidos los bueyes, con mayorales y narigoneros dando los últimos toques bajo la inspección de *Sú mercé*—aun perduraban los hábitos de la servidumbre—y las guardarrayas en polvo. ¡Como iba á revolverse todo lo inicuo y detentador de la autoridad omnipotente del amo, que tuvo su origen en la trata de negros africanos y culminó en el central majestuoso, cifra y asiento de todas las explotaciones humanas! Ahora, aunque ya tarde para que las represalias fueran completas, venía la invasión oriental á derribar los muros de la opulencia, amasados con el sudor y la sangre de la esclavitud, castigando en los hijos del pirata lo que debió hacerse con el tronco envenenado: cortarlo de raíz. De San Nicolás salió buen golpe de gente á saludar la tea redentora. ¡Viva el tizón vengador! Los dueños de los ingenios, ó sea los magnates del país, herederos de los piratas, quedábanse absortos al ver cruzar la negrada oriental á caballo de briosos alazanes, de zaínos y overos de la dehesa común, con el largo machete de media cinta, la clásica bandolera, ó, mejor dicho, dos bandoleras, una, para sostener la tercerola, y la otra la bolsa de los peines ruidosos,

y el ademán trágico. ¿Qué se había hecho la humildad de los negros?... ¡El mundo estaba perdido!... El narrador no puede prescindir de contar una escena chusca que ocurrió en las cercanías de Nueva Paz, entre Gómez y un personaje territorial, de los que usan el genitivo rancio cargado de hipotecas. El magnate, al tropezar de manos á boca con la invasión saludó con grandes reverencias á Máximo Gómez, desde el interior del cabriolé, del que tiraban dos caballos que, si no eran jamelgos, tampoco llegaban á la categoría de normandos de casa rica. El magnate parece que le descubrió á Gómez todo el árbol genealógico de la estirpe, y con el árbol, las flores del patrimonio territorial, ya agostadas por el fuego purificador. Parece que le dijo ser el Conde de no sé cuántos timbres, y que iba á la ciudad en viaje de mudada, para evitar tropiezos con las tropas españolas, pues él era, aunque noble, cubano, si bien pacífico, criollo de legítima cepa, partidario de la evolución. El que escribe estas páginas, al observar el obstáculo del cabriolé, se aproximó al grupo para despejarlo sin consideraciones. Pero vió al General en Jefe, y díjole: ¡Perdone, General; cómo atisbé el bolón parado en medio de la vía!—"¡Hombre llega usted de perilla!"—contestó Máximo Gómez, con aquel pronto y aquel metal de voz especialísimo, que todos recordamos y pretendemos imitar al referir cualquier anécdota de la campaña en la que él hubiese intervenido: "Examine á ese señor que dice ser un Conde".—¿Conde de qué, General?—preguntóle este cronista, entonces con autoridad bastante para arrancar una corona ducal.—"¡No sé; debe ser el conde de la caña seca! ¡Mire usted que encontrarse con pergaminos á estas alturas!" La chanza se prolongó un rato más; Gómez siguió la marcha no sin decirle al aristócrata de la caña seca que noticiara á Martínez Campos el rumbo de la Invasión, y el que esto escribe prescindió del examen heráldico, y permitióle que siguiera la ruta con los mismos jamelgos que arrastraban el birlocho. Tal vez un poco más allá el coronel Bermúdez le quitó los collarines; pero no pasó á mayores ¡cosa rara! porque los periódicos de la Habana nada dijeron del suceso.

La jornada del día 2 nos aproximó a Güines. El cuartel general pernoctó en una colonia del ingenio Providencia. Horas antes había ocupado el batey de esa finca una columna española.

procedente de Matanzas. El vecindario de los contornos, que trajo la noticia, agregó que era la brigada de García Navarro. Este valeroso brigadier había solicitado, en tiempo oportuno, el honor de mandar la vanguardia de las fuerzas españolas que tenían la misión de exterminar á los rebeldes capitaneados por Gómez y Maceo. Muy en breve iba á satisfacer sus gallardos impulsos, en combinación con la brigada de Aldecoa.

García Navarro, después de ponerse al habla con Aldecoa, y éste con la capitanía general por medio del heliógrafo de Güines, emprendió la marcha el día 3, casi simultáneamente con las tropas invasoras, para situarse en el paso del Mayabeque, ó mejor dicho, para impedir el paso de la Invasión por los trampales del Mayabeque, ganándose de este modo los laureles apetecidos. Se plantó en los miradores del central Teresa y dejó pasar toda la Invasión, después de verla atascada en las tierras cenagosas y coloradas de Güines. Toda nuestra gente observó los puestos avanzados del brioso competidor, mientras en hilera, uno tras otro, desfilaban los jinetes y peones de la Invasión. De suerte que el espectáculo era recíproco: García Navarro, desde la ciudadela murada, contemplaba el pasaje de los invasores, y éstos á los guardianes de dicho recinto, atónitos unos y otros, de verse las caras y de no acudir á los puños. El papel del afamado brigadier no pudo ser más deplorable ni más reído; reído y puesto en solfa por los mambises, desairado y soberanamente bochornoso para él.

Sin otras peripecias, la columna invasora continuó la marcha en línea paralela al ferrocarril de Güines. Uno de nuestros destacamentos se apoderó del caserío de Guara y lo saqueó completamente. El cuartel general dispuso que se intimara la rendición al pueblo de Melena del Sur; operación que efectuaron los escuadrones de Oriente, con éxito cabal. En los dos poblados se cogieron 80 fusiles y 1,500 cápsulas. El coronel Masó Parra desarmó á los voluntarios de las guarniciones. La ocupación de Melena del Sur, por la importancia comercial de la plaza y sus medios defensivos, debió causar pánico profundo en los demás caseríos de la comarca, puesto que empezaron á emigrar los vecinos de mayor arraigo, buscando momentáneo refugio en la capital. La calzada de Güines era un hormiguero de vehículos que transportaban familias emigrantes y á no pocos defensores

de la integridad del territorio, miembros del Benemérito Instituto de Voluntarios, escondidos entre las vasijas de leche y las faldas de las mujeres; soldados de la lealtad, fogosos ayer, mansos hoy, que de buen grado hubieran renunciado para siempre á sus charreteras y hazañas de Real Orden con tal de poseer en aquellos momentos un salvoconducto de Bermúdez, que, con alguna tropa, había ocupado la carretera y examinaba á todos los viajeros que iban de mudada.

Entretanto, la persona del capitán general, por momentos más crasa y más aturdida, sin ánimo de recobrar la espada, y apagadas las luces de su entendimiento, no salía del aparato telegráfico, entregado á la faena de zurcir boletines para que los personajes de la Corte conocieran el avance de la Invasión, y viendo correr la ola de fuego sobre el papel azul de los telegramas estudiaran la manera de echar una cortina de amianto entre las dos plazas principales: la del castillo del Morro y la del Sol, porque el mar no era bastante barrera. Si no fuera tarea demasiado engorrosa, sería cosa instructiva la inserción literal de los despachos cablegráficos que dirigió Martínez Campos á Madrid en las postrimerías de su mando, movido por el solo afán de salvarse de la quema, pero arrojando sobre su historia prestigiosa—como pregonó la fama—el borrón más evidente ó la nota más explícita de incapacidad militar. Cablegrafiaba el día 2 de Enero: "Interrumpidas comunicaciones ferroviarias y telégrafos por diferentes partes. Esta noche mataron á un celador de ferrocarril é hirieron á dos obreros de los que iban á componer la vía. Haciendo esfuerzos, las columnas se aprovechan vías férreas establecidas y están situadas:

Echagüe, en Güines.
Valdés, al Sur de Melena.
Navarro, al Oeste de Güines.
Aldecoa, en Nueva Paz.
Galbis y Segura persiguen enemigo.
Luque, camino de Júcaro.
Prats, en Ceiba Mocha.

Se hacen marchas nocturnas, pero enemigo rehuye todo combate. Va rodeado de exploradores que queman todos los campos y destruyen casas, poblados y estaciones.

Sigo sacando fuerzas de Santiago, Manzanillo, Sancti Spíritus y Villas.

Enemigo entretiene detrás de las cercas á columnas que no tienen artillería.—Campos."

Cablegrama del día 3:

"El enemigo sigue avanzando por las líneas del Norte y del Sur de la Habana.

Numerosa fuerza separatista se halla en San José de las Lajas, pueblo situado á 29 kilómetros de la Habana.

Viene destruyéndolo todo.

Incendian las estaciones de los ferrocarriles.

También hay partidas en Guara. Asimismo fuerzas insurrectas en Melena del Sur, no lejos de Batabanó.

Llegan á la Habana numerosas familias de los pueblos inmediatos, huyendo.

El pánico es extraordinario. Nada se teme respecto á esta capital.—Campos."

Un periódico de Madrid—el *Heraldo*—hizo estos comentarios:

"Lo que sucede es realmente inconcebible. No se comprende como experimentados generales al frente de soldados que hacen marchas nocturnas, generales que conocen además perfectamente el terreno, puedan ser burlados en la forma que lo están siendo. No es ya sorpresa, es asombro, verdadera estupefacción. Ya comprenderá el gobierno que esta situación no puede prolongarse."

Y otro periódico, *El Imparcial,* acérrimo enemigo de Cuba, que actuaba de primer estratega en las redacciones políticas, clubs y peñas de Madrid, publicó un sensacional artículo que venía á ser la puntilla para el general de los grandes prestigios, zarandeado y estoqueado por toreros de invierno. Casi al mismo tiempo, el general Beránger, que no lo era de tierra, sino de mar, exclamaba, apremiado por los periodistas: "¡Pero, señor! ¿qué hacen nuestros generales?"

Entretanto, el consejo de Ministros ratificaba la confianza que tenía depositada en el general fracasado, y ascendía á general de división á García Navarro, el hombre del Mayabeque, y otorgaba otra gran cruz á Suárez Valdés, el hombre del Manguito: cosas dignas de la caricatura.

La columna central invasora pernoctó en Novo, el día 3 de Enero, lugar inmediato á la línea férrea de Villanueva que termina en Batabanó. Martínez Campos acababa de declarar en estado de guerra las provincias de la Habana y Pinar del Río, y su pariente Arderíus, que funcionaba como Segundo Cabo, y por tanto hacía las veces de gobernador militar de la Habana, publicó, en orden militar del día, el bando más estupendo y más característico del terror pánico que jamás haya producido ninguna autoridad militar en funciones de comandante en jefe de una plaza fuerte, que no sea alguna de las que Offembach ponía en solfa en las operetas bufas donde se lucía el célebre actor Arderíus, no sabemos si pariente consanguíneo del gobernador militar de la Habana en la época de Martínez Campos, pero sí, homónimo y colega. El general Arderíus en dicho bando, reflejó admirablemente el gráfico desorden que reinaba en las altas esferas de Palacio, y no solamente el desorden, sino también el terror. Sacó todas las baterías á la calle; encendió las mechas, y dictó las más estrictas disposiciones para que la ciudad, caso de ser atacada por los insurrectos, pudiera repeler la agresión desde la línea del Morro hasta la de Atarés, y á la inversa: desde Jesús del Monte hasta el muelle de Caballería. Parece que algún filibustero chusco le hizo entender á Arderíus que los insurrectos tenían escuadra y globos dirigibles; que en Cayo Hueso había resucitado Albemarle, el lord que tomó el Morro, y que los globos utilizados por Gambetta en la campaña franco-prusiana, estaban ahora al servicio de Maceo y de Máximo Gómez, enviados á la manigua por el comité filibustero que actuaba en París. Si no hubo intervención laborante en el caso Arderíus, habrá que admitir otra influencia más poderosa y más nociva dentro de las cabezas directoras.

Martínez Campos acababa de publicar el siguiente bando:

"Habiendo aparecido partidas armadas en las provincias de la Habana y Pinar del Río y llegado el caso á que se refieren los artículos 12 y 13 de la ley de Orden Público, de 23 de Abril de 1870, en uso de mis facultades, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1º Quedan declarados en estado de guerra los territorios de las provincias de la Habana y Pinar del Río.

Artículo 2º Las autoridades civiles de las citadas provincias continuarán funcionando en los asuntos propios de sus

atribuciones, que no se refieran al orden público, reservando, no obstante, á la jurisdicción de Guerra el conocimiento de todos los asuntos criminales y los demás en que yo considerase conveniente entender.—Habana, 2 de Enero de 1896.—Arsenio Martínez Campos.

Por el bando del Capitán General supimos que el territorio de Pinar del Río se hallaba también revuelto.

Con la proclamación de la ley marcial, y ardiendo ya la guerra en las dos provincias occidentales, se demostraba ante el mundo entero la nulidad de las armas españolas para detener la marcha del invasor, que acababa de ofrecer el más patente testimonio de su empuje clavando la bandera de Yara en el centro mismo del imperio colonial. El fracaso era tan evidente á los ojos de los españoles, como la terrible imagen de la insignia insurrecta que ondeaba victoriosa por los campos sagrados de la lealtad, nunca hasta entonces testigos de semejante irrisión. Asimismo se comprobaba que eran triunfos ilusorios los que habían obtenido el Pacificador y sus émulos; derrotas imaginarias las que en todas las funciones de guerra habían propinado á la hueste invasora, de la cual, á ser verdad el guarismo de las bajas ocasionadas por los batallones de Martínez Campos, no podía quedar ni el esqueleto; pura trapacería la diaria y fastuosa exposición de los partes oficiales que nutrían las columnas de los periódicos piloneros ó de información, tan farsantes como los mismos jefes que suscribían el relato de sus heroicidades de guardarropía; en una palabra, que todo era ficción y engañifa: la estrategia, la campaña bien llevada, las grandes combinaciones, la seriedad militar y los muertos *vistos*. A renglón seguido del bando marcial que declaraba el estado de guerra en las provincias occidentales, se dictó por el Segundo Cabo, el general Arderíus, otra disposición análoga, con el objeto de garantir la absoluta tranquilidad de los habitantes de la Habana, según se decía en ella, pero que sólo revelaba el desorden gubernamental, lo inseguro de la cabeza directora, su falta de seso para coordinar un plan de campaña, así como de energía para hacer frente á la situación.

El bando del general Arderíus carece de interés; su lectura es bastante ingrata; pero creemos de necesidad insertarlo, por ser un documento histórico que refleja el desorden que reinaba

en las altas esferas oficiales, en la época de nuestra narración, y no solamente el desorden, sino también el pánico:

ORDEN GENERAL DE LA HABANA

Declarado el estado de sitio en esta provincia por el Excmo. señor Capitán General en Jefe del Ejército y en previsión de que la proximidad del enemigo ó exageradas noticias expresamente propaladas puedan producir alarma en esta capital, que por su topografía, fortificaciones y artillado, así como por la potente guarnición que está dispuesta á defenderla, se halla á cubierto de un ataque formal por las partidas insurrectas que cobardemente rehuyen todo encuentro con la tropa; á fin de garantir la absoluta tranquilidad de los habitantes de la Habana y evitar desórdenes en sus arrabales y poblados inmediatos, á que podía dar origen la menor algarada del enemigo, y para repeler también, últimamente, con rapidez y energía, cualquier agresión sofocando todo improbable movimiento sedicioso interior, he tenido por conveniente resolver lo siguiente:

1º La señal de alarma será: cinco cañonazos consecutivos disparados por el Castillo del Príncipe, izándose de día la bandera en dicha fortaleza ó un gallardete bajo ella si fuera festivo, y de noche un farol rojo en el asta, cuya última parte repetirán las demás fortalezas, debiendo tenerse en cuenta, á fin de evitar falsas alarmas, que mientras no se haga esta señal y á menos de recibir órdenes concretas comunicadas por medio de los Jefes y Oficiales de Estado Mayor y Ayudantes de campo y de órdenes, no debe procederse á la formación por los cuerpos, aunque se oyere fuego de fusilería, petardos ni alboroto, limitándose si acaso las tropas á dirigirse á sus cuarteles, y á su domicilio los voluntarios para estar precavidos y dispuestos, pues ya se ha establecido un servicio avanzado suficiente para dar tiempo á que la autoridad vaya tomando las medidas necesarias sin precipitación de ninguna clase.

2º Una vez hecha la señal, las fuerzas formarán en los sitios que luego se designan, debiendo concurrir á la formación los individuos todos con rapidez, pero sin escándalos, gritos ni carreras innecesarias é inconvenientes, pues hacen formar pobre concepto del buen espíritu que debe animar á los institutos armados. Los Jefes de Cuerpo y Fracción prohibirán en absoluto

los toques de corneta por las calles, y si por cualquier circunstancia imprevista se dificultara la concentración de un cuerpo y hubiere de acudirse á este medio para llamar á los individuos de él, antes de dar la orden para hacerlo, solicitará el Jefe respectivo la venia de mi autoridad, sin cuyo requisito de ninguna manera se hará uso de las cornetas.

3º La vigilancia, precauciones y defensa de Guanabacoa y Marianao, quedan encomendadas á su Comandante Militar y al Teniente Coronel de Ingenieros don Julián Chacel, respectivamente, que asumirán el mando de la fuerza armada que allí se encuentra, disponiendo de una Sección de Artillería de Montaña y otra de Ingenieros para las eventualidades del servicio, dándome cuenta por telégrafo y de oficio de toda novedad que lo merezca, según su importancia.

4º Los puestos de formación de tropas, á quienes se comunican también con esta orden instrucciones reservadas respecto á su destino una vez que estén formadas, serán los siguientes:

Infantería.—En las fortalezas de Plaza.—Campamento del Príncipe y Cabaña.—Cuartel General de Orden Público.—Idem de Policía Municipal.

Caballería.—Cuartel de Dragones.—Idem de Orden Público. —Idem de Policía Municipal.

Artillería.—Cuartel de Compostela.—Compañía de Obreros de la Maestranza.—Batería Volante.

Ingenieros.—Cuartel de Maderas.—Campamento de las Animas.—Maestranza.

Guardia Civil.—Cuartel de Belascoaín.

Estado Mayor de Voluntarios.—Comandancia General.

Plana Mayor de Voluntarios.—Comandancia General.

1º de Cazadores Voluntarios.—Muralla y Aguiar.

2º de Cazadores idem.—Galiano, entre S. José y Barcelona.

3º de Cazadores Voluntarios.—Reina, entre Lealtad y Escobar.

4º de Cazadores idem.—Cuba y Obispo.

5º de Cazadores idem.—Prado, esquina á Animas.

6º de Cazadores idem.—Monte, esquina á Parque India.

7º de Cazadores idem.—Amistad y Reina.

1º Ligeros Voluntarios.—Muralla, esquina á San Ignacio.

2º Ligeros idem.—Galiano, frente á la Iglesia Monserrate.

Compañías Guías del Capitán General.—Plaza de Armas.
Regimiento Caballería Voluntarios.—Monte y Belascoaín.
Escuadrón de Húsares Voluntarios.—Reina y Belascoaín.
1º de Artillería de Voluntarios, Prado, frente al Círculo Militar.
2º de Artillería de Voluntarios.—Aguila, esquina á Estrella.
Regimiento montado de Voluntarios.—Carlos III, en su Cuartel.
Batallón de Ingenieros Voluntarios.—Industria, entre Barcelona y San José.
Bomberos Municipales.—En su cuartel, Obrapía, entre Habana y Aguiar.

5º Los Jefes, Oficiales de todas clases que tienen destino en la Plaza, acudirán á las dependencias donde sirven, y el personal de tropa armado de ellas, al mando de los Oficiales necesarios, esperará órdenes.

6º La Guardia Municipal, á pie y montada, así como la fuerza de Orden Público, después de dejar cubiertos sus respectivos cuarteles, patrullarán por las calles de la población, dando aviso de las novedades que ocurran al Jefe inmediato, que proveerá lo que suceda dándome cuenta.

7º Mientras no se dé orden terminante no se dificultará la circulación del público, exigiendo solamente todo comandante de fuerza ó individuo armado que los tranvías, rippers, carruajes y jinetes transiten por calles, plazas y paseos precisamente, y no se molestará tampoco al vecindario con voces de alto ni quién vive, limitándose las fuerzas á impedir los grupos, que podrán disolver, intimidándoles primeramente á ello con cortesía, y oponiéndose a toda carrera, cierre de puertas violento y cualquier acto que pueda producir escándalo ó alboroto.

El que no obedezca de buen grado, será detenido, y toda agresión se repelará con las armas.

8º Todos los señores generales, jefes, oficiales é individuos de tropa que se mencionan en esta orden, se atendrán estrictamente á lo prevenido en ella y á las instrucciones reservadas unidas, sin alterar ni variar lo dispuesto bajo ningún concepto, á menos de orden expresa y debidamente comunicada, sin lo cual serán responsables de su culpa conforme á ordenanza, esperando del celo y cordura de los institutos armados que no darán

motivo de censura ni corrección, ya que de su valor, disciplina y buena organización debe esperarse que sabrán siempre dejar bien puesto el honor de las armas.

9º Unicamente al Excmo. Sr. General en Jefe, como autoridad suprema, si se hallare en esta Plaza, compete el comunicar directamente cuantas órdenes tenga por conveniente, aunque se opongan á estas instrucciones, las cuales serán acatadas y obedecidas por todos, no sin darme cuenta inmediatamente de ello.—Arderíus." (1).

No era el bando del general Arderíus la medida más adecuada para devolver la tranquilidad á los habitantes pacíficos de la población y tampoco á los elementos exaltados del españolismo (quienes llevaban en su propia conducta el torcedor del miedo), puesto que al través de sus considerandos especiosos se reflejaba la inquietud dominante en las esferas oficiales, y no se ocultaba la posibilidad de dos peligros, igualmente serios: un ataque de los insurrectos á las barriadas de extramuros, y una sedición interior, promovida por los elementos que simpatizaban con los revolucionarios. Todo el mundo conocía el valor exacto de estas declaraciones, y como es consiguiente, el lenguaje de la muchedumbre hubo de tomar forma más desenfadada al condenar la conducta de los jefes del ejército español, que sobre haber sostenido la farsa más innoble para su medro personal, ganando entorchados por medio de supuestas victorias, no tenían el valor de ponerse al frente de las tropas hallándose el enemigo á las puertas de la ciudad. Arderíus, como su célebre homónimo del teatro bufo, era un general de Offembach, que se había calzado los entorchados de oro desempeñando inspecciones lucrativas, y Martínez Campos un embaucador, que había revuelto la España y sus dominios zurciendo pactos deshonrosos para la nación, unas veces con los moros y otras con los mambises. Cuando está al desenlazarse una situación, todo cambia súbitamente: opinio-

(1) "La imaginación popular interpretó á su modo el espíritu y letra del bando anterior, y el público no logró calmarse, aumentando las censuras que se venían haciendo á la dirección de la campaña.

"Era, en efecto, aquellos días, causa de legítima extrañeza la consideración de que no se efectuara ningún combate formal teniendo en cuenta el largo trayecto recorrido por los revolucionarios. Fué la última acción de guerra la que sostuvo el coronel Galbis á la cabeza del batallón de Alfonso XII, en el Estante, no registrándose ningún otro encuentro serio hasta que los insurrectos tocaron en los límites de Pinar del Río".—Crónicas de la guerra—publicadas por El Fígaro.

nes y lenguaje; y aunque la crítica no aparecía justificada en los elementos que la esgrimían con mayor crueldad, porque ellos también eran responsables en el sostenimiento de la innoble farsa oficial, y no se inspiraban en ninguna idea de sana reforma al precipitar la caída del general Martínez Campos, poco antes enaltecido y ovacionado, preciso es reconocer que la sátira en boca de la opinión popular no podía ser más oportuna ni mejor aplicada. Porque, en efecto, ¿cómo se entendía, cómo se explicaba militarmente que unas partidas desarrapadas, sin instrucción, sin disciplina, ni honor, batidas diariamente, día tras otro, desde el 24 de Febrero de 1895, se encontraran al pie de la ciudad, en son de reto, y obligaran al general Martínez Campos á tomar todas las disposiciones que suelen adoptarse para defender una plaza de los asaltos del sitiador? ¿Qué significaban, si no, los aprestos que se hacían, las tropas acuarteladas, los retenes dobles, las baterías listas y las señales de prevención y alarma? Y sobre todo, si los insurrectos siempre huían cobardemente ¿por qué el temor de que ante las fortalezas de la Habana pudieran cobrar ánimo una sola vez? La batida de la indecorosa farsa, por medio del epigrama sangriento, estaba bien justificada por parte de los elementos populares, con mayor razón cuanto que podían mostrar á los vencedores de cien batallas, á los que cien veces habían ya matado á Gómez y á Maceo, que esos caudillos de la insurrección estaban al alcance de la mano.

El encono de los partidos había llegado ya al extremo de hallar motivos de satisfacción en los reveses de las armas españolas.

XXXII

Güira de Melena

La línea de Batabanó.—Luque y Aldecoa sumergidos en Pozo Redondo.—Memorable asalto y saqueo de Güira de Melena (4 de Enero de 1896). 10,000 soldados dormidos.—Se rinden á discreción los pueblos de Alquízar, Ceiba del Agua, Vereda Nueva, Caimito, Guayabal, Punta Brava y Hoyo Colorado.—Noticias de la capital.

Difícil es imaginarse el alborozo que sentían nuestras tropas con los triunfos recientemente adquiridos, y lo dispuestas que se hallaban á renovarlos á cualquier precio; pero el que hubiera conocido el vasto y arriesgado plan ofensivo que se proponía desarrollar el general Maceo, tal vez sintiera menguar el entusiasmo y el valor al recapacitar sobre los graves y continuados peligros que nos esperaban en la nueva expedición por el territorio de la Habana. Pretendía nuestro caudillo atravesar la línea de Batabanó, no con el objeto de encaminarse por el Sur de la provincia á Pinar del Río, proyecto de fácil realización después de haber forzado dicha línea, sino para remontarse al Norte de la Habana, ocupando todos los pueblos que encontrara á su paso, amenazar la capital y llevar la invasión á Pinar del Río, no sin dejar establecida una base de operaciones en la provincia de la Habana: el croquis era bello y grandioso, pero su ejecución tenía el aspecto duro de las cosas invencibles.

El primer obstáculo formidable con el que habríamos de tropezar era la línea férrea de Batabanó, ocupada totalmente por las brigadas de Echagüe y Luque, que desde el día anterior se hallaban en San Felipe y el Rincón, respectivamente, y tal vez reforzadas por la de Aldecoa, que dejamos en Nueva Paz el día 2, y por algunos batallones traídos de Cienfuegos por mar, á fin de cerrarnos también el paso por el Sur, en el supuesto de que por el Norte no habíamos de intentarlo sin que nuestra osadía recibiera ejemplar é inmediato escarmiento. Con esos

elementos de opugnación teníamos que contar al proseguir la ruta hacia el Oeste, porque era imprescindible el paso por la línea de Batabanó, á menos que no se efectuara por la de Güines, entre Durán y Guara, verbigracia, para tropezar desde luego con obstáculos más formidables. Dando por hecho que lográramos abrirnos paso de una sola acometida, ya porque tuviéramos la suerte de embestir el lado más débil de las columnas españolas, ya porque la ofensiva de éstas no fuera bastante eficaz, de todos modos era inevitable la concentración de las dos brigadas enemigas, la de Echagüe y la de Luque, y por consiguiente, una hostilidad continuada y viva sobre nuestra retaguardia, que haría fracasar el audaz intento de nuestro caudillo de meterse en algunas poblaciones importantes para proceder al desarme de los voluntarios. En la hipótesis de que no saliéramos descalabrados de estas acometidas, al avanzar sobre la capital tronarían todos los cañones de Martínez Campos en torno de nuestra hueste, y de la invasión sólo quedarían las reliquias.

Por la orden general del día 4 se previno á todos los cuerpos que estuvieran listos para marchar á las cinco de la mañana, una hora antes de que amaneciera, con otras instrucciones relativas al orden de combate, á fin de que ninguna fracción dejara de cruzar la vía férrea por el mismo lugar en que abrieran hueco las fuerzas acometedoras. Se dictaron casi las mismas disposiciones que se pusieron en planta al atravesar las llanuras de Colón, con tan brillante éxito en aquella oportunidad: la columna, organizada en cuatro fracciones, no sólo para reducir todo lo posible su fondo, sino para rechazar la agresión del enemigo, que se consideraba inminente. Se vigorizó el ala derecha, porque de este lado nos quedaban los paraderos del Rincón, San Felipe y Quivicán, ocupados por los núcleos más fuertes de los españoles. El pensamiento de nuestros caudillos era presentar una masa enorme de caballería en maniobra de carga, amenazando todos los sólidos que pudieran formar las brigadas de Luque y Echagüe, al ser descubiertas por nuestros exploradores; y abriendo el boquete necesario á cuchilladas y á tiros, meter por allí el convoy, la impedimenta de reclutas y la retaguardia, mientras los escuadrones que reforzaban el flanco derecho atacarían el destacamento más avanzado del enemigo, aun cuando tuvieran que atravesar la segunda línea de los españoles

por el término de Bejucal, formando de esa manera otra vanguardia del cuerpo invasor. De esta operación se encargó el coronel Cándido Alvarez, hombre muy intrépido, al estilo de Bermúdez, y como éste, amigo de lances arriesgados y correrías impetuosas.

Emprendida la marcha á la hora determinada por el Cuartel general nuestra vanguardia estaba sobre la línea férrea al asomar el sol, y pudo reconocer todos los lugares inmediatos al término de Pozo Redondo, sin hallar el menor vestigio de los españoles. Media hora después (siete de la mañana), llegaba el centro de la columna. ¡Expectación general: profundo é imponente silencio! Desplegó en batalla el regimiento de infantería; tres secciones á caballo registraron y hollaron las hortalizas del campo de Batabanó, para buscar á Luque dentro de las coles que allí cultivan los chinos. El peonaje de la impedimenta empezó la tarea de levantar los atravesaños de la vía y torcer los rieles, para que el trabajo de reparación fuera más costoso á los españoles, y ¡cosa inaudita! durante media hora no se oyó más golpe que el de la mandarria, y por ningún contorno sonaron los estampidos de la fusilería ni los pitazos de alarma de locomotora alguna. ¿Dónde estarían los españoles?... Aun cuando es axiomático que no hay secreto que al cabo no descubra la malicia del enemigo, hemos de confesar que todavía no hemos dado con el escondrijo de las brigadas de Luque y Aldecoa en aquella ocasión. Unicamente, á los veinte días del suceso, andando la Invasión por los remates de Guane, dimos con el fotograbado de Pozo Redondo, cercanías de Batabanó, lugar en que, según *El Fígaro* ilustrado, estaba el retén de las tropas españolas, atisbando el paso de los insurrectos el día 4 de Enero de 1896; la fecha misma del ruidoso pasaje por la línea férrea y por el barrio rural de Pozo Redondo!

Los dos escuadrones que reforzaban el ala derecha, se corrieron por la línea ferroviaria hasta Quivicán, ahuyentaron el retén que defendía un convoy de víveres, apoderándose de todo lo que significaba artículo de bucólica, y después de destruír algunos vagones y la estación del ferrocarril, siguieron la provechosa excursión por los pueblos limítrofes haciendo retemblar el sólido pavimento de Bejucal y Jesús del Monte con el repiquete vivo de la caballería insurrecta.

Habla Martínez Campos:

"El día 4 de Enero un mar de llamas rodeaba á Quivicán. Los invasores quemaron unos cinco millones de arrobas de caña, el paradero y edificios anexos. También entraron en el lugar, llevándose armas, caballos, monturas y municiones, y antes de retirarse, destruyeron el convoy que había sido llevado el día anterior en tres fragatas." A confesión de parte... relevo de las emboscadas de Pozo Redondo.

Sin el menor contratiempo, sin haberse disparado un tiro, sin hallar rastro de los españoles por ningún lado, se hizo rumbo á la línea del Oeste, con el propósito de apoderarnos de todos los pueblos guarnecidos que no se rindieran voluntariamente. A la una de la tarde, la Invasión daba vista á Güira de Melena. Surgió un ligero debate entre los dos caudillos invasores: el general Gómez se oponía al asalto, considerándolo infructuoso; pero el general Maceo, cargando con la responsabilidad del suceso, no sin manifestarle á Gómez que el desarme de los voluntarios era indispensable y que en manera alguna debía dejárseles cobrar ánimo, adoptó todas las medidas que creyó oportunas para que la plaza fuera capturada si el comandante militar no aceptaba buenamente la capitulación.

Güira de Melena era una de las poblaciones más importantes de la provincia, cabeza de un término municipal rico y floreciente, tal vez el más floreciente y rico de la Isla, y contaba con bastantes medios de defensa: con 300 hombres del instituto de voluntarios, buenos reductos interiores y pertrechos en abundancia. Verdad es que no tenía destacamento de tropa regular; pero era de inferirse, por la arrogancia de los defensores de la integridad del territorio, que los de Melena dejarían bien sentado el pabellón de España y el honor del cuerpo, aparte de que defendían sus intereses materiales.

Estudiada la situación de la plaza y adquiridos algunos informes acerca de sus medios de defensa, aunque la operación podía costarnos muchas bajas, Maceo se resolvió á dar señal de ataque sin aguardar más consultas ni dilaciones. El asalto se efectuó con rapidez y brío. Por tres lados distintos se penetró en la población, efectuándolo primeramente los cuerpos armados, de infantería y caballería, y detrás de cada una de las vanguardias, la balumba de reclutas á pie y á caballo, que ansiosos

de salir armados de Güira de Melena, rivalizaron en ardimiento con la tropa más valerosa. Los defensores rompieron el fuego desde los edificios contiguos á la plaza de Armas, pero desalojados por los nuestros, se refugiaron en la iglesia, que brindaba magníficas condiciones para la resistencia. Nuestra gente, por momentos más enardecida, fué apoderándose de las casas y bocacalles que daban á la plaza, molestando con un tiroteo muy vivo á sus defensores, y cortándoles la retirada con el incendio de algunos establecimientos comerciales, del casino español y de varias casas más de la calle de la Quinta, avenida principal de Güira de Melena. Pronto las llamas tomaron aspecto imponente en las cercanías de la plaza, amenazando con una muerte horrible á los que defendían la parte exterior de la iglesia, los cuales se vieron obligados a reducir el radio de su hostilidad. Algunos que trataron de escapar por las calles adyacentes, fueron muertos á balazos por nuestros tiradores y á manos del mismo paisanaje. Por otra parte, el general Maceo había tomado todas las medidas para que los voluntarios que no quisieran capitular, no pudieran evadirse de la persecución. Todo el pueblo estaba circunvalado. Los gritos angustiosos del vecindario pacífico, mezclándose con los airados de guerra, con el estruendo de la fusilería, y con el peculiar y no menos terrible del incendio devorador que desplomaba techos y murallas, formaba una audición de notas agudas y trágicas que no tenía semejante para solemnizar un cataclismo. La gritería de nuestra gente era ensordecedora, al extremo de que no pudo oírse en los primeros momentos el toque de corneta de los defensores que pedían parlamento, y fué necesario que el cura párroco y algunos vecinos influyentes se entrevistaran con el general Maceo para que cesara la hostilidad de los cubanos, y le ofrecieran solemnemente que los voluntarios se rendirían á discreción. En efecto, poco después se entregaron como prisioneros de guerra más de 100 individuos, de los que con más calor habían defendido la bandera de España. El destacamento se rindió al capitán Manuel Aranda. El general Maceo ordenó que los llevaran á presencia del General en Jefe, para que éste decidiera sobre su suerte; el general Gómez los puso á todos en libertad, no sin dirigirles una elocuente exhortación en la que hizo resplandecer la conducta generosa de los cubanos para con los vencidos, procedi-

miento que no imitaban los hidalgos españoles. Los voluntarios de Güira de Melena, entre los que figuraban algunos hijos del país, mostráronse contritos y aclamaron al ejército libertador y á sus nobles generales, aunque posteriormente desmintieron sus protestas de adhesión á la causa de Cuba.

El botín que se cogió en Güira de Melena, fué incalculable; bastará decir que todas nuestras tropas se vistieron de nuevo; los establecimientos de comercio estaban abarrotados de mercancías y con ellos se barrió, como es de suponerse. En metálico se repartieron nuestros soldados más de 100,000 pesos y otra clase de valores. Como botín de guerra se cogieron 300 armas de fuego y 10,000 cartuchos, aunque se perdieron algunos miles más al ser incendiada la iglesia.

Mientras se atacaba Güira de Melena, un escuadrón de Oriente se apoderaba del pueblo de Gabriel, situado en la línea del Oeste, no sin sostener una pequña refriega con un grupo de voluntarios que se atrincheró en la estación del ferrocarril. En Gabriel se apresaron 50 armamentos y medio millar de cartuchos, además de vituallas y equipos. Por la noche fué destruído totalmente el caserío. Nuestro campamento se estableció en las inmediaciones de Güira de Melena. El Cuartel general ordenó que, durante la noche recorrieran la población patrullas de caballería para evitar los desmanes del paisanaje, que casi siempre, es el que comete las mayores depredaciones después de acontecimientos luctuosos.

A las ocho de la mañana del siguiente día (5 de Enero), hora en que partimos del castigado lugar, víctima de la obcecación de unos cuantos caciques españoles, no había acudido en socorro de la plaza ninguna de las columnas que vigilaban la línea de Batabanó, á pesar de que la distancia era de cuatro leguas, todo lo más, y el tiempo transcurrido más que suficiente para caer sobre nosotros por distintos lados y obligarnos á levantar el sitio de Güira de Melena. ¿Pretendería Martínez Campos aprisionarnos á la vista de miles de espectadores, de la Habana entera, para tomar de ese modo el más cumplido desquite contra la audacia sin igual de la Invasión? La permanente quietud de las tropas españolas no tenía ya otra explicación razonable, porque no debía suponerse que miles de soldados estuvieran profundamente dormidos durante veinte y cuatro horas, ni que

en la Capitanía General dejara de saberse dónde radicaba la población de Güira de Melena, que sucumbió por la flojedad de los jefes de las columnas que tenían á su cuidado la defensa del distrito militar.

Al salir de Güira de Melena tomamos el camino de Alquízar, pueblo también muy próspero por su riqueza comercial y el esmerado cultivo de sus campos, situado, como aquél, en la misma línea del Oeste, casi en los confines de la provincia de la Habana. No se sabía la actitud que adoptarían los elementos armados de la localidad, á raíz del duro escarmiento de Güira de Melena, por lo que se mandó que la vanguardia adelantara con cautela, sin romper el fuego mientras la agresión de la plaza no se manifestara de un modo evidente. Ya encima del caserío, salieron algunos vecinos en son de parlamento, para manifestarle al general Maceo que Alquízar franqueaba la entrada al ejército libertador, y que los voluntarios se hallaban formados en el cuartel general para entregar las armas y los pertrechos. Todo cambió, repentinamente: semblantes y pasiones enconadas; éstas se trocaron en afectuosas simpatías; aquéllos cobraron los tintes risueños de la efusión. La entrada en Alquízar se verificó á los sones del Himno bayamés, en medio de los vítores y aclamaciones de todo el vecindario, siendo estas expresiones tan vivas, tan elocuentes y reiteradas, que en manera alguna cabía abrigar el menor recelo sobre su espontaneidad y desinterés. La presencia del caudillo oriental en las calles de Alquízar produjo entusiasmo delirante.

Resuelto el general Maceo á dominar la situación por medio de golpes de audacia, para sacar de ella todas las ventajas que suelen proporcionar la sorpresa y la osadía, firme en su propósito de ir ocupando los pueblos de la Habana que tuvieran guarnición, y desmantelarlos, si oponían resistencia, ordenó, á la salida de Alquízar, que la vanguardia tomara el camino de Ceiba del Agua, para abrigarse allí á viva fuerza, si los españoles rompían las hostilidades, ó pasar la noche tranquilamente, si nos franqueaban la entrada; pero, en uno y otro caso, recogiendo los trofeos de la capitulación. Ceiba del Agua, lo propio que Alquízar, está en los límites de la provincia de la Habana, pero más al Norte, y por ella atraviesa el ferrocarril llamado de Guanajay, que parte de la Habana y toca en las estaciones del

Rincón (empalme de las otras líneas), Govea, San Antonio de los Baños, Seborucal y Ceiba del Agua, por donde penetra en Pinar del Río. De suerte que, pernoctando nuestra columna en el pueblo indicado, estábamos expuestos á sufrir dos ataques simultáneos: uno, de las fuerzas que se hallaban en Guanajay (era de suponerse que las hubiera), y el otro, de alguna de las columnas que dejamos sobre el Rincón, entre ellas, la de Luque, sin contar las de Echagüe y Aldecoa, que quedaron emboscadas en Pozo Redondo, y que no era de pensar que permanecieran allí en actitud de imaginaria. Además, teníamos ya noticias de la aproximación de Suárez Valdés y García Navarro, que venían sobre nuestra huella desde Güines, y aunque andaban á paso tardo, un día ú otro habrían de llegar al campo de las maniobras. En conclusión, y sin reticencias: en torno de nuestra columna, al encaminarnos á Ceiba del Agua, se hallaban 10,000 soldados de infantería y como 800 de caballería, sin contar los cuerpos de movilizados y algunos cañones.

Había cerrado la noche cuando nuestras patrullas reconocían las inmediaciones del pueblo; reinaba profundo silencio. Adelántandose la vanguardia y rompiendo los faroles que alumbraban la vía, la población no por eso daba señales de hostilidades; entraron todas las fuerzas en columna cerrada, y dejaron destacamentos en la avenida de la plaza de la iglesia en previsión de que los voluntarios pudieran haberse refugiado en el templo. Algunos vecinos empezaron á abrir sus viviendas para darnos el parabién, y por ellos supimos que la escuadra de voluntarios se había marchado precipitadamente para el Caimito al saber nuestra salida de Alquízar. Se dieron instrucciones al coronel Zayas para que marchara al pueblo del Caimito y procediera al desarme de los voluntarios de ese lugar, así como de los que se habían evadido de Ceiba del Agua.

La tropa acampó en las calles de la población y en las sitierías inmediatas, con los retenes bien reforzados, en tanto que la comisión del Estado Mayor practicaba registros domiciliarios en busca de los armamentos que hubieran dejado ocultos los voluntarios. Dióse con el hallazgo, ó mejor dicho, un doble hallazgo, pues se encontró un depósito de fusiles en la rectoría, y otro dentro de las claraboyas del templo. El *páter*, que era un integrista furibundo, había puesto los pies en polvorosa. Después

de practicados los registros *sacrílegos*, que nos proporcionaron un centenar de fusiles y cerca de cinco mil cápsulas, el pueblo tomó el peculiar aspecto de una feria cubana; parecía el campo de Marte de Santiago de Cuba en la verbena de San Juan; los orientales andaban de rumba, con el haz de forraje al hombro, y perfilando el tiple. Las trovas dulces del Cauto, con toda la gama quejumbrosa de la lira bayamesa, mezclándose con los acentos de la guaracha erótica, llenaban el ambiente de pasión delirante, pero triste, porque al evocar la imagen de la mujer amada, aparecía huérfana y cautiva en la soledad del bosque, lejos del cantor que la rendía el homenaje de su corazón, tal vez la última nota que exhalarían sus labios, y por cima de aquel raro concierto flotaba la musa desgreñada de la tragedia.

En la jornada del día 6 se rindieron á discreción los caseríos de Vereda Nueva, Caimito, Guayabal, Punta Brava y el más importante de Hoyo Colorado sobre la carretera de Marianao. Para obtener esta serie de triunfos en un solo día, que llenaron de pavor á los integristas de la capital, creyendo que el mundo se venía abajo, fué indispensable hacer una marcha peligrosísima por las lagunas del Ariguanabo, en donde un destacamento de infantería, apostado convenientemente en los matorrales contiguos, hubiera hecho fracasar el intento de la Invasión. Afortunadamente, las divisiones de Luque, Suárez Valdés, García Navarro, Aldecoa y la de Canella, que creemos se les agregó á última hora, seguían maniobrando sobre un eje hipotético ó buscaban el logaritmo potencial. El paso de la Invasión por la laguna, duró dos horas; perecieron algunas acémilas, otras la cruzaron á nado, todo el convoy se mojó, y no hubo jinete que saliera ileso del trampal. Pero la Invasión entró triunfalmente en Hoyo Colorado. El vecindario aclamó al ejército libertador y á sus invictos caudillos, á la bandera de Yara y á sus portaestandartes que, desde el remoto Oriente, la traían victoriosa hasta Marianao: ¡qué cosas más estupendas! La guarnición rindió las armas, formada en columna de honor al pie del cuartel que poco há simbolizaba á España, y no faltaron integristas fogosos que, al despojarse de sus insignias y uniformes en las mismas puertas de la atarazana, pretendieran hacer añicos la cortina que ostentaba los colores de la nacionalidad española; se les advirtió que tanto arrebato no conducía á nada eficaz y que era más bien

una pobre venganza, de la cual levantarían acta los mismos guerrilleros que lo presenciaban. Se enviaron destacamentos de caballería al Guayabal y á Punta Brava, para que ocuparan los cuarteles de dichos caseríos. Los puestos avanzados del cuartel general encendieron lumbre en las casas más próximas á Marianao, viendo los candiles del vivac español y el resplandor del alumbrado eléctrico de la capital.

En seis días, la Invasión había atravesado del Este á Oeste la provincia de la Habana, sin medir sus armas con ninguna de las catorce brigadas de tropa de línea que operaban en este territorio, sin incluír los veinte batallones de voluntarios que no tuvieron ocasión de lucir su proverbial marcialidad; y durante la asombrosa correría había ocupado las siguientes localidades, todas ellas con guarnición: Guara, Melena del Sur, Quivicán, Gabriel, La Salud, Güira de Melena, Alquízar, Ceiba del Agua, Vereda Nueva, Caimito Guayabal, Punta Brava y Hoyo Colorado. Ningún himno glorioso puede interpretar este colosal triunfo: la expresión más elocuente está en los mismos actos realizados por la Invasión, que serían refutables, ya que no inverosímiles, si no tuvieran en su abono el testimonio fehaciente de los hombres que los llevaron á cabo y el de los miles de espectadores que sintieron la admiración del prodigio, ó el pavor de la tragedia.

Por algunos hacendados y otras personas de viso, entre las cuales deben mencionarse el señor Perfecto Lacoste, rico propietario que no huía de la quema, y los periodistas señores Coronado y Varela Zequeira, director y redactor de *La Discusión*, respectivamente, tuvimos oportunidad de conocer el verdadero estado de los ánimos en la capital, presa de terror ante la amenaza de un asalto nocturno con todas las consecuencia de la irrupción airada y tenebrosa. Las tropas españolas que guarnecían la plaza y las diferentes columnas que operaban en el distrito, llamadas á toda prisa por el capitán general, se reconcentraban rápidamente en Jesús del Monte, Vento, Puentes Grandes, Guanabacoa, Atarés y Zanja de Dragones, ante la posibilidad, que la mayoría daba por un hecho, de que los insurrectos penetraran por cualquiera de las avenidas é hicieran saco descomunal dentro de la ciudad.

XXXIII

Hoyo Colorado

Nueva base de operaciones.—Las dos columnas expedicionarias.—En la raya de Pinar del Río.—Punta Brava.—El tema palpitante.

(7 de Enero)

La invasión de las provincias de Matanzas y la Habana, aunque coronada por el éxito más sorprendente, habíase efectuado con suma rapidez para que pudiera asegurarse que la Revolución quedaba ya afirmada por la sola influencia de los principios ó por los efectos fascinadores de la victoria. El progreso visible de nuestras armas atestiguaba de un modo cabal que el enemigo no tenía habilidad suficiente para hacer fracasar nuestras operaciones, puesto que las más arriesgadas se ejecutaban á su vista con prodigiosa fortuna, y las más arduas con singular precisión; pero ello no significaba el quebrantamiento de las armas españolas, ni el cansancio de la metrópoli (más dispuesta que nunca á asombrar al universo con un alarde de virilidad jamás imaginado), ni en manera alguna el triunfo de la causa revolucionaria por el sólo esfuerzo de los combatientes: era un triunfo momentáneo, que podía convertirse en sólido y eficaz, si en ese período deslumbrador de la invasión, el país respondía en masa al impulso patriótico y anteponía á todos los intereses materiales el sagrado interés de la patria. Nuestros caudillos no podían entregarse á las necias ilusiones del mundo vocinglero que nos admiraba desde el interior de la ciudad y que hacía llegar hasta nosotros, con el eco de sus parabienes cortesanos, algún croquis de las fortificaciones del castillo del Príncipe ó de las baterías del Morro; *item* más, asegurándonos formal, categórica y técnicamente que la toma de la Habana era cuestión de cuatro tiros: entrar por la calzada del Luyanó y posesionarse de la capitanía general en un santiamén. El patrio-

tismo de los hojalateros siempre se ha manifestado del mismo modo: con exageraciones y necedades.

La cuerda previsión aconsejaba la conveniencia de establecer en uno y otro territorio (Matanzas y la Habana), fuertes núcleos que pudieran hacer frente á las armas españolas y sirviesen de garantía á nuestros adeptos. Con este objeto conferenciaron los generales Gómez y Maceo en la mañana del día 7, acordando en dicha entrevista, breve, y sin objeción alguna por ninguno de los dos disertantes, que el general Gómez quedaría en la provincia de la Habana por algunos días, para imprimir energía y actividad á las operaciones, corriéndose después hasta las fronteras de Las Villas, para asegurar en Matanzas las conquistas de la invasión, y que el general Maceo seguiría el avance por la provincia de Pinar del Río, hasta llegar al límite geográfico de la Isla. Terminada la conferencia, que sólo duró quince minutos, se dió orden para que formaran todas las fuerzas expedicionarias, á fin de proceder á la designación de los dos contingentes. El general Gómez partió en seguida al frente de la columna que se le asignó, compuesta de los regimientos orientales García y Martí, un regimiento de Matanzas, dos escuadrones de Las Villas y la brigada de infantería, además de su brillante escolta, formando un total de 2,300 hombres, á los cuales hay que agregar algunas fracciones de la Habana. Al general Gómez debía unírsele la brigada de infantería oriental que, por efecto de la organización que se dió al 4º cuerpo, quedó incorporada á la primera división de Las Villas.

Media hora después de haber partido el General en jefe, lo efectuaba la división expedicionaria, al mando directo del general Maceo; la cual se componía de las fuerzas siguientes, todas de caballería:

Cuartel general.	40	hombres
Escolta del general Maceo. . . .	80	id.
Regimiento Céspedes.	490	id.
Idem Las Villas.	500	id.
Tiradores al mando de Sotomayor	350	id.
Asistentes y ordenanzas armados.	100	id.
Total de hombres armados.	1560	

Quedaban además, para unirse á la columna de Maceo, los escuadrones que el día 4, al mando del coronel Alvarez, se ha-

bían separado del núcleo invasor en la línea férrea de Batabanó, al ir á reconocer el pueblo de Quivicán, los cuales estaban ya en Pinar del Río, y de no, en la misma raya divisoria; y las fuerzas que al mando del coronel Bermúdez habían constituído la vanguardia de la Invasión al penetrar en la provincia de la Habana. Bermúdez se hallaba ya en Pinar del Río, y con este jefe, ó con el coronel Alvarez, debían estar algunas fracciones que después del ataque de Güira de Melena siguieron la marcha. Esta diseminación de fuerzas, que parecía obra de un plan estudiado, cuando las más de las veces no era más que consecuencia del desorden, en aquellos días proporcionaba fecundos resultados, porque cada una de esas partidas disgregadas venía á ser, para los españoles, la partida grande de Maceo ó de Gómez, y nuestros caudillos, á los ojos del mundo oficial y del mundo imbécil que le hacía coro, tenían el don de la ubicuidad. No hemos de tardar mucho en ver á Suárez Valdés encararse con el ala derecha de Gómez, Maceo, Zayas y demás cabecillas, cuando en realidad batió á siete individuos, ni uno más, que se llamaban vanguardia de Quintín Bandera; y también veremos á Martínez Campos comunicar á Madrid el parte oficial de una acción de guerra, con muertos vistos y todo, que nosotros no conocemos, por la sencilla razón de que no hubo tal fazaña ni tales interfectos.

Las fuerzas de caballería al mando de Zayas, que se enviaron al Cano y Punta Brava para que desarmaran á los voluntarios de esos caseríos, volvieron de su excursión para incorporarse á la columna del general Maceo, á la cual pertenecían, trayendo como botín de guerra 50 fusiles y 800 cartuchos: hicieron capitular un destacamente de tropa de línea, compuesto de un sargento y 16 soldados, los cuales juraron la bandera de la Independencia, para militar desde aquella hora en las filas del ejército libertador. Acerca de esta clase de sucesos, hemos advertido que los españoles jamás los han dado á conocer; pero es conveniente que llenemos nosotros la omisión habitual de nuestros adversarios, haciendo constar que en la sola columna expedicionaria figuraban más de 80 plazas procedentes del ejército español.

Dejaremos por ahora al general Gómez en la Habana y la narración de sus operaciones militares, para referir los sucesos

que se relacionan con la campaña de Maceo en Pinar del Río, ya que por virtud de nuestro cargo en el Estado Mayor del lugarteniente nos tocó ir con el caudillo oriental, al separarse los dos ilustres campeones.

Contenta y alborozada iba la tropa de Maceo al vislumbrar los horizontes de la nueva excursión á los confines occidentales; sueño tentador que desde el remoto Oriente venía agitando el corazón del gran soldado; de este embeleso participábamos todos nosotros. Baraguá surgía del fondo de los recuerdos, evocado por la ilusión fascinadora de las nuevas conquistas, como surgía también ante nuestros ojos el espléndido panorama de la sierra del Pinar, con toda la altivez y majestad de la montaña oriental: se divisaba la cumbre del Anafe, dominando la pintoresca campiña del Mariel. Pero, ¡qué fríos y tristes hubieran quedado todos los corazones si rasgándose de repente los velos misteriosos de lo porvenir, hubiesen leído la página nefasta que la cruel adversidad tenía escrita sobre el campo de Punta Brava! Por ese lugar, tan risueño entonces, como fatídico después, andaban gozosos nuestros soldados en la mañana del siete de Enero, entretenidos en componer chistosos epigramas sobre el nombre singular de aquel territorio, que nada tenía de selvático, y sí mucho de apacible y seductor.

El itinerario que siguió Maceo para ir á la muerte, es casi el mismo que llevábamos al iniciarse la jornada más gloriosa de la invasión. Estos parajes, pues, que ahora cruzamos en alas del triunfo y que se descorren bajo un aspecto primaveral, se convertirán más tarde en sitios de inmenso infortunio. Ya veremos en su día porqué á Maceo le atrae ese campo funesto, porqué permanece en él más tiempo del necesario, porqué se descuida, siendo tan previsor, y porqué raro conjunto de circunstancias los accidentes más triviales se combinan para producir el tremendo desenlace.

¡Bien hizo la Providencia en negarle al hombre la facultad de adivinar lo pervenir; de mantenerlo en la ignorancia de su propio destino! De no ser así, sobre no disfrutar entonces la dicha del presente, las más grandes empresas humanas quedarían interrumpidas al conocerse el desventurado fin que suelen alcanzar los héroes que las acometen. Este mismo pueblo, que

no ha logrado aún su completa manumisión, estaría sumido en los horrores del cautiverio.

Pero hemos de forjarnos la ilusión de que no conocemos el acto fatal de Punta Brava, ni las demás cosas tristes que vinieron después, para poder trasladar á estas páginas las vivas emociones de aquel período deslumbrador, porque sin esta ilusión, pasajera y engañosa, no sería posible continuar el relato.

De conformidad con el nuevo plan que habían concertado nuestros caudillos en el campamento de Baracoa, el general Gómez se encaminó hacia el Sudoeste de la Habana para cruzar la línea férrea del Rincón, en su empalme con las de Guanajay y Güines, y establecer la primera base de sus operaciones en el centro de la provincia; mientras Maceo se dirigía al Noroeste de la capital, para situarse sobre la raya divisoria de las dos regiones occidentales, con el doble objeto de explorar el campo de Pinar del Río, reconocer el paso angosto del Mariel, que se consideraba infranqueable para las huestes invasoras, y ver de qué modo burlaba la vigilancia del enemigo, para meterse en alguno de los barrios aristocráticos de la capital, terminando así, brillantemente, el cuadro militar de la invasión en la Habana, como el que cierra un discurso con broche de oro. Poseía el general Maceo el arte de producir grandes efectos en la imaginación de los hombres, por cuanto él mismo estaba dotado de exuberante fantasía.

La excursión del día 7, si bien careció de lances guerreros, en cambio fué toda ella deliciosa; á modo de viaje recreativo por un país encantador que se examina por primera vez con el intento de pasar en él una buena temporada. Visitamos durante el trayecto el central Lucía del señor Lacoste, y el poblado de Banes, puntos de Pinar del Río, y retrocediendo por la noche al territorio de la Habana, llegamos en esta marcha nocturna tan cerca de la ciudad que los resplandores de la luz artificial alumbraban el camino. Maceo deseaba adquirir informes sobre los medios de defensa que tenía Marianao, á fin de dar una embestida á esa población, y que la Habana despertara con el alboroto; pero hubo que renunciar á la aventura por la carencia de datos positivos en que basar la probabilidad del éxito. Acampamos en el ingenio Maurín (cercanías de Hoyo Colorado), á una hora muy avanzada de la noche; sin embargo, la tropa viva-

queó alegremente, cautivada por los mágicos destellos de la luz eléctrica, y feliz, con la ilusión, de que un día ú otro pasearía por las ramblas de la gran ciudad.

Seguramente que los movimientos combinados de las dos columnas insurrectas llevaron nueva incertidumbre al ánimo del general Martínez Campos, quien no pudo saber en aquella oportunidad si los rebeldes avanzaban en masa por el territorio de Pinar del Río, ó si hacían demostraciones á la vista de la Habana para caer por sorpresa sobre otra plaza importante, ó descalabrar alguna de las brigadas más delanteras. Hasta el día 9, ó mejor diremos, hasta el 10, no supo Martínez Campos que Maceo se hallaba en Pinar del Río con el propósito de seguir la marcha invasora, y que Gómez había quedado en la Habana para distraer la atención del enemigo, hasta tanto que el caudillo oriental no estuviera en camino por las vegas de Vuelta Abajo. Pero ni el día siete, ni en los dos siguientes, era sabedor el jefe del ejército español de los movimientos efectuados por los dos cuerpos insurrectos, como tendremos ocasión de comprobarlo con sus propios partes oficiales (1).

Claro está que en la fecha indicada hallábase en el territorio habanero la mayor parte del ejército español, y que todo el empeño de su jefe era impedir el paso de la insurrección á las comarcas de Vuelta Abajo, audaz y temeraria aventura que, de realizarse con buen éxito, causaría asombro en propios y extraños, por ser unánime la opinión de que era un valladar in-

(1) He aquí lo que comunicaba Suárez Valdés, desde Guanajay:

"Tengo satisfacción participar á V. E. que la columna del general García Navarro y coronel Arizón, en operación combinada, que ayer anuncié á V. E., han batido el día 7 á la partida de Maceo entre el ingenio Regalado y Begoña, entre Guadalupe y Ceiba del Agua.

Después de una hora de fuego, lo pusieron en dispersión echándolo de las posiciones que habían tomado en las lomas de Armenteros, causándole bastantes bajas.

Las de la columna de Navarro consisten en dos heridos graves y tres leves.

Las de la columna de Arizón, no las conozco.

Las partidas batidas van mandadas por Maceo, Miró y Zayas, y detrás de ellas marchan Arizón y Navarro.

Me dicen que Máximo Gómez va por el Sur hacia Occidente".

El general García Navarro decía en su parte:

"Mis bajas son cuatro oficiales heridos, dos de ellos muy graves, y veinte y cinco soldados, seis graves.

Las del enemigo son numerosas, pues hoy al venir á este punto, hemos contado veinte y cinco muertos y gran número de caballos, y los sitieros

superable para las bandas insurrectas. Vuelta Abajo fué siempre á los ojos del mundo comercial el emporio de la riqueza de Cuba. La trascendencia del acto que iba á realizar nuestro caudillo, no es menester indicarla.

La prensa de la Habana no daba aún cuenta de los últimos sucesos, por más de que ya eran públicos en la población: la toma de Güira de Melena, la entrada triunfal en Alquízar y en Hoyo Colorado, con el desarme de los voluntarios, debido á que la censura era muy rigurosa; pero en el debate militar de los casinos y en las redacciones de los periódicos, las opiniones estaban contestes en que los insurrectos no se arriesgarían á cruzar el estrecho del Mariel para encerrarse en Pinar del Río, en atención á que á ese estado quedarían reducidos y cortada para siempre la retirada, si llevaran su osadía á tal extremo. La Isla es muy angosta por este lado, sólo tiene 40 kilómetros de Norte á Sur, que fácilmente podrían transformarse en un muro artillado, tan sólido para los españoles como inexpugnable para los rebeldes. Si Maceo, pues, se internaba en la provincia de Pinar del Río, se metía él mismo en la jaula, de la que no le sería fácil salir en ninguna ocasión, puesto que se encontraría con la barrera insuperable del estrecho del Mariel á Majana, aparte de la batida metódica y eficaz que le darían las tropas por las planicies de Vuelta Abajo (1). Esto opinaban, á una, profanos y expertos en el arte de la guerra.

Los hechos van á demostrar lo infundado de tales razonamientos, basados en la errónea idea que se tenía de la estructura topográfica de esa región, la más adecuada para mantener en jaque á un ejército numeroso, con sólo un puñado de hombres.

---

nos dicen que todo el campo está regado—son sus palabras—de armas y municiones. Yo he recogido 20 fusiles Rémington, 5 revólvers, 27 machetes, muchos caballos, municiones y otros efectos''.

''Habana 8.—General García Navarro, en camino de Ceiba del Agua, encontró por su derecha grueso enemigo al mando Gómez, Maceo, Zayas, Miró y otros cabecillas.

Los atacó avanzando en combate de tres horas, dispersándolos, dejando enemigo en el campo 23 muertos, muchas armas, caballos, ropas.

Nuestras bajas cuatro oficiales, 25 tropa heridos; las del enemigo 23 muertos, muchos heridos y un prisionero.

Recomiendo V. E. calurosamente general Navarro.—Campos''.

(1) Los técnicos españoles creían que Vuelta Abajo era un veguerío, llano como la palma de la mano.

XXXIV

PINAR DEL RIO

Principia la campaña de Pinar del Río.—El combate del Garro.—Aspecto del país y carácter de sus naturales.

(8 de Enero)

No quería Maceo inaugurar la campaña de Pinar del Río sin el complemento de una función estrepitosa, diurna ó nocturna, en cualesquiera de las barriadas de la capital; la hubiera preferido nocturna, porque los efectos de la iluminación y los estampidos de la pólvora sonarían con mayor viveza; pero concibió el pensamiento de ejecutarla a pleno sol, en virtud del ineficaz resultado de las últimas exploraciones. Con ese fin, hizo que las tropas tomaran las armas al romper los claros del día, para que hubiera tiempo y oportunidad de examinar el campo en que habría de efectuarse la algarada, cuyo estruendo llegaría hasta el parque central de Habana, y se pondrían en evidencia no sólo los defensores de la integridad, sino también los literatos autonomistas. Con esta denominación singular comprendía Maceo á los simpatizadores platónicos que se llamaban agentes de la revolución dentro de las ciudades, para no ir al monte, y se jactaban de prestar mayores servicios á la causa de la Independencia que los soldados heroicos que daban su vida en el campo del honor.

A la salida del ingenio Maurín nos encaminamos á la playa de Baracoa, con la idea de despistar al vecindario de aquellos contornos y correrno después por el litoral hasta las inmediaciones de Marianao, por ser ésta la localidad que el general Maceo intentaba atacar desde la víspera; pero al aproximarnos á la playa, nuestros confidentes nos informaron que en la población se levantaban trincheras á toda prisa, cerrándose las

bocacalles con adoquines, palizadas, barrotes de ferrocarril y otros parapetos, y que numerosas fuerzas españolas acudían á la plaza para guarnecerla en debida forma. A estas desagradables noticias, siguieron otras de carácter alarmante y no menos auténticas, en atención á que nos fueron comunicadas desde el central Lucía por un mensajero que expidió el dueño de la finca, al tener conocimiento de la proximidad de una columna española y de nuestra permanencia en la playa de Baracoa. Hubo que salir precipitadamente de allí, donde teníamos el mar por barrera y el enemigo á nuestras espaldas.

Para huír del peligro mayor, que era el mar, fué necesario repeler el ataque de los españoles, yendo á su encuentro, y desfilando á su vista con imperturbable serenidad, aguantar firmes la primera rociada de plomo. La columna se hallaba en el ingenio Palomino con las dos alas ya desplegadas, los tiradores prevenidos y con la reserva bien apoyada en las fábricas de la finca. Maceo se puso en la vanguardia para dirigir la formidable maniobra desde el sitio más peligroso. En efecto, la primera descarga de los españoles cogió de lleno al Estado Mayor, y aunque no fué todo lo mortífera que era de esperarse, el General logró el propósito de hacer desfilar los regimientos de caballería en columna de honor, como si se tratara de una revista solemne. No quería Maceo aceptar el combate en aquel lugar, sino al lado opuesto del central Lucía; pero la brusca agresión del enemigo y el despliegue inmediato de sus batallones, que avanzaban con denuedo, le obligó á repeler el ataque con el regimiento de Las Villas, que cubría la retaguardia, el cual marchó de frente sobre el enemigo, con su bizarro coronel á la cabeza. No pudieron estos escuadrones hacer jugar el arma blanca, pero repetidas veces descargaron sus carabinas y revólvers con buena puntería. La acción se formalizó en las cercanías del central Lucía, casi en el mismo batey, á donde el General no deseaba que llegara la pelea. Pero en posesión los españoles de las fábricas de Palomino, y cubriendo los caminos inmediatos que conducían al central de Lacoste, no hubo más remedio que abrirse paso por entre las guardarrayas para poder llegar al batey del Lucía con antelación á los españoles. Avanzaron con denuedo el regimiento Las Villas y varias fracciones del regimiento Céspedes, descargando carabinas y revólvers sobre las embos-

cadas enemigas, en tanto Maceo se abría paso por otra guardarraya para darle aviso al dueño del ingenio, y dejar á su cuidado, si era posible, los heridos de mayor gravedad, entre ellos el coronel Federico Pérez Carbó, jefe del despacho del cuartel general, y el ayudante Bolívar.

El señor Lacoste, dando pruebas de gran serenidad, desafió el aguacero de plomo desde los corredores de su vivienda, y recibió los heridos que le fueron recomendados por Maceo en persona y por el que escribe estas páginas de la guerra. ¡Admirable conducta que debe señalarse en este lugar del relato, porque ella comprueba la bondad y el patriotismo de aquel cubano leal y de su distinguida esposa, que pudiendo alejarse del país, aceptaban todas las consecuencias de la feroz discordia y se aproximaban al peligro! Recordamos perfectamente las palabras del señor Lacoste en aquellos críticos momentos, mientras nos servía una taza de café con imperturbable serenidad: "General: he oído decir á los del cónclave autonomista que si usted pasaba el estrecho del Mariel, sería más grande que Aníbal". A lo que contestó Maceo, aceptando con orgullo la felicitación: "Yo no sé dónde está esa angostura de las tormentas, pero déme mañana por situado en Pinar del Río. Y hasta la vista, amigo, que los españoles pueden levantar acta de esta conferencia, peligrosísima para usted y su señora".—"¡Buena suerte, General, buena suerte!; y haga que nos quemen algunos cañaverales para poder disimular la nota de laborantes!" Los heridos fueron cuidados con esmero por el señor Lacoste y sus familiares, y restituídos al seno de la Revolución cuando estuvieron otra vez en aptitud de empuñar las armas.

El general Prats, jefe de la columna española, compuso el siguiente parte:

"Después de constante persecución, hoy, á las doce y media, desde Palomino avisté al enemigo que desde la costa marchaba en dirección á las lomas de Guanajay; salí con columna, rompiendo el fuego á los breves instantes—que continúa á estas horas—que desaparece el enemigo por el momento en precipitada retirada. Partida se componía de unos dos mil hombres mandados por Maceo, Miró, Zayas, Núñez y otros".

"En momentos de avance se le tomaron posiciones durante ocho kilómetros por las lomas de Baracoa, Valenciano, Govín,

central Lucía y loma de los Mameyes, con fuego constante y repetidos ataques, retirándose enemigo con dirección á Banes, continuando persecución caballería para quedar sobre rastro, que seguiré mañana cualquiera que sea el número de la partida, aprovechando el quebrantamiento moral y material, consecuencia de este encuentro, para batirlos".

"Por nuestra parte, heridos graves el capitán del Rey, José Balbás, dos soldados, uno menos grave y ocho caballos muertos".

"El enemigo dejó en el campo ocho muertos, y según dice el dueño de la finca citada, el cabecilla Miró va herido, suponiendo lleven bastantes más bajas por el arrojo que demostraron en el combate, acercándose en grupos al descubierto. Caballos muertos, 23, cogidos 32, varios armamentos y muchos efectos".

"La persistencia de las partidas de ir á la costa y la presencia de un barco sospechoso que estuvo todo el día bordeando, hacen suponer pudiera tratarse de algún alijo o desembarco".

El general Prats, aunque menos hiperbólico que sus colegas, insiste, sin embargo, en inexactitudes de bulto; la primera está en el introito mismo de su jaculatoria... "Después de constante persecución"... (¿Dónde nos había perseguido?) y la última, es el pasaje del barco sospechoso. Eso del barco sospechosos es una novela, pero tiene su historia. La referiremos en dos palabras.

Habiendo ido el jefe de Estado Mayor del general Maceo (el autor de estas Crónicas) á practicar un reconocimiento cerca de la playa de Baracoa, permaneció un rato en casa de unos pescadores, á quienes preguntó si por allí cruzaban muchos buques; si el mar era muy bravo y otras tonterías por el estilo. Y aquí concluye la historia del barco filibustero que vió el general Prats, en ilusión!

En la jornada del 8 de Enero acampamos por primera vez en el territorio de Pinar del Río. La nueva campaña se había inaugurado contra la voluntad de Maceo, que no pudo realizar el propósito de despedirse de la Habana con una función extra, descomunal. El semblante del caudillo no revelaba satisfacción, sino contrariedad y displicencia; y parecía de mal augurio el aspecto de su fisonomía en aquella inauguración un tanto des-

graciada. Al día siguiente brillaba el sol de la victoria con mayor gala que nunca.

Del país que vamos á recorrer ahora, no teníamos más que ligeros informes, contradictorios los más de ellos, y poco agradables para excitar el interés de la conquista. De la configuración del suelo y del carácter de sus naturales, la prensa venal y estrafalaria del partido español hacía descripciones tan estupendas que la propia geografía quedaba burlada, y convertidos en pecheros del integrismo los pobladores de Vuelta Abajo. A juzgar por esa prensa versátil, tan cínica á la sazón como posteriormente, el territorio de Pinar del Río era un campo limpio y desabrigado como la Mancha española, y su población indígena, laboriosa y enemiga de revueltas, se pondría del lado del gobierno para aniquilar á los orientales levantiscos que, sobre haber trastornado su propia región, intentaban perturbar el concierto de la paz y del trabajo en las prósperas comarcas de Occidente. Tal era, en síntesis, el tema diario de los periódicos llamados de información, que así soltaban embustes como blasfemias.

Acababan de decir que la Invasión había jugado la carta más peligrosa metiéndose por las angosturas del Mariel—argumento ya esgrimido cuando el paso de la trocha de Morón—y no faltaban corresponsales alabarderos y estúpidos que apuntaran la idea peregrina de que era un lazo estratégico, sabiamente preparado por el numen del general Martínez Campos, para aprisionar á Maceo y á sus hordas de orientales. Martínez Campos jamás tuvo numen, y desde Peralejo carecía de suerte.

Pero no era de extrañar la disparatada opinión de los voceros del españolismo, cuando personas respetables por su ilustración y adictas á nuestra causa, participaban del mismo error, y hacían llegar hasta nosotros la siniestra profecía de que íbamos á una irremediable catástrofe por aquel rumbo desatinado. Ni el pueblo de Vuelta Abajo respondería al grito de independencia, porque sus disposiciones lo inclinaban al yugo español, ni la estructura del territorio brindaba condición alguna favorable para sostenernos á la defensiva; y así, pues, nos eran igualmente funestos los caracteres físicos del país y el temperamento moral de sus moradores. No conseguiríamos nada más que verter inútilmente la sangre generosa de nuestros soldados en una em-

presa fatal para la vida de la Revolución. De suerte que, si nuestro insigne capitán no hubiese sido de un temple de alma tan heroico, el patriotismo de los pinareños, su valor sobresaliente y su abnegación sin igual, hubieran quedado en germen, ó reducidos á la humilde exposición de conatos parciales, sin merecer de la historia patria otro concepto que el que se consagra á las simples tentativas. Admiremos una vez más el genio de Maceo, sus virtudes militares, su perseverancia, su tenacidad, su diligencia, su amor á la gloria, porque gracias á estas cualidades excelentes no se arredró ante ninguno de los formidables obstáculos de la naturaleza, ni se detuvo ante ninguna barrera alzada por el poderoso enemigo; no vaciló en atravesar las sirtes amenazadoras del estrecho, tras el cual se hallaba el grandioso teatro de Pinar del Río que el genio de Maceo convirtió en el más imponente de nuestras luchas, inmortalizándolo con sus épicas hazañas.

Al emprender la marcha en la mañana del domingo, nueve de Enero, cruzamos por primera vez la calzada del Mariel á Guanajay. El paisaje era bellísimo y ameno; á nuestra derecha, campos sembrados de caña formando suaves ondulaciones que se perdían en el mar, de un verde esmeralda, y por el lado opuesto montañas abruptas, estribos de la sierra de Guaniguanico que abraza por el Norte casi toda la comarca pinareña: ¡caprichoso y encantador panorama! El Lazareto del Mariel, con sus casas blancas y apiñadas, parecía una bandada de gaviotas en actitud de levantar el vuelo para ir en busca de mejor refugio contra el azote de las olas. El mar estaba encrespado, como si quisiera tragarse la costa echando rompientes y moles de agua sobre los cantiles del embarcadero y sobre las frondas más lejanas del paisaje, alumbrado por el sol de una mañana invernal. Nuestra sorpresa iba en aumento á medida que nos internábamos por aquel desconocido escenario, de perspectivas tan deliciosas. La gente invasora, gente fornida del lejano Oriente, acostumbrada á andar por el bosque alteroso, descalza, por breñas y zarzales, se preguntaba con asombro dónde se abría la llanura del afamado cultivo, la vega limpia y uniforme de Vuelta Abajo, que había de proporcionarle el tabaco apetecible, de hoja madura y superior, sin entrañas nocivas. El hechizo no se divisaba por ningún horizonte. Aquí, cerros abruptos;

allá, bosque: á un lado el mar, bravo y profundo; por el frente y por el otro flanco, el telón majestuoso de la cordillera, trasunto fiel del telón oriental y de otros escenarios montañosos. Y la sorpresa aumentaba aún más al observar semblantes risueños que no fingían la emoción del entusiasmo, en vez de caras adustas y fisonomías cubiertas con la máscara del disimulo. Todas las casas de la ruta, vivienda del campesino, tenían izada bandera blanca en señal de paz y concordia. ¿Dónde estaba la hostilidad del pinareño? ¿Dónde empezaba el continente negro, el continente de la servidumbre ó la Mancha española, trasladada por las opiniones oficiales á la feraz campiña de Vuelta Abajo?... Algunos acompañantes de Maceo, que aun conociendo los tratados de geografía, habían desechado la verdad de la descripción ante los infundios de los periódicos españoles, y el mismo General que trataba de descorrer aquel velo misterioso, se hacían cruces de las invenciones del integrismo militante que echaba sobre Vuelta Abajo lo más estupendo de la crasa ignorancia, así en lo físico como en lo moral; ora apisonando cadenas de montañas, ora convirtiendo en ilotas irredimibles á toda una población sedienta de libertad y de derecho público.

XXXV

Cabañas

En el camino de Pinar del Río.—Asalto y toma de Cabañas (9 de Enero). Se rinden los pueblos de San Diego de Núñez, Bahía Honda y Las Pozas.—El itinerario de Narciso López.—Consolación del Norte.—La Sierra del Pinar.—Caiguanabo.

El mismo día en que principió la campaña de Pinar del Río, las columnas españolas que operaban sobre la carretera de Guanajay y tenían la misión de defender los pueblos limítrofes, no pudieron evitar el asalto y toma de Cabañas, villa de renombre por su riqueza territorial y activo comercio. Las fuerzas invasoras, después de haber cruzado la angostura del Mariel, se dirigieron al valle de Cabañas para imponer la autoridad de la revolución á los ingenios y caseríos del término que no se hubieran enterado de los mandamientos que pregonaban las trompetas del invasor. En esta primera excursión visitamos varias fincas azucareras, Begoña, Regalado, y San Jacinto, entre otras, de menos importancia, haciendo saber á los propietarios y mayorales que la zafra estaba terminantemente prohibida por el gobierno de la república, pero que las vidas y demás intereses serían respetados por la revolución, siempre y cuando los individuos, ya notificados, no procedieran con alevosía. Los mismos hacendados nos dieron informes del estado de los ánimos en el término municipal de Cabañas, así como de que se hallaban en son de guerra algunos grupos insurgentes capitaneados por Pedro Delgado; demostración palpable de que por allí germinaba el ideal separatista. También nos dijeron que varias columnas españolas vigilaban la zona, y que, probablemente, tendríamos un choque, ese mismo día, con alguna de ellas. La espontaneidad con que nos fueron comunicadas estas noticias, de verdadero interés, indicaba, cuando

menos, que la opinión de las personas de más arraigo no era hostil á nuestra causa.

Más tarde tuvimos ocasión de ver confirmados los informes que nos dieron sobre la proximidad del enemigo, pues dos escuadrones de Oriente que practicaban una exploración por el camino de Quiebra-Hacha á Guanajay, sostuvieron escaramuzas con las vanguardias de Suárez Valdés y Echagüe, que, según manifestaciones del vecindario, eran las columnas que teníamos más cerca. Maceo se encontraba en el ingenio Begoña. La permanencia en este lugar, aprovechóla el General para dirigir una intimación por escrito al comandante del fuerte de Pinillos, aunque sin ánimo de atacarle, pues sólo fué un ardid para entretener y despistar á las columnas que seguían nuestra huella, y acometer una operación de mayor realce que la del desafío con las vanguardias de Suárez Valdés, militar de notoria prudencia y amigo de hacer sonar los cañones desde lejana distancia. Colegía el general Maceo que las tropas españolas, al conocer el aparente propósito de atacar el fuerte de Pinillos, acudirían sobre el lugar amenazado por los insurrectos. El mensaje de intimación lo llevó el dueño del central Begoña.

La terminante negativa que dió el oficial español al mensaje de Maceo, á quien contestó por escrito que el honor militar le exigía sucumbir con todos los defensores, antes que rendirse ó capitular (hermosa respuesta que estampó al pie de la misma carta intimatoria), vino á favorecer aún más el propósito ulterior de Maceo, de atacar el pueblo de Cabañas, por cuanto le brindó oportunidad de simular una embestida al fuerte de Pinillos, á fin de que acudieran en socorro de la guarnición las columnas de Suárez Valdés; su itinerario probable nos era conocido por el tiroteo de los exploradores. Al éxito de la empresa ulterior, contribuyó una tempestad de agua y ventisca que descargó al abrirse el fuego en las cercanías de Begoña, puesto que espantó de las alturas á los batallones de Suárez Valdés, echándolos cuesta abajo á buscar el impermeable del cuartel, y dejó limpia de polvo y plomo la carretera de Cabañas.

Al pasar nuestras fuerzas por el batey de San Jacinto, acaeció un suceso desagradable para el general Maceo, que siempre fué opuesto á las medidas de rigor, tanto más penoso en aquella oportunidad por cuanto el castigo impuesto contrariaba la po-

lítica de benevolencia que se proponía aplicar en la campaña de Vuelta Abajo. Pero la guerra tiene sus leyes inflexibles, que demandan pronta y enérgica represión contra los delitos de espionaje, y al fallo de esas prescripciones hubo que someter al administrador de dicha finca, por haberse comprobado de un modo evidente su complicidad con el enemigo armado, á quien dió aviso de nuestro supuesto rumbo desde el día anterior. Fué pasado por las armas, y el ingenio totalmente destruído.

Abrigados los españoles bajo la segura cobija de sus alojamientos, de donde no habían de salir mientras siguiera el chaparrón que llevaba trazas de interminable, pero que nuestra gente aguantó á pie firme sobre los cerros que rodean el valle Cabañas, y convencido nuestro caudillo de que su competidor no iría á arrostrar la humedad del ambiente, dió por terminada la demostración militar, y encaminó la columna hacia el pueblo de Cabañas cuando la obscuridad era densísima y las nubes volcaban sobre nosotros torrentes de agua. Para nuestro esforzado General no había mal tiempo; temporales y noches tenebrosas eran obstáculos de menor cuantía.

Entre ocho y nueve de la noche llegaba nuestra columna al pueblo de Cabañas, sin haber encontrado alma viviente por el camino. El silencio era sepulcral dentro de la población; el vecindario pacífico estaba entregado al reposo; únicamente el mar insomne, alborotado por la tempestad reciente, dejaba oír su voz amenazadora. ¡Buena ocasión para la sorpresa!

Organizadas con rapidez las fuerzas destinadas al asalto, éste se inició al toque del clarín, con gran empuje. Los escuadrones de vanguardia, de la primera embestida, arrollaron un retén, que sólo tuvo oportunidad de dar el *quién vive*, y siguieron á galope por la calle principal hasta la plaza de la iglesia, suponiendo que allí estaría el núcleo de la guarnición. En efecto, desde el campanario y casas contiguas, una de las cuales era el Ayuntamiento, empezaron á hostilizarnos con disparos de fusilería, y á los pocos minutos, una lancha artillada hacía sonar el cañón, parece que con pólvora sola, pues nadie percibió el zumbido peculiar de la metralla. El general Maceo mandó que los escuadrones de reserva se corrieran por la ribera del mar, para hacer frente á cualquier tropa de desembarco, en previsión de que los disparos de la lancha pudieran ser señales convenidas

con otros buques de guerra ó de transporte. El falucho suspendió la ruidosa función, y desapareció de la rada. Los disparos eran aviso para que los marineros que se hallaban en la torre de la iglesia, cesaran la hostilidad terrestre y volvieran á bordo á organizar el zafarrancho naval. Mas, por lo visto, no hubo el menor intento de renovar el pasaje de Lepanto.

Los insurrectos se apoderaron de los edificios inmediatos á la iglesia, mientras hacinaban combustible para envolver en llamas á los defensores, si no se rendían á discreción. Se sabía perfectamente que los dos núcleos hostiles estaban atrincherados en la casa capitular y en el templo. El pánico empezó á cundir entre el vecindario pacífico que, viendo sus casas amenazadas, se lanzó á la calle pidiendo misericordia á grito herido. Dos horas hacía ya que duraba el asedio de la iglesia y de la casa de la Villa, cuyos defensores esperaban, indudablemente, socorros por mar y por tierra; pero convencidos, al fin, de que iban á perecer asfixiados, si antes no sucumbían por el fuego de nuestros tiradores, y que serían pasados á cuchillo los prisioneros, se resolvieron á capitular bajo la promesa de que salvarían la existencia; cesaron, desde aquel momento, las hostilidades de unos y otros. Doscientas armas de fuego y 15,000 cartuchos fué el botín de guerra que se recogió en Cabañas, aparte de provisiones de boca, prendas de vestir, medicamentos, equipos y otros objetos de valor que se cogieron en las tiendas. Los defensores que sostuvieron el pabellón hasta última hora, se entregaron al valeroso capitán Manuel Aranda, del Estado Mayor de Zayas, que habiendo ocupado uno de los puntos más estratégicos con un corto número de soldados, dominó á los que defendían la iglesia, y no abandonó aquella posición mientras no estuvo resuelto el debate. Por otro lado, el teniente coronel González Clavell, ayudante de Maceo, estrechando el asedio de la casa municipal, contribuyó eficazmente al resultado decisivo de la lucha, que vino á obtenerse á la una de la madrugada. Toda la noche permanecieron los insurrectos dentro de la localidad fraternizando con el vecindario que, repuesto del susto, se entregó á las más expresivas demostraciones de entusiasmo. La mayor parte de la población era liberal; y así no es de extrañar que entonara con nuestros soldados el himno de la victoria, y que bajo la emoción de una dicha momentánea no

sintiera la pérdida del bienestar material, ni reflexionara sobre las cosas tristes y horrendas que preparaba la adversidad dentro de un plazo no lejano. Todas las ilusiones de la muchedumbre infeliz y los cantos más nobles de alegría, iban á trocarse en desengaños crueles, tal vez antes de que el sol del nuevo día marchara al ocaso, para echar sobre los espíritus creyentes la larga y tenebrosa noche del infortunio!

El cuartel general emprendió marcha desde el ingenio San Juan Bautista, en las primeras horas de la mañana del 10, dejando escalonados algunos retenes para que repelieran la agresión del enemigo, en el supuesto de que las columnas que pernoctaron en Begoña y Pinillos, se moverían diligentes al alumbrar el sol el cuadro desastroso de Cabañas, á lo que contribuyó el general Suárez Valdés con su proverbial desidia y melindrosa conducta. Habíase incorporado á la columna invasora el comandante Pedro Delgado, hombre intrépido y muy conocedor de aquella comarca, en la que dominaba por los fueros de su valor. Maceo tenía el propósito de seguir por el litoral, para proceder al desarme de los pueblos y caseríos que cubrían el camino de Cabañas á Bahía Honda. El primer pueblo que señaló nuestra vanguardia era San Diego de Núñez, con destacamento de voluntarios, pero que, por su posición estratégica y sus medios naturales de defensa, calles empinadas y tortuosas, que por sí solas constituían sólidas trincheras, era poco menos que inaccesible para uno ó dos batallones de infantería. El destacamento se rindió á discreción, con armas y cartucheras, al serle intimado el primer mensaje. El oficial de la guarnición, bodeguero catalán, se sintió feliz al saber que capitulaba ante otro catalán, y así lo comunicó por teléfono á Bahía Honda, burlándose de los integristas de allá que se rindieron á Carlos Socarrás sin aguardar ocasión más propicia ó más honorable para ellos. Preguntado por el narrador de estas páginas si sabía alguna noticia de Martínez Campos, ó si era fácil encontrar algún periódico de la Habana, de fecha reciente, contestó el catalán, con visibles muestras de asombro: "¿Pero Martínez Campos no es de la partida?"—¡Cómo, de la partida?—hubimos de objetarle.—A lo cual replicó el bodeguero conservador: "¡Sí, paisano; Martínez Campos simpatiza con los de Cuba libre!; como que es hijo de una parda de Cienfuegos y de un militar

español".—¡Vamos hombre; no desbarre usted de esa manera!: Martínez Campos nació en Toledo y es el más rancio de los castellanos.—El bodeguero no se dió por convencido. Verdad es que al hacerse eco de tan inverosímil rumor, no hacía más que abundar en la opinión de otros integristas más ilustres, que daban por legítimo el compadrazgo de don Arsenio con los insurgentes de mayor prez. Maceo rió muchísimo la ocurrencia del catalán simplón, al referírsela el que ahora la saca á la publicidad, y la comentó con estas palabras: "¡Será porque yo le llamo compadre á *Martinete!;* ahorita nos van á decir que somos del mismo color, y que fumamos de la misma cajetilla, cuando yo no he fumado nunca, y en la conferencia de Baraguá y más tarde en San Luis hube de manifestarle que me traía mareado con sus eternos pitillos!

Al salir de San Diego de Núñez, el mismo día 10 de Enero, para tomar el camino de Bahía Honda, se incorporaron otras fuerzas de Pinar del Río, levantadas por Carlos Socarrás y Gómez Rubio, personas influyentes de la comarca occidental; el primero, hombre rudo y muy valeroso, estaba alzado desde años antes de estallar la insurrección, á consecuencia de líos personales con los agentes de la autoridad; y el segundo era un propietario de Guane que ejercía la profesión de médico en aquel término municipal, en donde su familia gozaba de muy buen concepto. La columna invasora pernoctó en Bahía Honda; Maceo ordenó al alcalde que repartiera víveres á la gente menesterosa de la población. A la salida de Bahía Honda, el día 11 por la mañana, hubimos de sostener un ligero debate con la tropa española que trataba de desembarcar por el muelle del ingenio Gerardo, solicitada por los integristas de Bahía Honda al conocer el avance de la Invasión. Las escaramuzas no causaron mella en las filas insurrectas. A nuestro paso por el batey de Gerardo, fueron desmanteladas las fábricas y arrasados los cañaverales, por haberse comprobado la connivencia entre el propietario del ingenio y la columna auxiliadora. El dueño de Gerardo, de apellido Cajigal, había levantado el vuelo, pero movió todos los resortes para que fuera tropa de línea á Bahía Honda, Río Blanco y la Palma. Maceo hizo rumbo á las Pozas al terminarse el combate con los españoles; éstos guarnecieron la población de Bahía Honda, y por la noche, una parte de

ellos, sabiendo que los insurrectos pernoctaban en las Pozas, emprendieron el camino de Consolación del Norte, ó sea la Palma. El alcalde de las Pozas nos hizo entrega de un centenar de fusiles que tenía en depósito.

Este memorable lugar en la historia de Cuba por haber desembarcado cerca de allí el intrépido Narciso López en 1851, y sostenido la primera acción contra las fuerzas del gobierno, nos trajo á la mente la vida azarosa de aquel luchador que, tenaz y entusiasta en medio de las mayores vicisitudes, volvió por segunda vez á emprender la colosal aventura de la redención de este pueblo, para hallar el más inicuo y deplorable fin á los pocos días de su afortunado desembarco. Aunque las peripecias de Narciso López son bien conocidas del público, pues han sido narradas por casi todos los historiadores de la época, no huelga un relato más de su triste aventura, ya que nosotros seguimos en la campaña de Invasión el itinerario de aquel valeroso y desgraciado caudillo, y el general Maceo mostraba verdadero interés en visitar los lugares por donde anduvo el célebre luchador en su postrer jornada por los montes de Cuba, ¡tan inclementes para él!

Desembarcó Narciso López con la hueste expedicionaria, que traía el vapor *Pampero* desde New Orleans, el día 12 de Agosto de 1851, en una de las ensenadas de Manimaní, cuatro leguas á sotavento de Bahía Honda. En el cerro del Morrillo sostuvo el primer combate uno de sus lugartenientes, el coronel americano Crittenden, mientras él, con el resto de las tropas, se dirigía al caserío de las Pozas, alentado por el fervor del patriotismo, creyendo que el país respondería á sus intrépidos conatos. La buena estrella, sin embargo, parecía acompañarle, pues logró sostener dos combates, si no del todo victoriosos, bastante afortunados para las armas libertadoras, por cuanto descalabró al jefe de una de las fracciones españolas, el comandante Guerra, gobernador militar del Mariel, é hizo retroceder al general Enna después de la refriega en San Miguel de Cacarajícara. El coronel Crittenden batalló con éxito en el cerro del Morrillo, y López en San Miguel; estos lances fueron casi simultáneos, y acaecieron el día 13 de Agosto. Enviados refuerzos desde la Habana el día 14, al mando del brigadier Rosales, sirvieron de sostén al general Enna, que siguiendo la huella de su

competidor, desde San Miguel al término de Candelaria, trató de cerrar el paso al general insurrecto el día 17, en el cafetal de Frías. Narciso López, marchando por dentro de la montaña, desde San Miguel á la finca de Frías, hubo de atravesar la fragosa sierra de San Diego de Tapia, y es fama que pasó por Aguacate, el Brujo, Buenavista, Diviñó, el Cuzco, el Brujito —lugares mil veces andados por la hueste invasora de Maceo y que nos tocará mentar otras tantas en las narraciones de la bélica jornada. En el cafetal de Frías, sitio de caros recuerdos para Narciso López, sonrióle por última vez la fortuna al aceptar el combate contra el general Enna, éste fué herido mortalmente, y la columna española experimentó otras pérdidas; pero el rápido movimiento ejecutado por Enna, momentos antes de caer herido, impidió la concentración de las fuerzas insurrectas, empezando desde aquella hora el calvario de López. Sin poder comunicarse con el resto de sus partidarios, y desatado un horrible temporal, sin el auxilio del campesino, tan indispensable en esta clase de guerras, para guiar á los extraviados y para socorrerlos, Narciso López, con siete compañeros más, se encaminó al Pinar del Rangel, finca perteneciente al término de San Cristóbal, travesía, aunque no larga, fatigosa en tiempo de aguas, y horrible para hombres perdidos en la soledad del monte. López, con el corto séquito, enfermo y extenuado, llegó al Pinar, pidiendo hospitalidad á uno de los aparceros de la finca, á quien el desgraciado General conocía de otra época más feliz; pero el hombre aquel, taimado y codicioso, ávido de coger el precio que el gobierno español ofrecía por la cabeza del revolucionario, delató el escondrijo de López á la autoridad militar de San Cristóbal, y el valeroso caudillo que confiaba ciegamente en la falsa lealtad del nuevo Iscariote, tan vil como el que sirve de ejemplo en todo relato de traición, la noble y deplorable víctima de aquella infamia, mientras descansaba dentro de una cueva, á donde le condujo el propio traidor poco antes de emprender la vía de la delación, fué apresado por una patrulla de realistas y mordido por los mastines que sacaron de San Cristóbal y de las fincas inmediatas para que rastrearan la codiciada presa, caso de que hubiese salido del subterráneo. Narciso López dormía en el mismo lecho campestre que le preparó Santos Castañeda, que así se llamaba el célebre delator,

vil, taimado, cruel y el más miserable de los hombres. El general López, casi moribundo, después de haber bregado con los mastines y con los apresadores que vigilaban la entrada de la cueva, disparando escopetazos para que los perros sintieran mayor fiereza, fué conducido á Guanajay, en estado lastimoso, y el día último de Agosto llegó á la Habana, para subir al tablado del garrote vil el primero de Septiembre de 1851, ¡á los veinte días de su glorioso desembarco! Pocas páginas hay más horrendas en los tristes anales de nuestras revoluciones. El traidor Castañeda pagó con la vida su depravada conducta; murió de un tiro en el café *Marte y Belona* de esta capital, á los tres años del suceso de Pinar del Rangel. El vengador se llamaba Nicolás Vignau, hijo de Santiago de Cuba. ¡Loado sea el matador, mil veces enaltecida su memoria, su esforzado corazón y su certera puntería, que al dar en el blanco abominable, restableció los augustos principios de la moral patriótica, hondamente perturbados por la delación, la captura y el suplicio del benemérito Narciso López! Unicamente es de lamentar que Vignau no haya tenido émulos en la larga y sangrienta vía de la revolución cubana!

Las guerrillas de Maceo, corriéndose por el litoral, incendiaron los embarcaderos de Río Blanco, la Mulata y Verracos, en la mañana del 12, en tanto el Cuartel general se dirigía hacia el interior con el propósito de atacar el pueblo de la Palma, cuyos habitantes, sin excepción de ninguno, eran integristas acérrimos, cualidad que no desmintieron en ningún período de la guerra. En aquel término, casi en su totalidad, compuesto de españoles oriundos de las Islas Canarias, no se hallaba un solo simpatizador de la causa separatista. Las tres leguas que median de un lugar á otro, se anduvieron con la mayor celeridad á fin de llegar con anticipación á los refuerzos españoles, que habiendo desembarcado en Río Blanco, se dirigían al citado lugar; y lo efectuaron con tres horas de antelación á la columna insurrecta, marchando con sigilo. El capitán que mandaba el destacamento de auxilio, procedió sin demora á levantar atrincheramientos. Nuestra columna dió vista al pueblo de la Palma, entre ocho y nueve de la mañana del 12, cuando ya la guarnición se hallaba prevenida. Es de señalarse, entre los innumerables descuidos del ejército español, este acto de diligencia y mar-

cialidad realizado por el capitán Pozo, jefe del destacamento. Tres meses más tarde, el mismo capitán, con la misma tropa y los bravos voluntarios de la Palma, habría de causarnos un completo desastre al ser acometida la población por la hueste de Maceo. El ataque hubiera sido fructuoso en la mañana del 12 de Enero; pero al dar vista á la localidad, con el propósito de romper las hostilidades, se apareció una mujer con dos niños en el Cuartel general, pidiendo y suplicando, con la elocuencia de la aflicción, que no acometiéramos la operación del asalto, á fin de evitar escenas sangrientas de represalias, de las cuales serían víctimas los mismos españoles de la localidad. La desolada dama era esposa del jefe de los voluntarios don Antolín del Collado. Maceo, que jamás negó nada á las mujeres, y que siempre se dejó cautivar por el llanto de las madres de familia, accedió á lo que solicitaba la afligida señora, y sólo impuso, ó, mejor dicho, aceptó buenamente lo que la emisaria le brindaba: una contribución de guerra y la promesa de que los caciques de la Palma abandonarían el negocio del tabaco. La contribución se hizo efectiva parcialmente; pero la cantidad principal de ella, consignada en una orden mercantil contra la casa de Seña y Compañía de la Habana, quedó sin pagar, y poco faltó para que no le costara un serio disgusto á don Perfecto Lacoste, á quien se la envió Maceo para que la cobrara y girara el importe de tres mil pesos á la delegación del partido revolucionario. Lacoste pretendió cobrar la libranza, pero la casa citada, que, por lo visto, estaba en conocimiento de aquel valor entendido, se negó de plano á efectuar el desembolso, no sin manifestarle al destinatario que la operación era filibustera, netamente separatista, y relacionada con un secuestro. Ya Wéyler mandaba en Cuba, y el patíbulo estaba alzado, con carácter de institución, en el foso de los Laureles.

Abandonado el asedio de la población integrista, la columna invasora hizo rumbo á la capital de la provincia por el interior de la sierra: ¡tremenda caminata! El territorio cambiaba de aspecto; nos hallábamos en otro escenario, completamente distinto. A las tierras de labor, paisajes risueños, frondas de variados matices, árboles frutales y palmas regias de espléndido penacho, sucedíanse bosques de pinos, monótonos y uniformes, interminables y solitarios, con sus eternos rumores, y la montaña

misma, de un corte brusco y despojada de vegetación tropical, pues sólo mostraba peñascos con el ornamento del pino entre las junturas de las moles, presentaba el aspecto de un país totalmente desconocido para el viajero de Vuelta Arriba, aunque hubiese andado por los montes de Mayarí, copiosos en pinares. Estos bosques de Vuelta Abajo, por la ruta que seguía la Invasión, no se parecen á otras selvas del país, porque el color de la tierra es aquí invariable, siempre ceniciento, sin otro matiz que transforme la uniformidad del suelo pedregoso, y por dondequiera que el caminante fatigado extienda la vista, no encuentra más que pinos, pinos agrupados y pinos en hilera, ramblas, parques, galerías interminables, espaciosos corredores, pero solitarios, bóvedas inmensas en donde gimen las arpas del oquedal y resuenan pisadas misteriosas en medio del arcano de la soledad, todo fabricado por el pinar, sin otro árbol ni más pompa. En estos lugares, tan desiertos, anida el risueñor y canta el himno matinal de la naturaleza.

Acampó la columna invasora en Laguna de Piedra el día 13, y los exploradores se aproximaron al pueblo de Viñales, donde tuvieron pendencia con los voluntarios de la localidad. En la marcha del 14, larga y penosísima, como la anterior, llegamos á Caiguanabo, sitio pintoresco, pero de aspecto singular, un caserío delicioso, entre aldea y villa, con oratorio y torreones, circunvalado de trincheras naturales, mogotes hechos de una sola pieza, que parecen mausoleos de mármol azul, raros promontorios en que hasta el color de las moles es distinto de los demás cerros de Vuelta Arriba y de cuantos habíamos visto en el largo viaje por el interior del país, tan rico en florestas, como en paisajes románticos. Una partida de salteadores había llenado de consternación á los pacíficos habitantes de aquel caserío, robándoles, y haciendo después escarnio público en la misma iglesia del poblado; pero cogidos tres de ellos, que acababan de incorporarse á nuestras filas, creyendo que el robo y el sacrilegio eran permitidos por el general Maceo, é identificados por las familias del caserío, fueron ahorcados con toda la ceremonia propia del caso, de una de las soleras de la mansión por ellos saqueada. Maceo mostróse inflexible; no valieron esta vez los ruegos de las mujeres que pedían gracia para los foragidos. Al cuartel general llegaban diariamente noticias alarmantes de ac-

tos de bandolerismo que llevaban á cabo las partidas sueltas y los destacamentos de Cayito Alvarez y de otros jefes, que adjudicándose el papel de vanguardia invasora, sin que el cuartel general lo hubiese así dispuesto, asolaban el país y causaban daño enorme á la causa de la república. Maceo tenía el propósito de hacer un escarmiento ejemplar.

XXXVI

A Mantua

La ciudad de Pinar del Río.—Las Taironas.—Combate del 17 de Enero en La Calzada, escaramuzas del 18 y terrible fuego del Tirado el 19.—Explosión de entusiasmo en Guane.—El estandarte de Maceo.—Mantua.—Término de la invasión.

El día 15 nos aproximamos á Pinar del Río, la capital de la provincia. Para ello hubimos de efectuar una jornada considerable por el corazón de la sierra, camino de cabras monteses. A las diez de la noche llegamos al caserío de Pilotos; el vecindario nos dispensó toda clase de atenciones. El 16 cruzamos la vía férrea, que, como es consiguiente, estaba interrumpida en diferentes tramos, desde San Cristóbal á la ciudad, y nos situamos en Paso Viejo, sudeste de la capital, á muy corta distancia de los cuarteles españoles. En Paso Viejo se incorporó Bermúdez, con tres escuadrones completos de gente aguerrida. Maceo le tomó cuentas de la conducta que había observado desde su separación de la columna central en la provincia de la Habana; y como es de presumir, Bermúdez se disculpó con la lección, ya sabida de memoria, de que había perdido el rumbo desde las cercanías de Güines, y no sabiendo qué camino adoptar para reincorporarse al cuerpo general, se adelantó dos jornadas al núcleo invasor, creyendo que tendría oportunidad muy en breve de disculpar su conducta. Las depredaciones, que él no ocultaba, eran obra exclusivamente de Cayito Alvarez. Maceo aparentó convencerse, pero despachó una comisión para capturar á Cayito Alvarez, á fin de carearlo con Bermúdez, y proceder á la ejecución del culpable, cualquiera que éste fuese. Cayito Alvarez se evaporó de Pinar del Río; como una exhalación atravesó los territorios de la Habana y Matanzas, sin parar hasta los montes de Santa Clara. Todos los correos que posteriormente envió Maceo, quedaron sin contestación.

A tiro de fusil de Pinar del Río, viendo nuestros soldados los cuarteles y todo el caserío de la ciudad, el día 17 por la mañana, al golpe de la corneta y de la charanga, nuestra columna hizo diferentes amagos sobre la población. Nos dispararon veintiún cañonazos: parecía el saludo de gala. El día anterior, casi al tiempo de acampar en Paso Viejo, nuestras patrullas ventilaron lances con los destacamentos más avanzados de la plaza. En tanto el general Maceo practicaba estas diversiones casi encima de la ciudad, una columna se dirigía al embarcadero de la Coloma por la calzada que, desde Pinar del Río, conduce á dicho lugar, ensenada de la costa Sur en donde desemboca el río de la Coloma. Marchando la columna de Maceo por los alrededores de Pinar del Río (debe entenderse la ciudad de este nombre), llegó al barrio de las Taironas, á siete kilómetros de la capital. La columna española que se hallaba en camino de la Coloma, fué avisada desde la plaza, mientras Maceo hacía alto en las Taironas para enterarse de los sucesos públicos, pues allí encontramos algunos periódicos de la Habana y un bisemanario de Pinar del Río que ponía á Maceo de oro y azul; llamábale cobarde y abyecto! El que escribe estas páginas, envió una carta bastante expresiva al director del bisemanario de Pinar del Río, para que rectificara los conceptos ofensivos, ó en caso contrario que saliera á batir á los insurrectos con alguna de las columnas que se hallaban dentro de la plaza; única manera de comprobar la cobardía de Maceo y de sus soldados. La carta de referencia la llevó un joven de las Taironas, hijo ó allegado del alcalde de barrio, y como es consiguiente, alborotó aún más el panal. Se organizaron nuevos elementos de combate, para que protegieran la marcha de retroceso de la columna que se hallaba en la calzada, sin saber qué camino adoptar. Nuestra vanguardia divisó á los españoles, ya prevenidos, cerca de un edificio atrincherado, sobre la misma calzada de la Coloma. En aquel edificio que, según informes, era una tienda ó bodega, se hallaba un destacamento de guardia civil y voluntarios, y en otro edificio, más inmediato á las Taironas, otro destacamento de guardia civil y tropa de línea.

Rompióse el fuego sin vacilación, al verse las caras unos y otros: españoles é insurrectos. Nuestra vanguardia, en la que iba Bermúdez, atacó con ímpetu las posiciones del adversario,

y éste hizo gala de serenidad, resistiendo con aplomo la feroz embestida de nuestros escuadrones. La tropa española, desplegada á un lado de la carretera, y con algunas secciones de tiradores dentro de las cunetas del camino causó enorme estrago con su certera puntería, al abalanzarse nuestra vanguardia sobre la línea formidable que vomitaba plomo á derecha é izquierda. Las mismas carretas que estaban destinadas á conducir el convoy, les sirvieron de reducto al lanzarse Maceo con el núcleo de caballería. El fuego se hizo intenso y horrible, y se extendió á más largo trayecto, debido á que entraban tropas de refresco procedentes de Pinar del Río, ó sea la segunda columna que se organizó en la ciudad para que sirviera de sostén á la que emprendía el camino de la Coloma. El refuerzo fué providencial á la primera columna, pues se hallaba envuelta por toda la caballería de Maceo, parte de la cual, para hacer más eficaz la hostilidad, pasó al lado opuesto, por debajo del viaducto de la calzada. Con la llegada de la columna auxiliadora hubo de extenderse el radio de la acción, aminorando, por consiguiente, la embestida sobre el lugar del primer debate. El regimiento Las Villas, batió el segundo frente de los españoles, que trataba de unirse al batallón que aun bregaba en el mismo sitio de la pendencia. Maceo, comprendiendo que la cuestión solamente podía decidirla el arma de infantería, colocó 200 tiradores, al mando del coronel Sotomayor, sobre una eminencia poblada de encinas, los cuales enviaron un aguacero de plomo sobre los infantes y jinetes de las fuerzas españolas, que salieron de las zanjas de la carretera y se parapetaron en la tienda de Escofet, donde se hallaba uno de los destacamentos de guardia civil, y poco después, al verse amenazado por el flanco derecho por dos escuadrones que salieron de sopetón de una hondonada, dejaron el campo de la acción y regresaron á sus cuarteles de Pinar del Río. En nuestro poder quedaron algunos bagajes con bueyes y conductores. Pero la victoria nos costó pérdidas de consideración. Tuvimos 62 bajas, muy sensibles algunas, pues hubo que deplorar la muerte del coronel Pedro Ramos, jefe del regimiento Céspedes, del médico Federico Latorre, joven muy animoso, del capitán Barroto, oficial meritísimo, del teniente Rafael Ferrer, del Estado Mayor, que exhaló el último suspiro, saludando la aurora de la república, y entre los heridos de gravedad, el bri-

gadier Bermúdez. La noche del 17, el cuartel general la pasó en la famosa vega de Tiburcio Castañeda. Maceo ordenó que el regimiento Las Villas practicara un reconocimiento en el caserío de la Coloma. Tal fué el debate de La Calzada.

Hasta hace poco se tuvo por incontrovertible que la fuerza española que allí bregó con tenacidad y arrojo, estaba constituída únicamente por el batallón de Isabel la Católica, al mando del teniente coronel Ulpiano Sánchez Hechavarría, hijo de Santiago de Cuba; sus parientes más íntimos se hallaban en la insurrección. Se daba, pues, por incuestionable que sólo había batallado dicha unidad; y nosotros mismos lo creíamos así, á fuerza de pregonarlo el partido español y algunas crónicas cubanas. Pero registrando documentos oficiales de la época y compulsándolos con otros del propio origen, nos encontramos con la nota exacta de las fuerzas españolas que tomaron parte en la reñida acción. Primero, esto es, en la mañana del 17, salió de Pinar del Río para la Coloma el batallón de Baza y veinte guerrilleros del segundo batallón de Isabel la Católica, formando un total de 380 hombres, al mando del citado Sánchez Hechavarría. Entre la tienda de Escofet y el otro edificio atrincherado, había 100 individuos de varios cuerpos, al mando del teniente de la guardia civil Manuel Lluel y Martínez. Sánchez Hechavarría, al tener noticia de la proximidad de Maceo, y mientras avisaban de Pinar del Río, mandó á su vez un propio para que salieran los refuerzos, los cuales lo efectuaron á las órdenes del teniente coronel San Martín, en número de 100 hombres del batallón de Baza y 190 del segundo de Isabel la Católica; y en otro documento oficial se hace aparecer el batallón Peninsular número 6, al mando del coronel Morgado. De suerte, que batallaron 1,000 hombres de infantería en la calzada de la Coloma. Los españoles confesaron 48 bajas, de ellas, 18 adjudicadas al 6º Peninsular, cuya participación en el combate era desconocida hasta hace poco. Estos documentos oficiales á que nos referimos, figuran en la colección del *Avisador Comercial* que publicaba los partes de los españoles.

El segundo combate de las Taironas se ventiló el día 18, mientras la columna invasora buscaba hospital seguro para los heridos de la acción anterior. Empezó en Río Seco, al sudoeste de Pinar del Río, pero sin detener la marcha ninguna de las

dos fracciones en que se dividió la columna de Maceo, con el objeto de buscar hospital para los heridos de mayor gravedad, y ni tampoco hizo frente la columna española, á pesar de que estaba constituída por cuatro batallones. El combate careció de interés. No hemos podido averiguar quién era el jefe de la brigada española, pues los partes oficiales de aquellos días sólo mencionan al coronel Arizón, que salió de Pinar del Río con los batallones de Barbastro, San Marcial y Canarias; pero determinan dichos documentos que Arizón salió el día 20, y las escaramuzas á que hemos hecho referencia, se ventilaron el lunes 18, de las nueve á las once de la mañana.

Colocados los heridos en la zona de San Luis, el cuartel general pernoctó en Tirado, Sur de Pinar del Río. En la cabecera del término municipal (San Luis) se hallaba una columna española, y era de presumir que á dicho lugar se dirigirían las fuerzas enemigas, con las que se sostuvieron tiroteos durante la mañana. Esta conjetura fué confirmada por los campesinos de aquella comarca, quienes dieron la noticia de que el pueblo de San Luis y veguerío próximo estaban cuajados de tropa española.

El general Maceo, desde muy temprano, antes de que despuntara la aurora, envió una descubierta por el camino de San Luis para que noticiara, con los disparos de las carabinas, la salida de los españoles, en el supuesto de que si la columna estaba destinada á operar sobre los insurrectos, no retardaría la visita matinal. Pero la descubierta no cumplió su cometido, pues no se oyó en nuestro campamento la alborada de la patrulla, y, sí, el estrépito de la fusilería, de un modo tal que no permitía la interrogación de lo que pudo haber ocurrido con nuestra tropa exploradora, sino ponerse en condiciones de defensa para hacer cara á los madrugadores del partido contrario. Tampoco pudimos indagar si la fuerza española venía de San Luis ó de San Juan y Martínez: el hecho era que los españoles estaban encima del campamento de Tirado, y que los proyectiles cruzaban en todas direcciones; el frente de nuestro campo acababa de ser barrido; no pudo mantenerse firme ningún escuadrón. Fué necesario desplegarse á la izquierda de la pradera para repeler el ataque impetuoso de los españoles. Pero tampoco nuestra posición era adecuada para lidiar con gallardía, porque muy pronto

la dominó el ala derecha del adversario, echando sobre ella una lluvia copiosa de balas. El propósito del jefe de la columna era envolvernos bajo un círculo de plomo, conociendo tal vez la posición de nuestro campamento. La crisis estaba, pues, al resolverse de un modo favorable para el opositor, que afirmaba con denuedo el ataque. Pero Maceo, aunque no conocía el territorio de San Luis, de una sola ojeada abarcó todo el campo de la disputa, y viendo una cerca viva en la margen del río, sobre la cual los españoles no dirigían los disparos, maniobró con presteza y situó un buen número de jinetes sobre un yerbazo del potrero para que amenazaran las dos compañías delanteras del adversario, dando tiempo, de ese modo, á que se emboscaran los tiradores de Sotomayor al pie de la cerca que ofrecía un buen parapeto, desde donde hicieron fuego certero sobre los españoles más envalentonados del ala derecha. Maceo ganó una altura á galope tendido, y arreció desde allí la hostilidad contra una ó dos compañías que avanzaban con marcial continente. Se oían con toda claridad las voces de mando de los españoles: ¡Vista á la derecha!—dijo uno de ellos: ¡fuego cerrado á los fronteros de la cumbre!—gritaba otro. Irguióse un comandante á caballo, con la espada desnuda, en el centro de una sección de tiradores. El corneta de órdenes de Maceo, el intrépido *Congo*, le encañonó la tercerola, poniéndose de rodillas sobre la montura del caballo, y cayó, herido ó muerto, el arrogante oficial.

Las descargas continuaban; el fuego era intenso, atronador. Toda la columna española disparaba á granel. Las posiciones que ocupaban los insurrectos no podían defenderse por más tiempo, sino con pérdida de muchos hombres y agotamiento de las municiones, circunstancias que pesaron en el ánimo del general Maceo para disponer la retirada, mientras la tropa española seguía la tarea con el mismo vigor. Un platanal quedó destrozado en un santiamén al pasar nuestra gente por la guardarraya más próxima al sembrado, y allí cayeron cinco jinetes al tratar de cubrirse con las hojas del plantío. A unos dos kilómetros de distancia del sitio de la acción, se hizo alto para observar los movimientos del enemigo; pero éste se mantuvo en aquel lugar, que conquistó por la superioridad de sus elementos y buena dirección de la acometida. ¡Cosa milagrosa! Contadas y recontadas las bajas de nuestra columna, no pasaban de 18:

cifra exigua, si se toma en consideración la intensidad del fuego, distancia entre unos y otros combatientes durante la crisis, y la sorpresa de nuestro campo, pues otra calificación no le cabe á la prontitud del ataque dentro de los retenes avanzados del Cuartel general. Era de esperarse que el número de bajas fuera mayor, mucho mayor; pues el fuego de los españoles excedió al de Peralejo y al de Calimete. Tuvimos seis muertos y doce heridos; entre éstos, de mucha gravedad, el oficial Arcadio Cabrera, ayudante del jefe de Estado Mayor, y el teniente coronel Jesús Monteagudo, que mandaba uno de los escuadrones de Las Villas. No hemos dado con el parte oficial de la acción de Tirado, que se ventiló en el potrero de este nombre, el 19 de Enero, al sur de la ciudad de Pinar del Río, entre San Luis y San Juan y Martínez; y por tanto, no es posible determinar cuál era la unidad competidora ni quien el jefe que la mandaba. En toda la colección del *Avisador Comercial* no hay una sola línea que haga referencia á este combate, victorioso para el partido español.

Por la tarde de ese mismo día, en terrenos del ingenio Guacamaya, renovóse la acción, aunque sin consecuencias para nuestra fuerza. La caballería de Oriente fué la que sostuvo el debate, al regresar de una exploración por el litoral y embarcadero de Galafre. Sobre este último encuentro dicen los partes españoles que las columnas dispararon once cañonazos á la partida de Maceo, entre Sábalo y Galafre, pero tampoco especifican lo más interesante de las escaramuzas, para que podamos formar juicio sobre la operación anterior: la del potrero Tirado.

La ocupación de la capital de la provincia, proyecto que entraba en los planes de Maceo, hubiera sido fácil, y tal vez realizada sin disparar un tiro, dos días antes de nuestra aproximación á la ciudad, pues no contaba entonces con ningún refuerzo de valer, y el pánico cundía entre los vecinos de mayor arraigo, al extremo de que el comandante general de la provincia, el coronel don Juan Madan y Uriondo, salió de allí precipitadamente para atrincherarse en el pueblo de Artemisa, con los voluntarios de todas las poblaciones comarcanas. Mueve á risa que el comandante militar de Pinar del Río, ocurriendo á la defensa de esta plaza, tome posiciones en otra de menos nombradía, á veintisiete leguas de distancia!

La idea de una capitulación dominaba los ánimos de los españoles, y aún los más intransigentes se dejaban arrastrar por la corriente general de rendir la plaza al aproximarse la Invasión. Una carta, entre otros informes fidedignos, que se cogió en el combate de las Taironas, escrita por un comerciante de la ciudad á otro de la Coloma, en la que explicaba claramente el estado de la población, habría sido, en la fecha antes mencionada, la llave segura que nos abriera las puertas de la capital. Pero cuantas noticias pudimos adquirir durante nuestra permanencia en Pilotos, eran vagas y contradictorias; y por otra parte, grandes refuerzos de tropas se dirigían precipitadamente á Pinar del Río el mismo día 17 de Enero, en que se efectuó el primer combate de las Taironas.

Las diferentes columnas que lanzó Martínez Campos en pos de Maceo, desde que la Invasión penetró en Vuelta Abajo, no habían podido auxiliar poblaciones tan importantes como Cabañas y Bahía Honda, del litoral del Norte, y las de los Palacios, Consolación del Sur y Paso Real, sobre la línea férrea, así como tampoco las de Alonso Rojas, San Juan y Martínez y Guane, del Sur del territorio, y necesario era, pues, que redoblaran la actividad y el valor para poder salvar el único baluarte español que quedaba en pie en la región pinareña. En todos los demás había flameado la bandera cubana.

Después de destruír el muelle de Bailén, á la vista del *Conde de Venadito,* que sin duda bordeaba por la ensenada de Cortés á caza de fantásticas expediciones, la columna invasora partió de Sábalo el día veinte, para dirigirse á la comarca de Guane, en la que acababan de pronunciarse personas de gran valer y representación social: médicos, abogados, propietarios y comerciantes figuraban á la cabeza del movimiento revolucionario. Al largo sopor de la vida colonial, sucedía un despertar noble y fecundo. Ya estaba el pinareño arma al brazo, para defender los principios de la libertad, que á la vez representaban los principios de la propia redención. Oriente y Occidente, que poco há eran dos polos diametralmente opuestos, se unían en íntimo lazo de parentesco por la virtualidad de una aspiración común. El hijo de la Sierra Maestra y el ribereño del Cauto fraternizaban con el montañés del Pinar y con el veguero del Cuyaguateje. ¡Hermosa conquista de la revolución!

A las once de la mañana, al son del Himno bayamés llegó la hueste invasora á Paso Real de Guane, pueblo pintoresco de aquella rica comarca, que dió sus mejores hijos á la revolución. Allí donde los naturales del país hallábanse más en contacto con la gente integrista por las relaciones comerciales, se encendió con mayor rapidez el fuego de la insurrección, como en Cabañas y Bahía Honda en la parte oriental de la provincia, y en la occidental Consolación del Sur, Alonso Rojas, San Juan y Martínez y el término de Guane, el más importante en población y riqueza. Aquel territorio aislado de los centros urbanos, en el que hemos visto hermanadas la rusticidad y la servidumbre de la gleba, allí la semilla revolucionaria no prendió jamás. El territorio de Consolación del Norte y el de Viñales estaban habitados por gentes refractarias á toda innovación política, incapaces de comprender los beneficios morales de la revolución, y mucho menos la necesidad de llevarla á cabo por medios coercitivos y destructores de la riqueza territorial. Para esos hombres, la lucha revolucionaria era una inmensa calamidad, un azote climatérico que destruía la hoja del tabaco, única ambición de aquellas almas míseras, que todo lo cifraban en la buena fortuna de la planta solanácea del trópico y el exquisito cuidado del semillero. Pudiera decirse que la aspiración constante de la nicotina, les produjo el letargo moral, del que aun no han despertado.

La Invasión llegó á la villa de Guane el mismo día 20, á media tarde. El recibimiento de sus habitantes fué el más señalado en muestras de regocijo. Las campanas echadas á vuelo y los vítores de toda la población apagaban las notas marciales de la banda militar de Maceo; éste fué aclamado frenéticamente por la multitud, ávida de contemplar la figura épica del caudillo oriental que simbolizaba toda la grandeza de la rebelión cubana, y veía, al fin, coronados sus esfuerzos al clavar el estandarte invasor, tras larga y marcial jornada, en las cumbres de los Organos. Aquel estandarte glorioso lo bordaron para Maceo las bellas hijas del Tínima, poco antes de llegar la Invasión a las tierras de Camagüey, y allí ofreció el audaz paladín de Cuba llevarlo triunfante hasta el límite geográfico de la Isla. Ya lo aclamaban los hijos del Cuyaguateje, con el más vivo fervor; muy en breve lo aclamarían los serranos de Pan de Azúcar y

las garridas mantuanas, ya dispuestas al homenaje con las flores más hermosas y las décimas más tiernas. Las mozas de Vuelta Abajo, opulentas y ataviadas, sobre el tendal de la vega, iban á cantarle al rudo invasor que venía de la montaña de Baracoa, fatigado de la caminata, pero no rendido, y echaba pie á tierra en los umbrales del famoso veguerío para celebrar los amores de la patria, los augustos desposorios de Oriente y Occidente, y cantarle á la guajira de Montezuelo la dulce trova del Cauto y la décima triste del Siboney.

Pocos días antes de nuestra excursión por los confines occidentales, enarboló la bandera separatista uno de los hombres más influyentes de aquella rica comarca: Manuel Lazo, representante de las grandes manufacturas tabacaleras, quien arrastró á muchos campesinos que sólo esperaban la voz autorizad del jefe del movimiento. La resolución de Lazo fué el toque de llamada y tropa: los vegueros todos del distrito de Guane dejaron las posturas, el semillero y la escogida. Casi simultáneamente se pronunció el abogado José Antonio Caiñas, con sus hijos, arrastrando á otros simpatizadores de la región pinareña, y habiéndose unido al coronel Varona, que formaba parte de la columna de Maceo, entraron triunfalmente en Guane, con buen golpe de gente. Bastó la noticia de que Maceo se aproximaba, para que los prosélitos de la causa del país se apresurasen á dar solemne testimonio de su adhesión á los principios revolucionarios, y movidos por la legítima vanidad de ofrecerle al ilustre General la más señalada muestra de entusiasmo, le presentaron, en columna de honor, un regimiento de caballería, el 1º de Vuelta Abajo, con la gente armada y equipada, para Maceo el más estimable y valioso de los agasajos.

En Guane no se destruyó ninguna finca, ni se ocuparon las mercancías de ningún establecimiento comercial. A nadie se le negó salvoconducto ni el documento necesario para que fuesen respetados sus bienes y utensilios de trabajo. Los españoles estaban absortos, dudando de lo que veían. La temible irrupción oriental no causaba estragos, ni aun mortificaciones. Los integristas de mayor significación conversaban con Maceo, midiéndolo y admirándolo sorprendidos de hallarse á su presencia, y más asombrados de que fuera hombre afable y compasivo. Todo cuanto le pedían, lo concedía en el acto, y mandaba que se ex-

tendiera la autorización incontinenti. El Estado Mayor no trabajaba más que para los peticionarios: autorizaciones, permisos, salvoconductos y mandamientos terminantes para que ningún invasor traspasara los umbrales del feudo español. Unicamente nos incautamos de los fondos municipales para pagar á los maestros de instrucción primaria, á los que el gobierno paternal tenía en lamentable atraso. La lección era instructiva.

El día 22 partió de Guane la columna invasora, llevando de vanguardia el regimiento de Vuelta Abajo. Era la última jornada de la expedición occidental. Ibamos á Mantua: ¡hermoso y memorable día! Aun veíamos los cerros de Guane, azules y pintorescos, y las ondas del Cuyaguateje marchando lentamente hacia el mar; sobre nuestro flanco se alzaba la cordillera de los Organos con sus picos cubiertos por las nubes, y se descorría la espléndida decoración de Montezuelo, el paisaje más brillante de Vuelta Abajo. Todo es singularmente hermoso en este lugar: el abra de los montes, el color de la tierra, el color de la montaña, las fajas de cultivo, el verde profundo de la vegetación silvestre y la alegría de sus mozas, que parecen haber tomado de la risueña decoración el matiz y el jugo vital. Todo cantaba en Montezuelo: el río, el aire, el rumor del bosque, la tropa voladora y la gallarda juventud.

La marcha fué dura; de un solo tirón se anduvieron las siete leguas y un pico largo, que medían de un lugar á otro, de Guane á Mantua. La patrulla exploradora señaló el pueblo de Mantua á las tres de la tarde. Una comisión de la villa, compuesta de las autoridades y vecinos de más prestigio, pasó á felicitar al general Maceo en las afueras de la localidad, y una hora después, cuatro de la tarde, el repique de campanas anunciaba al ejército libertador el término de la gloriosa campaña de Invasión, con la entrada triunfal en Mantua, último baluarte español del lejano Occidente. ¡Al fin, se obtenía la corona del verde laurel, la guirnalda de la victoria militar! Estaban colmados los deseos de nuestro famoso caudillo!

En la sala capitular del pueblo de Mantua se levantó el acta histórica de la Invasión. Los pinareños que se unieron en Guane y demás caseríos limítrofes, coordinaron, con muy buen acierto, el programa oficial de la recepción. En el acta se hizo constar la situación geográfica del pueblo, situado en el extremo occi-

dental de la Isla; y que el general Maceo, con las fuerzas á sus órdenes, había ocupado la localidad y todo el término municipal, respetando vidas y haciendas, y dejado en el ejercicio de sus funciones á las autoridades y empleados del gobierno español, á fin de que contribuyeran á mantener el orden interior de la población. Firmaron dicho documento el general Antonio Maceo, su jefe de Estado Mayor José Miró, que pidió copia certificada del acta, el brigadier Juan Bruno Zayas, el gobernador civil Oscar Justiniani, el auditor de guerra José Antonio Caiñas, por parte los insurrectos, y por la de los españoles, allí congregados, el Alcalde, el juez municipal, un notario y propietarios y comerciantes de Mantua.

Al llegar á los confines de Occidente, repicando las campanas de Mantua, aun venían en la columna invasora hombres de la Sierra Maestra; de Bayamo, de Santiago de Cuba, de Manzanillo, de Holguín, de Mayarí, de Guantánamo y de Baracoa; ¡qué prodigio! Esos hombres habían relevado caballos en Camagüey, en las Villas, en Matanzas, en la Habana, en la carretera de Pinar del Río, como si estos lugares fuesen casas de postas al servicio del viajero! Sólo Maceo, primer soldado de América, nuestro Aníbal sin competidor, nombre glorioso que ya sonó en las campañas de Alejandro Magno, hubiera sido capaz de conducir á feliz remate empresa de tal magnitud, ardua y peligrosa como ninguna; únicamente él, batallador audaz, capitán intrépido, soldado infatigable, siempre delantero, podía abrir el camino de la victoria, é imponer su autoridad indiscutible á esos hombres de la sierra de Guantánamo y de los pinares de Mayarí, agrestes y bravos como los picos de aquellos montes.

Tres meses, por junto, ha necesitado nuestro ejército para invadir los territorios enemigos, ocupados por numerosas fuerzas, y llegar al límite opuesto al del punto de partida, realizando así, por modo completo y eficaz, el objetivo principal de la campaña. En 17 días (del 22 de Octubre al 8 de Noviembre) salvó la distancia que lo separaba del Camagüey; 21 días empleó en el trayecto de este dilatado territorio; 17 necesitó para atravesar Las Villas; 13 para la provincia de Matanzas; en 8 hizo la excursión por la de la Habana, y 14 le han bastado para completar en Pinar del Río la campaña invasora: por junto, 90 días. Para efectuar tan larga y dificultosa caminata ha tenido

que andar 424 leguas, repartidas en 78 jornadas—según puede verse en el cuadro de marchas,—y sostener veinte y siete combates, algunos de ellos rudos y sangrientos. Ha ocupado veinte y dos pueblos importantes, unos, por medio del asalto, otros por la espontánea rendición de sus defensores, pero todos con cuarteles y dotaciones de gente armada. Ha cogido al enemigo 2,036 fusiles, con 77,000 cartuchos, sin contar las armas y pertrechos que apresaban las diferentes fuerzas diseminadas, ni tampoco el casi diario botín que recogían las guerrillas que se destacaban del grueso de la columna para el servicio de exploraciones: las cifras, en este caso, duplican á las consignadas. Es incalculable el número de caballos que se han renovado durante la campaña, y será imposible en todo tiempo determinarlo con aproximación siquiera. Bastará decir, á este respecto, que han pasado de 3,000 los que se han cogido en nuestras marchas por las provincias de Matanzas y Habana, muchos de ellos, domados, y no pocos con su equipo correspondiente.

¿Cómo se han realizado tan extraordinarias empresas? ¿Cómo se ha podido llegar al límite de la invasión sin sufrir un tremendo descalabro?... El cuerpo del ejército invasor na ha excedido jamás de 4,500 hombres armados, contingente que llegó á reunirse en la Habana, por muy contados días solamente. Y este número tan exiguo de combatientes, si se compara con el del adversario, ha tenido que bregar contra un ejército perfectamente armado y organizado, que ocupaba con antelación magníficas líneas estratégicas y que por medio de los ferrocarriles, en la Habana y Matanzas, especialmente, podía trasladarse de un punto á otro con rapidez y comodidad.

No es menester hacer hincapié en la desigualdad de armamentos entre uno y otro bando, ni sentar comparación acerca de los abundantes pertrechos que siempre tuvieron los españoles, con la escasez, trocada no pocas veces en agotamiento, que deploraban nuestros soldados, porque es cosa de todos sabida y para muchos hasta olvidada. Pero como dato curioso, que muy pocos conocen, vaya esta cifra: 15,000 cápsulas reunían los dos contingentes del departamento Oriental que organizó el general Maceo para emprender la gigantesca campaña, ¡15,000 tiros que los españoles derrocharon en menos de 15 minutos en el combate de la *Reforma!* (2 de Diciembre de 1895).

Nuestra impedimenta era enorme. Constituía un serio peligro, no sólo en los combates, sino también en las marchas; agobiada nuestra columna, hacía interminable el paso por los desfiladeros y, exigía como es consiguiente, aumento de oficiales de servicio y mayor cantidad de raciones. Con estos inconvenientes materiales no tuvieron que luchar los jefes de las columnas, pues sobre no llevar más impedimenta que la precisa ó la de reglamento, de ella podían aligerarse á cada paso, en atención al carácter especial que imprimieron á las operaciones. Debe entenderse, desde luego, que nos concretamos á las fuerzas que operaban, no á las que abastecían plazas y destacamentos.

Hay más aún. Nuestro ejército no podía desprenderse tampoco de otra impedimenta: la compuesta de elementos heterogéneos que se adherían á la columna invasora al paso de ésta por determinados lugares, aumentando, forzosamente, el personal inútil para las faenas de la guerra y los demás inconvenientes que dejamos indicados. Esa impedimenta, apéndice de la otra, constante pesadumbre del Estado Mayor, estaba formada por los mozos que diariamente ingresaban en nuestras filas, inermes, por supuesto, caravanas de fugitivos que huyendo de los españoles acudían á buscar amparo entre nosotros hasta tanto no hallasen domicilio seguro; item más: por los pacíficos sospechosos que en las comarcas *españolizadas,* y según fuese el carácter de la operación, era necesario mantener en rehenes para que no dieran cuenta al enemigo de nuestros movimientos, y últimamente, por los rezagados de una y otra impedimenta, que ocasionaba un trabajo ímprobo, al principio de la campaña, y era el tormento de las fuerzas de retaguardia. La conducción de los heridos, por otra parte, engrosaba asimismo la serie de inconvenientes, con sus continuados relevos y estaciones, y demandaba la más exquisita vigilancia por la naturaleza delicada del servicio. Conviene repetirlo: contra tales mortificaciones y obstáculos de tanta magnitud, no tuvieron que luchar nuestros adversarios.

El ejército español, como ejército regular al fin, contaba con materiales de guerra suficientes y con las dotaciones necesarias para el servicio de sanidad y aprovisionamiento. Los jefes españoles operaban en determinados territorios, zonas más ó menos extensas, pero limitadas siempre por el perímetro de la explo-

ración; cada general, cada comandante en jefe tenía sus lugartenientes para moverse con ventaja dentro del radio prescrito de antemano por la dirección del ejército; eran, pues, conocedores de la zona militar cuya vigilancia y defensa les estaba encomendada, y lo eran asimismo los jefes de las columnas volantes que tenían la misión de batir al enemigo, ya buscándole por la huella, ya saliéndole al encuentro por las noticias del espionaje. Además, contaba con los aparatos telegráficos, con las líneas ferroviarias, las torres ópticas, los pueblos, los fortines, los bateyes de las fincas azucareras, fábricas de mampostería en su mayor parte—antes, desde luego, que la tea revolucionaria redujera á pavesas todos esos artefactos de la industria,—pero que constituían un fuerte valladar en cada departamento y en cada término municipal, para nuestro objetivo, al mismo tiempo que una ramificación extensa y segura para las operaciones del bando contrario. Ni Gómez ni Maceo conocían en absoluto un palmo de la tierra que conquistaban á su paso en el escenario de Occidente; Gómez, en la campaña de 1868, sólo había llegado á la zona agrícola de Cienfuegos por la frontera oriental, y Maceo no había pasado de las *Guásimas* (Camagüey), y era, pues, un problema de penetración muy arduo y tenebroso, el de arrestarse por el tablero real de la disputa, cubierto literalmente de factores adversos, sólidos cuadriláteros aquí, masas formidables allá, cortina impenetrable en conjunto, sin contar por anticipado con ningún elemento eficaz de destrucción, con ningún medio opositor de consistencia efectiva: sin el conocimiento previo del teatro.

EL GENERAL MARTINEZ CAMPOS

SU MANDO POLITICO Y MILITAR

Desde el lejano observatorio de Madrid, el movimiento insurreccional que había estallado en Cuba no constituía una amenaza para la soberanía de España; era fácil de localizar, para después extinguirlo, con los refuerzos militares que aprestaba el gobierno de la nación y el apoyo incondicional de los elementos leales de la Isla. Bajo ese prisma, tan risueño, entreveía la

situación de Cuba el general Martínez Campos. Contaba, además, para robustecer sus opiniones, con los informes optimistas, que él tenía por exactos, de algunos prohombres de la política autonomista, sus antiguos colaboradores en la obra del Zanjón, que gozaban de gran influencia en el país, y que con él se carteaban desde entonces. Esos personajes le aseguraban ahora que la insurrección carecía de elementos materiales y de hombres de prestigio; que era una simple intentona promovida por algunos exaltados, espíritus inquietos, mal avenidos con el orden y el público reposo, y en suma, que bastaría su presencia en el país para que las cosas fuera de quicio volvieran á su centro.

Con esas halagüeñas ilusiones embarcó el general Martínez Campos, investido ya del mando supremo de la Isla, y con ellas, lozanas y frescas aún, oreadas durante la travesía por las brisas del Atlántico, desembarcó felizmente en las playas de Cuba, dedicándose sin pérdida de momento á desarrollar los planes de pacificación que traía en cartera, con la vertiginosa actividad que le era peculiar. ¡Era el Martínez de otra época!, emprendedor, genial y comediante.

Casi al mismo tiempo que desembarcaba el *Pacificador* al son de marciales músicas y vítores estruendosos, lo verificaban sigilosamente, en débiles esquifes, arrojados por las rompientes sobre costa inhospitalaria y desierta, los preclaros caudillos de la Revolución, sin oír otro ritmo, al tocar la tierra amada y oprimida, que el profundo y triste del oleaje, al que pronto siguió el cañonazo de alarma. Pero dijérase que una mano providencial había intervenido en aquella coincidencia, marcando bien el contraste entre una y otra situación, para, en su día, determinar las bruscas mudanzas de la fortuna.

Hombre de grandes recursos, de felices inspiraciones, el negociador del Zanjón prescindió de cuanto había intentado su antecesor para sofocar el movimiento insurreccional, y ofreció al mundo sencillo, como primera novedad, un espectáculo marítimo. La contienda armada se ventilaba en tierra firme, en el interior de la montaña; por eso sorprendió á los muchos que no podían apreciar los planes diplomáticos del *Pacificador*, aquella rara innovación de instalarse repentinamente en el vapor *Villaverde*, con el manifiesto propósito de dirigir desde el *gabinete de derrota* el curso de las operaciones militares. Pero

conocido el objetivo que el *Pacificador* perseguía con apremiante diligencia, ningún otro itinerario podía conducirle al término y coronación de su empresa, como el marítimo por el excogitado. El objetivo no era otro que editar un nuevo Zanjón, más barato que el primero.

La vía marítima no estaba expuesta á interrupciones, salvo alguno que otro accidente fortuito. En cambio, las comunicaciones terrestres se hallaban casi siempre interrumpidas, y eran objeto de constante hostilidad por parte de los rebeldes. El general Martínez Campos, instalado en el buque que la Trasatlántica le brindó graciosamente, mandando á bordo, como jefe absoluto, podía trasladarse de un puerto á otro de la Isla con la rapidez del vapor, é informarse, no sólo de las operaciones militares más recientes, sino también de la marcha de los negocios diplomáticos. Nada más fácil, contando con un bajel cómodo y rápido, que recorrer la línea seguida por la chispa revolucionaria, que brotó en distintos parajes del litoral el día 24 de Febrero, y apreciar sus desviaciones allá donde un soplo favorable la hubiese impedido, convertida en llama, hacia el interior del territorio. Y no se necesita acudir al mapa para ver claro el desarrollo del movimiento separatista, y para colegir, en consecuencia que, dado el intento de cortar el nudo por arte de tramoya, el medio más conducente era el utilizado por el ladino general español. Su propósito era reducir la insurrección al departamento Oriental: restar del contingente revolucionario, por una sustracción metódica y sostenida, los elementos procedentes del autonomismo, y una vez realizadas esas operaciones, exhibir á los ojos atónitos de la opinión, el fenómeno de la rebeldía en toda su desnudez ¡horripilante y negro!

Para ello contaba Don Arsenio con el apoyo incondicional de sus antiguos colaboradores en la obra del Zanjón (media docena de intrigantes que se daban fama de muy influyentes en el país), y con el concurso, no menos valioso, de las personalidades más salientes del Partido Autonomista, los hombres serios de la Junta Central. Esa Junta Central, llamada por antonomasia la *Benemérita* (como la Guardia Civil), estaba al servicio de los altos funcionarios de la colonia para todo lo que fuese mantener el orden público y la legalidad vigente.

Pocos días después de haber fracasado en sus gestiones cerca

de los sublevados de Manzanillo el polizonte Herminio Leyva, miembro prestigioso de la Junta Central, intentaron otros esclarecidos sujetos producir una escisión en las filas revolucionarias, levantando pendones por la Autonomía como único medio de alcanzar este sistema de gobierno que haría la felicidad de Cuba, dentro de la soberanía de España; y con este objeto salieron para el campo, á reclutar adeptos, varios comisionados pertenecientes á dicha comunión, y aun llegaron á establecer la base de sus futuras operaciones en la línea divisoria de Camagüey y Santiago de Cuba, sobre el río *Tana*, todo ello con el patriótico fin de que la insurrección no se extendiera á la provincia de Puerto Príncipe, hasta entonces aparentemente tranquila. Intentos tan descabellados no tuvieron resonancia; pero ellos comprobarán en todo tiempo la complicidad que existía entre determinados autonomistas y los elementos oficiales.

El tiempo, sin embargo, transcurría en balde. El negociado diplomático establecido por el *Pacificador* para tratar con los rebeldes y atraerlos al seno de la legalidad, no daba señales de vida. Ningún incauto autonomista había mordido el anzuelo. Las operaciones militares tampoco adelantaban gran cosa. Entretanto la chispa revolucionaria había prendido en el Camagüey y Las Villas, como en campos de avena seca. Pasaron Mayo y Junio, con sus tremendos aguaceros, diluviando; vino Julio, más bonancible, y brotó *Peralejo*. Fuéle preciso al general de las corazonadas, primera vez burlado por la suerte, abrir la cuenta de su pasivo, hasta entonces en blanco.

Temperamento genial, que no obraba por virtud de razonados principios, sino por los impulsos de su inspiración, subordinando los acontecimientos á su favor, no vió en aquel lance adverso más que un ligero contratiempo, ocasionado tal vez por la impericia de algunos subalternos, como no había notado la falsa situación política creada en torno de él, ni que su propio espíritu era juguete de extrañas alucinaciones. Pronto restableció el curso de sus quiméricos planes de pacificación, dedicándose con mayor ahinco á la obra política en busca del desquite equivalente, como el jugador de legítima cepa que duplica el envite para resarcirse de la pérdida anterior.

La influencia de los autonomistas caracterizados, que para someter á una gran parte de los rebeldes trató de utilizar el

Pacificador, era ficticia, á todas luces falsa, nula en absoluto. Mal podía comprenderles la calificación de autonomistas—si hemos de atenernos á la jurisprudencia sentada por la Junta Central—á los que habían apelado á los procedimientos de fuerza para defender la causa de Cuba, ni lo eran por cierto, y renegaban de su antigua fe, desde que las fieras amenazas del Directorio se evaporaron como pompas de jabón en la atmósfera caldeada de los sucesos públicos; desde que el *reguero de pólvora* encendido por *El País* en "momentos decisivos", fué apagado por sus propios autores á una simple amonestación de la vigilante policía; desde que la *protesta llevada á la altura del agravio* —viril declaración del arcángel de la comunidad—descendió á las corrompidas esferas oficiales para convertirse en besamanos palatino.

La revolución no era obra de algunas cabezas exaltadas, ni protesta iracunda de una raza sometida á forzosa servidumbre, ni pacto nefando de ambos elementos conjurados para pertubar el orden social, sino expresión elocuente, robusta, categóricamente afirmativa, de constituírse el pueblo cubano en nacionalidad libre, rompiendo de una vez las ligaduras de la dominación española y arrojando sobre ésta, al desprenderse de aquéllas, toda la responsabilidad de los sucesos dolorosos que pudieran desarrollarse en el país. El pequeño grupo de conjurados que enarboló la bandera separatista, sabía perfectamente que España no cedería la tutela del patrimonio, que por los medios persuasivos solicitaban los hijos de Cuba, y por lo tanto, no se les ocultaba que el sacudimiento habría de ser violentísimo y profundo—que no con facilidad se le arrebata la presa al león arrogante y voraz, ni de una madrastra, sañuda y avarienta, se obtienen concesiones generosas á ningún precio. Sabíamos muy bien que el león español, viejo y todo, agitaría la melena al primer anuncio de contienda armada, mientras la raposa haría su juego por lo bajo.

Sus planes militares adolecieron de falta de previsión en el período más importante de la guerra, y cabe decir que guardan perfecta analogía con los que se desarrolló, sin base ni juicio, en el tema diplomático. No tuvo plan de campaña, no aplicó método hostil ninguno que pudiera llamarse fruto de la capacidad militar, por lo que la crítica imparcial se ve forzada á

dar la razón á sus apasionados detractores, y sólo concertó medidas de eficacia momentánea cuando la hueste invasora había talado los campos de Cienfuegos y Matanzas y amenazaba la capital de la Isla; medidas que no surtieron los efectos apetecidos, porque no le secundaron los subalternos á quienes confió la ejecución de la empresa.

Viviendo engañado durante algún tiempo respecto de la situación del país, no concediéndole al poder revolucionario el valor real que tenía, ello fué causa de que no preparara oportunamente los grandes elementos de combate con que hacer frente al intento de los invasores y oponerles un muro infranqueable. En su menosprecio hacia nuestra composición militar, de "partidas sueltas, colectividades abigarradas, sin jefes, organización, moral, ni disciplina," rechazó todos los informes que llegaron á su gabinete sobre preparativos de invasión á Las Villas y consideró el más allá como fábula en ciernes inventada por los desafectos á España.

No creyó, pues, en la invasión mientras las primeras jornadas de la hueste expedicionaria no le mostraron que de las Tunas se iba al Camagüey por el camino que seguía Maceo. Ante el hecho hubo de convencerse y movió entonces las columnas que operaban en Holguín para impedirnos el paso del río Jobabo, operación que confió al general Echagüe. Creyó después que no salvaríamos la barrera de la Trocha militar de Morón. Salvado este obstáculo, proyectó nuestro definitivo descalabro en Las Villas, dándolo por hecho cuando el general Oliver le comunicó que nos habíamos internado en las escabrosidades de la Siguanea. Antes de este ilusorio suceso, el general Suárez Valdés, general de parada, aseguró á Martínez Campos que en el simulacro de *La Reforma* (2 de Diciembre de 1895) había recibido la insurrección el golpe mortal. Concibió nuevas esperanzas en la combinación que preparó en Mal Tiempo ¡tan borrascoso para las armas españolas! y por último, creyó derrotarnos en Coliseo, dirigiendo personalmente las operaciones. De ilusión en ilusión, de quimera en quimera, el jefe del ejército español perdió un tiempo precioso hasta que la pavorosa realidad del país, devorado por las llamas, le anunció el eclipse de su buena estrella.

Si más previsor, como debe serlo en todas las circunstancias de la guerra un jefe militar, hubiese adoptado las disposiciones

que la gravedad de los sucesos reclamaba, admitiendo la posibilidad de la invasión y no rechazando su hipótesis rotundamente, no le hubiera sido difícil detenerla en las llanuras de Matanzas, ó quitádole el carácter de irrupción arrolladora. Para ello, como primera medida de guerra, era necesario decretar y llevar al terreno de la práctica, sin consideraciones de ningún género, la requisa de todos los caballos de los hatos de crianza desde Cienfuegos hasta Colón, á fin de que nos faltara este importante factor al pisar nuestras fuerzas el teatro de Occidente. Con nuestras tropas á pie ó con caballos inútiles, la empresa magna de la guerra hubiese tropezado con serias dificultades al recorrer el núcleo invasor el itinerario más peligroso. Las intactas y numerosas caballadas que encontramos en la llanura de Colón, parecían puestas allí para el servicio de nuestros soldados, que, jinetes gallardos en briosos corceles, corrieron la inmensa planicie con la impetuosidad de un meteoro.

Otras medidas, de carácter también previsor, que no es menester indicar, no atinadas por el caudillo español en la época oportuna de aplicarlas, hubieran entorpecido la ruta del ejército cubano en cualquiera de las zonas de la región central, y quebrantado su nervio en las apretadizas mallas de la red ferroviaria del tablero estratégico de Matanzas, en el supuesto de que la columna invasora hubiese llegado hasta allí por el empuje del heroísmo. Dos brillantes ocasiones dejó escapar Martínez Campos en menos de quince días; la primera, en la comarca de Cienfuegos, territorio que regó de pequeñas columnas para que tras una cayéramos en la otra, á fuego seguido, sin calcular que descalabrada una cualquiera de la combinación, las demás no habían de arrestarse á tomar el desquite.

Descuidóse el general Martínez Campos por no haber dado importancia al movimiento separatista, ni apreciado en su justo valor nuestro organismo militar, al extremo de que no llegó á constituir la campaña seriamente sino cuando era ya tarde. Se imaginaba que los jefes insurrectos carecían de plan, y dióse el raro caso de que sobre el desarrollado por Gómez y Maceo, hubo de bosquejar el jefe español la base estratégica de sus operaciones. Tan sólo dispuso convenientemente sus fuerzas en el distrito de Matanzas. El itinerario de la columna invasora hubo de modificarse varias veces á causa del insuperable obstáculo que

colocó el jefe enemigo, constituído por una cerca de bayonetas. y sólo simulando, á vuelta de grandes rodeos, precipitada marcha retrógrada, pudo el núcleo invasor proseguir la ruta por los lugares ocupados días antes por los españoles. Si los movimientos tácticos de las columnas que encontramos á nuestro paso, hubiesen correspondido entonces al plan de Martínez Campos, es más que probable que el ejército invasor sufre una serie de quebrantos en la primera región de Occidente. No tuvo subalternos que secundaran sus disposiciones. La ofensiva no fué jamás bastante enérgica, como podía y debía serlo, puesto que operando las columnas españolas en terreno favorable para ellas, con todas las ventajas de las vías de comunicación, sin montaña que obstruyera las marchas y secos los caminos, debieron los jefes de esas fuerzas hacer gala de mayor empuje y diligencia. La columna—verbigracia—que se situó á nuestra vanguardia el día 3 de Enero, acuartelada en los edificios del ingenio Teresa, estaba llamada á causarnos un fuerte descalabro, lo cual está ya referido en la página correspondiente. No es culpa, pues, del general en jefe español que el brigadier García Navarro, que mandaba dicha columna, satisficiera una vana curiosidad viendo desfilar el grueso insurrecto desde los miradores de la expresada finca. Tampoco le cabe responsabilidad á la jefatura del ejército español en la poca decisión que demostraron los jefes de la segunda y tercera columnas, combinadas en Calimete: puesto que de haber adoptado una ofensiva enérgica, como la planteó la primera, con ser la más débil, nos ocasionan, si no una completa derrota, muchas bajas y enorme desaliento. En la prudencia de los jefes de esas columnas halló el ejército invasor el camino abierto para proseguir la ruta.

Dice mucho en favor de Martínez Campos una circular reservada que dirigió á los jefes de operaciones, relativa á la forma en que debían dar los partes de las acciones de guerra. documento que llegó á nuestras manos con el archivo cogido en el combate de Mal Tiempo. El general Martínez Campos estampa, entre otros, los siguientes conceptos: "Encargo en lo sucesivo, bajo la más estrecha responsabilidad de los jefes de columnas, que los partes sean breves, ordenados, claros y estrictamente veraces, como corresponde á militares serios, dando cuenta en primer lugar, de las bajas de la columna, y luego

las del enemigo, limitadas á muertos y heridos que queden en el terreno, sin mención de muertos vistos, heridos retirados, rastros de sangre, &..." Pero los jefes de las columnas en desagravio de tan dura reprimenda, perseveraron en el sistema de dar partes fabulosos, en que las bajas de los insurrectos excedían del número de combatientes, y aun llegaron á participar hechos de armas que no se realizaron, propinándonos á cada paso derrotas imaginarias.

Dicho sea en honor de la verdad; el general Martínez Campos puso en planta todos los medios que la ciencia militar recomendaba para oponerse al paso del ejército invasor en el territorio de Matanzas; pero un cúmulo de circunstancias adversas, capaces de hacer perder el tino al hombre más sereno y competente, á las que no pudo sustraerse el caudillo español, llevaron el desaliento á su alma duramente combatida. Bajo tan tristes presagios se puso al frente del ejército en Coliseo; moralmente estaba derrotado. Para rehabilitarse á los ojos de la opinión, necesitaba una victoria ruidosa; el destino se le mostraba irónico, presentándole junto á los fuegos de bengala y los hachones encendidos de la ciudad en fiesta, las enormes luminarias de los campos incendiados por la tropa insurrecta.

FIN DEL TOMO I Y DE LA CAMPAÑA INVASORA

APENDICE

Carta de Maceo al ciudadano Salvador Cisneros Betancourt, con motivo de otro escrito que éste le dirigió acerca de que se comentaba desfavorablemente la supuesta aspiración de Maceo para Presidente de la República.

Cuartel general en campaña, 8 de Septiembre de 1895.

Sr. Salvador Cisneros Betancourt.

Camagüey.

Mi querido y estimado amigo: Gracias, mil gracias por el exordio de su apreciable carta de 25 del próximo pasado Agosto, contenido que rebosa la sinceridad de sus delicados sentimientos y buena voluntad hacia este su pobre amigo, siempre calumniado gratuitamente por infames apreciaciones de gentes insanas y de cerebros calenturientos, pues en nada he variado de mi antigua conducta política, y lo acredita mi proceder con la comisión de representantes de Oriente á quienes dejé en completa libertad de acción respecto de lo que ahí debía tratarse para la formación del Gobierno; indicándoles únicamente al general Masó para Presidente de la República, y aconsejándoles que dado el caracter de mis conciudadanos, y particularmente el de otras personas á quienes debía sonar mal mi nombre, por mil circunstancias, que no hiciesen uso de él para nada, pues no estaba dispuesto á aceptar cargo alguno en el gobierno que se formara, por no apetecerlo, y por no traer embarazos y dificultades á los que debían discutir con ustedes la formación del mismo. Pero, no obstante esa precaución, ahí se han cebado mis detractores de oficio suponiéndome con tanta ambición como ellos, cosa que no dudo haya usted dado como cierto.

Los incapaces de un proceder lícito y llano, siempre suponen á los demás manejándose mal con intriguillas vergonzosas é impropias de hombres que se estiman. Los compadezco porque no han tenido bastante fuerza de voluntad para sobreponerse á sus pasiones y delirios de mando. No ha bastado mi conducta diáfana con todos, para que desapareciese ese afán de dar solución á todos los problemas de la lucha.

Los representantes de Oriente me despreciarían, si hubiese ido ahí desempeñando el puesto que se les supone. Son hombres de criterio propio, y se les insulta suponiéndoseles instrumentos míos, tal vez porque crean lo contrario de lo que otros piensan de mí, ó porque rechazan con energía alguna imposición de maquiavélicos trabajos. Puede ser que no hayan gustado algunas de sus apreciaciones, y por eso se les cree desviados de su representación, como maliciosamente se empeñan en suponerme ambicionando lo que otros aspiran con desmedido desenfreno, individuos con menos títulos y derechos que yo para pretenderlo todo; pero, como mi deseo es contribuír al bien de mi causa por cuantos medios pueda emplear, nada de eso me ha preocupado. Siempre he dicho que todo lo que ambiciono es hacer daño al enemigo común, y eso lo conseguiré aunque mis adversarios se opongan. Lo que no puedo hacer aquí por las intrigas y calumnias de mis conciudadanos, lo haré fuera: el campo sobra para el desenvolvimiento de todas las aspiraciones sin que mi personalidad sea causa de trastornos públicos. Entiendo que la salud de la patria está por cima de todo, y á ello me atengo.

Ahora bien; cuanto Vd. dice que yo debo esperar á que me den, debo significarle que su oferta está buena para los que mendigan puestos, ó para las personas que no sepan conquistarse con sus propios esfuerzos el que deban desempeñar en la vida pública, por lo que le suplico no olvide mis condiciones de hombre de este temperamento si en otra ocasión se le ocurre hablarme de puestos y destinos que nunca he solicitado, pues como Vd. sabe tengo la satisfacción de no haber desempeñado ninguno por favor; al contrario, con oposición manifiesta hasta para lo más insignificante. La humildad de mi cuna me impidió colocarme desde un principio á la altura de otros, que nacieron siendo jefes de la revolución. Quizás por eso Vd. se cree auto-

rizado para suponer que me halaga con lo que indica me tocará en el reparto.

Volviéndole con cariño y afecto sus consejos de cordura y prudencia para llegar á ser todo lo que pueda en mi tierra, me permito la libertad de aconsejarle que principie por no dar señales de localismo, sino ejemplo de civismo, despojándose de todo el ropaje de la colonia para el bien de nuestra futura soberanía nacional, circunstancia que le elevará un tanto más: que prestigio y gloria tiene Vd. adquiridos, por justo mérito.

Desde que estuve en Bayamo por cartas que recibí del general Masó, Dr. Incháustegui y otros jefes en que me decían les hiciera una visita con fuerzas que despejaran la situación de aquella comarca, supuse por un oficio del general Gómez que recibí allí, que sobrevendrían para mí la situación y apreciaciones á que ha dado pábulo Vd. con su carta y la gente por su ignorancia de las causas que las motivan. Resultó, pues, que á mi llegada al país, asumí el mando del departamento de Oriente, al frente del cual estaba cuando me separaron de Cuba los acontecimientos del Zanjón; dirección que tomé en la forma que se expresa, para evitar las conferencias de arreglos con el enemigo que podían seguirse, efectuadas por los de las componendas de siempre, circunstancia que favoreció un tanto mis operaciones con el deslinde que se hizo en el acto de tomarse aquella disposición. De todo, dí conocimiento al General en Jefe á su llegada á Cuba con Martí, dando ambos su aprobación al decreto, si bien con algunas restricciones que me hicieron suponer disgusto por su parte; pero sin que me hablasen del mando que había asumido ni se me indacara división del territorio á favor de nadie, pues la que se efectuó en obsequio del general Maceo no la supe hasta que ya en Bayamo el general Masó me mostró disposiciones del General en Jefe en que aparecía él (Masó) como jefe del segundo cuerpo de ejército, y yo del primero, sin que se viera el deslinde que para ambos se determinaba; y no obstante de encontrar yo deficiente y del todo incorrecto ese proceder, no por la limitación de mando, sino por el mal en que se me había hecho incurrir, obedecí. Al general Gómez hice presente mi desagrado, no sólo por el hecho en sí, sino también por las cosas á que me expuso la ignorancia en que estaba y aun estoy de cuanto se ha hecho en esos asuntos.

Temo que lo mismo suceda con el contingente que se desea sacar de aquí sin habérseme señalado número de hombres, condiciones, etc., ni comunicado órdenes para el general Masó, de cuyo departamento se me dice debo tomar gente y hasta se me indican nombres de algunos jefes.

No temo el peligro de perder la vida en la contienda, pero sí, sentiría poner en peligro mi reputación de subordinado y patriota con nuevas calumnias y aviesas apreciaciones. Será por los hechos narrados por lo que se me supone ahí ambicionándolo todo, tanto que, según su carta, nada queda en el amplísimo campo de la revolución para las vastas aspiraciones de los que se preocupan en alcanzar encumbrados puestos. Bien debiera Vd. darles á ésos sus consejos para la felicidad de la patria, y además indicarles que procuren esforzarse en el campo de los hechos para consolidar la causa de la Independencia. Si yo pensara como toda esa gente que se vale de Vd. para hacer llegar hasta mí el fondo de sus miserias, Cuba se desgarraría entre una porción de ambiciosos de nuevo cuño con menos títulos que el autor de las Lagunas de Varona. Aquél peleaba algo, y de éstos de ahora, el que pelea estrecha el campo de las aspiraciones legales, porque le abruman sombras y hechos que ponen en duda su reputación, y otros que nada hacen, lo desean todo, sin tener en su abono otras recomendaciones que las que se derivan de las necesidades de la actual campaña.

El Cubano Libre se fundó nuevamente debido á mis esfuerzos, sin que ni á mí ni á nadie le guiara idea de predominio ni de imposición ni mucho menos la de preferencias regionalistas. Por el contrario, como á su publicación sólo estaba arraigada la guerra en Oriente, quisimos dejar en libertad de acción á las demás provincias y respetar las facultades que deben residir en el gobierno que ha de constituírse, por si éste determinaba la fundación de un periódico que fuese su órgano oficial. Haberle dado yo ese carácter antes de constituírse el gobierno hubiera sido arrogarme una atribución de que carecía, y además, habría falseado los hechos. Aparte de eso no me ocupo en el periódico, como no sea para tenerlo bien provisto de material de imprenta, creyendo evitar con eso el que se le suponga que sirve particulares intereses míos. En él escriben los que quieren y pueden hacerlo, sin que jamás haya impuesto mi criterio político á nin-

guno de sus redactores. Me estimo mucho para exponerme al reproche de los escritores que en ese semanario colaboran.

Si Vds. no hubieran venido á la Revolución con tantas prevenciones, acaso no le habría sido fácil suponer que las tiene *El Cubano Libre* respecto de Vds. Más de una vez he oído á sus redactores lamentarse de que no se les remitan las disposiciones y extractos del diario de operaciones del General en Jefe, así como artículos y trabajos de los hijos de ese digno pueblo camagüeyano, al que hubiera yo abrazado con gusto á no ser por la distancia que de él me separa, aunque abrigo la esperanza de que será muy pronto. Sin otro particular por hoy, me complazco en reiterarle una vez más el testimonio de mi amistad y aprecio.

A. MACEO.

CARTA DE MACEO AL DELEGADO ESTRADA PALMA

Apreciado amigo: Ayer llegó á este cuartel una comisión de Oriente, portadora de la atenta carta de Vd. de fecha 23 de Octubre próximo pasado. De ella he retirado la nota que Vd me envía de las cantidades recibidas por cuenta de la División de Oriente hasta el día 24 de dicho mes, ascendente á cuarenta y dos mil novecientos cuatro pesos y centavos. Advierto en esa lista la ausencia de algunas partidas remitidas por mí y que van comprendidas en la copia que le remito de la relación que daré al gobierno y al General en Jefe, comprensivas de las cantidades recaudadas y pendientes de cobro en el Departamento Oriental. Vd. se servirá examinarlas y hacerme las observanes que crea pertinentes. Confirmo el contenido de mi carta anterior de fecha 30 de Octubre último, que supongo ya en poder de Vd. No he recibido la que Vd. anuncia de fecha 9 de Octubre avisándome la entrega de ocho mil cuatrocientos setenta pesos oro americano, por el señor Dumois, en vez de los diez mil seiscientos ochenta y dos pesos, oro español que yo creí se le había remitido. La razón de esa diferencia está en que la casa de Dumois, de Banes, no habrá podido redondear la operación que le indiqué con los señores Manuel Freire y Mercedes Mercadé, de Cabonico, que tienen que abonar $5,000, según

convenio. Quedo enterado de todos los demás particulares de su apreciable carta que contesto. Confío en que Vd. remitirá con la urgencia que me indica los auxilios que le tengo pedidos y que tanta falta hacen en el Departamento Oriental, á cuyo efecto le he enviado prácticos de ambas costas, suponiendo sea uno de ellos Antonio Lucas. Ha causado buena impresión la noticia que Vd. me da de la salida para Cuba de la expedición "Carlos Manuel de Céspedes", la que supongo ya en tierra por las noticias extraoficiales que tengo de un alijo próximo á Santiago de Cuba. He tomado nota de las personas que vienen en esa expedición y que Vd. me recomienda. No tengo ningún inconveniente en que sirva á mi lado el señor Mario Carrillo, antes al contrario, me congratula saber que con ello complaceré á Vd. y los buenos deseos del padre de ese joven. También estaré al tanto de los propósitos del Sr. Carrillo y no dude Vd. un momento que pondré de mi parte cuanto sea necesario para que los realice. He hablado con el Ciudadano Presidente acerca de lo que Vd. me informa respecto á no tenerse allí noticia oficial de la constitución de Gobierno. Me ha contestado que él tiene aviso de Vd. de haber recibido la comunicación en que le daba cuenta de ese importante suceso. Justa es la queja de Mr. McCreary por la muerte de algunos trabajadores de las minas y ferrocarril de Ponupo; pero como ha dicho Vd. muy bien á ese Sr., no tiene conocimiento de ese hecho sino por lo que de él se dijo después de verificado. Con ese motivo ordené precisamente la incorporación á las fuerzas de las guerrillas volantes, pues no hacía mucho que había dado este Cuartel General á Mr. Goddar una amplia autorización para que pudiese explotar esas minas y extraer el mineral para su exportación. En primera oportunidad enviaré á Vd. los ejemplares de *El Cubano Libre* que me pide con los partes de operaciones; pero debo advertirle que de cada edición se ha mandado á Vd. un buen número de ejemplares. Insista Vd. en el cobro de las cantidades que me dice no han sido hechas efectivas, así como las diferencias que tienen pendientes Mr. Dreyfus, Banderiel y los Dumois, que yo por mi parte haré gestiones con igual fin. Estoy dispuesto á destruír las fincas de todos aquellos que hagan resistencia ó se nieguen al pago de sus respectivos compromisos, siempre que Vd. me dé aviso á tiempo. Estoy en marcha para Occidente hasta

hoy sin tropiezo, donde me prometo recaudar algunas cantidades, que giraré a Vd. para que nos proporcione material de guerra. Probablemente desde ese lugar nos será más fácil la comunicación. La Revolución sigue cada día más pujante, y no hay motivo alguno que nos intranquilice, no obstante los grandes preparativos que hace Martínez Campos para su gran campaña de invierno, que, á mi juicio, sólo servirá para acabar con el crédito de ese político y militar. Al entrar en el territorio de Camagüey recibió el ciudadano Presidente la noticia, por conducto autorizado, de que había sido reconocida la beligerancia por el gobierno de los Estados Unidos y que un sindicato americano había ofrecido á Vd. tres millones de pesos para los gastos de la guerra. Esa nueva produjo una explosión de alegría, aunque yo la haya acogido con reservas por no haber inaugurado sus sesiones el Congreso Americano, y porque soy de aquellos que dicen que si viene, bien, y si no, también. Felicito á Vd. por las importantes personas que ha sabido conquistar con su talento y buen tacto y que se encuentran auxiliando con sus trabajos é influencias los delicados y espinosos de la Junta que Vd. tan dignamente preside. Sin otro particular que comunicarle por hoy, deséale salud y suerte su afectísimo amigo y admirador.—ANTONIO MACEO.—Camagüey, Noviembre 29 de 1895.

CARTA DE MACEO A MANUEL SANGUILY

Apreciable y distinguido amigo: Con cuánto gusto he leído anoche su cariñosa carta de fecha 22 de Octubre próximo pasado! Desque arribé á las playas de Cuba no he dejado de pensar en Vd. y más de una vez acaricié la idea de escribirle, sin que hubiera podido realizarlo á causa de los múltiples y arduos trabajos que me imponían la organización del ejército y las peripecias de la guerra. Mi mayor empeño era expresarle mi sentimiento porque un hombre de las raras condiciones de Vd. no se encontrara en el campo revolucionario, porque es indudable que Vd. con su energía, su valor, su honradez, su extraordinario talento y su brillante prestigio hubiera impreso al gobierno el sello de seriedad y acierto que necesita. Poco afortunados hemos estado en la constitución de aquél, porque se ha incurrido de

nuevo en la tontería de querer darle forma democrática de una república ya constituída, cuando tenemos el enemigo enfrente, y no somos dueños del terreno que pisamos. Como Vd. comprenderá, mientras dure la guerra sólo debe haber en Cuba espadas y soldados ó cuando menos hombres que sepan encauzar la revolución en este sentido para llegar á la redención política de nuestro pueblo. Conseguido esto, que es el punto objetivo á que dirigimos nuestros esfuerzos, norabuena que se constituya un gobierno civil, eminentemente democrático que, con moderación y prudencia, maneje la cosa pública, atendiendo siempre á nuestra manera de ser política y social. Con Vd. aquí, estoy seguro que habríamos avanzado mucho en ese sentido sin descender á los excesos y nimiedades de la democracia neta, muy buena y provechosa para los países definitivamente constituídos y fuertes. Así y todo, volamos hacia el triunfo de nuestra causa, porque todo el mundo hace la vista gorda á los defectos de que adolece el gobierno y hay general disposición, franqueza, cordialidad y unidad de miras é intenciones en esta multitud de revolucionarios fuertes y vigorosos, para no detenerse en lo accesorio, y correr el riesgo de perder lo principal. No creo que tengamos que lamentar desgracias igual ó parecidas á las que hemos sufrido, á pesar de los vicios de nuestro actual gobierno que le dejo señalados. La cordura y el afán de salvar el principio, aquí se sobrepone á todo. Tendré especial satisfacción si puedo complacer á Vd. en cuanto me pide en obsequio del joven Mario Carrillo y Aldama. Daré las instrucciones del caso a mi hermano José para que tan pronto tenga conocimiento de la llegada de la expedición dispense á su recomendado las atenciones á que es acreedor y lo encamine á este Cuartel General con la conveniente seguridad. Hágalo así saber á la familia de ese joven para que cese en parte la intranquilidad y la zozobra que ha dejado en el hogar paterno la ausencia del hijo querido y enfermizo. Nada me dice Vd. en su carta de mi buen amigo y compañero el general Julio Sanguily, á quien procuraré rescatar tan pronto como logre hacer algunos prisioneros de bulto. Entonces pediré el canje de su persona y de otras que me merecen respeto y consideración. Me congratula en extremo la noticia que me da la prensa de que está Vd. en su puesto de siempre, combatiendo á nuestros impenitentes enemigos con el ariete de

su palabra y el fuego de su inteligencia.—Sabe Vd. lo quiere su invariable amigo que desea darle un abrazo.

A. MACEO.

Camagüey, Noviembre 21 de 1895.

COMUNICACION DE MACEO AL GENERAL MAXIMO GOMEZ

Tengo el gusto de acusar á Vd. recibo de su atenta comunicación de 20 del que cursa y de otra sin fecha que me ha sido remitida por el coronel Nicolás Hernández. Del contenido de ambos escritos quedo enterado, y cumpliré sus instrucciones. En el asunto del contingente hice cuanto me fué posible para cumplir sus mandatos y hacerlos obedecer por quienes correspondía, de tal manera que tengo mi conciencia completamente tranquila. Me esforcé en extremo para que viniera conmigo el número de hombres fijado por Vd. Si no viene completo es porque corría el tiempo y quise aprovechar mi salida de Oriente en atención á la conveniencia apuntada por Vd. de llegar pronto. Con todo, no es mucho lo que falta debido á las fuerzas que se me incorporaron en la marcha. El completo de las fuerzas correspondientes al Primer Cuerpo no ha llegado todavía á causa de las crecientes de los ríos y de las muchas operaciones que en los días de su organización tuvieron efecto en Cuba y Guantánamo; pero el jefe de aquel departamento ha dispuesto que vengan á ocupar su lugar. Del 30 del corriente al 1º del entrante estaré reunido con Vd. Teniendo en cuenta que el día 4 de Diciembre abrirá sus sesiones el Congreso Americano y que en ellas se planteará la cuestión de beligerancia he indicado á los miembros del Gobierno que se queden en Camagüey para que puedan atender con más eficacia á los asuntos de Bayamo y Manzanillo, que por su gravedad pudieran entorpecer el curso hasta ahora favorable de la beligerancia, dado que están de por medio Ramírez y Bello, cuya historia Vd. conoce. Otra consideración me ha movido á dar ese consejo al Gobierno, y es la de que su presencia en Las Villas podría dificultar el movimiento de las operaciones proyectadas por Vd. y distraer fuerzas de la columna invasora para atender á la custodia de aquél. Además, pudiera suceder que perdiésemos en un combate al Presidente, y en estos momen-

tos tan apremiantes para nosotros, sería esa pérdida de muy mal efecto. Creo que todas estas razones han pesado en el ánimo de los miembros del Gobierno de la manera que yo esperaba. El general José Maceo me comunica la noticia de haber desembarcado felizmente en Punta Caleta la expedición de Carlos Manuel de Céspedes, con 150 rifles y 40,000 tiros. El alijo tuvo efecto el día 27 del mes pasado. Con fecha 24 de dicho mes me escribe Estrada Palma que ya tenía preparada una gran expedición, la que de un día á otro salía á la mar.—Sin otro particular, soy de Vd. con toda consideración.—*A. Maceo.*—Ciego Escobar, 26 de Noviembre de 1895.

PROCLAMA DEL GENERAL GOMEZ

A LOS HOMBRES HONRADOS VICTIMAS DE LA TEA

11 de Noviembre de 1895.

Las dolorosas medidas dictadas por la revolución redentora de esta tierra, empapada en sangre inocente (desde Hatuey hasta nuestros días) por España despiadada y cruel, os va á sumir en la miseria.

Como General en Jefe del ejército libertador, es mi deber conducirlo al triunfo, sin que me detengan ni arredren medios, poniendo á Cuba en el más breve plazo en posesión de su acariciado ideal. Declino, pues, la responsabilidad de tanta ruina en los que la ven impasibles y nos obligan á esos extremos que después, (¡hipócritas y necios!) condenan.

Tras tantos años de súplicas, humillaciones, desprecios, expatriaciones y cadalsos; cuando este pueblo por su libérrima voluntad se ha alzado en armas, no cabe otra solución sino triunfar.

No importan los medios que se empleen para conseguirlo. Este pueblo no puede vacilar entre la riqueza española y la libertad cubana. Y su mayor crimen sería ensangrentar el país sin realizar su propósito con el carácter de los hombres que nos encontramos en el campo desafiando el furor de uno de los ejércitos más bravos y aguerridos del mundo, pero en esta guerra sin entusiasmo ni fe, sin pan ni plus.

La guerra no comenzó el 24 de Febrero; va á comenzar ahora. Se tenía que organizar: poner en reposo y encauzar el espíritu de la revolución, exaltado siempre en sus comienzos por entusiasmos alocados. La contienda debía comenzar obedeciendo á un plan ó método más ó menos estudiado, pero que respondiese á la peculiaridad de nuestra guerra. Eso está hecho ya.

Ahora que envíe España sus soldados á remachar las cadenas de la esclava; que el hijo de la tierra está en el campo, armado con el arma libertadora; la lucha será terrible. El éxito coronará la resolución y esfuerzo de los oprimidos.

El General en Jefe,
M. Gómez.

PROCLAMA DEL GENERAL MACEO

Villareños:

Venimos de Oriente en marcha triunfal para combatir por la libertad y redención de Cuba en el gran teatro de Occidente, donde el tirano ha acumulado sus poderosos elementos de guerra con el inicuo propósito de que continúe esclavizada esta feraz y riquísima región y sacar de ella sola los pingües rendimientos que ya no puede obtener de las otras comarcas, y saciar de ese modo su codicia, y dar hartazgo á sus concupiscencias.

Para salir del yugo español os bastaríais vosotros solos, villareños; que nada es imposible para los pueblos esforzados y dignos cuando luchan por su emancipación y bienestar. Con el hierro y el fuego se forjan las cadenas: con esos mismos elementos, aplicados con energía, también se hacen pedazos las más recias del despotismo.

Pero no sería propio de pechos fraternales encendidos en una misma llama patriótica, no le daríamos á la Revolución todo el homenaje que le debemos, le quitaríamos algo de su carácter grandioso, sobre prescindir de las elocuentes lecciones de nuestra historia que atribuyen al espíritu de localismo las principales causas de nuestros desastres en la memorable y sangrienta década, tan rica en sacrificios como infeliz en recom-

pensas; habría algo de egoísmo, algo que bastardearía nuestro linaje cubano, algo que nublaría el Sol esplendoroso de Oriente, si nos hubiésemos limitado á humillar las armas españolas allí y sentirnos con tal victoria satisfechos.

Nuestra misión es más elevada, más generosa, más revolucionaria; queremos la libertad de Cuba, anhelamos la paz y el bienestar de mañana para todos sus hijos, sin poner tasa al sacrificio ni tregua al batallar, llevando la guerra á todas partes, hasta los baluartes más remotos de la dominación y batir en ruinas sus murallas opresoras.

Los imperios fundados por la tiranía y sostenidos por la fuerza y el terror, deben caer con el estrépito de los cataclismos geológicos.

Para eso pedimos vuestro concurso ¡animosos villareños! Sólo así el sacrificio será meritorio; sólo así podrán cumplirse los ideales supremos de la Revolución, únicamente así el sol de de la libertad, que ya brilla radiante en el cielo de la patria, no sufrirá otro eclipse pavoroso.

A. Maceo.

Los Remates (Remedios), 6 de Diciembre de 1895.

EN PRENSA:

LOS TOMOS II Y III DE "CUBA: CRONICAS DE LA GUERRA"

(La Campaña de Occidente)

INDICE

INDICE DEL TOMO PRIMERO

Capítulos	Pág.
PRELIMINAR	7
I.—ORIENTE	15
II.—EL CAMPO DE DOS RIOS	24
III.—LA CONSTITUCION DE JIMAGUAYU	31
IV.—LA REVOLUCION DE FEBRERO	35
V.—MACEO EN ORIENTE	56
VI.—SAO DEL INDIO	77
VII.—HOLGUIN	87
VIII.—LAS TUNAS	96
IX.—CAMAGUEY	102
X.—ANTON	110
XI.—LAS GUASIMAS	118
XII.—LAS COLUMNAS DE HERCULES	123
XIII.—MAXIMO GOMEZ	129
XIV.—LA INVASION	136
XV.—LAS VILLAS	139
XVI.—FOMENTO	145
XVII.—MANICARAGUA	152
XVIII.—FAMOSA JORNADA DE MAL TIEMPO	160
XIX.—CIENFUEGOS	173
XX.—LA INSURRECCION EN LAS VILLAS	180
XXI.—MATANZAS	192
XXII.—A ORILLAS DEL HANABANA	197
XXIII.—COLON	203
XXIV.—JOVELLANOS	211
XXV.—COLISEO	216
XXVI.—CRIMEA	229

Capítulos Pág.

XXVII.—LA CIENAGA 235
XXVIII.—CALIMETE 241
XXIX.—IBERIA 250
XXX.—HABANA 264
XXXI.—EL MAYABEQUE 274
XXXII.—GUIRA DE MELENA 287
XXXIII.—HOYO COLORADO 297
XXXIV.—PINAR DEL RIO 304
XXXV.—CABAÑAS 311
XXXVI.—A MANTUA 323

APENDICE:

CARTA DE MACEO A SALVADOR CISNEROS BETANCOURT 347
CARTA DE MACEO A ESTRADA PALMA..... 351
CARTA DE MACEO A MANUEL SANGUILY..... 353
COMUNICACION DE MACEO A MAXIMO GOMEZ.. 355
PROCLAMA DEL GENERAL GOMEZ..... 356
PROCLAMA DEL GENERAL MACEO..... 357

CONTENIDO DEL TOMO II

TITULOS DE LOS CAPITULOS

Preliminar.
I.—Pilotos.
II.—Paso Real.
III.—Candelaria.
IV.—Habana.
V.—Jaruco.
VI.—Matanzas.
VII.—Santa Amelia.
VIII.—Río de Auras.
IX.—Weyler.
X.—Batabanó.
XI.—El Rubí.
XII.—Consolación del Norte.
XIII.—Las Lomas de Tapia.
XIV.—Las Lomas de Tapia.
XV.—Cacarajícara.
XVI.—Consolación del Sur.
XVII.—Las Lomas de Tapia.
Apéndice.

CONTENIDO DEL TOMO III

TITULOS DE LOS CAPITULOS

I.—Una expedición.
II.—José Maceo.
III.—La Revolución.
IV.—Bruno Zayas.

V.—Bacunagua.
VI.—Viñales.
VII.—La ensenada de Corrientes.
VIII.—Montezuelo y Estorino.
IX.—Ceja del Negro.
X.—Galalón.
XI.—La Reconcentración.
XII.—Artemisa y Soroa.
XIII.—La campaña de Weyler.
XIV.—Camino de la Trocha.
XV.—El Mariel.
XVI.—Punta Brava.
XVII.—El héroe.
Apéndice.

La segunda edición del Tomo I de "Cuba: Crónicas de la Guerra" (La Campaña de Invasión), publicada por Editorial Lex, se terminó de imprimir el día 5 de Diciembre de 1942, en los talleres de la Cooperativa Editora Cubana, en la ciudad de la Habana, calle de Figuras 211. Y los primeros ejemplares de esta reedición, —la obra de José Miró Argenter se publicó por vez primera el año 1909— fueron objeto de exhibición en la I Feria Nacional del Libro celebrada en el Parque Central de La Habana, el día víspera del cuadragésimo sexto aniversario de la muerte del general Antonio Maceo, en cuya memoria celebráronse en la Feria actos de homenaje y recuerdo.

UNIVERSITE PARIS 3
D 001 554341 0